EMILI BAYO

EL MAÑANA SIN MÍ

PREMIO VALÈNCIA 2019
ALFONS EL MAGNÀNIM DE NARRATIVA



Índice de contenido

1
Martes, 12 de febrero de 2013
2
Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte II]
3
Martes, 12 de febrero de 2013
4
Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte III]
5
Martes, 12 de febrero de 2013
6
Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte IV]
7
Miércoles, 13 de febrero de 2013
8
Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte V]
9
Miércoles, 13 de febrero de 2013
11
Jueves, 14 de febrero de 2013
12
Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte VII]
13
Jueves, 14 de febrero de 2013
14
Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte VIII]
15
Viernes, 15 de febrero de 2013
16
Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte I]
Epílogo
Agradecimientos

Título: *El mañana sin mí*

Cubierta:
Diseño: Ediciones Versátil

1.ª edición: octubre 2019

Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

El jurado del Premio València de narrativa 2019, convocado por la Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació, presidido por el diputado de Cultura de la Diputació de València Xavier Rius e integrado por los escritores José Luis Ferris, Susana Hernández, Félix J. Palma y por la editora Eva Olaya, en representación de Ediciones Versátil acuerda conceder dicho premio a la novela *El mañana sin mí*, de Emili Bayo.

1

Martes, 12 de febrero de 2013

El cadáver apareció anclado entre dos tumbas. Los ojos, plácidamente cerrados, permitían suponer una sesión de maquillaje de alta precisión. El carmín de unos labios casi risueños tenía trazos de miniaturista. La melena, trabajada, limpia y perfumada, no se había dejado sorprender en el momento del tránsito.

—Hay muertos que saben mantener la compostura. —Mostré mi admiración.

Era una mujer muy guapa. Madura, treinta largos, muy cuidada. Hasta que, pocas horas atrás, un agujero le afeara el pecho, tenía que haber sido una auténtica belleza. Aunque aquella mañana de lunes, mientras el doctor y la jueza revoloteaban a su alrededor, solo era el cadáver con mejor aspecto con el que había topado a lo largo de mi cansada carrera como policía.

—Si en el otro lado va a haber gente así, quizás esto de morirse no acabe estando tan mal.

Mi compañera Azucena me riñó con la mirada. En boca de otro, mi comentario no hubiera pasado de una broma, pero dicho por mí tenía algo de macabro. Según el oncólogo que los designios de la Seguridad Social me habían concedido, mis días estaban a punto de extinguirse. Como aquel que dice, ya estaba viviendo de prestado. Podría haber pillado una baja y pasarme el día lamentándome o prodigando lástima entre compañeros y vecinos, pero vivía solo en la ciudad a la que mis amables superiores me habían desterrado y ni siquiera tenía verdaderos amigos con los que disfrutar mis últimos días. Además, prefería seguir con la rutina del trabajo policial que abandonarme a la autocompasión en un piso de alquiler desangelado en el que todo respiraba un marcado aire de provisionalidad.

—A ver, sargento, repíteme eso de que tú y yo nos vamos a encargar de un caso como este.

La sorpresa de la agente Azucena Artero, en realidad una especie de prima que había descubierto tras el aterrizaje forzoso en la comisaría de Lleida, estaba más que justificada. Puesto que mi fama de tipo conflictivo se me había adelantado, el intendente De Gea me había condenado a la penitencia de marear la perdiz de los casos sin resolver. Un castigo que equivalía a una humillación para un policía con mi currículum, y que seguramente me tenía merecido. Lo que De Gea no sabía —ni nadie más en la comisaría salvo la prima Azucena—

era que me quedaban tres telediarios.

En eso andaba desde hacía más de cuatro meses, respirando polvo y aromas fecales en una mesa estratégicamente situada junto al acceso a los servicios. Pero ya ni siquiera me sentía denigrado o marginado. Aquella vida tenía sus ventajas: un horario previsible y sin sobresaltos, pocas y apacibles guardias los fines de semana, apenas contacto con chorizos y, lo mejor de todo, ninguno de mis jefes esperaba que ni Azucena ni yo resolviéramos nada en absoluto.

—Aunque no te lo creas, el marido de la víctima ha pedido expresamente que yo dirija la investigación.

—¡Vaya, un iluminado!

Eran las nueve y diez de la mañana y no me había dado tiempo a hacer acopio de cafeína, por lo que todavía no andaba muy despierto. Si no hubiera percibido el tono bromista de ese comentario, no habría sabido cómo tomármelo. ¿Hasta qué punto puedes decir que conoces a alguien con quien te has jugado cuatro perras a las cartas? Un conocido me arrastró una noche hasta las mesas más apartadas de un bar donde cada viernes, a partir de las dos de la madrugada, se montaba una timba de póquer. No consideré que mi condición de *mosso d'esquadra* supusiera un verdadero inconveniente para ocupar una de las sillas. Ya saben aquello de que para combatir el mal hay que conocerlo y esas mandangas... Apenas habíamos jugado dos manos y ya tenía claro que el verdadero peligro de la mesa estaba tras las gafas de pasta negra y el sombrero gris de ala corta del jugador que tenía a mi derecha, un tal Justo Aragay, a quien me habían presentado como «el Anticuario», porque al parecer regentaba un próspero negocio de trastos inservibles. El tipo no era un jugador brillante, pero tenía habilidad para amedrentar a los adversarios. Intentaba esconder un tic que delataba sus buenas jugadas: la mano se le iba hacia una cadena de plata que colgaba de su cuello. Al final de esa cadena, asomaban una medalla con la imagen de un santo y una especie de llave pequeñita. Al acabar la partida, las ocho ya de la mañana, se acercó para hacer un comentario amable sobre mi forma de jugar, pero era él quien se había levantado unos euros más rico y yo bastante había conseguido con no salir escarmentado. Después supe que era un tipo de cierto renombre, que había ocupado algún cargo relevante en el partido que gobernaba en Cataluña, que había sido candidato a diputado en el Parlament y que hasta disponía de una considerable fortuna. Que un tipo así se sentara a jugar a las cartas en un tugurio donde ni siquiera llegaban a moverse grandes cantidades de dinero resultaba, cuanto menos, sorprendente, pero al parecer era un cliente de toda la vida, que quizás venía cumpliendo con la penitencia de pasarse por el local algunos viernes por la noche para demostrar al mundo que a pesar de su fortuna y su poder seguía

siendo el mismo. Lo que resultaba más molesto de estar jugando contra un sujeto así no era la conciencia de que se trataba de un rival peligroso, sino un problema físico desagradable: una halitosis cercana a la categoría de arma química. Constituía una temeridad mantener su cara a poca distancia. En algún momento de la noche alegó no sé qué problemas de estómago, aunque quizás tan solo fuera una excusa para justificar que, mientras por los vasos de los demás jugadores corrían enormes caudales de alcohol, por el suyo tan solo circulara agua cristalina, lo que sin duda, al final de la noche le concedía una enorme ventaja sobre los demás. Sobre todo porque se jugaban extrañas modalidades de póquer, de manera que resultaba imprescindible mantener alerta todos los sentidos.

El segundo y último viernes que habíamos coincidido, se había presentado con un sombrero diferente, un borsalino negro con ribete de cuero ennegrecido como los de las películas de gánsteres de los años treinta. Pero las cosas no le habían ido tan bien, y había tenido que conformarse con no perder. No creo que cruzáramos ningún comentario al margen de la retórica del juego. Esa había sido toda nuestra relación.

Por eso resultaba tan sorprendente que en el momento de conocer la muerte de su esposa, el tal Justo Aragay se hubiera molestado en llamar a su amigo De Gea para pedirle que fuera yo quien llevara la investigación.

Aquella mañana me habían convocado de urgencia en la comisaría, y el intendente De Gea me había dedicado su cara más amable:

—¡Cágala y me haré una tortilla con tus huevos!

Mi mando directo, el subinspector Alejandro Busquet, responsable del Área Territorial de Investigación, también había intentado animarme:

—Equivócate, Claramunt, hazme ese favor. Mete la pata, aunque solo sea un poquito, para poder abrirte el expediente que te mereces y mandarte a vigilar caminos de cabras en algún pueblecito del Valle de Arán.

Me había endosado a la prima Azucena, con quien desde mi llegada llevaba compartiendo el polvo de las carpetas viejas, y me había mandado al cementerio a contemplar el cadáver más hermoso que era capaz de recordar.

La jueza y el fotógrafo se retiraron. El doctor se me acercó para hablarme al oído, como si estuviera a punto de confesar un secreto:

—Un tiro en el pecho, sargento.

Repasé con la mirada al tipo curioso que me estaba confiando aquella evidencia.

—¿A quién consiguió sobornar para licenciarse en Medicina?

—No se pase, sargento. Mañana a primera hora la abrimos, y seguro que podré explicarle alguna historia entretenida. Pero el asunto no

parece entrañar misterio alguno. Seguramente la mataron ayer por la noche, quizás a última hora de la tarde, antes de que cerraran este florido vergel. No espere que la autopsia le resuelva los grandes interrogantes del universo.

A pesar de la plácida estampa del cadáver, la prima Azucena no podía reprimir una mueca de asco. Se acercó a la muerta hasta tocar con el índice enguantado el agujero de bala sobre el pecho derecho.

—El disparo debió de afectar al pulmón derecho. El manual dice que ese tipo de disparo no suele producir una muerte fulminante. Seguro que tardó unos minutos en perder la consciencia. Tuvo que dolerle una barbaridad.

—Y sin embargo, ya ves, en su rostro no hay ni el menor asomo de queja.

Los párpados estaban cerrados y los labios no mostraban tensión. Se diría que aquella mujer había muerto en la paz espiritual de un lama tibetano.

—¿Sabemos ya algo de ella?

El cabo que había hecho las primeras pesquisas se aprestó a responder mi pregunta:

—Elena Izbasa Bujor, natural de Rumanía, pero con pasaporte español. Nacida el 28 de febrero de 1971. Por lo tanto, estaba a punto de cumplir cuarenta y dos años. Junto a ella hemos encontrado un bolso con un monedero del que se han llevado todo el dinero. No hemos encontrado joyas, a pesar de que en los dedos tiene marcas de haber llevado al menos tres anillos. Lo único valioso que han dejado es el bolso: un Louis Vuitton de temporada… Mi mujer mataría por uno como ese.

—Todo un lujo para un anticuario.

Mi comentario no dejó claro si se refería al bolso o a la mujer, aunque todos parecíamos concentrados en la dulzura de aquel rostro perfecto.

—He preguntado al encargado, un cincuentón de aspecto desaliñado y gruñón. Dice que no oyó nada. Como cada día, ayer cerró a las 18:30 h y se fue a su casa. No puede asegurar que la tal Elena ya estuviera aquí desangrada. Esta mañana ha hecho su ronda matinal para asegurarse de que los muertos estuvieran en su sitio, y ha descubierto el fiambre.

Asentí, sin llegar a apartar la mirada del rostro de aquella mujer. Respiraba paz. Parecía satisfecha, como si la muerte le hubiera llegado en un momento poco inoportuno.

—¿Algo más, cabo?

Dudó un instante hasta reunir la valentía necesaria.

—No sé si debo, sargento, pero usted no lleva mucho tiempo en la ciudad… Voy a permitirme recordarle algo que aquí sabe todo el

mundo: Aragay es un tipo peligroso.

Intentaba comprender la posición en que se hallaba el cadáver. Si había tenido tiempo de darse cuenta de que se moría, la tal Elena no había corrido hacia la salida del cementerio o a buscar ayuda, sino que se había dejado caer, se había acomodado entre dos tumbas y había esperado a la muerte con su mejor cara. Todo un ejemplo de buen morir. Bajo el cadáver se había generado un charco de sangre considerable que no conseguía distorsionar la armonía de la estampa, puesto que el vestido ya era de un color granate intenso. El único elemento discordante era su brazo derecho, apoyado sobre la lápida de un tal Daniel Castelao Sigüenza, muerto a los noventa y tres años de edad, hacía mucho.

—¿Qué se supone que es peligroso en un anticuario? —le pregunté al cabo.

—Un tipo oscuro, créame. Hace unos años ya estuvo implicado en un caso sobre unas planchas medievales de pintura sacra que habían sido robadas de una iglesia del Pirineo aragonés. Al final no se pudo demostrar nada y la cosa ni siquiera llegó a juicio, pero era evidente que en el centro de toda la movida estaba ese tipo. Solo unos meses después, al sargento que había llevado la investigación le abrieron un expediente por unas cuantas chorradas sin aparente relación con ese caso, y fue trasladado a la comisaría de Puigcerdà… Quizás piense que soy muy suspicaz, pero todo el mundo sabe que el Anticuario ha tenido peso en Convergència, ya sabe… Quiero decir que conoce a todos los políticos, a jueces, a fiscales y a todo aquel que ocupa algún cargo importante… Y eso, en este país donde los jueces juegan al golf con los que reparten el dinero, lo hace prácticamente intocable.

Mientras procesaba las palabras del cabo, me fijé en que el brazo de nuestro cadáver presentaba una irregularidad que rompía la armonía: quedaba ligeramente elevado. Si en su último suspiro esa mujer había intentado señalar alguna cosa, la actual flacidez de la mano hacía imposible determinar qué. Miré alrededor sin que nada llamara especialmente mi atención.

—Gracias, cabo. Lo tendré en cuenta —mentí. Después me dirigí a mi compañera—. Creo que deberías apuntar los nombres de la gente enterrada alrededor de nuestro cadáver. Tal vez la mujer tuviera relación con alguno de ellos.

En ese momento, por una de las calles de nichos que flanqueaban las tumbas de suelo apareció un hombre enfundado en un abrigo azul marino, guantes y zapatos negros de piel, y un sombrero azul de ala ancha y cinta negra. Tras aquella elegancia, me costó reconocer al jugador con el que había compartido dos timbas de póquer. Iba seguido de un tipo de raza negra de una robustez imposible. Ambos ignoraron a todos los presentes y se acercaron al cadáver sin dar

muestras de la más mínima turbación. Justo miró a su esposa durante un minuto, se santiguó, y luego se giró y caminó hacia mí.

—Buenos días, Claramunt. —Me abofeteó con aquel aliento suyo a carne en descomposición—. Aunque no sé si días como este pueden ser considerados buenos. Esa de ahí era mi esposa y alguien la ha asesinado. A usted y a mí no nos gusta perder lo que tanto nos ha costado conseguir, ¿no es cierto? Sargento, pedí informes sobre usted y alguien que merece todo mi respeto me dijo que era bueno. Demuéstrelo y hágame el favor de encontrar a quien me ha arrebatado a mi esposa.

El gorila se puso a su lado y me miró con una media sonrisa que dejaba muy claro que no esperaba ni que fuera capaz de encontrar la salida del cementerio. Lo lógico hubiera sido que hubiera dedicado a su jefe un comentario esperanzador, una frase de ánimo o una simple promesa de entrega a mi deber policial, pero ambos dieron media vuelta dispuestos a largarse.

—¡Justo! —Lo retuve. Su nombre de pila resonó entre los nichos del cementerio como un acto de confianza excesivo—. ¿Sabe qué hacía su mujer aquí, entre estas tumbas?

Se volvió despacio, contemplando el cúmulo de nombres y fechas que nos rodeaba, como si por fin hubiera tomado conciencia del lugar en que nos encontrábamos. Por primera vez, sus labios dibujaron una mueca de dolor. Se quitó las gafas, sacó un pañuelo de hilo del bolsillo y, durante unos segundos, limpió los cristales concienzudamente y en silencio.

—Ahí detrás, en la calle paralela, está enterrado nuestro hijo David. Ella venía casi cada tarde a visitarlo. Nunca superó del todo su muerte. De todas formas, si quiere hacerme más preguntas prefiero que venga a mi casa, estos sitios me dan grima. Estaré allí toda la mañana.

Se giró y se fue, escudado por aquel inmenso amasijo de músculos morenos. Me pregunté para qué necesitaba un guardaespaldas un anticuario.

2

Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte II]

No es fácil perderse en una gran ciudad, créame. Requiere método, paciencia y mucha, mucha disciplina. Millones de barceloneses hacen diariamente lo imposible por llamar la atención, ¿verdad? pues no resulta menos complicado vivir discretamente, sin que tu vecino se dé cuenta de que pasas por su lado. Los tíos te miran si eres una chica más o menos mona y tienes un buen tipo. Bueno, y las tías también… Yo no había cumplido aún los diecisiete, pero medía casi uno ochenta y… bueno, en fin, que casi tenía que esconderme. Quizás por eso decidí evitar que mis encantos resaltaran mucho. Me corté el pelo a lo militar y me teñí de un rubio sucio y poco llamativo. Taladré mi oreja derecha con cuatro aros de plata y me puse un *piercing* en la ceja izquierda. Llené mis muñecas de pulseras y de clavos, y cambié radicalmente de manera de vestir, con ropa barata y usada: camisetas anchas, mucha falda negra larga, gorras… esas cosas. Los ojos oscuros, por supuesto. Ser una persona nueva molaba, me hacía sentir bien. Alba, Alba, Alba… Repetía mi nuevo nombre para que su sonoridad me llenara… Renuncié a tener un móvil, una cuenta corriente o una tarjeta de crédito y busqué un rincón donde a nadie se le ocurriera ir a meter las narices. Elegí una pensión desangelada en la calle Torrent de l'Olla, en pleno barrio de Gracia, donde nunca antes había puesto los pies…

La única relación con mi pasado era un número de teléfono que llevaba grabado en la memoria, el de mi antigua casa. Pensaba llamar muy de vez en cuando y a horas en las que resultara difícil encontrar a mis padres. Solo hablaría si al otro lado de la línea escuchaba la voz de Mihaela, la única persona a la que de verdad quería en aquella casa. Por ella supe que a mi padre habían tenido que hacerle un lavado de estómago por culpa de unos bombones y que desde entonces tenía un nudo en la tripa y solo comía verduritas y arrocitos… Desde luego no iba a ponerme a llorar por él. Se merecía todo lo malo que pudiera sucederle.

Al parecer, lo primero que hizo papaíto al salir del hospital fue contratar a una agencia de detectives para que me siguieran el rastro. No me sorprendió saber que me buscaba. Siempre supe que me costaría darle esquinazo y que tardaría mucho en olvidarse de mí. Por eso me esforcé en redoblar mis precauciones. Haber cambiado de

aspecto no era suficiente, claro. Dediqué varios días a inventar y aprenderme un pasado de orfandad y penuria que yo pudiera ir explicando por ahí sin miedo a cometer la torpeza de contradecirme. Cambié dos… no, tres veces de pensión y me acostumbré a cubrirme con gorras y gafas de sol, a vigilar mi espalda y a cambiar inesperadamente de acera o de dirección para intentar descubrir si alguien me seguía. Evitaba los trayectos rutinarios, daba largos rodeos y entraba en los supermercados para intentar perderme entre la gente y salir inadvertidamente por las puertas más inesperadas…

Como sabía que el dinero que había ahorrado a base de privarme de cualquier capricho durante casi un año me iba a cundir poco, me apresuré a buscar un trabajo; algo que no me exigiera desplazarme mucho, ni me obligara a exponerme demasiado… Desde el principio supe que iba a ser difícil: era demasiado joven y no tenía preparación para ningún oficio, lo que me dejaba poco donde elegir. Probé en un supermercado, en dos panaderías, en una tienda de ropa infantil… No era un buen momento, por la crisis y eso… pero me sabía atractiva y estaba dispuesta a… bueno, a casi todo. Tardé un par de semanas en dar con Fermín, el dueño del bar La Perdiu, en pleno barrio de Gracia. Quizás no necesitara una camarera con urgencia, pero le pareció que una chica como yo podía ser un buen reclamo para las ocho mesas de su terraza. Puso mala cara ante mis *piercings*, pero por allí se movía mucha gente joven que vestía como yo, y debió de considerarlo un mal menor o incluso un buen señuelo. Por supuesto, también repasó con detenimiento mis tetas y mi culo y el balance debió de parecerle satisfactorio. ¡Ah! y además le dije que prefería no estar asegurada, que me bastaba con que cada día, al final de la jornada, me pagara los dos billetes convenidos. Al fin y al cabo, tampoco esperaba pasar mucho tiempo en aquel antro.

Serví cafés, cervezas, bocadillos, tapas y combinados durante unas cuantas semanas, pero me cuidé mucho de ser la camarera de la que todo el mundo se enamora. Tenía que ganar dinero, claro, pero también pasar lo más desapercibida que pudiera. No quería lucirme ni que los clientes hablaran mucho de mí. Lo justo para recoger propinas y punto. Hasta me inventé un novio celoso y violento para disuadir a los optimistas de manos largas…

Era un rollo, por supuesto. Completaba las diez o doce horas de jornada hecha polvo, pero sin dejar escapar una queja. Y al cerrar el bar, ya de madrugada, pasaba a recoger mi par de billetes, que en absoluto pagaban tanto curro, pero que al menos servían para equilibrar mi economía hasta que tuviera la seguridad de que nadie me buscaba y que el viento soplaba a mi favor. Con un poco de paciencia, aquellos billetes tal vez me sirvieran para cumplir con la idea que había germinado en mi cabeza y que empezaba a convertirse

en una obsesión: comprarme una nueva identidad.

Fermín vivía del bar y para el bar. Un puto esclavo. Hasta mi llegada, lo había gestionado sin ninguna ayuda, a base de jornadas de hasta quince y dieciséis horas, lo que había convertido La Perdiu en un negocio más o menos próspero. Él era un cuarentón casado y con dos hijos, a los que con suerte veía los domingos. El exceso de trabajo lo había convertido en un tipo gruñón, de taco fácil y que apuntaba una calvicie próxima. La cara siempre le brillaba, como acabada de emerger de un baño de aceite. Enseguida comprendió que mi presencia y mi entrega al negocio le engordaban la caja, pero también debió de intuir que mi renuncia a firmar un contrato, la desconfianza que demostraba hacia algunos clientes y el hecho de que nunca viniera nadie a acompañarme o a recogerme me convertían en una chica… ¿cómo decirlo…? Sospechosa. Sí, eso es.

¿De quién te escondes, Alba?, me preguntó al final de una jornada.

Eso no te importa, le escupí.

Curro duro y sin rechistar, ¿no? Pues no te metas en mis rollos.

Pero a la noche siguiente, recogida la terraza, cuando yo esperaba mis billetes, Fermín me rodeó con el brazo y me atrajo hacia él. Intenté desasirme, claro, pero él me apretó con más fuerza.

Sé que huyes.

Pensé en clavarle mis uñas en los ojos… ¡El muy cerdo! En cambio, aflojé mi rechazo. Estábamos en el almacén y mis manos tocaban las cajas de cervezas, por lo que tampoco hubiera resultado muy difícil reventarle una botella en plena cabezota. Pero… no sé, quizá ya había empezado a sentirme demasiado sola.

¿Y a ti qué te importa?

No temas, bonita, no tengo intención de delatarte.

Lo miré de frente, nuestros labios casi tocándose.

Entonces, ¿por qué no me sueltas?

Podría preguntar por ti a un par de policías que pasan a menudo por aquí.

Algo en mi cuerpo se aflojó y dejé que mi vientre se apretara contra él.

Trabajo bien y hago que cada día tengas llena la terraza. No me quejo si a algún baboso se le va la mano.

Mira, preciosa, el negocio está complicado y yo hago un esfuerzo para poder pagarte. Solo espero que seas amable conmigo.

Él me soltó, pero se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones hasta la rodilla. Yo lo miré con estupor y busqué una sonrisa que desvelara el final de aquella broma, pero en la cara de aquel capullo ya había prendido la locura. Pensé que el mundo era una rueda cansina y que todo aquello era realmente repugnante, pero dejé que la mano de él se posara sobre mi cabeza y la presionara hacia abajo.

Pensé en protestar, pero… ¡Joder, ni siquiera supe qué decir! De modo que mi boca y mis manos fueron amables. Cuando acabé, con Fermín todavía atontado, fui hacia a la caja registradora y anuncié que a partir de entonces mi sueldo aumentaba a tres billetes. A Fermín no le quedó resuello para protestar.

Comprendí que el mero hecho de esconderme me convertía en una víctima propiciatoria para tipejos como mi jefe. Necesitaba un proyecto mejor, más sólido y seguro. No iba a matricularme en una facultad, claro, porque estudiar me llevaría tiempo y me costaría un dinero que no tenía. Además, me expondría demasiado. Seguir trabajando parecía la opción más sensata, pero no para aquel individuo miserable. Necesitaba una nueva manera de ganar dinero, un curro menos agotador y que me diera más pasta. Mucha más pasta. Sabía que para obtenerla me resultaba imprescindible legalizar mi nueva identidad. Una tarde, un cliente trajeado que trabajaba en un despacho de abogados me puso sobre la pista.

Todos queremos ser otra persona.

No lo entiendes. No se trata de un capricho. Yo necesito evitar que cualquiera que busque a la chica que yo era dé conmigo.

El tipo me clavó una mirada de esas que te atraviesan la frente y exploran la calidad de tu materia gris. No sé qué leyó ahí dentro, pero se apiadó de mí.

Hay una imprenta en la calle Muntaner, pregunta por un tal Óscar. Sé discreta. Pero ya te aviso de que tendrás que ponerle delante un buen fajo de billetes.

Pues eso… Una tarde de mediados de septiembre, tras dos días de lluvias en los que ni siquiera habíamos montado la terraza, mientras yo secaba y colocaba los vasos tras la barra, una pila de bayetas limpias se desmoronó justo debajo de la caja registradora. El pequeño accidente dejó al descubierto una sorpresa: un revólver acompañado de una caja de munición. En aquel momento no había nadie en el bar, así que cogí el arma, la empuñé y apunté a un enemigo imaginario. Los casquillos relucían dentro del tambor del revólver; estaba cargado. No puedo decir que yo fuera una experta tiradora, pero mi padre me había enseñado a usar armas. Tenía una colección impresionante de pistolas antiguas y en algún momento le pareció un juego divertido instruirme en la mecánica de las armas de fuego. Mi dedo tembló en el gatillo del revólver de Fermín, que me pareció de una suavidad impropia del metal… ¡Joder, me gustó la sensación!

¿Qué cojones haces con eso?, gritó a mi espalda la voz de mi jefe.

Nada, imagino maneras de librarme de la gente que me trata mal, le respondí mientras me giraba y le apuntaba al entrecejo.

Fermín tragó saliva y poco a poco levantó una mano hasta el revólver, para arrancarlo de mis dedos. El tipo sudaba a pesar de que

el otoño empañaba los cristales y las temperaturas se habían desplomado. Algo oscuro tuvo que ver en mis ojos, porque aquella noche, tras una jornada sin apenas clientes, Fermín me retuvo ante la caja registradora.

Ya ves cómo van las cosas, Alba. No voy a poder pagarte.

Al día siguiente no volví. No me hizo mucha gracia prescindir del sueldo, claro, pero tampoco resultaba una fatalidad alejarme de aquel cuchitril y de su asqueroso propietario.

En fin, con el dinero ahorrado, que a mí me parecía una pequeña fortuna, me presenté en la imprenta de la calle Muntaner y pregunté por el tal Óscar. El tipo que me había hablado de él me había dicho que aquel sujeto era una especie de miniaturista de tanta calidad que conseguía que los documentos oficiales parecieran burdas imitaciones. Óscar resultó ser un treintañero gordo, feo y de aspecto sudoroso que vestía como un adolescente enfadado con el mundo. Me entretuvo con preguntas personales durante más de media hora… No sé, quizás solo pretendía ligar… O se aseguraba de que la cría que tenía ante él no era en realidad una joven policía de paisano con ganas de desmontarle el chiringuito…

¿Por qué alguien tan joven necesita dejar de ser quien es?, me preguntó.

Hasta ahora mi vida ha sido un asco. Nacer de nuevo sería lo mejor que me podría pasar.

No se quedó convencido del todo. Me hizo volver un par de días más tarde y volvió a ametrallarme con nuevas y disparatadas preguntas sobre mi vida, sobre el uso que iba a dar a los papeles, sobre mis proyectos de futuro… A casi todo le respondí que se metiera tanta curiosidad por el culo. Supongo que pensó que si yo hubiera tenido algo que ver con la pasma o con alguien que quisiera joderle el negocio habría llevado preparada una historia más elaborada y mucho más convincente. El caso es que acabó por considerarme una clienta. De pronto, se puso serio y me soltó una cifra. Al escucharla, noté que mis piernas flaqueaban. Acababa de descubrir que la fortuna de mis ahorros apenas llegaba a cubrir la mitad del coste de esa nueva identidad que tanto necesitaba.

Volví a la soledad de mi pensión de un humor de perros. ¿De qué me había servido trabajar como una mula, ahorrar hasta el último céntimo y hasta chuparle la polla al cerdo de Fermín? Encerrada en mi habitación, lloré de rabia y de impotencia. Tardé casi dos días en reunir fuerzas para conseguir enfrentarme al desánimo. Necesitaba volver a ganar dinero y reducir aun más mis gastos. Sabía que tarde o temprano encontraría algún lugar parecido al bar La Perdiu donde poder sacarme un sueldecillo, pero para reducir mis gastos ya solo podía dejar de comer e irme a dormir al metro… Fue entonces cuando

rebusqué entre la lista de mis conocidos en Barcelona y, de repente, topé con el nombre de Lidia. Lidia Gutiérrez Marsá, la que había sido mi niñera hasta los doce años. Recordaba que, como a mí misma, mi padre la había rescatado de un hospicio, la había instalado en una habitación de nuestra casa y la había convertido en una mezcla de niñera, institutriz y dama de compañía a jornada completa. Durante todo el tiempo que había vivido en la mansión de mi padre, Lidia me había cuidado como una hermana mayor… Quiero decir con dedicación y algo parecido al cariño. Después había desaparecido de golpe de mi vida, pero cada Navidad nos mandábamos una postal donde parecía latir una ternura sincera. Aunque yo me había prometido dejar atrás todo mi pasado, comprendí que necesitaba ayuda. Y Lidia estaba allí, muy cerca. Es verdad que pertenecía a mi pasado, pero hacía tanto tiempo que me pareció imposible que alguien pudiera relacionarnos.

Aun así, tomé mis precauciones, claro. Localicé el edificio donde vivía y me aposté en un portal de la acera de enfrente para espiar sus entradas y salidas durante un par de días. La vi salir cada mañana a trabajar y regresar cansada. La vi pasear con una niña que cada dos por tres se le abrazaba al cuello. También la vi besarse con un tipo grandullón con cara de buena persona. Pensé que parecía feliz, que era mucho más de lo que nadie podría haber dicho de mí. Me pregunté si sería una buena idea enredarla en mis asuntos, pero me costó muy poco responderme que no tenía alternativa.

Me armé de valor y una tarde, cuando volvió del curro, fui a visitarla. Vivía no muy lejos de mi pensión, en la calle San Eusebio, cerca de la estación de metro Fontana. Cuando pronuncié mi nombre a través del interfono, se produjo un momento de silencio y solo entonces me atreví a preguntarme si iba a ser bien recibida. Había pasado una barbaridad de tiempo y las postales de Navidad… pues no sé, eran un simple trámite, quizás ni siquiera se acordase de mi cara. De repente me convencí de que había sido una ingenua y estuve a punto de salir corriendo, pero la puerta emitió un quejido metálico y se abrió de golpe. Vacilé un par de segundos, claro, pero acabé entrando en el portal y subí en un ascensor sucio y lleno de insultos pintados con rotuladores de colores que me llevó a un cuarto piso. Caminé por un rellano de paredes que imploraban un poco de cariño y pintura hasta una tercera puerta entreabierta que dejaba escapar una luz amarilla. Empujé la puerta sin mucha convicción.

Pasa, pasa, estoy en la cocina, me ordenó.

Era una voz alegre, donde no había desconfianza o reproche. Seguí su rastro hasta una puerta blanca tras la cual una mujer de ventimuchos años, labios mínimos, pelo muy corto y mirada afilada empuñaba una sartén donde cuajaba una tortilla. No era exactamente la joven que yo

recordaba, pero me dedicó una sonrisa acogedora y cansada.
Qué alegría verte, Laurita. Cómo has crecido. Casi no te reconozco.
Se secó las manos con un trapo casi limpio y me ofreció un abrazo. Yo estreché mis brazos alrededor de mi exniñera y creo que la retuve durante mucho rato, porque por primera vez en varios meses me sentía a gusto. Hasta ese preciso momento no me había dado cuenta de que necesitaba con urgencia el calor de un ser querido.
Ahora me llamo Alba, casi susurré.
¿Alba? Eso vas a tener que explicármelo.
Lidia se deshizo del abrazo y trasladó la tortilla a un plato. Después me cogió de la mano y me arrastró hacia el comedor.
Ven, quiero que conozcas a alguien.
Entramos en un salón-comedor pequeño y decorado con muebles supervivientes de muchas mudanzas. Una niña de unos siete años vestida con camisa y falda de colegio de monjas estaba sentada en el suelo y apoyada en una mesita sobre la que había extendido un sinfín de lápices de colores, rotuladores, ceras… Aunque iba ojeando una serie de animación muy antigua que pasaban por la tele, parecía más concentrada en retocar un dibujo de su cuaderno.
Mira quién ha venido, cariño.
Ni siquiera hizo el gesto de girar el rostro, aunque no era difícil distinguir las facciones del síndrome de Down. Parecía feliz.
Mira, Raquel, esta es Laura. Mamá la cuidaba cuando era pequeña como tú.
La nueva información sí despertó un gesto de curiosidad fugaz, tal vez porque intuyó una posible competencia en las atenciones de su madre.
No sabía que tuvieras una hija.
Lidia miró a la niña y yo sentí una envidia inmediata del amor que latía en esa mirada. Pasamos unos pocos segundos sin saber qué decirnos.
¿Quieres que te prepare algo de cena, Laura… o Alba? Podemos compartir esta tortilla.
No, gracias, ya he cenado. Estoy viviendo en una pensión cerca de aquí y he pensado… No sé, me apetecía verte, mentí.
Pero me senté en el suelo, al lado de la niña y le pregunté qué estaba dibujando y la niña explotó en una explicación apasionada, que se trasladó a la mesa mientras hincábamos el diente a la tortilla y que continuó en el baño, mientras Raquel se bañaba, y que se alargó hasta los pies de la cama, cuando la niña, rendida, fue mezclando palabras y bostezos hasta aflojar la voz y dejar que los ojos se fueran venciendo. Cuando salí de la habitación, me sentí una persona casi feliz.
Me senté en el sofá del salón y esperé a que Lidia arropara, besara y atiborrara a su hija con un arsenal de pastillas. Minutos después, la

anfitriona salió de la habitación, se sentó a mi lado y dejó sobre la mesita una botella de vino y dos copas. Sacó un paquete de Winston y se encendió un cigarrillo.

¿Tú fumas?

Negué con la cabeza, aunque me moría de ganas.

Raquel es una charlatana inagotable, pero solo con aquellas personas que le gustan. Parece que tú le has caído muy bien.

Me encantó oír eso.

Tiene talento para el dibujo…

Le chifla dibujar. Puede pasarse una tarde entera sin decir ni pío si tiene delante sus colores y su cuaderno. Pero… ¿y tú? ¿Qué ha sido de ti?

Dos horas más tarde, sobre las doce y media, nos habíamos explicado la vida durante aquellos años de separación.

Lidia se había quedado embarazada y había dado a luz a Raquel, una hermosa niña de tres quilos doscientos con síndrome de Down. El padre no había querido que naciera, pero Lidia decidió pasar de él. Desde entonces vivía de un mísero sueldo como cajera de un supermercado y de la generosidad del novio de turno. Desde hacía casi un año salía con Manu, un *mosso d'esquadra* seis años más joven que ella. Eso era todo.

Yo, la verdad, no me atreví a entrar a fondo en los detalles de mi situación, pero le expliqué mi huida y la vida que llevaba desde entonces. Mientras le daba detalles de la pensión en que vivía y del trato que había mantenido con el amo del bar donde había trabajado, fui tomando conciencia de la sordidez de mi existencia y tuve que esforzarme para no echarme a llorar. Le dije que no quería que me encontraran y que por eso me urgía cambiar de identidad sin dar ninguna explicación. Necesitaba ayuda.

Los recursos que mi antigua niñera podía ofrecerme eran más que limitados. Vivía al día y no disponía de ahorros, o al menos no se atrevió a ofrecérmelos. Pero me brindó la posibilidad de ocupar una pequeña habitación del piso en la que se acumulaban trastos viejos y polvo. No era la solución a mis problemas, desde luego, pero eso eliminaba de mi cuenta de gastos el coste de una pensión y, además, reducía el contacto constante con gente diferente y sospechosa… Por primera vez en muchos días, sentí que el mundo empezaba a sonreírme.

Todavía hizo algo más por mí. Gracias a las buenas relaciones de Lidia con sus jefes, me consiguió un empleo en el supermercado donde trabajaba. Me encargaban tareas desagradables y el sueldo era un auténtico insulto, pero no hicieron preguntas cuando les pedí que mi nombre no constara en ninguna lista de trabajadores. La comida y los viajes en metro eran casi mis únicos gastos, por lo que me las apañé

para ahorrar casi la mitad de lo que ganaba. Tan solo me permitía el derroche de comprar unas pocas golosinas para arrancarle una sonrisa a Raquel. Me gustaba sentarme a dibujar con ella. O sacarla al parque a jugar. O llevarla a la playa de la Barceloneta. O entrar en un cine con programación infantil, comprar una ración extragrande de palomitas y asistir al espectáculo de la fascinación de la niña.

Muy diferente fue mi relación con Manu, claro, que desde un primer momento había desconfiado de mis aros en la oreja y mis pulseras agitanadas. El novio de Lidia nunca me dedicó un reproche, pero era cabo de los Mossos d'Esquadra y eso nunca dejó de incomodarme. Por fortuna, solo coincidíamos muy de vez en cuando, porque Lidia y yo solíamos hacer turnos laborales diferentes para que una u otra pudiera recoger a Raquel a la salida del colegio.

Además, pocas semanas después de trasladar mis cuatro pertenencias al piso de la calle San Eusebio, conocí a Joel, un estudiante de Antropología guapo y de sonrisa fácil, pero siempre escaso de dinero y con pocas ganas de pisar las aulas. Fue mi primer novio barcelonés, pero su vagancia resultaba incompatible con mis ganas de ganar dinero, así que en solo un mes fue desplazado por José Mari, un tarado de los videojuegos, y este, a su vez, cedió el testigo a Julián, que… Bueno, Julián merece un capítulo aparte.

Se llamaba Julián Solís o Solé, o Soler… algo así. Un chico de veinticuatro años alto y espigado cuyos brazos, pecho y espalda estaban poblados de tatuajes de motivos religiosos, aunque en realidad ni siquiera era creyente. Era hijo y nieto de abogados, pero el tío había abandonado la carrera de Derecho para convertir su vida en algo, ¿cómo decirlo…? Más emocionante. Que yo sepa, había empezado a fumar a los catorce, a emborracharse a los quince y a esnifar a los dieciséis, por lo que vivía con la sensación continua de que el mundo se le quedaba pequeño. Desde luego no era el novio que ningún padre querría para su hija, pero tenía una mirada irresistiblemente tierna. Aunque lo que de verdad despertó mi interés fue la certeza de que algunas veces tocaba mucho dinero. La mitad acababa perdiéndose en la profundidad de su nariz, desde luego; pero también era generoso a su manera. Además, Julián respiraba pasión por la vida, y yo, que acababa de cumplir los diecisiete y me sentía sola, necesitaba que alguien compartiera conmigo su alegría. En algún momento de debilidad hasta llegué a pensar que él era el tipo ideal.

No era muy guapo, pero su aspecto me traía sin cuidado. La cerveza y la coca lo convertían en un tipo divertido y sabía moverse por ambientes turbios, lo que de inmediato atrajo mi curiosidad. Por si esto fuera poco, en apenas una semana me consiguió una partida de nacimiento falsa a partir de la cual resultaba relativamente fácil construirme una nueva identidad. De la noche a la mañana pasé a

llamarme Alba Castellví Pons y descubrí que había nacido en Altorricón, un pueblo de Huesca colindante con la provincia de Lleida. Además, de golpe, había ganado un año y me había convertido en mayor de edad, lo que sin duda iba a facilitarme las cosas. Pero lo mejor de todo era que ni siquiera había tenido que gastar un solo euro de mis ahorros. A partir de entonces todo iba a ser más fácil. Seguro.

[Se interrumpe la grabación].

3

Martes, 12 de febrero de 2013

—Me da rabia que haya gente dispuesta a matar a sus vecinos.

Azucena parecía realmente dolida mientras pronunciaba esas palabras. La miré como se mira a una niña que acaba de decir una idiotez. Al fin y al cabo éramos policías y nos ganábamos la vida gracias a que había tipos que hacían esas cosas.

—Cuando ingresé en el cuerpo y pusieron una pistola en mi mano, me sentí como un elegido llamado a mejorar el mundo. Mis esfuerzos iban a servir para que el caos remitiera y la gente pudiera sentirse más libre y feliz. Pero los años pasan y los chorizos siguen a lo suyo, mientras a tus compañeros les preocupa cómo pagar las clases de inglés de sus hijos o el viaje a la Capadocia que harán por vacaciones. Y, poco a poco, empiezas a descubrir que por mucho que te esfuerzas nada cambia y que la mala hierba crece justo donde acabas de arrancar hierbajos…

—No diga eso, sargento. Cuando encerremos al asesino de esa mujer el mundo será un sitio mejor.

—Muy segura te veo. Quizás la mujer se merecía todo lo malo que pudiera sucederle. Nosotros hacemos lo que se supone que hacen los policías, pero eso no nos convierte necesariamente en los buenos de la historia.

—Tal vez baste con hacer bien este trabajo…

—Quizás. Aunque hace tiempo que dejé de preguntármelo.

Como nos había indicado el Anticuario, la tumba de David Aragay se hallaba a quince metros del lugar donde habíamos encontrado el cadáver de su madre. En la lápida de mármol negro de un nicho sencillo, estaban labradas dos fechas: 7 de abril de 1992 y 1 de noviembre de 2008. El chico había muerto a los dieciséis años. Junto a la lápida había flores frescas, lo que permitía suponer que la bella Elena había visitado la tumba de su hijo y que en el momento de abandonar el cementerio se había tropezado con la persona que iba a asesinarla. Cabía suponer que se trataba de un ladrón armado, pero resultaba extraño que hubiera ido a buscar a su víctima a un cementerio, un lugar que cuenta con vigilantes y por el que casi siempre circulan personas que visitan a sus difuntos. Tal vez la mujer se había resistido a desprenderse de sus joyas y el chorizo se había puesto nervioso. El disparo en el pecho sin duda se había producido a poca distancia, porque algunas fibras del vestido de la mujer estaban

chamuscadas.
—Si te hubieran disparado y estuvieras a punto de palmarla a quince metros de la tumba de tu hijo —propuse ya en el coche, camino de comisaría—, ¿tú intentarías llegar hasta la sepultura del chico?
Al volante, la dulce Azucena era el azote de peatones y conductores sosegados. Conducía como si acabara de escapar de un psiquiátrico. Tras maniobrar de forma temeraria para esquivar a una moto y reñir a una anciana a quien le había faltado un segundo para cruzar en verde el paso de cebra, mi joven compañera dejó de mirar a la carretera para cerciorarse de que no me había vuelto loco.
—Jolín, sargento, no sabía que te fueran las escenas románticas. De todas formas, para responder a esa pregunta debería tener un hijo enterrado y estar a punto de morir. Me falta imaginación para tanto. Quién sabe lo que pasó por su cabeza… Quizás la perspectiva de saberse moribunda la paralizó. O no tuvo fuerzas suficientes. O tal vez la muerte le llegó más rápido de lo que nos pensamos.
Mi pupila era una chica razonable. Pero la lógica común no es la lógica policial. Y Azucena pensaba como un ciudadano de a pie. Ella y yo procedíamos de la misma estirpe familiar. Al parecer, su abuelo, Arcadio Boniek, era el hermano menor de mi madre, Teresa Boniek, cosa que yo había descubierto al aterrizar en la ciudad. Pero nos separaban no pocos eslabones de la cadena evolutiva. Si me hubieran jurado que pertenecíamos a galaxias diferentes no me hubiera sorprendido. Ella era un encanto y yo no soportaba a la gente. Ella no había cumplido los veintitrés y yo iba camino de los cuarenta y ocho. Olía a flores; yo, a tabaco o a maría, dependiendo de la hora. Nuestro único nexo en común era ese apellido de antecedentes polacos y la eterna tortura de ser preguntados por aquel antiguo futbolista de idéntico apellido. Ella era dulce y cariñosa, vestía siempre un uniforme impecable y la imperturbabilidad de su sonrisa casi te revolvía el estómago. Si Azucena Artero Boniek conducía en ese momento el coche que me llevaba a la comisaría, era solo porque el resto de agentes no se peleaban por trabajar a mi lado. Probablemente Busquet también le había encargado la misión de mantenerme bajo control y de pasarle el chivatazo con carácter de urgencia si se me iba la pinza con alguna decisión.
—Sargento, ¿a ti no te preocupa la muerte?
—Me preocupa que mates a alguien si no miras la calzada. —No era tema de conversación para esas horas de la mañana, pero al parecer el cadáver de Elena había impresionado a mi compañera—. Además, estoy curado de eso, ya sabes que he estado casado dos veces.
—Ya, pero yo me refiero a la muerte que te deja frito.
—No dediqué un instante en pensar por qué nacía; tampoco emplearé mucho tiempo en meditar por qué me muero. Creo que fue Pascal

quien dijo que la mejor manera de soportar la muerte es no pensar en ella.

—Llevo días pensando en lo tuyo y… no sé, me parece injusto.

—¿Injusto? ¿Desde cuándo la naturaleza es justa? A unos los convierte en genios y a otros en tarados. ¿Crees que el ciego, el que nació sin un riñón o el intolerante a la lactosa cree que la naturaleza ha sido ecuánime con ellos? Además, la muerte también tiene cosas buenas.

—¿Cómo qué?

—Dejaré de tener estas agradables conversaciones matinales contigo.

—También podrías dejar de fumar y de beber, quizás así…

—Si quisiera consejos viviría en Barcelona en casa de mamá, guapa. Además, ¿qué coño importa ahora? Meo una mezcla de orina y sangre, y si no fuera por las doce pastillas diarias que me meto entre pecho y espalda, ni siquiera podría levantarme de la cama. ¿De verdad crees que decidirme a llevar una vida sana va a cambiar alguna cosa?

—No sé. Quizás solo sea que me sorprende no verte triste o deprimido.

—Vaya, es la primera vez que me reprochan mi simpatía natural.

—Te veo tan entero, tan decidido a seguir con tu vida como si no pasara nada…

—Dicen que hasta la muerte, todo es vida.

—Yo, en tu caso… No sé… ¿Habías estado alguna vez a punto de morir?

No tuve que hurgar demasiado en mi memoria. Es cierto que el hábitat natural de un policía son las zonas de peligro, pero a lo largo de una dilatada carrera profesional son contadas las veces que la muerte te mira a los ojos.

—Alguna. Cuando yo era cabo en la comisaría del Raval de Barcelona… Entonces los turistas aún no se atrevían a alejarse demasiado de las Ramblas. Un grupo de camellos mexicanos estaba intentando hacerse un hueco entre el hampa barcelonesa, pero habíamos recibido un par de chivatazos y se había organizado una espectacular batida con muchas sirenas y más de un centenar de agentes… Habíamos hecho siete detenciones y decomisado suficientes quilos de coca como para idiotizar a toda la ciudad. Al parecer, la banda no estaba acostumbrada a que la policía les plantara cara. Así que una tarde recibimos una llamada para atender una disputa doméstica y nos mandaron a Rojo y a mí en un coche patrulla. Era una trampa, una especie de escarmiento. Cuando llegamos a la dirección, aparecieron tres tipos con pistolas automáticas y empezaron a vaciarnos sus cargadores. Eran matones, sabían lo que hacían. Durante un par de segundos supe que estaba muerto. No había escapatoria, todo estaba perdido. Nuestro coche recibió treinta y siete impactos

antes de que ninguno de los dos consiguierámos sacar la pistola y responder al ataque. Fue dar el primer disparo de respuesta y los tres pistoleros se dieron a la fuga. En el coche no quedaba ni un cristal y las puertas parecían coladores, pero increíblemente los dos estábamos de una pieza. Fernando había recibido tres impactos; yo, dos. Teníamos sangre por todos lados, pero ninguna herida era ni siquiera inquietante. Era imposible que estuviéramos vivos. Pero allí estábamos, sonriéndonos, felices con nuestras balas en el cuerpo, sangrando como cerdos, pero riendo como si nos hubiera tocado la lotería. A veces hay que creer en los milagros.

—¡Jolín, eso sí es estar cerca! ¿De verdad crees en los milagros?

—Por supuesto. Aunque tengo más fe en los contramilagros.

—¿Y eso qué se supone que es?

—Aida, mi primera esposa, era un auténtico bombón. Una bróker despiadada y amante del dinero por encima de todo, pero tenía una carita que amansaba a las fieras. Era pequeñita y de apariencia frágil; quizás por eso se dejaba la piel en el gimnasio, tomaba batidos de proteínas y pesaba las hojitas de lechuga que comía. A los dos meses de matrimonio comprendimos que habíamos cometido un error imperdonable y nos despedimos de una forma más o menos civilizada, sin cuchillazos ni disparos por la espalda. Mantuvimos más o menos el contacto y hasta nos regalamos algún revolcón durante mi segundo matrimonio. Pero un día de septiembre del año pasado, tras un partido de pádel con su nueva pareja, dijo que necesitaba sentarse un segundo a descansar y ya no se volvió a levantar. Allí se quedó, fulminada en una banqueta del vestuario. Tuvieron que esperar que pasara el *rigor mortis* para arrancarle su saludable sonrisa de la cara. Tenía treinta y nueve años recién cumplidos y parecía la persona más sana del planeta. El forense no fue capaz de encontrar un motivo que justificara su muerte. Y, sin embargo, ya ves, no tuvo tiempo ni de despedirse.

—¡Vaya, no sabía…!

—La moraleja de la historia es que no tiene sentido preocuparse por aquello que no puedes dominar. En el bombo de la lotería hay bolas buenas y bolas malas. Te puede tocar un oído finísimo para la música o un cáncer de colon. Pero te toque la bola que te toque no la puedes devolver.

Por fortuna llegamos a comisaría antes de que la metafísica doméstica nos provocara un corte de digestión. Apenas me senté en mi mesa, el sargento Ramón Sainz de Heredia, un imbécil pretencioso a quien había empezado a odiar desde el preciso momento en que cruzamos las miradas, dejó caer junto a mi ordenador dos carpetas etiquetadas con sendos nombres: Justo Aragay Balmaseda y Elena Izbasa Bujor.

—De Gea me ha pedido que busque en las bases de datos e internet y que te prepare estos dosieres. No te acostumbres, capullo.

—Descuida, gilipollas.

Mientras mi compañera se ocupaba de investigar los nombres de las tumbas cercanas al cadáver de Elena Izbasa, yo me entretuve en leer los pocos datos que guardaban las páginas impresas de las carpetas de mi amigo Sainz de Heredia.

Venían a explicar que Justo Aragay Balmaseda había nacido el 2 de septiembre de 1961 en Villar del Rey, en la provincia de Badajoz. Por lo tanto, iba camino de los cincuenta y dos años. A los seis, su familia —sus padres, dos hermanas y él— se trasladó a Barcelona, donde papá Aragay había comprado una pequeña tienda de libros de segunda mano. Justo superó el Bachillerato y los dos primeros cursos de la carrera de Geografía e Historia con buenas notas, pero las deudas familiares expulsaron al joven de las aulas y lo llevaron hasta una vieja tienda de antigüedades en la ciudad de Lleida, en la que entró como ayudante a las órdenes de un anciano viudo y sin descendencia que unos años después acabaría regalándole el negocio. De forma inexplicable, la tienda empezó a crecer y crecer hasta convertirse en la pequeña mina de oro que había hecho de su propietario un hombre rico. El 8 de enero de 1989 se había casado en un juzgado con Elena Izbasa Bujor, de diecisiete años, una joven rumana nacida el 28 de febrero de 1971 en una granja avícola a las afueras de Mutfarlar, una población cercana a la ciudad costera de Constanta. El informe no detallaba cómo se habían conocido ni las circunstancias de esa boda.

En 1999 Justo Aragay ingresa en el partido Convergència Democràtica de Cataluña y aparece en la lista de candidatos a las elecciones de ese año al Parlament, pero en uno de los últimos puestos. Durante unos meses ocupa un cargo en la Conselleria de Governació, pero es relevado sin ninguna explicación. En las elecciones de 2003 vuelve a figurar como candidato en un puesto más elevado de la lista. Por unos pocos votos no consigue convertirse en diputado. A partir de entonces, su nombre deja de aparecer relacionado con la política y parece concentrarse en su actividad empresarial, por la que recibe un par de premios de las cámaras de comercio.

Desde 2007, Elena era propietaria de una pequeña sala de exposiciones llamada Montmartre, situada en una zona muy concurrida de la capital y por la que habían desfilado pintores de poco renombre. La mujer también colaboraba activamente con diversas organizaciones benéficas no religiosas y había encabezado algunas iniciativas de carácter social. Por lo visto era toda una institución en la ciudad.

El informe apuntaba también que el matrimonio había adoptado dos

hijos a principios de 1999: David, un varón enfermizo que había acabado cortándose las venas el día de su decimosexto cumpleaños; y Laura, nacida el 30 de diciembre de 1992, una joven que hacía poco más de un mes que había cumplido diecinueve años.

Por último, los expedientes dejaban constancia de que Justo había sido castigado hasta con ocho multas por faltas administrativas de poca importancia y detallaban que había sido objeto de dos investigaciones por asuntos relacionados con el tráfico de arte, aunque ni siquiera había llegado a ser juzgado.

La documentación adjuntaba algunas fotos en las que Justo aparecía siempre con sombrero, gafas y traje oscuros, a menudo en compañía de personajes importantes: empresarios, políticos, artistas… En los pasillos del Parlament, en la inauguración de una autovía, en una cena entre capitostes del partido… hasta se le veía estrechando la mano del rey Juan Carlos en una sala señorial, sin duda de un palacio.

No era mucho. Pero sí suficiente para comprender que el consejo que me había dado el cabo era de lo más sensato y que haría bien en ir con mucho tiento con aquel sujeto.

Dejé a Azucena hurgando en el ordenador y, puesto que no estaba lejos, me acerqué caminando hasta la galería situada en la calle Doctor Fleming.

Lucía un ostentoso letrero de madera donde solo podía leerse una palabra: «Montmartre». Para mi sorpresa, estaba abierta. Sobre la puerta corredera de vidrio podía leerse el horario: de 10:00 a 13:30 h y de 16:30 a 20:00 h. Abierta todos los días de la semana. En las paredes colgaban unas acuarelas de gran formato que eran poco más que manchas sin sentido y que parecían reclamar a gritos la clemencia de un fuego purificador. Tras una mesa atiborrada de folletos se hallaba una joven muy seria y estirada, vestida con un traje de chaqueta oscuro, de otro siglo. Enseguida clavó sus ojos en mí, como si esperara algún tipo de revelación. Comprendí que la chica se había enterado de la muerte de su jefa y estaba nerviosa, pero que nadie se había tomado la molestia de decirle qué debía hacer. Tras identificarme, confirmó mis sospechas.

—Ni una palabra, oiga. No sé a quién llamar… —Y decoró sus quejas con unos pucheros deliciosamente infantiles.

La chica se llamaba Estela, estudiaba Bellas Artes y cumplía una media jornada matinal embutida en un uniforme azul marino de falda y americana ceñidas y gorrita de *majorette*. Según sus palabras, el sueldo no era nada del otro jueves, y el uniforme era casi una humillación, pero no requería mucho esfuerzo y el trato era bueno. Además, el trabajo le permitía conocer pintores y descubrir la trastienda de los corrillos artísticos. Para Estela, la propietaria de la

galería era un ejemplo de delicadeza y una trabajadora infatigable. Conocía a todo el mundo y todos parecían apreciarla. Estela no podía imaginar que nadie le deseara la muerte.

—¿Dirías que le preocupaba algo? —se me ocurrió preguntarle.

—No sabría qué decirle. Conmigo siempre ha sido muy amable, pero tirando a discreta.

—No tenía el aspecto de pasar desapercibida.

—Oh, se refiere a su rostro y a su ropa. Siempre lucía vestidos carísimos que le sentaban de maravilla. Y no me extraña, oiga, porque era guapísima. Además, cuidaba mucho su imagen. Ya sabe: deporte, peluquería, manicura, tratamientos corporales y faciales…

—¿Y joyas?

—Siempre —respondió sin tener que pensar—. No salía de casa sin sus pendientes ni sus anillos.

—¿Ayer los llevaba?

Ni siquiera se paró a pensar.

—Por la mañana sí, por supuesto.

—¿Su marido viene mucho por aquí?

—Llevo poco más de un año trabajando en esta sala y no lo he visto jamás cruzar esa puerta. Ni siquiera cuando hemos inaugurado alguna exposición.

Se notaba que la chica adoraba a su jefa, pero su trato era exclusivamente laboral, por lo que me servía de poco. Le aconsejé que se pusiera en contacto con el marido de la propietaria, a quien precisamente me disponía a visitar.

El paseo no había sido gran cosa, pero me dejó cansado. ¿Qué sentido tenía meterme en una investigación que quizás ni siquiera llegaría a concluir? Mientras pensaba en alguna excusa para librarme de aquel engorro de caso, entré en comisaría para tomar un café y las dos pastillas de media mañana… El desbocado entusiasmo de mi compañera me sentó como una bofetada.

—¿No te parece emocionante estar metido de nuevo en una investigación?

—No quepo en mí de gozo —aseguré controlando una arcada.

Nos agenciamos un vehículo y pusimos rumbo a la casa de los Aragay, una dirección a pocos quilómetros de la ciudad, en la carretera de Andorra. Por el camino, Azucena me comentó los pobres resultados de sus pesquisas. La mayor parte de las personas enterradas en los alrededores del lugar donde habíamos hallado el cuerpo de Elena Izbasa habían muerto a edades avanzadas y nada parecía relacionarlas con nuestro cadáver. Tan solo llamaba la atención el nombre de una mujer más o menos de su edad, María Victoria Castany, que había resultado ser una maestra de escuela muerta en un

accidente de coche siete años atrás. Tendríamos que husmear un poco más en la vida de esa pobre mujer, aunque todo apuntaba a que iba a resultar un esfuerzo inútil.

Justo Aragay no vivía en una casa, aquello era un castillo del siglo XXI. En uno de los montículos que rodean la ciudad de Lleida, el Anticuario había mandado construir una flamante fortaleza de tres plantas, rodeada de chopos y de una primorosa zona ajardinada. Tuvimos que llamar a un interfono para que la enorme reja que daba acceso a la finca se apartara a nuestro paso, como en una reverencia. Avanzamos con el coche por un camino de asfalto impecable y flanqueado por tiestos con todo tipo de cactus e hileras de rosales que en primavera debían de ofrecer una bienvenida esplendorosa, pero que en invierno solo era cordial. A la vez que nuestro vehículo rodeaba la fuente que centraba la rotonda frente a la mansión, un enorme coche oficial abandonaba la finca. Supuse que ya había empezado el previsible rosario de condolencias oficiales.

Al edificio, que proponía una decoración de madera exterior en contraste con paredes vidriadas, se accedía por una escalinata de mármol blanco de no menos de quince escalones. Nos recibió en un vestíbulo suntuoso una mujer que parecía haberse vaciado por los lacrimales. Le eché unos cincuenta, aunque resultaba difícil acertarle la edad a un rostro deformado por el dolor. Pedimos ver al propietario y la mujer nos hizo pasar a una especie de salón-biblioteca con butacas de estilo Luis XVI tapizadas con un terciopelo de color crudo y unos ventanales que ofrecían unas vistas magníficas de la ciudad cercana. Olía a cera, a barniz y a dinero. En las paredes, lucían unos cuantos recortes de diario enmarcados y fotografías de Justo Aragay estrechando la mano del rey Juan Carlos o pasando un brazo amistoso por los hombros del entonces presidente de la Generalitat, Jordi Pujol.

Tras más de un cuarto de hora de espera, la mujer nos acompañó a un fabuloso despacho forrado de estanterías repletas de libros con encuadernaciones antiguas. Caminamos por una preciosa alfombra y dejamos a los lados varios expositores de vidrio con piezas que parecían sustraídas del Museo Británico: cajas de marfil, candelabros dorados, cruces de plata con piedras incrustadas… Los únicos indicios de modernidad eran dos expositores repletos de discos de vinilo y compactos. Solo una pared se resistía a la decoración exuberante; de ella colgaba una pintura al óleo que reproducía una especie de masía junto al mar.

Una aparatosa mesa de caoba y una gran butaca daban al Anticuario el aspecto de un rey sentado en su trono, dispuesto a impartir justicia. Que llevara dentro de su casa un sombrero oscuro como para salir a atracar furgones blindados le otorgaba un aspecto ambivalente, entre

cómico, malvado y señorial. Lo habíamos sorprendido con *La Vanguardia* abierta sobre el escritorio.

—¿Has leído los diarios, amigo Claramunt? —preguntó mientras se levantaba para estrecharme la mano y lucir su traje azul marino de corte impecable.

Parecía preparado para una recepción en la embajada, pero sus modales no estuvieron a la altura de su corbata, puesto que ignoró de forma un tanto ofensiva la presencia de Azucena.

—¡No, por dios! La tragedia me produce gases. Soy un apasionado defensor de la comedia.

Se acercó a la licorera cargada de botellas que tenía a su lado y rellenó la enorme copa de coñac de la que estaba bebiendo. Con un simple gesto me invitó a que tomara una copa con él y consideré que era una intolerable falta de educación despreciar licores tan sagrados.

—Esto de beber en horas de servicio… ¿no irá a meterte en un jaleo?

—No sé, quizás sí. A lo mejor hasta me abren un expediente…

Las pastillas y el alcohol formaban una combinación explosiva, pero ya me daba todo un poco igual, así que señalé una botella de *whisky* escocés, un Glenmorangie Astar de dieciocho años, y nuestro anfitrión dio su aprobación con un gesto de asentimiento. Sirvió una dosis generosa en un vaso ancho y pesado y esperó a que yo diera el primer sorbo y le regalara mi más sincera sonrisa de agradecimiento.

—Al menos habrás oído las noticias… El Papa Benedicto XVI ha anunciado que le faltan fuerzas para seguir con su pontificado y ha decidido retirarse. ¿No te parece una actitud digna de admiración?

—No sé qué decirte. Supongo que habrá echado sus cuentas y le quedará una buena pensión.

Regresó a su trono con cara de decepción y con un gesto de la mano nos animó a que tomáramos asiento en unas sillas forradas de terciopelo que parecían acabadas de ser sustraídas de un salón de Versalles.

—¡Lástima que no seas una persona religiosa! La espiritualidad del cristianismo no solo da sentido a nuestras vidas, también ofrece un modelo de comportamiento y nos define las fronteras entre el bien y el mal. Al margen de ella, todo es incertidumbre, ruindad y caos.

—Algo parecido predicaba mi profesor de catecismo justo antes de intentar meterme mano. Desde entonces espero que la palabra de Dios llegue a mis oídos sin intermediarios. Además, el caos no está tan mal. Te quita muchas obligaciones.

Elevó los ojos al cielo y dejó escapar una sonrisa cansada que venía a expresar que él lo había intentado, pero que el demonio era testarudo e infatigable.

—En fin, supongo que no has venido hasta aquí para discutir de doctrina. Seguro que tendrás algunas preguntas que hacerme.

Asentí mientras luchaba por que el último sorbo de licor no me arrastrara a un éxtasis místico.

—Lo primero que me intriga es saber por qué has pedido que me encargue yo de la investigación.

Mientras hacía girar el coñac dentro de su copa, dedicó unos segundos a estudiarme con evidente descaro. Era un gesto de jugador de póquer que ya le conocía. Quizás por eso no me intimidó.

—¿Y por qué no? Me pareciste un tipo de fiar. Se puede saber mucho de una persona por su forma de perder en el juego.

Era algo parecido a una ofensa, aunque no exenta de cierta sutileza. En cualquier caso, resultaba una explicación insuficiente, pero el tipo no parecía inclinado a esforzarse mucho más. Si Justo Aragay había tenido algo que ver en la muerte de su esposa, el hecho de que hubiera pedido a De Gea que me encargara la investigación sin duda significaba que me consideraba un idiota incompetente. En cambio, si de alguna forma se sentía amenazado por aquella muerte, tal vez quería decir que intuía en mí a un buen profesional.

—Necesito que me hables de tu esposa y de tu relación con ella —dije mientras me dejaba mecer por el aroma de mi *whisky*.

—¿Qué quieres que te diga, sargento? Ha sido un matrimonio longevo. Acaso demasiado. Cuando conocí a Elena era solo una niña, pero me quedé prendado de ella. Me casé y puse a sus pies cuanto tenía, que era mucho menos de lo que tengo ahora. Pero ya debes de saber que el amor solo es amor al principio. Después la relación se convierte en una lenta acumulación de renuncias y afrentas que nunca desaparecen del todo y que los hijos solo empeoran. Desde hacía años ella se dedicaba a sus artistas y yo a mis negocios. Nos iba bien. Nos ignorábamos con una discreta elegancia.

—Pero vivíais juntos…

—¡Oh, por supuesto! Ella era una persona muy tradicional…

—¿También era una persona religiosa?

—En absoluto. Era católica pero no practicante. Colaboraba con instituciones religiosas, pero prefería evitar poner los pies en una iglesia. Esa actitud nos costó más de una discusión. Pero si no le interesaba el divorcio no era por razones religiosas, sino más bien por comodidad alimenticia. Su situación actual le resultaba suficientemente atractiva y ventajosa. Quiero decir que a ella mi dinero no le molestaba. Por mi parte, yo gozaba de toda la libertad que preciso, y cuando necesitaba una esposa para lucir en sociedad, la tenía justo a mi lado. Resultaba una relación muy conveniente para ambos.

—¿Y para tus hijos?

—Bueno… —Dejó escapar una breve sonrisa para subrayar que todo aquello le importaba un nabo—. David no supo llevar demasiado bien

nuestra peculiar relación. Ya sabrá —y se interrumpió para echar un largo trago— que se borró del mapa hace unos años. Una pena. Era un chico frágil, muy débil, un eterno problema desde el día en que lo trajimos a esta casa… Todo el dinero que invertimos en psicólogos, terapeutas, consejeros y en escuelas privadas solo sirvió para complicarnos la vida. El cabrón buscó una forma de suicidarse que resultara especialmente dolorosa para quienes lo rodeábamos; a quienes acusaba, como buen maníaco depresivo, de todos sus males imaginarios. Se encerró en el baño, se cortó las venas en la bañera y dejó que el agua corriera, se derramara por el suelo del baño, se colara por debajo de la puerta y bajara por los peldaños de madera de las escaleras hasta inundar el vestíbulo y alcanzar la puerta de entrada de nuestra antigua residencia. ¿Te imaginas lo que supuso llegar a casa aquella tarde y encontrar el suelo teñido de rojo? Ni un equipo de limpieza consiguió arrancar aquel color rojizo de las escaleras. Elena acusó tanto aquella muerte que tuvimos que mudarnos a este nuevo edificio.

—También tenéis una hija…

—Sí, Laura. —En su cara se dibujó una sonrisa—. Una chica rebelde, pero por fortuna mucho más saludable. La adoptamos con cinco años y la verdad es que nunca llegamos a civilizarla del todo. No se puede decir que hayamos tenido mucha suerte con nuestros herederos. Cuando Laura tenía dieciséis años se marchó de casa. Denunciamos su desaparición, pero no llegamos a saber nada nunca más. Ni siquiera se molestó en dejar un número de teléfono. Sé que alguna vez ha llamado a su madre, pero yo no he vuelto a saber de ella. La verdad es que tampoco me he molestado en preguntar demasiado. De hecho, ni siquiera sé cómo anunciarle la muerte de Elena. En cualquier caso, no sé por qué necesitas conocer todas estas intimidades para encontrar al tipo que atracó a mi mujer.

Le devolví aquella mirada morosa y valorativa que él me había dedicado hacía tan solo unos instantes. No me pareció un firme candidato a padre del año.

—Pareces convencido de que fue un atraco, pero nosotros debemos contemplar también otras posibilidades.

—¿Quieres decir que quizás la mataran de forma premeditada? ¡Qué estupidez! —Se sorprendió sin demasiada convicción.

—Por supuesto también me toca preguntarte dónde estabas ayer por la tarde.

Justo se rio de nuevo, como si tener que aportar una coartada para un asesinato resultara la cosa más divertida del mundo. Se quitó las gafas y dejó al descubierto unos ojos miopes.

—Por supuesto. Ayer tocaba inventario en nuestra tienda, y eso significa que desde las cuatro de la tarde hasta las nueve y media de la

noche estuvimos muy atareados. Puedes preguntar a Arnau, el chico del almacén, y al señor Cásper, que me sigue a todas partes. Cualquiera de los dos te lo podrá confirmar. Hasta tenemos cámaras que imagino que me estuvieron grabando… Después vine a casa. El servicio puede confirmarlo.

Se puso las gafas, acabó su copa de un largo trago y se levantó casi de un salto. Tuve que imitarlo.

—Haced lo que tengáis que hacer, pero yo no he visto a mi mujer sin pendientes ni siquiera en la cama. El tipo que le pegó un tiro se llevó todas sus joyas. A mí me parece un simple robo que se torció de manera lamentable.

—¿Existe la posibilidad de que la muerte de su esposa tenga que ver con sus negocios, señor? —intervino Azucena un poco intimidada por la fastuosidad de la butaca.

El Anticuario dejó la copa sobre la mesa que nos separaba y dedicó unos segundos a corregir el perfecto estado de su vestimenta. Parecía haberle inquietado la pregunta. Era evidente que había contemplado esa posibilidad, y que le molestaba.

—No veo qué podía ganar nadie con su muerte.

Al iniciar el camino hacia la puerta de salida del despacho, me fijé en una especie de vitrina-expositor colocado entre un par estanterías. El mueble estaba formado por dos piezas de mi altura. La de la izquierda contenía una enorme cantidad de relojes de bolsillo, todos ellos relucientes. La de la derecha, una preciosa colección de armas antiguas.

—¿Son pistolas para duelos? —me detuve a preguntar.

—La mayoría. ¿Le gustan, sargento? Seguro que nunca había admirado una colección como esta.

—¿Y funcionan?

Justo estalló en una risa que parecía sincera.

—No sea torpe conmigo, sargento. Usted sabe perfectamente que las armas de colección deben tener el percutor recortado para que resulten inofensivas. Aunque es cierto que no todas funcionan con un sistema de percusión. Las más antiguas usan un sistema de mecha. Otras utilizan un mecanismo posterior, el llamado sistema de chispa.

Abrió la puerta del expositor con la llave que colgaba de la cerradura y sacó un par de pistolas que puso en mis manos. Eran pesadas y hermosas. Y muy antiguas. Apunté a un enemigo imaginario que corriera por la habitación.

—Estas todavía podrían causar algún daño. Pero habría que cargar la pólvora, introducir una bala de plomo, baquetear la mezcla, prender la mecha y rezar para que la munición alargara más de unos pocos metros. Si realmente quisieras causar algún daño, te sería más fácil utilizarlas para golpear en la cabeza de tu enemigo.

—No todas son tan antiguas.
—Por supuesto. Fíjate en esa de ahí. Es una pistola inglesa fabricada por un armero famoso llamado Bailes hacia 1750. Tiene dos cañones giratorios y pesa aproximadamente un kilo. Tiene cachas de marfil y decoración en plata envejecida. Una auténtica joya. Tuve que pujar por ella en una subasta y me costó una fortuna. O estas otras pistolas americanas: unas Kentucky del siglo XIX…
Se interrumpió de golpe. Había abierto una de las cajas y en su interior había aparecido una hermosa pistola de chispa con cuerpo de madera y mecanismos externos de tiro de color dorado. A su lado, sin embargo, quedaba sobre el terciopelo rojo el hueco de otra pistola que, a tenor de la mirada de nuestro anfitrión, debería estar ocupado.
—En fin, tendrán que disculparme, pero tengo mucho trabajo y ni siquiera existe la posibilidad de que ustedes lleguen a convertirse en clientes.
Apenas abrimos la puerta del despacho, apareció la mujer que nos había recibido.
—Quizás sería conveniente que echáramos una ojeada a la habitación de su mujer —propuse, en parte porque me parecía sospechoso que tuviera tantas prisas por deshacerse de nosotros—. Nunca se sabe qué puede aparecer.
—Hagan lo que quieran. Mihaela era su asistenta y probablemente la conocía mejor que yo. Ella sabrá explicarles dónde está todo. Ahora, si me disculpan…
Y nos cerró la puerta del despacho en las narices. Desde luego, la muerte de su esposa parecía significarle más una molestia que un verdadero motivo de preocupación.
—Azucena, deberíamos encontrar a alguien que nos hable un poco de este tipo y que nos dé toda esa información que no sale en los informes oficiales.
Lo dije sin poner ningún cuidado en evitar que la asistenta me oyera, pero la mujer no movió ni una arruga de su rostro.
—Tengo a la persona adecuada, jefe —me informó Azucena.
Mihaela era una mujer de apariencia robusta, poco femenina comparada con la delicadeza de su difunta señora. Tenía una mirada avergonzada y una voz temblona, pero sus manos y su espalda desprendían fuerza. De su cuello colgaba una cadena con un pequeño crucifijo de plata. La seguimos por una escalera colonial alfombrada hasta una habitación de la segunda planta. Fue abrir la puerta y oír cómo aquella mujer que aparentaba ser todo vigor se venía abajo y empezaba a derramar las pocas lágrimas que le quedaran. Azucena la acogió en un abrazo discreto que pretendía ser un simple gesto de consuelo, pero la mujer se agarró como si llevara horas esperando un hombro sobre el que licuarse a gusto.

—¡Era tan buena! —balbuceó entre hipidos, aunque sus erres sonaban como truenos.

Estábamos justo delante de un retrato al óleo que llenaba un enorme trozo de pared, desde el techo hasta el zócalo. Elena Izbasa resplandecía con todo su encanto. Lucía una melena muy larga y sonreía. Su mirada te vencía. Un niño y una niña, ambos muy serios, se pegaban a sus piernas, como si a ellas no pudieran llegar las amenazas del mundo.

—¡Joder! —Fue la forma más ocurrente de expresar admiración que se me ocurrió.

—¡Jo! —resumió mi compañera.

El asombro se extendió al resto de la habitación: setenta u ochenta metros cuadrados de parqué, cama con dosel, butacas de filigrana, mesa de madera oscura, secreter y licorera a juego… Cuando me acerqué al vestidor que se abría en una pared y descorrí uno de los paneles de los muchos metros de armario que forraban el rincón, los hipidos de la asistenta se interrumpieron de golpe:

—¡No toque nada, por favor! —Casi me amenazó. Inmediatamente se sintió obligada a dar una explicación a todas luces absurda—. A ella no le gusta que nada quede fuera de su sitio.

Efectivamente, el contenido de aquellos armarios gigantescos estaba dispuesto con regla, escuadra y cartabón. Todo doblado con un mimo exagerado y simétricamente dispuesto; por supuesto, ni la menor sospecha de polvo.

—Mihaela, ¿se ocupaba usted de la ropa? —preguntó mi compañera.

—Yo me ocupaba de todo lo que tuviera que ver con Elena desde hace más de veinte años —respondió mientras bajaba la mirada, como si le avergonzara tener que confesar que su señora necesitara algún tipo de ayuda—. Le gustaba tener a alguien con quien hablar rumano, ¿sabe?

—¿No la acompañó ayer al cementerio? —insistió Azucena.

Como si temiese que fuésemos a reprenderla, la mujer levantó la mirada y pareció ponerse a la defensiva.

—Visitar a su hijo era una de las pocas cosas que casi siempre hacía sola. Ahora me arrepiento de no haberla acompañado. Me quedé aquí, ¿sabe?, como una tonta, arreglando uno de sus vestidos preferidos.

—No se atormente, Mihaela —intentó consolarla mi compañera—. Seguramente podría haber hecho muy poco contra una pistola.

La mujer asintió entre lágrimas. Tanto lloriqueo y tantos gestos de consuelo empezaban a producirme arcadas.

—¿La señora solía ir al cementerio cargada de joyas? —pregunté—. ¿Llevaba ese día sus anillos y sus pendientes?

—No la vi marchar, pero seguro que sí. De hecho, esa tarde salió con tiempo para ir a hacer alguna compra.

—¿Observó algo raro en su comportamiento de los últimos días? ¿Sabe si había tenido algún enfrentamiento con alguien…?

Mihaela casi pareció ofenderse.

—Elena era una señora y siempre trataba bien a todo el mundo. Por mucho que los problemas la asediaran, nunca dejaba mostrar sus preocupaciones.

—¿Y qué me dice de la relación de Elena con su marido?

La mujer volvió a bajar la vista y pareció que hacía un gran esfuerzo por morderse la lengua. Antes de abrir la boca miró a su alrededor para asegurarse de que no había otros oídos escuchando.

—Ese bestia la despreciaba y la trataba como si fuera un trapo. Si alguna vez la quiso, ya hacía mucho tiempo que había dejado de amarla. Ya hasta habían dejado de discutir. Él se reía de su sala de exposiciones y de sus amigos artistas, porque solo sabe apreciar el dinero y el poder. La gente normal solo le merece desprecio. A él únicamente le interesan sus negocios, sus cachivaches antiguos y sus putas. No es una buena persona.

—No me parece muy recomendable que vaya hablando así de su jefe…

—No se preocupe por eso, sargento. Sin Elena en la casa, mi futuro está más que sentenciado. Nunca me ha tratado con mucho cariño, así que supongo que ahora se librará de mí.

—¿También trataba mal a sus hijos?

—Por supuesto. Y eso es lo que peor soportaba mi Elena. David se quitó la vida porque estaba harto de escuchar los reproches de su padre. El chico era un encanto, muy listo y cariñoso, pero un poco… no sé cómo explicarle… poco viril, ¿sabe? Y eso encendía a su padre, que le pegaba, lo insultaba y acusaba a su madre de haber criado poco menos que a un monstruo. El pobrecito no supo cómo enfrentarse al tirano de su padre y acabó recurriendo a la peor solución.

—¿Y la chica?

Mihaela dejó escapar un suspiro y se acercó al secreter, de donde cogió una fotografía y se acercó a mostrármela. Era la imagen de una niña de quince o dieciséis años, alta y delgada, de aspecto quebradizo, pero que sonreía a la cámara con una cierta altanería.

—Mírela. ¿Es guapa, verdad? Ahora ya tiene… —se detuvo un instante a calcular— diecinueve años. A David y a Laura los sacaron de pequeños de un hospicio. El chico era de naturaleza complicada, pero ella siempre ha sido una superviviente. Tiene carácter, como su padre, pero también sabe ser dulce y cariñosa. La casa perdió su alegría el día que decidió desaparecer. Pero no le reprocho que se fuera, sargento, porque no se puede vivir a la sombra de un árbol que acapara toda la luz…

—¿Se refiere a su padre?

—Por supuesto. No es fácil vivir al lado de ese hombre. Por eso la niña ha tenido que buscarse la vida por ahí, lejos de casa…

—Eso significa que no se entendían…

—Salvo ese culturista que lo acompaña, nadie se entiende con él. Al Anticuario se le obedece o se le combate. No hay término medio. La niña lo entendió muy pronto, y en cuanto pudo decidió largarse para aspirar a convertirse en una persona normal. Desde luego, a él no le hizo mucha gracia que su hija se fuera sin dejar ni una dirección.

—¿Quiere decir que se fue y no han vuelto a saber de ella?

—No, no, nos llama a veces, para decirnos que no nos preocupemos por ella e interesarse por la sala de exposiciones y esas cosas, porque a su madre sí la quiere… Bueno, la quería, pobre. Ahora tendré que buscar la manera de hacerle saber lo que le ha pasado a Elena…

Antes de abandonar aquella habitación, le eché una última mirada a aquel cuadro formidable y me pregunté cómo debe ser una persona que cada día se tumba a dormir contemplando su propia imagen agigantada. ¿Qué debía pensar? ¿Qué debía sentir al desvestirse ante las imágenes de sus hijos perdidos?

Mientras Azucena y yo volvíamos en coche a la comisaría, me asaltó por sorpresa el recuerdo de mi primera mujer. Tras haberla apartado durante mucho tiempo de mi memoria, esa era la segunda vez que pensaba en ella con pocas horas de diferencia. Quizás porque se parecía mucho a la chica de la foto que había sostenido minutos antes entre las manos. Aida Bernis y Laura Aragay compartían una cara aniñada y cierto aire de pureza y de fragilidad que excitaba alguna de esas glándulas del cerebro que segrega los deseos de proteger a una persona. Aida era competitiva, asilvestrada, malhablada y tenía un carácter de mil demonios, pero cuando bajaba la guardia solo parecía una niña asustada que buscaba un lugar donde esconderse. Le apasionaba su trabajo. Se las arreglaba para que en cualquier conversación aparecieran palabras como «Ibex», «Nikkei», «Nasdaq» y cosas así. Trabajaba hasta cuando follábamos. Pero los altibajos emocionales que le producían las alzas y bajas de las bolsas convertían la convivencia en una fiesta y en un infierno sin apenas tránsito. Intenté convencerla de que esa no era forma de vivir y de que necesitaba reinventarse. Me hizo caso. Un día preparó mis maletas y me pidió que me largara. Nunca se lo reproché. En parte porque yo tampoco era ningún chollo, pero sobre todo porque todos nos merecemos la oportunidad de arruinarnos la vida como queramos. A partir de entonces nos vimos solo muy de vez en cuando. Quedábamos para comer, porque quería escuchar mis consejos, aunque nunca llegara a hacerme ningún caso. Le fue bien y mal, claro. A veces hasta las dos cosas a la vez. Creo que la quise alguna vez. Al menos, cuando

supe que había caído fulminada por una parada cardíaca en el vestuario de un gimnasio, sentí que algo importante de mi vida me había abandonado.

Cuando llegábamos a comisaría, Azucena me comunicó que había encontrado a la persona que nos podía contar los secretos de Justo Aragay. Se trataba de su cuñado, el marido de su hermana Julia, periodista del diario *Segre* y de un par de digitales, que estaría encantado de hablar con nosotros sobre el Anticuario. Podíamos encontrarlo en la redacción a cualquier hora de la tarde.

Entramos en la comisaría cuando ya era casi la hora de comer. Decidimos dedicar los últimos minutos de la jornada matinal a inspeccionar el contenido del bolso hallado junto al cadáver de Elena Izbasa y nos sorprendió que hubiera muy pocos objetos y que todo estuviera perfectamente ordenado: una polvera y un pintalabios, una libretita con bolígrafo repleta de notas en castellano y en rumano, un teléfono móvil de última generación… Del monedero había desaparecido el dinero, pero las tarjetas y los carnés seguían en su sitio. Unos cuantos recibos de compra estaban bien colocados en uno de los separadores. Yo había tenido dos esposas y los imponderables matrimoniales me habían obligado alguna vez a meter la mano en sus bolsos. En todos los casos había experimentado una intensa sensación de peligro, convencido de que cualquier depredador rabioso podía emerger del amasijo de objetos raros y prescindibles que ambas acarreaban arriba y abajo como si fueran artículos de primera necesidad. Sus bolsos eran selvas plagadas de trampas peligrosas. En cambio, el de Elena era un ejemplo de ponderación y orden. Cada cosa en su compartimento. Una agenda de cuero sujeta al fondo mediante un sistema de velcro. Los bolsillos laterales ofrecían una impresionante colección de artículos de belleza. Un paraguas plegable permanecía atrapado en una brida interior del mismo bolso. El monedero, a pesar de que se suponía que había sido saqueado, estaba bien cerrado. El único elemento discordante era un tique de compra que rodaba suelto por el interior. Lo atrapé con el pulgar y el índice de mi mano izquierda y lo levanté a la luz del fluorescente como quien acaba de atrapar a un bicho raro y digno de estudio. Era el comprobante de compra en una joyería y tenía fecha del día anterior. Indicaba una cantidad interesante, aunque no una fortuna. Al parecer, la bella Elena había ido a comprar una joya la misma tarde de su asesinato. Resultaba curioso. O triste. O quizás inquietante.

4

Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte III]

Las cosas habían mejorado, ya lo creo. Me sentía casi feliz. Por primera vez en muchos meses.

Pide un deseo, me propuso Julián.

Y apenas me lo tuve que pensar: que me llevara a La Perdiu, para que el cabrón de Fermín rabiara al contemplar aquella especie de felicidad que empezaba a llenarme. Tal vez Julián no fuera el tipo más seductor del universo, pero mientras iba colocado respiraba una infinita seguridad en sí mismo y las historias que había detrás de cada uno de sus tatuajes resultaban divertidas… De su vida hablaba poco. Y todavía menos de sus amigos y del dinero que inexplicablemente llegaba a sus bolsillos; pero estaba claro que no era un aburrido funcionario que fichaba de ocho a dos. Me recogía cada día a la salida del supermercado y nos metíamos en un *pub* a beber cerveza y a explicarnos proyectos y mentiras. Después me invitaba a cenar unas tapas o un bocata y nos fumábamos un par de canutos. Si le preguntaba en qué trabajaba, respondía siempre de forma enigmática.

Desplazo cosas, me dijo un día.

Después se partió de risa, como si hubiera explicado el chiste más divertido del mundo.

Por lo que yo sabía, pasaba semanas tumbado en el sofá de su apartamento mirando documentales de animales y bebiendo cerveza hasta que recibía una llamada. Entonces salía pitando y desaparecía durante uno o dos días. A cambio, siempre estaba dispuesto a compartir una raya y a gastar en mí los billetes que llevase en su cartera… No sé, si me pide que destaque de él una virtud, le respondería que sabía pasárselo bien. Y eso era justo lo que yo necesitaba.

Desde luego no podía quejarme de sus secretitos, puesto que yo… ya sabe, también le había ocultado mi pasado. Tan solo le había dejado entrever una infancia miserable y la indecencia del amo del cuchitril en el que había trabajado de camarera durante unos meses… Por eso aquella tarde entramos ruidosamente en el bar La Perdiu, nos acodamos en la barra luciendo nuestras risas más escandalosas, pedimos el *whisky* más caro y nos esforzamos en exhibir una juventud obscena y feliz. La clientela quiso compartir nuestra alegría y nuestras ganas de beber, pero Fermín fue rellenando en silencio los vasos y

aguantó sin dejar escapar un solo reproche al alud de burlas y comentarios maliciosos que le íbamos dedicando. Cuando la broma empezó a perder la gracia, nos dispusimos a largarnos tras dejar una propina humillante de tan generosa… Fue entonces cuando el camarero cerró sus dedos alrededor de mi brazo y lo retuvo un instante.

Han venido a buscarte, Alba.

¡Joder, la sonrisa se me congeló en la cara! Julián vio que Fermín me había cogido del brazo y se dispuso a clavarle el puño en mitad de la jeta, pero bastó un gesto de mi mano para que también quedara como congelado.

¿De qué mierdas me hablas?, pregunté con un temblor en la voz, porque en el fondo sabía la respuesta.

Un tipo, parecía un detective o algo así… desde luego no era un madero. Estuvo aquí hace un par de días haciendo preguntas sobre ti, y hasta me enseñó una foto muy mona. Tenías el pelo moreno, no llevabas metralla en la cara y vestías como una pijita de un colegio caro de Sarrià, pero desde luego eras tú.

¿Qué le dijiste?

Se entretuvo en sonreírme o quizás solamente saboreaba su pequeña venganza antes de responder.

¿Qué querías que le dijera? Te marchaste sin decir adiós. Ni siquiera sé dónde vives.

¿Le dijiste que había estado trabajando en este bar?

No hizo falta. Si apareció por aquí es porque lo sabía, alguno de esos clientes que te miraban el culo se habrá chivado. El tipo ya sabía que ahora vas de rubia y lo de tus pulseras y esas agujas de la cara. En realidad, él sabía mucho más de ti que yo. Me dijo, por ejemplo, que no te llamas Alba.

Julián había bajado su puño y nos escuchaba con mucho interés. Decidió sumarse a nuestra charla.

¿De qué está hablando este imbécil, Alba?

No sé, ni idea, intenté mostrar convicción. Por lo que parece alguien ha venido a explicarle mentiras sobre mí.

No quería que Julián oyera más cotilleos sobre mi pasado. Por eso inicié de nuevo el mutis, pero Fermín me retuvo el brazo y esta vez apretó como si quisiera hacerme daño.

Me dejó una tarjeta, Alba o Laura o como cojones te llames. Me pidió que lo avisara si volvías por aquí y me prometió una recompensa.

Tenía la tarjeta en la otra mano y me la estaba ofreciendo. Cuando extendí la mano para cogerla, vi cómo los dedos me temblaban.

¿Vas a llamarlo y decirle que me has visto?, lo desafié.

No sé cómo, dijo mientras soltaba mi brazo y me dedicaba una especie de sonrisa triunfal. Esa es la única tarjeta que tengo con su

número de teléfono y tú estás a punto de llevártela.

Mientras abandonábamos el bar, sentí un arrebato de vergüenza. Fermín se merecía todo el desprecio del mundo y por muchas burlas que le hubiéramos dedicado nunca pagaría el trato que me había dado, pero aun así sentí una especie de agradecimiento que empezaba a mezclarse con aquel terror a ser encontrada que pensaba haber dejado atrás.

¿Qué está pasando, Alba? ¿Qué es toda esta gaita?

La voz de Julián había sonado realmente preocupada, sin duda porque había olido mi miedo. Pero me mantuve callada. La verdad, no sabía qué decir. No fui capaz de responderle hasta mucho después, cuando llegamos a su apartamento y nos sentamos los dos ante el televisor a contemplar un documental sobre serpientes venenosas y nos pasamos casi una hora sin dirigirnos la palabra. Entonces, sin que mediara ninguna otra pregunta, le solté de golpe un relato de medias verdades según el cual había escapado de un padre tiránico que había matado a palos a mi madre y que también me pegaba a mí por cualquier motivo y que al parecer ahora había contratado a un detective para encontrarme y darme caza y que todo indicaba que se estaba acercando mucho a mí. Ni siquiera tuve que improvisar un gran embuste: aquello se parecía bastante a la verdad.

Durante los días siguientes, la amenaza del detective empezó a crecer en mi cabeza hasta conseguir sacarme de quicio. Me encontrarían y vendrían a buscarme, era solo cuestión de tiempo. ¿Cómo había podido ser tan ingenua al pensar que se olvidaría de mí y que me dejaría tranquila? Yo estaba a punto de llegar a la mayoría de edad —en mi identidad falsa ya había llegado—, podía hacer lo que quisiera e ir adonde me diese la gana… Aunque por otra parte sabía perfectamente que iba a resultar muy difícil oponerse al poder y al dinero de mi padre. Encontraría la manera de hacerme la vida imposible y de obligarme a regresar. No sé… contrataría a matones que dieran palizas a mis novios, amenazaría al encargado del supermercado para que me despidiera, presionaría a Lidia para que me echara de su piso… Cuando se lo proponía, papaíto sabía ser muy persuasivo. Y desde luego era capaz de todo. Nadie se atrevería a enfrentarse a él y me obligaría a regresar con el rabo entre las piernas. ¡Joder, la mera perspectiva me hacía hervir la sangre! Por un momento me planteé la posibilidad de recoger mis bártulos e iniciar de nuevo la huida, pero Julián compensó con sensatez mi ataque de histeria.

Tú ya eres mayor de edad. Quizás tu padre te encuentre y venga hasta aquí a cantar misa, pero nunca podrá obligarte a que vuelvas a su lado. Además, es una gilipollez que te plantees la posibilidad de pasarte toda tu vida huyendo de él.

Lo he hecho hasta ahora.

¡Pero es absurdo, coño! Además, ahora ya sabes quién es el tipo ese que te está buscando. Tal vez podamos sobornarlo para que mire hacia otro lado. A esos tíos lo único que les importa es el dinero.

En efecto, tenía una tarjeta con el nombre de la persona que estaba buscándome: Raúl Laval Frac, copropietario de una agencia barcelonesa llamada Investigaciones Laval y Valle.

O podríamos asustarlo, se me ocurrió.

Pues claro, no sería muy difícil. Y hasta podríamos deshacernos de él.

La propuesta de Julián quedó flotando en el aire como un humo espeso y maloliente.

La mañana siguiente me puse una peluca, una gabardina y unas gafas de sol y pedí a Julián que me acompañara. En seguida comprendí que no era el día más adecuado: había estado bebiendo la noche anterior hasta desplomarse y arrastraba una resaca de campeonato. También era posible que hubiera acabado con sus reservas de coca, porque parecía que tenía la mente atrofiada y hasta le costaba mantener en equilibrio la taza de café en el bar adonde entramos para ultimar nuestro plan. Nos fuimos en metro hasta un edificio de oficinas de la calle Villarroel en cuya fachada había una placa metálica más bien discreta: «Investigaciones Laval y Valle».

Julián propuso que dedicáramos la mañana a observar el portal desde una esquina o sentados en un bar. Me costó hacerle comprender que aquello resultaba una idiotez, puesto que no íbamos a saber reconocer al detective cuando saliera, en el supuesto de que a esas horas de media mañana estuviera aún en su oficina. De internet no sacamos una foto clara. Tras una conversación que casi nos costó nuestra primera bronca, lo convencí para que subiera a la agencia y preguntara por el detective Laval con alguna excusa. Así que, mientras yo esperaba en la calle mordiéndome las uñas, él acudió a la quinta planta, donde una recepcionista le comunicó que el señor Laval no pasaría por la oficina en toda la mañana, pero que podía hablar con su socio, el señor Valle, en cuanto acabara con otra visita. En lugar de marcharse, Julián reaccionó bien y aceptó esperar un rato solo para tener la oportunidad de sacar su móvil, simular una conversación y aprovechar para fotografiar las instantáneas y recortes de diarios colgados en las paredes, en los que podía verse a dos personajes recibiendo palmadas en la espalda de clientes satisfechos, estrechando manos de famosos y hasta recogiendo algún premio. Cuando consideró que tenía el reportaje completo, se despidió de la recepcionista anunciando que volvería en otro momento y regresó hasta la esquina donde yo lo esperaba.

Nos sentamos en un bar a estudiar aquellas imágenes, casi todas desenfocadas o mal encuadradas, quizás porque las manos de Julián

no habían parado de temblar. Aun así, de aquellas fotos, que sin duda ocupaban el escalafón más bajo en la historia de la fotografía, conseguimos deducir que el tal Laval era un tipo bajito, con poco pelo y mirada de besugo. Desde luego, aquella cara no me sonaba de nada.

¿Qué vamos a hacer ahora?, pregunté al aire y con cierto desánimo.

Julián pareció que despertaba de su letargo.

¿Cuánto dinero tienes guardado?

Le dije a cuánto ascendía la pequeña fortuna que había estado ahorrando.

Hoy mismo me das ese dinero y dejas el asunto en mis manos.

Intenté descubrir qué había detrás de aquella mirada triste y cansada, pero fui incapaz de ver al tipo enérgico y divertido que me había fascinado con la historia de cada uno de sus tatuajes. Como yo misma, solo era un pobre infeliz que encajaba a duras penas en esta basura de mundo en que vivimos. Me había costado mucho tiempo y muchos sacrificios reunir aquellos pocos ahorros y ahora un yonqui al que hacía tan solo unas semanas que conocía me estaba pidiendo que se los entregara sin hacer preguntas.

¿Qué vas a hacer con mi dinero?, quise saber.

Tranquila, yo me ocupo de todo.

No sé qué nube negra me cegó, pero esa misma tarde me desprendí de mis ahorros con la sensación de que me estaban extirpando el hígado. No sé, quizás lo hice porque la alternativa era salir huyendo y volver a esconderme, a buscar refugio y a comprarme otra nueva identidad, lo que sin duda también comportaría desprenderme de todo mi dinero… Porque estaba claro que, si de mí dependía, iba a impedir por todos los medios que mi padre me encontrara.

Para consolarme del dolor por la pérdida de aquella cantidad de dinero, Julián me invitó a cenar en uno de esos restaurantes caros, en los que cada plato que lees en la carta es casi una novela, pero que inexplicablemente llega a tu mesa convertido en un microrrelato. Nos disfrazamos de acaudalados herederos de algún fabricante textil de Terrassa y ocupamos una mesa con muchos tenedores y servilletas de hilo. Dejamos un *steak tartar* casi a la mitad, vaciamos una botella de un priorato de garnacha contundente, nos reímos a carcajadas y el *maître* nos llamó dos veces la atención. Después paseamos cogidos de la cintura y fuimos a su apartamento, un ático en la Travessera de Gràcia con vistas a los tejados y los gatos de media ciudad. Nos preparamos dos *gin-tonics* y estuvimos bebiendo y follando hasta entrada ya la madrugada. Todavía sudados, Julián sacó una cajita de madera llena de unos cristales de color hueso y la dejó abierta ante mis ojos.

¿Qué es eso?

Ice, meta… como tú prefieras.

Confieso que había compartido unos porros y no le había hecho ascos a algunas rayas de coca en mitad de fiestas subidas de tono, pero la metanfetamina… Joder, me parecía la puerta de entrada a un mundo que… no sé, me producía pavor. Había oído hablar de la sensación de energía y de euforia que te metía en el cuerpo, claro, pero también conocía toda su leyenda negra de paradas cardíacas, de hemorragias nasales o de infartos cerebrales. En el fondo, quizás nunca había dejado de ser la burguesita ñoña y consentida que Fermín había creído ver en la fotografía que el detective le había enseñado.

Ni hablar.

No me seas aguafiestas.

Mientras refunfuñaba, trasladó un cristal a una especie de pequeño mortero y lo convirtió en polvo con un majador de madera que parecía de juguete. Sin ni siquiera sacar la sustancia del recipiente, introdujo una pajita y esnifó sonoramente a través de ella.

Vamos, queda un poco. No seas cría.

Negué de nuevo con un movimiento de cabeza. Él pareció resignarse a compartir el planeta con un ejército de cobardes, se llevó la punta de la pajita a la otra fosa nasal y acabó de limpiar el hueco del mortero. Parecía tan satisfecho, que supe que lo nuestro no podía durar.

¿De dónde sacas tanta pasta?, quise saber antes de que sus pupilas se dilataran y nos dedicáramos de nuevo a otro tipo de polvos.

Julián se rio como si no pudiera creer tanta inocencia. Por un momento pensé que la razón era que se estaba esnifando mi dinero.

Tengo mis negocios.

¿Qué negocios?

Trabajo para unos jefes que están tan forrados que no saben dónde meter la pasta. La verdadera inteligencia es tener la prudencia y el acierto de estar muy cerca de esos tipos, porque son descuidados y no es raro que alguno de esos fajos de billetes acabe distraído en tu bolsillo.

Pues a mí me gustan los fajos de billetes, aseguré.

Se me escapó casi en un suspiro, pero quizás fuera lo que había estado esperando decir desde el mismo momento de conocerlo.

No sé, quizás pueda meterte en algo. Ya veremos.

A ver, ¿por dónde iba? ¡Ah sí! Julián. Tuve que insistirle una semana. Y otra. Y otra… hasta que supongo que se cansó o sencillamente valoró que la mejora de mi economía significaba de rebote la mejora de la suya, que en los últimos meses también andaba renqueante. Vaya, que al final me metió en sus líos. Tonterías, al principio. Cumplía pequeños encargos sin apenas responsabilidad, siempre esporádicos y sencillos, pero estupendamente pagados. No sé… Un día

tuve que cargar con una bolsa de deporte y dejarla en una taquilla de la estación de Sants; después, deposité la llave en un buzón de una dirección que había tenido que memorizar. Así de simple. En otra ocasión me encargó acudir a una casucha de las afueras de Cornellà y deslizar un sobre cerrado por debajo de la puerta. Nunca llegué a saber el contenido de la bolsa ni del sobre, pero a través de Julián me llegó un modesto fajo de billetes… Desde luego no eran encargos de asesina a sueldo, pero no saber en qué estaba participando resultaba novedoso. Y sobre todo excitante. Otro día tuve que subir a un cochazo negro con un cincuentón desconocido y acompañarlo hasta un banco de Andorra para que sus oscuros trapicheos parecieran una inocente escapada romántica…

Además de devolverme la emoción, aquellos encargos estaban empezando a reflotar mi maltrecha economía… Poco a poco se fueron sucediendo con más asiduidad. Acompañar a un tipo con pinta de espía a una fiesta pija. Recoger a un abuelo decrépito en una limusina y acompañarlo hasta el aeropuerto. Guardar una llave en el escote y esperar en un banco de Passeig de Gràcia a que un tipo pronunciara una palabra clave para reclamármela… Todo aquello resultaba la hostia de emocionante, sobre todo si lo comparaba con mis quehaceres habituales en el supermercado: retirar frutas podridas, limpiar retretes, reetiquetar productos caducados y todas esas lindezas. Además nadie había vuelto a nombrar al detective Laval y, aunque yo no dejaba de vigilar mi espalda, empezaba a confiar en que el dinero que le había entregado a Julián hubiera supuesto una buena inversión. Todo parecía ir tan bien que no tardé mucho en despedirme de aquellas tareas asquerosas que me encargaban en el súper.

Puesto que mis penurias económicas parecían darme un respiro, empecé a ayudar a Lidia con los gastos de su piso y a mimar a Raquel con todo tipo de caprichos. Conservaba mi pequeña habitación, claro, aunque cada día pasaba más tiempo en el apartamento de Julián. Volvía algunas tardes al piso de mi amiga para llenar la nevera, llevar a Raquel al parque o al cine y charlar con la única persona que consideraba una amiga. Si podía, claro, evitaba la presencia de Manu, cuyo uniforme nunca había dejado de sentir como una amenaza.

¿De dónde sale este dinero?, me interrogaba a veces Lidia.

Desde luego no le iba a explicar que me había asociado con un toxicómano y que no tenía ni idea del tipo de chanchullos en los que andaba liada.

He hecho algunos trapicheos para gente rica. Nada importante ni peligroso, pero de momento pagan bien.

¿Sabes en qué berenjenal te estás metiendo?, insistía mi exniñera, que sin duda olía la podredumbre de mi dinero.

Pero yo respondía con mis risas.

Déjame, estoy empezando a ser feliz.

¿Y qué iba a decir ante un argumento como ese? Pues a callar, claro, porque ella también había andado mucho tiempo escasa de felicidad.

Una tarde, pasadas ya las ocho, Julián recibió una de sus misteriosas llamadas. Cuando colgó, me pidió que me pusiera mi mejor vestido. La verdad era que no tenía mucho donde elegir. Supuse que nos íbamos de fiesta, pero subimos a un taxi y nos plantamos ante un edificio de oficinas de la Diagonal. Vidrio oscuro, mármol caro, ficus y floreros en cada rincón, todo muy brillante y pomposo… Un portero nos dio el alto, hizo una llamada y luego nos dejó pasar con un movimiento de cabeza que casi parecía una reverencia… ¡Era la hostia! Subimos en un enorme ascensor con hilo musical hasta un décimo piso, en una de cuyas puertas se anunciaba un despacho de abogados. Entramos sin llamar y nos sentamos en una sala de espera vacía, sin que ni siquiera se intuyera la presencia de ninguna secretaria. Mucho rato después, alguien abrió una de las puertas donde estaba escrita la leyenda: «Sr. Bometón» y gritó el nombre de Julián. Entramos en una sala con tres mesas abarrotadas de papeles. Solo una estaba ocupada. Avanzamos hacia ella y aún tuvimos que esperar un par de minutos en silencio a que el tipo trajeado y de pelo blanco, que seguramente se acercaba a la edad de jubilación, levantara la cabeza.

Vaya, así que tú eres esa Alba. Me habían dicho que eras una belleza, pero ahora veo que a ese comentario le faltaba mucho entusiasmo.

El sujeto se levantó, rodeó la mesa y se acercó a estudiarme. El abogado no dejaba de sonreír. Por un momento tuve la sensación de que pronunciaría una cifra, él y Julián se estrecharían la mano y en un par de semanas estaría cautiva en un prostíbulo ruso o brasileño. Me habían hablado de cosas así. El hombre tardó un buen rato en extenderme su mano y lo hizo con la palma hacia abajo, como si pretendiera que le besara el anillo enorme que puso ante mis ojos.

He buscado información sobre ti, querida, y me he llevado la sorpresa de no encontrar nada en absoluto. Me ha parecido muy extraño. En realidad, no ser nadie es bueno para este negocio, aunque también resulta inquietante. Si lo que pretendes es jugárnosla… Dejó la frase en el aire y nos regaló una sonrisa agria que me encogió el estómago. Pero me han hablado bien de ti, querida. Hasta ahora has cumplido con los pequeños encargos que te hemos asignado y me dicen que no has hecho preguntas indiscretas. Has de saber que en nuestro negocio la falta de curiosidad es una virtud muy cotizada. Además, tu amigo Julián se ha esforzado en venderte bien. Sé que su palabra no es gran cosa, pero de todas formas, mis socios y yo hemos pensado que quizás te interese algún trabajo de más responsabilidad.

Por supuesto que me interesaba, pero la voz y la sonrisa de aquel

hombre eran como dos navajas afiladas rozando mi garganta. Tan solo fui capaz de asentir.

Espero que te guste volar.

Aquella frase me desconcertó, pues no quedaba claro si se refería a embarcar en una nave espacial o a pincharse un chute de heroína. Pero el silencio que le siguió exigía algún comentario.

Me gustan los aviones, aseguré sin tener muy claro si la frase resultaba oportuna o una auténtica memez.

El tipo no cambió de expresión, pero volvió a repasarme con la mirada y puso especial atención en mis tetas y en mi culo.

Perfecto, querida. Si sabes obedecer y callar, nuestros negocios van a ir como una seda. Ganarás mucho dinero y podrás conocer a gente importante… Pero si causas problemas… Y volvió a dejar un largo silencio que resultó mucho más temible que cualquier amenaza. Después remató: ¿Te queda claro?

Quedaba mucho más que claro.

Cuando abandonamos aquel edificio, las piernas me temblaban. Julián se rio de mí, pero no dijo nada. Solo me cogió de la mano y me arrastró hasta un *pub* lleno de treintañeros con corbata y chicas de manicura impecable donde los dos parecíamos unos extraterrestres. Me gustó sentirme diferente entre aquella gente. Bebimos un par de cervezas y dejé que Julián me sobara de la forma más escandalosa mientras yo metía mi mano en su bragueta y desafiaba con la mirada a todos aquellos peleles. Un matón nos echó de malos modos y nos llamó de todo, pero nosotros no podíamos parar de reír, como si la vida fuera perfecta y supiéramos que el futuro había dispuesto para nosotros un camino de rosas.

A la semana siguiente tuve que acudir a aquella misma oficina a firmar un contrato laboral que me convertía en trabajadora de una empresa filial de Qatar Airways y me mandaron a una de las tiendas de L'Illa Diagonal a recoger un uniforme ridículo y un teléfono móvil que debía mantener siempre cargado y encendido y desde el que no podía hacer ninguna llamada personal. Oficialmente me convertía en azafata, pero pasaron tres semanas hasta que tuve que hacer mi primer viaje.

Una llamada a mi nuevo móvil me puso en movimiento: antes de la medianoche tenía que alojarme en el hotel Barcelona Airport de El Prat. Tenía una habitación reservada a mi nombre en la primera planta. A las doce en punto de la noche, alguien llamó a mi puerta. Como me habían indicado, conté hasta diez y abrí. Miré a un lado y a otro, y no vi a nadie. Ante la puerta, alguien había dejado una pequeña maleta de viaje y la llave de su cerradura. Las cogí, cerré y me senté a esperar la mañana siguiente sin apenas pegar ojo. Me duché, me maquillé, me vestí con mi uniforme de azafata y a las

nueve arrastré la maleta y una pequeña bolsa con mi ropa hasta la oficina de la compañía en el aeropuerto. Me ordenaron que esperara y yo lo hice en silencio, sentada en una silla, a pesar de que en aquella oficina todos se movían histéricos. Media hora más tarde, junto a los pilotos y las auténticas azafatas, me dirgí al control de equipajes. Mientras mis dos bultos pasaban por el escáner, vi perfectamente cómo el policía encargado miraba hacia otro lado. Nadie me molestó y me dejé llevar hasta un impresionante Boeing 787 con destino a Oslo. Me pidieron que me sentara en una de las sillas destinadas a los asistentes de vuelo y yo obedecí. No tenía que hacer nada. Nadie esperaba de mí que repartiera almohadas entre los viajeros, engatusara al pasaje con perfumes y bebidas *duty free* o que explicara las medidas de seguridad del avión, algo que, por supuesto, no habría sabido cómo hacer. Tan solo debía permanecer sentada y no perder de vista mi equipaje durante todo el trayecto. Mis supuestos compañeros de trabajo tenían órdenes de dejarme en paz y cobraban un plus por cargar con el trabajo que en teoría me correspondía sin hacer preguntas.

Al llegar a Oslo, bajé con el resto del personal de vuelo, rechacé la oferta de otra azafata para ir a comer y me encerré en una habitación que tenía reservada en un hotel del aeropuerto. Allí me hice subir una *pizza*, me bebí un par de latas de Coca-Cola de la nevera y esperé ante la televisión a que se hiciera de noche. A las doce en punto abrí la puerta y coloqué la maleta con su llave en el descansillo. Cerré la puerta y escuché desde dentro con el oído pegado a la madera. Oí débilmente unas pisadas sobre el suelo enmoquetado que se detenían ante mi puerta. Un segundo después reanudaban la marcha y se perdían por el pasillo. Eso fue todo. Cuando volví a abrir, la valija había desaparecido. Al día siguiente tomé un vuelo como pasajera de regreso a Barcelona.

Me sentía eufórica cuando le explicaba a Julián los detalles de mi aventura. Desde luego, era lo más emocionante que había hecho en mi vida. Y lo mejor era que todo había resultado fácil. Nadie había hecho preguntas. Nadie me había registrado. Ni siquiera había llegado a experimentar una verdadera sensación de peligro. Solo me fastidiaba haber estado en Oslo y no haber tenido ni la posibilidad de abandonar la habitación del hotel para visitar la ciudad. Llevaba media hora explicando las emociones y las quejas de mi viaje cuando tomé conciencia de que Julián me escuchaba con desgana.

¿Pero qué coño te pasa?, le pregunté, harta de sus muecas y bostezos.

Nada.

Pero su tono de voz lo desmentía.

Deberías estar contento. Las cosas por fin empiezan a irme bien.

¡Ya, voy a reventar de alegría!, dijo con cara de estar a punto de

morirse de asco. El problema es que ese hijoputa de Bometón está empezando a olvidarse de mi jeta. Y yo también necesito la pasta.

Me dio rabia que no estuviera dispuesto a compartir mi alegría. Era cierto que últimamente trabajaba menos, pero todavía no podía estar seguro de que el abogado lo estuviera dejando en la cuneta.

Quizás tu único problema es que necesitas demasiada pasta.

¿Qué quieres decir?

¡Joder, Julián! Esos cristales que te metes valen mucha guita y cada día te estás metiendo más. Pronto empezarás a comportarte como uno de esos putos yonquis que venden a su madre y a su hermana para poder empolvarse la nariz. Ni siquiera estoy segura de que toda aquella pasta que te di, que eran todos mis ahorros, no haya acabado machacada en esa mierdecilla de mortero que usas para colocarte.

Se levantó del sofá de un salto, indignado, con cara de querer que me partiera un rayo. Se puso a rebuscar entre los diarios, las revistas y las cajas de *pizz* vacías que se acumulaban junto a su televisor hasta encontrar un ejemplar de *La Vanguardia*. Buscó una página concreta y la puso ante mis narices.

Lee, cojones.

Un breve de la sección de sucesos informaba del descubrimiento de un cadáver en el sistema de alcantarillado de la ciudad. Al parecer, los funcionarios municipales lo habían encontrado por casualidad antes de que las ratas lo despacharan del todo. Aunque ya estaba completamente desfigurado había podido ser identificado gracias a una de esas placas metálicas que llevan colgadas del cuello algunas personas que son alérgicas a medicamentos básicos. El sujeto respondía a las iniciales R. L. F.

¡La hostia! La sangre se me heló en las venas. Raúl Laval Frac. Alguien se había cargado al detective. Y sin duda había cobrado mi dinero. Noté cómo un gusto amargo me llenaba la boca y sentí unas ganas terribles de vomitar. Yo contaba con que lo hubieran convencido de que no siguiera buscándome o quizás que lo hubiesen asustado, pero en realidad no me había atrevido a preguntar. Volví a leer aquella noticia, con la esperanza de descubrir algún detalle que me exculpara. Aún no me había repuesto de aquella sorpresa cuando oí el portazo con el que Julián sellaba esa nueva discusión.

Estuvimos de morros unos cuantos días, claro. Él me ignoraba y yo no me atrevía a preguntar por la noticia que había leído en el diario. Busqué en internet más detalles del asunto, pero solo encontré los mismos datos generales del suceso y un breve sobre el entierro, nada que me sirviera para disipar el mal rollo… Descubrí que llevar un cadáver en la conciencia resultaba terriblemente pesado. Además, aquella muerte ni siquiera certificaba que mi problema hubiera acabado y que pudiera dejar de esconderme.

El final de mes llegó para arreglar las cosas, porque en la cuenta corriente que acababa de abrir a nombre de Alba Castellví recibí el ingreso de una nómina legal y mucho más que generosa. Dispuesta a hacer las paces con Julián, lo invité a una de esas cenas de señorito que tanto le encantaban y la cama acabó de resolver el asunto… Bueno, o casi. Porque en mi garganta seguía apretando un nudo que no conseguía deshacer.

[Se interrumpe la grabación].

5

Martes, 12 de febrero de 2013

Por pura pereza, mi menú había consistido en un simple bocadillo de jamón, que pareció asentarse bien en mis tripas. Últimamente cada comida era una moneda al aire. Podía empujarme a una siesta extática o acabar conmigo en la taza del váter y aguantando los retortijones a duras penas. En general estaba perdiendo las ganas de comer, lo que representaba una renuncia difícil de sobrellevar, puesto que era ya uno de los pocos placeres que me quedaban. Por eso decidí celebrar las buenas sensaciones de aquel bocadillo de jamón completándolo con un carajillo de coñac y, para que se hicieran buenos amigos, me había tumbado entre las margaritas de mi sofá a digerirlos concienzudamente mientras me fumaba un canuto terapéutico y escuchaba *Il trovatore*, uno de mis digestivos preferidos. Verdi siempre me había ayudado a pensar. Aquella tarde me iluminó sobre la oportunidad de aquel tique misterioso que vagaba desconcertado por la inmensidad del bolso de la bella Elena. ¿Aquella era la ubicación que el enfermizo sentido del orden de aquella mujer le había reservado?

Un sonido discordante se entrometió entre las notas de la ópera. Tuve que ascender de las profundidades de mi siesta para reconocer que se trataba del timbre de la puerta. Me levanté refunfuñando y me arrastré hasta la entrada de mi apartamento. Abrí, pero no me quedé a dar ninguna bienvenida. Sabía perfectamente que solo mi prima era capaz de acertar el momento justo en que ningún sueño debería ser interrumpido.

—Me he cansado de esperar, sargento —intentó hacerse oír entre los decibelios enloquecidos que rebotaban por las paredes de mi apartamento.

—Soy un pobre moribundo. Deberías respetar eso.

El reproche me había salido en forma de rebuzno. Aunque Azucena empezaba a comprender las delicadezas de mi trato, esta vez se puso seria y habría acabado implorando perdón si no me hubiera encerrado en el lavabo. La orina tuvo un color parduzco e inquietante. Me lavé la cara, me peiné e ingerí la pareja de pastillas de media tarde. Cuando salí, la prima esperaba junto a la puerta con cara triste.

—Aquí huele a porro —opinó.

—Mientras yo trabajo en el caso, tú te dedicas a olisquear mi apartamento.

—Pero si estabas durmiendo…
—Un buen policía puede tener los ojos cerrados y roncar como un cerdo, pero eso no quiere decir que su mente no esté en plena jornada laboral —aseguré mientras me desperezaba.
—Será por todo ese exceso de trabajo por lo que este piso parece una leonera: polvo en los rincones, ropa sucia amontonada junto a la lavadora, los cedés en cajas de cartón, los pantalones todavía en las maletas… Parece el apartamento de alguien que está de paso…
—Bueno, es cierto que no voy a quedarme mucho tiempo y no pienso dar trabajo a quien venga a recoger mis cosas.
—No quería decir eso, sargento —se arrepintió—. Solo que me sorprende que después de cuatro meses ni siquiera hayas deshecho las maletas. Mira, aquí tienes correspondencia que ni siquiera te has molestado en abrir.
Azucena esgrimió como prueba un sobre amarillo acolchado que reposaba junto al equipo de música.
—Déjalo, eso no es una carta.
—Lleva el remite de una notaría…
—Me la mandaron cuando murió Aida, supongo que es una especie de herencia.
—¿Y no la has abierto? ¿No te parece una falta de respeto? Podría haberte dejado una fortuna…
—Mi primera esposa nunca fue una persona generosa. Si me ha dejado algo tiene que ser algún marrón. Además, ¿ahora ya qué puede importarme?
—Eres un policía. No puedo creer que no sientas curiosidad.
—La perdí con la salud.
—¿Puedo abrirlo?
—Como quieras.
Con el entusiasmo de una niña que desenvuelve un regalo de cumpleaños, Azucena sacó del sobre un llavero con dos llaves y una etiqueta con una dirección.
—Rambla Guipúzcoa, número 157 —leyó—. ¿Te suena? ¿Sabes dónde queda eso?
—Por la Verneda.
Azucena sacó su móvil y tecleó durante unos segundos.
—Es un guardamuebles. Seguro que estas llaves abren uno de esos almacenes donde tu ex debió de guardar algo importante.
—Los trastos viejos no son nada importante.
—O sí. Creo que deberíamos ir a echar una ojeada.
—¿Deberíamos? ¿Los dos?
—Por supuesto. Si no te acompaño eres capaz de tirar las llaves al Segre.
—Anda, vámonos antes de que acabes de organizarme la vida…

—Muy bien, volvamos al trabajo. Si tuvieras televisión, sargento, o un móvil del siglo XXI habrías flipado hoy con el informativo del mediodía. Nuestro cadáver era toda una institución. Han sacado imágenes de ella y su esposo en actos de mucho protocolo, con ministros, obispos, parlamentarios, embajadores, presidentes…

—¿Ahora ves documentales de animales?

—Desde luego, la mujer sabía lucir… —me ignoró—. Tendrías que haberla visto, parecía que la protagonista de los actos fuera ella. —Y dejó que una nube de admiración enturbiara por un momento sus ojos —. Por cierto, he estado hurgando en internet y en las redes sociales, jefe. Resulta difícil entender que los dos miembros de un matrimonio puedan ser tan diferentes. Justo Aragay habrá ocupado cargos importantes y será un meapilas de misa diaria, pero su nombre aparece relacionado con todo tipo de chanchullos y negocios sucios, mientras que el de Elena Izbasa destaca en obras de beneficencia, en proyectos sociales de mucha altura y en actividades relacionadas con el mundo del arte. ¿A ti te parece normal?

—¿Por qué no? Poli bueno y poli malo. Nosotros lo utilizamos mucho. Además, no sé de qué te sorprendes: el ser humano es pura contradicción. Imagina un banquero que acaba su jornada laboral satisfecho tras haber denegado ocho hipotecas, firmado tres desahucios y liquidado la línea de crédito a una empresa que tendrá que cerrar las puertas y despedir a sus cincuenta trabajadores. Cuando ese glorioso día sale a la calle, se cruza con un mendigo. Se detiene, saca su cartera y le deja caer en la gorra un billete de cincuenta euros. ¿Tú crees que es un cabrón o un tipo generoso?

—No sé. Supongo que las dos cosas.

—Pues eso. Hasta las monedas tienen dos caras. Además, ya conoces esa teoría de que los polos opuestos se atraen. Mira tú y yo. Llevamos cuatro meses trabajando juntos. Seguro que esta mañana, mientras yo me revolvía en la cama y buscaba una excusa convincente para no ir a trabajar, tú corrías tus veinte quilómetros y te morías de ganas de empezar la jornada.

—Ocho.

—¿Ocho qué?

—Corro ocho quilómetros cada mañana. Y tú deberías dejar de fumar porros y ese tabaco asqueroso que apesta la casa.

—Bueno, ya no estoy muy a tiempo de corregir manías…

—Si hicieras una vida más sana, te encontrarías mejor. Además, para que se produzca algún milagro tú deberías poner algo de tu parte…

—Los milagros son para la gente que se los merece. Yo acepto mi destino sin hacer pucheros. Pero no me pidas que sea alguien que no quiero ser. Además, mi casa apesta a lo que a mí me da la gana.

En el fondo, sus consejos maternales y sus esfuerzos por redimirme

resultaban una muestra de cariño enternecedora. O quizás era que yo empezaba a chochear.

Salimos de mi apartamento y coincidimos con la acechante vecina de enfrente, la simpática abuelita a quien un día se le podría ir la mano con su destilería clandestina de aguardientes y saltaríamos todos por los aires.

Nos acercamos un momento hasta mi mesa en la comisaría para recoger el tique de la joyería, adonde nos dirigimos a continuación.

Era un prestigioso establecimiento de la calle del Carmen y nos atendió un joven encorbatado que parecía nervioso, quizás intimidado por el interés que la policía demostraba por él. Enseguida reconoció haber atendido él mismo a la bella Elena, cuyo nombre en aquella casa tenía la virtud de producir genuflexiones y reverencias. Nos dijo que la esposa del Anticuario se había llevado unos pendientes que ya había reservado en una visita anterior. Le habían costado una cantidad considerable, que había pagado con su tarjeta de crédito. No recordaba si Elena había abandonado la tienda con los pendientes colgando de sus orejas o dentro de la caja de presentación. Puesto que insistimos en ese punto, el chico se ofreció a revisar la grabación del día anterior de la cámara de seguridad. Nos dejó mirar la pantalla de su ordenador y por primera vez pude ver el rostro vivo de aquella belleza. Respiraba la misma calma que había conservado tras su muerte, pero en su rostro latía un encanto infrecuente, una especie de elegancia natural que no emanaba de su abrigo caro, de su peinado sofisticado, ni por supuesto, de los tres anillos de sus manos ni del oro luminoso que adornaba sus orejas.

—Esos son los pendientes que le vendimos. —Señaló el joven.

Abrió una especie de catálogo y rebuscó un minuto hasta que halló la foto de las joyas y la puso ante nosotros.

—Necesitaré un copia.

—Toda suya, sargento. Tenemos todas esas fotografías digitalizadas.

Le dejé una tarjeta mía por si recordaba algún otro detalle que pudiera sernos útil y regresamos al coche. Apenas nos sentamos, Azucena preguntó de qué nos iba a servir saber que Elena había salido de la tienda con los pendientes puestos.

—No es gran cosa, prima —le respondí—. Pero a esa mujer no le arrancaron los pendientes. Se los quitaron delicadamente o lo hizo ella misma, puesto que los lóbulos de sus orejas no mostraban desgarros, ni siquiera un leve arañazo.

Asintió en silencio, mientras arrancaba.

En la redacción del diario *Segre*, Josemi, el cuñado de Azucena, nos

recibió con las prevenciones y el sigilo de quien está a punto de vender cabezas nucleares de estraperlo.

—Aquí no —susurró—. Mejor nos vamos a un bar discreto.

Josemi era un treintañero barbudo con pendiente de aro en la oreja izquierda y ojos de haberse fumado todo el costo de Marruecos. Vestía con el uniforme generacional reglamentario: tejanos rotos y jersey de lana y cuello alto. El fular lo debía de haber dejado colgado del perchero.

Cuando nos sentamos a la mesa de la cafetería más cercana, el chico sacó la carpeta marrón que llevaba escondida de debajo del jersey y nos lanzó su advertencia:

—Podéis mirar lo que hay ahí dentro, pero no voy a dejar que os llevéis nada.

Su relativa generosidad tenía que ver más con su frustración que con el deseo de colaborar con la policía o de complacer a su cuñada. Casi cinco años atrás se había atrevido a iniciar por su cuenta y riesgo una investigación sobre el Anticuario y sus negocios. Su nombre había aparecido citado en varios casos de corrupción a escala nacional y le pareció una buena forma de ganar puntos ante sus jefes. Investigó en internet, preguntó a antiguos miembros del partido, contrastó datos y, cuando consideró que tenía la materia de su artículo suficientemente madura, se presentó con ella ante su jefe de sección. Este revisó todo lo que Josemi había reunido y el esbozo de su reportaje y emitió su veredicto: «Antes me verás convertido en papa de Roma, que leerás este artículo en nuestro diario». Cuando pidió explicaciones, el jefe de sección le aclaró que una buena parte de su sueldo salía de la inversión en publicidad institucional que las administraciones hacían en el diario, lo que implicaba que a algunos enemigos era mejor no cabrearlos y que determinados temas o se suavizaban o sencillamente se obviaban. Al parecer, el de Josemi no iba a ser el primer artículo sobre el Anticuario que iba a acabar en agua de borrajas. La carpeta con toda la información recogida, la que en ese momento teníamos sobre la mesa, había quedado almacenada en el cajón de los asuntos delicados del diario a la espera de que el viento soplara en la dirección adecuada.

Después de esa introducción, abrimos el dosier con la expectativa de descubrir un pozo de mierda inacabable. Quizás por eso lo que leímos me pareció un tanto decepcionante. Según la documentación del periodista, Justo Aragay había conseguido abrirse camino en el partido a base de comprar voluntades y repartir favores, lo que le había llevado en el año 2000 hasta un cargo en la Conselleria de Governació para el que no reunía condiciones. Algunos funcionarios a su mando habían elevado una protesta formal por la manera de gestionar el departamento y a los siete meses fue relevado de sus

funciones, aunque no del cargo ni del sueldo, que se alargaron convenientemente hasta el final de la legislatura.

—¿Sabéis qué es lo peor de cobrar un sueldo sin tener que ir a trabajar? —se me ocurrió preguntar. Los dos negaron con la cabeza—. Que no hay forma de que te paguen horas extras.

No les hizo gracia.

Hasta 2006, cuando el Partido Socialista sustituyó a Convergència en el gobierno autonómico, Justo estuvo cobrando un sueldo como asesor del presidente de la Generalitat en asuntos de arte antiguo. Su nombre aparece en un par de documentos sobre el litigio de bienes artísticos entre las comunidades de Aragón y Cataluña, por lo que cabe suponer que efectivamente cumplió con alguna tarea oficial. Pero su nombre también aparece relacionado con una denuncia interpuesta por la diócesis de Barbastro por la desaparición de diversas piezas de arte sacro: una cruz procesional de plata del siglo XVI, una representación sobre tabla de la adoración de los reyes del siglo XV y el frontal de un altar del siglo XVI.

Curiosamente, Josemi había conseguido la copia de una factura por la cual la Generalitat compraba a Antigüedades Aragay una cruz procesional de plata cuya datación no se especificaba. También se adjuntaban registros de la concesión de cuantiosas subvenciones a la empresa de Justo Aragay en concepto de representación de Cataluña en congresos internacionales.

—Jolín —opinó Azucena—, este tío se ha forrado a costa del dinero público. No me extraña que sea un tipo religioso, se está haciendo de oro con los asuntos de la Iglesia.

Efectivamente, no tuve nada claro qué resultaba más irritante, si comprobar cómo unos cuantos amiguetes se repartían el dinero de nuestros impuestos o constatar que alguien que daba lecciones de moral religiosa se dedicaba a beneficiarse con el patrimonio de la Iglesia.

—Hay otra cosa —añadió el periodista meneando la cabeza, como si supiera que acabaría arrepintiéndose de haber abierto la boca—. Aunque solo era un rumor… al menos yo nunca llegué a documentarlo. No parece lógico que la fortuna que ha acumulado ese sujeto proceda únicamente de subvenciones y dinero público. Y desde luego, todavía menos de vender cachivaches. Alguno de sus excolegas de partido llegó a sugerir que todo eso de las antiguallas solo era un negocio para blanquear dinero procedente de las drogas y la prostitución. Desde luego, nadie aportó ninguna prueba, y también debo decir que algunos de esos tipos a quienes pregunté se la tenían jurada y hubieran confesado que Justo Aragay era el mismo demonio a poco que los hubiera presionado.

Sin duda todo aquello era una información interesante, aunque no

parecía muy probable que pudiéramos utilizarla para resolver nuestro caso. Pero me servía para constatar lo que ya me habían advertido: que el Anticuario era un tipo peligroso y que estaba acostumbrado a moverse en las cloacas como una rata mutante.

Agradecimos a Josemi su ayuda y nos despedimos asegurándole que sería el primero en ser informado de toda la mierda que consiguiéramos sacar a la luz. Nuestro siguiente destino era el cementerio.

Era casi la hora de cierre y yo tenía la vaga esperanza de encontrar alguna de esas adorables viejecitas que acuden diariamente a asegurarse de que sus maridos siguen atrapados en sus tumbas. Tal vez alguna hubiera visto algo que pudiera ayudarnos. Hablamos de nuevo con el encargado y paseamos por las calles de nichos. No sé si era el frío de febrero o el de la muerte el que se me colaba entre los calcetines y por debajo del abrigo. Me sentía agotado. Una niebla poco consistente fluía entre las tumbas como en una rebelión de las almas. Apenas nos cruzamos con un par de visitantes, ambas mujeres mayores, y ninguna reconoció haber estado allí la tarde anterior. Ya ni las viejecitas eran lo que habían sido.

Nos acercamos hasta el rincón donde había sido hallado el cadáver y la mancha negruzca de sangre seguía allí. Las farolas todavía no estaban encendidas. Entre el atardecer y la niebla, pronto no se vería nada.

—¿No deberíamos marcharnos?

Azucena había preguntado sin que la voz le temblara, pero empezaba a conocerla lo suficiente como para saber que el lugar y la hora no le hacían mucha gracia.

—Por supuesto. Aquí no hacemos nada.

Pero entonces lo vi. Sobre la tumba que había aguantado el brazo muerto de Elena Izbasa se levantaba una lápida; y sobre esta, la figura de un ángel. No más de cuarenta centímetros de altura y otros tantos de anchura, contando las alas desplegadas. Una estatua de mármol blanco levemente oscurecido por la intemperie. Ropajes ajustados que dibujaban un cuerpo estilizado. La magnificencia de un plumaje labrado con detalle. Una larga melena aparentemente mecida por el viento. El cuello alargado, desnudo, enhiesto… Y el rostro de un verdadero ángel.

—Es ella —dije sin poder evitar que la sorpresa del descubrimiento se enredara en esas dos palabras.

—¿Qué quieres decir, sargento?

Pero no tuve que responder, porque entonces también ella lo vio. La rigidez de la piedra nos había despistado en la visita matinal. Pero después habíamos visto aquel semblante en el cuadro y por la tarde lo

habíamos contemplado lleno de vida en la pantalla del ordenador de la joyería. La cara del ángel de piedra era sin duda el rostro de Elena.

—Señalaba al ángel, señalaba su cara. Ella era el ángel —se me escapó.

—¿Qué disparates dices, sargento? Antes he buscado quién era ese Daniel Castelao Sigüenza y no he encontrado nada sospechoso.

Ya no la escuchaba. La cara de Elena Izbasa convertida en piedra me había producido un escalofrío.

Nos echaron puntualmente a las seis y media y tardamos veinticinco minutos en sentarnos ante nuestra mesa en la comisaría. Estaba lleno de preguntas y no intuía la posibilidad de encontrar respuestas en seguida. Lo primero que hice fue cumplir la orden de la jueza Flotats, que me había pedido que la mantuviera puntualmente informada del curso de la investigación. Tras una explicación sumaria, le detallé todos los cabos sueltos: las joyas robadas, el carácter despótico del Anticuario, la pistola desaparecida, la estatua del ángel con el rostro de Elena… Me permití sugerir que un registro de la mansión de los Aragay tal vez nos diera alguna pista, pero me confirmó lo que ya esperaba: que todos aquellos detalles eran poca cosa para justificar el registro de la mansión de un sujeto cargado de influencias.

—¿Y si la bala que el forense extraerá mañana del cadáver fuera de una de esas pistolas antiguas?

La magistrada dudó un segundo.

—Eso lo cambiaría todo.

Mientras hablaba con la jueza, Azucena me había conseguido el teléfono de uno de los hijos de Daniel Castelao. Realicé la segunda llamada pero nadie contestó. Constaba que el difunto Daniel, un conductor de camión que había muerto con noventa y tres años, tenía dos hijas más, pero todavía no teníamos los teléfonos.

—Tengo que salir. Volveré dentro de un rato.

—¿Médicos?

No contesté. Mi condición de terminal era suficiente aval para que Azucena no protestara, pero Sainz de Heredia me dedicó una mirada asesina.

Resultaba extraño fumar y pasear entre la niebla. Uno de los placeres del tabaco es ver cómo el humo escapa de tus labios, pero la niebla arruinaba esa delicia. Pensaba en cómo los placeres huían de mi vida, igual que ratas de un barco que se hunde, cuando empecé a notar como si un hierro incandescente me estuviera atravesando el vientre. La enfermedad llegaba para marcar su territorio, como hace un perro con las esquinas de su barrio. Hasta entonces solo había sentido náuseas y malas digestiones, pero aquello era mucho más que una molestia: era fuego, era desgarro… Tuve que detenerme y sentarme en

un banco, a pesar del frío, hasta que recuperé las fuerzas necesarias para levantarme y seguir caminando. ¿Hasta cuándo iba a poder seguir actuando como si nada sucediera? Ya ni los analgésicos conseguían mantenerme entero. El doctor que me trataba parecía dispuesto a impedir que siguiera trabajando y, tras no pocas discusiones, había impuesto la condición de que visitara a una psiquiatra. Al parecer le preocupaba que un tipo con las horas contadas se paseara por la calle con un arma cargada. La verdad era que yo casi nunca sacaba a pasear mi pistola, pero tenía que reconocer que las prevenciones del doctor no eran ningún disparate. Por mucho que mi cerebro lo entendiera y aceptara, la perspectiva de encerrarme en una habitación con una loquera en apenas unos minutos resultaba irritante, casi una humillación.

La doctora Barneo visitaba en el Hospital Provincial, apenas a trescientos metros de la comisaría. Tras una espera de no más de cinco minutos, entré en un despacho de una austeridad espartana: paredes blancas, mesa blanca, silla blanca… No insistiré en el color de la bata de la doctora, una mujer menuda y probablemente alegre a quien tanta blancura había empalidecido la mirada.

—¿Cómo lleva lo suyo? —me retó.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¿No me dirá que viene aquí solo por pasar el rato?

Aquel conato de enfado me cayó simpático. Parecía cansada. Debía de haber echado la tarde con tarados como yo.

—Solo vengo porque su colega no me deja seguir trabajado si no charlamos un rato. Ya ve usted, hay que tener el corazón de piedra para robarle una hora a un moribundo.

—Bueno, no es muy normal que alguien en su situación se obsesione con ir cada día a trabajar.

—No es obsesión, simplemente es lo único que me queda, doctora. No tengo familia ni pareja y apenas me quedan amigos, mi trabajo me ayuda a levantarme cada día y me recuerda lo que soy. Además, no puedo considerarme alguien normal desde el momento en que supe que soy un cadáver que aún colea.

—Todos nos morimos, sargento.

—¿También usted está a punto de reventar por un cáncer?

—Quiero decir que a todos nos llegará la hora.

—Soy consciente. El problema son las prisas.

—Sería más lógico que aprovechara el tiempo que le queda en otras cosas.

—Desde luego, fuera de aquí. Pero de todas formas no estoy para el esquí náutico.

—Me refiero a poner en orden sus asuntos.

—Ni siquiera tengo asuntos… Además, el caos me sienta bien.

—No me refiero solo a arreglar sus papeles. La gente que le quiere agradecerá escuchar de su boca lo que tiene que decirles.

—¿Y convertirme en un pañuelo ambulante y chorreante de mocos y lágrimas? Por favor, no pienso ir a dar el coñazo a nadie. Antes me quito de en medio.

—Sé que enfrentarse a la muerte no es del agrado de nadie y que supone una especie de duelo anticipado… Es duro, sin duda, un proceso repleto de altibajos emocionales. Sin embargo, para la mayoría de las personas es un periodo lleno de sensaciones, de experiencias, de crecimiento personal.

—¡Sí, menuda suerte he tenido!

—No se burle. Aunque a usted solo le parezca una situación incómoda, muchas personas tienen que pasarla con amargura y con dolor. ¿Por qué no vivirla de la manera más interesante? Los enfermos en fase terminal pasan por estadios emocionales ricos y variados.

—Sí, ya sé: negación, rabia, negociación, depresión y aceptación. Yo también veo películas.

—No son películas, son sensaciones, estados de ánimo, experiencias… Cada individuo las vive de manera diferente…

—Al parecer, yo he empezado por el final, la aceptación. Me han dicho que me muero y no me parece del todo mal. Esto de vivir es muy cansado. Mírese usted misma, ahí sentada, recibiendo a personas desahuciadas como yo y escuchando durante horas nuestras miserias. ¿Cómo puede vivir alguien así? Es usted una mujer joven, debería estar haciendo actividades divertidas, disfrutando de todo lo bueno que la vida le ofrece. Y en cambio se rodea de tarados y miserias… ¿Qué le pasa a su cerebro?

—No estamos aquí para hablar de mí, sargento.

—¿Y por qué no? ¿No le da rabia que todo el mundo venga a este despacho a vaciarse y usted tenga que comerse sus marrones sola?

—Yo no tengo marrones.

—Vaya, negación… No ha llegado a la fase de aceptación.

—Yo no soy una enferma terminal. —Pareció enfadarse.

—¡Uy, ya ha pasado a la rabia! Además, usted lo ha dicho, todos nos estamos muriendo. El tiempo que nos queda es relativo. La muerte puede estar esperándola a la salida de este despacho.

—No diga tonterías…

—Negación.

—Vamos, deberíamos volver a su caso…

—Negociación.

—Supongo que no seré la primera en decirle que es usted un tipo insoportable. Me agota.

—Depresión. Me admira su capacidad de seguir el manual.

—Es usted un tipo… —Se le resistía el concepto.
—Borde, la palabra que busca es borde.
—… Inaguantable. Salga de mi despacho.
Me levanté satisfecho, casi contento. Al final, había tenido razón el doctor y me había sentado bien la visita.
—Por cierto, felicite a su decorador.

En mi charla con la doctora había mencionado la posibilidad de quitarme de en medio. De camino a la comisaría, me planteé si, llegado el momento, tendría valor. Nunca había llegado a entender la actitud de los suicidas; siempre me habían parecido unos cobardes incapaces de enfrentarse a los retos que la vida propone. Pero pronto sería yo quien se plantaría ante el espejo y se haría la funesta pregunta.
Volví a comisaría con la necesidad imperiosa de tomar un café que me hiciera entrar en calor. Estaba cansado y dolorido. También triste. Azucena se puso a mi lado mientras el chorro de café acertaba en el vasito de plástico.
—¿Qué te ha dicho el doctor, jefe?
Parecía preocupada de verdad.
—No he ido al oncólogo, sino a la loquera. Al parecer, un tipo con las horas contadas tiene que estar repartiendo compasión entre familiares y allegados y no haciendo lo único que se le da bien. Ni morir tranquilo lo dejan a uno.
—Pareces cabreado. Me atrevo a aventurar que no has sabido mostrarle el amplio repertorio de tus encantos.
Casi me hizo reír.
—En estos momentos la psiquiatra Barneo debe de estar rellenando el informe que dentro de unas horas estará sobre la mesa de De Gea, que me llamará a su despacho, me agradecerá los servicios prestados y, con una enorme sonrisa en la boca, me atizará una patada poderosa, convencida, definitiva. Ahora sí estoy acabado, prima. Me temo que el caso deberéis resolverlo entre Sainz y tú.
Azucena sacó un café de la máquina con extra de azúcar.
—Parece mentira, sargento, que todavía no sepas cómo se arreglan los asuntos en una ciudad pequeña como esta. Aquí es casi inevitable conocerse y, por lo tanto, coincidir con la gente por todas partes, de manera que acabas compartiendo amigos y favores… Pili Barneo es íntima amiga de mi hermana Julia y ha comido decenas de veces en mi casa. Te puedo explicar su vida con pelos y señales. Déjame hacer una llamada e intento arreglar el desastre que has provocado.
Para espantar los fantasmas de mi mente decidí refugiarme de nuevo en el recuerdo del rostro de la bella Elena. ¿Qué pretendía decirnos al señalar con su último aliento la figura del ángel? ¿Realmente estaba

transmitiendo algún mensaje? ¿O era simplemente la misma forma de narcisismo que había llevado hasta su habitación una reproducción gigantesca de su cara? Tal vez quisiera señalar el nombre de su asesino, Ángel. A lo mejor quería exculpar a cualquiera subrayando que aquel penoso incidente se había producido por voluntad divina. O quizás suplicaba por su alma. También podía estar despidiéndose de la belleza contenida en aquel rostro de piedra… Las posibilidades eran innumerables. Lo que parecía evidente era que no se trataba de una simple casualidad.

Antes de acabar el café, sentado ya en mi mesa de trabajo, Azucena se acercó para hablarme al oído.

—He hablado con la psiquiatra, sargento. Debo reconocer que sabes cómo cabrear a la gente. Pero yo soy aún mejor deshaciendo entuertos. Tienes que volver a visitarla la semana que viene, entonces ya se verá, pero de momento no va a tramitar ningún informe negativo.

No pude evitar una sonrisa. Una semana era mucho tiempo para un moribundo.

Se lo agradecí arrancando de sus manos el pósit que me tenía preparado. Era el teléfono de una de las hijas de Daniel Castelao, una tal Clara. Las últimas gotas de café me insuflaron la energía necesaria para la llamada. Contestó al segundo tono. La tal Clara tenía una voz bonita. Me presenté y le expliqué por encima lo que había pasado esa mañana. Le pregunté si recordaba si su padre había tenido algún tipo de relación con el anticuario Justo Aragay o con la galerista Elena Izbasa, pero esos nombres ni siquiera le sonaban. Me prometió consultarlo con sus dos hermanos y con su madre, que, aunque muy mayor y con poca memoria, todavía vivía en una residencia. Le di el número de mi móvil y me aseguró que me llamaría lo antes posible.

No estaba nada mal para un solo día de trabajo. Me sentía sin fuerzas. Acordamos vernos en los juzgados para estar presentes en la autopsia programada para las ocho de la mañana del día siguiente y nos dispusimos a dar por finalizada aquella agotadora jornada laboral. Antes de cruzar la puerta de salida, las primeras notas de *Feelin' alright*, de Joe Cocker, nos paralizaron. Contesté mi móvil. Me sorprendió volver a escuchar la voz de Clara Castelao. No estaba acostumbrado a que la gente se diera tanta prisa en colaborar con la bofia. Me explicó que ninguno de sus hermanos ni su madre habían oído hablar nunca de los nombres que yo le había citado. Le agradecí su interés, y estaba a punto de cortar la comunicación cuando se me ocurrió preguntar por la estatua. ¿De dónde había salido aquel ángel? ¿A quién se le había ocurrido? ¿A quién se lo habían comprado? Clara lo recordaba muy bien, porque el ángel le había costado una discusión con su hermano Joel, que era quien se había encargado de la gestión.

Aunque ella no estaba de acuerdo en gastar lo que consideraba una fortuna en aquel trozo de mármol, su hermano se había empeñado. Al parecer, alguien le había recomendado a un escultor extranjero que vivía en Lleida, Joel se había puesto en contacto con el artista y había ido a visitarlo a su taller. Finalmente su hermano se había decidido por aquella escultura de mármol que, tenía que reconocerlo, también a ella le parecía preciosa. A la chica le costó recordar, aunque sabía que era un nombre extranjero, seguramente árabe: ¿Anás? ¿Anán? O algo así. Y el apellido empezaba por H, eso seguro, quizás Hami, o Haladi… ¡Le sonaba muy extraño! Si le daba tiempo, quizás pudiera encontrar una factura o algún documento por algún rincón. Tal vez su hermano se acordara, o al menos podría indicarme la dirección del taller del artista…

Cuando colgué, Azucena leyó en mis ojos que había topado con alguna cosa.

—Anán Hami o Haladi, algo parecido—repetí en voz alta.

Alguno de esos nombres me sonaba. Lo había leído en alguna parte. Mi compañera solo tuvo que meditar un par de segundos.

—Ayman Hammady—aseguró.

—¿Hammady? ¿Cómo lo sabes?

—Ese el nombre que firmaba el cuadro de la habitación de Elena.

Me costó convencer a Azucena de que ya era tarde, de que en el mundo había otros pasatiempos entretenidos aparte de los crímenes y de que mañana nos esperarían las mismas cansinas tareas sin ningún reproche. Tuve que apelar a mi condición de moribundo, lo que acabó con la querella. A la chica le costaba entender que no cumplíamos con una misión divina, sino con una simple jornada laboral, y que hasta los policías más concienzudos tienen derecho a darse una ducha, coger un libro, encender el equipo de música y olvidar por unas horas que el mundo se cae a pedazos.

Ese era el plan cuando metí la llave en la cerradura de mi apartamento, justo cuando se abrió la otra puerta del rellano y apareció mi anciana vecina, la infatigable vigía de la comunidad, doña Patro, con una botella en la mano.

—¡Un momento, joven! Tengo lo suyo.

Todo parecía indicar que lo mío era aquella botella de vidrio que en su día debió de contener anís y que ahora estaba llena de un líquido morado, sin duda su famosa ratafía de cerezas de fabricación casera.

—Verá, yo… —intenté objetar, pero la mujer puso la botella ante mi nariz con cara de mala leche.

—Un trato es un trato.

No existía ese trato, desde luego. Pero unas semanas atrás no me había atrevido a rechazar una de esas botellas, que había tomado

como una especie de obsequio de bienvenida. Me había explicado que con su pensión de viudedad no llegaba ni a mitad de mes y que a duras penas conseguía alargarla con su improvisado negocio de licores caseros. Al final, el regalo había resultado ser más apto para utilizarlo como cóctel Molotov que como bebida digestiva, y había acabado desinfectando las cañerías de la casa de mi prima. Si la abuela volvía a honrarme con su matarratas era porque consideraba que estaba comprando mi silencio, que por otra parte ya tenía más que garantizado.

—Mujer, no se moleste…

No había discusión. Un trato era un trato. Así que me encontré solo en el rellano, agotado por una jornada laboral excesiva y con una botella de alcohol barato en la mano. Por un momento, me vi hecho un despojo y el pesimismo me golpeó con furia, sin que en su avance topara con defensa alguna. Al otro lado de la puerta me esperaba un apartamento desierto y una nevera en los huesos. Por primera vez desde que me habían diagnosticado el cáncer, me di pena. Mucha pena. Pensé que tentar a mi estómago con una cena decente me podía subir la moral y deshice parte del camino hasta ir a parar al mesón La Tapa, donde una camarera treintañera y de buen ver me había sonreído un par de noches atrás. Además, en aquel cuchitril preparaban unos callos que empequeñecían todas las miserias de la vida cotidiana.

—¿Te traes la bebida a un mesón, poli? —se interesó Rosita, la bella camarera a quien el diminutivo empezaba a quedarle demasiado ceñido.

—Es un regalo de mi vecina. Había pensado compartirlo contigo.

—Si es la famosa ratafía de doña Patro, yo me borro. También aquí le compramos alguna botella de vez en cuando, pero si la sirviéramos entre la parroquia fijo que provocábamos una epidemia de ceguera.

—Al menos será útil para desinfectar heridas.

—Bueno, si no te importa que huelan a cereza.

En el televisor, que deliberadamente había dejado a la máxima distancia que permitían las dimensiones del local, vi pasar imágenes de Justo Aragay y de su esposa. No quería seguir pensando en ellos, pero hubiera resultado ridículo que pidiera a la camarera que apagara el aparato, ya que ni siquiera podía oírse desde mi mesa. Por suerte, los callos y la sonrisa de Rosita me alegraron la velada y me convencieron de que no sería prudente ni saludable encerrarme en mi piso a escuchar alguna ópera aliñada de desgracias y amores imposibles. Así que me esforcé en olvidar mi botella de ratafía junto a la propina y salí a la calle en busca de un taxi.

—A La Casa del Lago —ordené a la conductora.

La mujer sonrió con aire de perdonarme la debilidad, pero se abstuvo

de hacer cualquier comentario. La Casa del Lago era un conocido puticlub situado a las afueras de la ciudad, en la antigua carretera a Zaragoza. Ya había visitado otras whiskerías ilerdenses, que invariablemente me habían parecido sitios sórdidos y hasta de una higiene discutible, pero alguien me había hablado con entusiasmo de ese antro y mi ánimo no estaba para muchos miramientos. Una copa, quizás charlar con alguna de las chicas y una retirada prudente para disponer del tiempo de sueño necesario para recuperar fuerzas.

Tenía un enorme aparcamiento de grava y la fachada estaba pintada de colores estrafalarios, muy poco acordes con la discreción que normalmente ofrece ese tipo de locales. Tras el edificio, de una sola planta, se levantaba un hotel de ocho, cuya fachada daba a otro aparcamiento diferente. A su izquierda se intuían los reflejos del agua de una especie de balsa sin ningún encanto. Entré en un local donde me sacudió la sorpresa de una temperatura tropical y un fuerte olor a desinfectante perfumado con aroma de pino. Había poca luz, apenas unos neones tras las botellas de los estantes de la barra y un par de televisores que proyectaban ininterrumpidamente escenas pornográficas. Un solo camarero vestido para parecer un camarero. Desde luego, la semioscuridad ocultaba cualquier torpeza decorativa, de manera que no se podía afirmar que fuera un local feo, descuidado o sencillamente desagradable. A duras penas fui capaz de adivinar las facciones de los rostros de un par de chicas que se acercaron vestidas, por así decirlo, con unos zapatos transparentes con tacón de equilibrista y unos tangas que debían de haber encogido mucho con el calor ambiental.

A riesgo de que mis tripas estallaran, me pedí un coñac mientras mis pupilas se acostumbraban a la falta de luz y miré sin ver el animado espectáculo de la soledad. Aunque era un martes por la noche, el local no se veía desangelado. Un grupo de tres hombres de mi edad rodeados de cuatro o cinco chicas casi desnudas. Dos parejas más en plena negociación. Un par de tipos que bebían solos en la barra. Cuando me giré a contemplar la parte del local que quedaba a mi espalda, topé con el cuerpecito de quien pensé que era una niña. Desde su metro cincuenta y cinco, me miraron unos ojos enormes y oscuros. Tenía cara de pedir perdón.

—Hola, soy Blanche.

Lo pronunció a la francesa, dejando que el aire saliera lentamente y alargara sus labios en una mueca que pretendía ser provocativa, pero que en aquella cabecita con coletas casi parecía un juego infantil. Sin embargo, no era una niña. Ni su estatura menuda, ni sus coletas, ni su piel aceitunada y sin tachas conseguían esconder el desgaste de una vida apresurada. Aun así, la dulzura de aquel rostro que probablemente ya se acercaba a la treintena mitigó la tentación de

sacudírmela de encima, como acababa de hacer con sus dos colegas.

—Yo, Abel.

—Eres poli, ¿verdad?

Me pregunté qué tipo de feromonas desprendemos los maderos para que cierta clase de individuos nos huela a distancia. ¿Qué ven en nosotros? ¿Se nos impregna algún olor de la comisaría? Al fin y al cabo, ¿quién reconoce por la calle a los carpinteros, los médicos o a los registradores de la propiedad?

—He acabado mi jornada laboral. Solo he venido a charlar con alguien.

—En ese caso soy tu chica, poli. La mayor parte de mi curro consiste en escuchar y conversar. En lugar de perseguirnos, tus jefes deberían subvencionarnos para premiar nuestra labor social: escuchamos con paciencia los problemas de la gente, les reímos las gracias aunque no sean graciosos, los relajamos aunque tengan motivos para saltar de un rascacielos y los devolvemos a la sociedad para que continúen siendo unos trabajadores disciplinados, laboriosos y sin ganas de quemar el mundo. Mis compañeras y yo somos las principales agentes de la paz social.

—Creía que para eso estaban los asistentes sociales y los curas…

—¡Jo, qué anticuados sois algunos polis! Cómo vas a comparar a un tipo aburrido con alzacuellos con la alegría que reparten estas tetas.

Quizás no fueran un prodigio de tamaño ni de perfección, pero desde luego lucían con más gracia que cualquiera de los sacerdotes que me habían explicado el catecismo. Además, la chica adornaba su cara con una de esas simpatías irreprimibles y contagiosas. Me dijo que era argelina y dudé sobre la conveniencia de creérmelo, aunque no fui capaz de asociar las inflexiones de su acento a ninguna procedencia concreta. Hablaba un castellano afrancesado adornado con palabras incomprensibles, pero su expresividad compensaba cualquier problema comunicativo. Como había prometido, era una conversadora amena e incansable. Aunque sabía que era fingida, sus ojos transmitían algo parecido a la felicidad. Tras mi segundo coñac, la chica hubiera hecho conmigo lo que hubiera querido. Me susurró un precio al oído y no me pareció un disparate. Se limitó a arrastrarme de la mano hasta hacerme cruzar una puerta y conducirme por un largo pasillo que comunicaba con la parte trasera del edificio adjunto, un hotel de reputación sin tacha. Los clientes que procedíamos de la whiskería no pasábamos por la recepción, sino que accedíamos directamente a un pasillo con unos cuartos sin vistas al pequeño estanque exterior y probablemente insonorizados.

La dieciséis era una habitación con tan solo una cama, una mesita y un baño minúsculo. El lecho, eso sí, podía acoger un pelotón de infantería completamente equipado sin que nadie llegara ni siquiera a

rozarse. Nos encontramos en mitad de aquella enorme meseta y jugamos unos pocos minutos a fingir que ardíamos en deseos el uno del otro, pero aquel simulacro enseguida me resultó poco creíble, casi ofensivo. Y desde luego cansado. La chica se esforzó, pero la enfermedad me estaba apartando del mundo y en el fondo yo solo quería abrazar un cuerpo amigo y recuperar la casi olvidada sensación de dormir acompañado.

—Has pagado una noche. ¿Qué quieres que hagamos?

A la chica le gustaba hablar. Así que le pedí que me contara su historia. Vaciló solo un segundo. Después me contó una historia.

Blanche aseguró que había nacido en la ciudad argelina de Annaba, en una preciosa casita junto al mar y en el seno de una populosa familia que vivía principalmente del sablazo al turista. Era la menor de once hermanos, lo que reducía sus posibilidades de una vida holgada a la lotería de un matrimonio afortunado. Desde muy jovencita había descubierto que las miradas de los hombres se enganchaban a sus curvas como una pringue cualquiera. Era bajita y de rostro asilvestrado, quizás no muy guapa, pero tenía imán. Le encantaba que la miraran y encajaba con una sonrisa los roces y caricias más o menos inocentes de sus hermanos mayores. Y de sus amigos. Y hasta de alguno de los amigos de sus padres. Estos concertaron su matrimonio con un aburrido pastor de ovejas acostumbrado a conversar exclusivamente con sus animales. Ella intentó protestar, lo que le sirvió para ganarse una paliza.

A punto ya de la celebración, el día de su décimo sexto aniversario, Blanche salió furtivamente de su casa para asistir al acontecimiento que tenía revolucionada a toda la ciudad: el rodaje de una película en las playas de Annaba. Recordaba el título, *Indigènes*, un drama bélico que después ganaría algunos premios y que alcanzó cierta notoriedad. Uno de los jóvenes que colaboraba en la producción, un francés llamado Mathieu, enredó su mirada tras las curvas de la chica y esta intuyó la oportunidad de huir de su futuro. Antes de que él la tentara diciéndole que tenía la mirada de Sophie Marceau y los labios de Juliette Binoche, ella ya había decidido entregarse a él. Se amaron en el interior de una *roulotte* con tanta pasión que Mathieu comprendió que si dejaba escapar aquella joya lo lamentaría toda la vida. «Vas a ser una gran actriz», pronosticó él, ahíto de endorfinas. Ella sonrió. Sin saber aún que ella hubiera aceptado cualquier oferta que la sacara del país, el joven le pidió, le rogó, le imploró que la siguiera a Francia y que él la ayudaría a mejorar su dicción y le enseñaría a moverse en escena, y hasta le pagaría clases de interpretación. Como ella no le devolvió una aceptación sin titubeos y se limitó a sonreír de nuevo, él siguió ofreciéndole el mundo. Le pagaría clases de canto y de baile, le buscaría un buen agente y la presentaría a unos cuantos productores…

Con su encanto no tardaría en ganarse la vida con papeles secundarios y, si realmente tenía talento, cosa que él no dudaba en absoluto, acabaría triunfando con algún papel protagonista.

En Lyon, y después de los primeros arrebatos de pasión, Mathieu descubrió dos cosas importantes: que su incipiente carrera como ayudante de producción pendía de un hilo y que las miradas de sus jefes corrían distraídamente tras las piernas de su joven novia. Unió ambos descubrimientos y se encontró ofreciendo su piso, su cama y su novia a mediocres directores y actores de medio pelo a cambio de la posibilidad de labrarse un futuro en el mundo del cine. Blanche pronto descubrió que las citas que Mathieu le preparaba nunca le iban a conceder ni la oportunidad de debutar como secundaria en una película de serie B, pero vivía en una ciudad donde no conocía a nadie y el regreso a casa era una posibilidad que ni siquiera contemplaba, así que decidió callar y sacar el máximo provecho de aquellos amantes ocasionales. Tuvo tiempo de recaudar algún dinero, pero el negocio se le torció cuando la esposa de un reputado productor encajó mal la infidelidad de su esposo y no se contentó con airear el asunto en la prensa rosa, sino que además denunció a Mathieu por proxenetismo y a Blanche por prostitución. Como su situación en el país no era legal, no esperó a ver cómo se resolvía el caso y cruzó los Pirineos en la furgoneta de un equipo de rodaje que se dirigía a cumplir unos compromisos en Barcelona y Zaragoza. Al parecer, durante el viaje, la promiscua Blanche fue demasiado amable con un técnico de iluminación y con un ayudante de sonido, lo que provocó una discusión entre ellos que la dejó abandonada en un área de servicio de la autopista. Estaba en Lleida, una ciudad que jamás había oído nombrar, y ni siquiera hablaba español. Sus ahorros le daban sobradamente para comprar un billete de autobús para volver a casa, pero la perspectiva de regresar derrotada y entregarse a la vida que sus padres le habían preparado le pareció inaceptable. Así que buscó un lugar donde su simpatía y su amabilidad estuvieran bien pagadas. Se comprometía por un par de meses, le anunció al tipo bigotudo que la contrató. De eso hacía poco más de diez años.

—¿Y nunca se te ha ocurrido volver? —se me ocurrió preguntarle.

—¿Volver a dónde? No tengo otro mundo que La Casa del Lago.

Mi pregunta le había borrado de golpe la sonrisa. Quizás no pudiera ofrecerle una vida diferente, pero desde luego no deseaba que estuviera triste. Estaba cansado y el sueño me vencía, pero me sentía a gusto.

—¿Sabes por qué la llaman así?

—¿La Casa del Lago? Oh, esto no ha sido siempre una whiskería de medio pelo. Cuenta la leyenda que en su día, antes de la construcción del hotel, La Casa del Lago fue un centro de recreo para ejecutivos

importantes y que por las camas del local pasaron tipos con clase, desde arzobispos a presidentes autonómicos. Yo no sé si un sitio así, en una ciudad tan pequeña, llegó a tener de verdad tanto lustre, pero cuando yo aterricé en este antro estaban convirtiendo una casucha en este hotel y el lago no era la charca inmunda e infestada de mosquitos de ahora. Bueno, supongo que tampoco yo era la misma.

Ni yo, desde luego. A esas alturas de la madrugada el sueño estaba a punto de derrotarme. Me supo mal abandonarla en pleno ataque de melancolía, pero ya tenía asumido que yo no era su ángel salvador.

6

Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte IV]

A ver, ¿por dónde iba? Ah, sí, la pasta. En cuanto vi que mi economía despegaba al mismo ritmo que mis vuelos de azafata, me permití, claro, cumplir algún pequeño sueño: me apunté a una autoescuela, me saqué el carnet de conducir y compré un Skoda rojo y barato, de segunda mano, pero en excelente forma. Aquel «trastomóvil» me daba independencia para ir y venir del aeropuerto, para llevar a Raquel a nadar a las mejores playas y, sobre todo, me permitía estar preparada por si aparecía algún otro perro de presa y tenía que salir pitando. Además, disfrutaba paseando a Julián. Él odiaba conducir. Pero en cambio le encantaba dejarse llevar a Sitges a desayunar o a un concierto en Montjuïc o simplemente a respirar un aire que no te llenara de porquería los pulmones. Mientras no lo necesitaba, el Skoda rojo permanecía en una plaza de *parking* que Lidia había comprado con su piso y que jamás había utilizado, porque a ella le asustaban los coches y el tráfico… vaya, que ni siquiera tenía carnet.

El dinero y la diversión, se lo puede imaginar, empezaron a devolverme la confianza que creía haber perdido para siempre. Salía mucho y bebía más. A veces también fumaba demasiado. Un día me di cuenta de que había dejado de mirar cada dos por tres a mi espalda… De que no intentaba identificar a alguien sospechoso cada vez que entraba en un local… De que había dejado de temer los ruidos de pisadas, los pitidos, las sirenas… De que ya no me despertaba por la noche de golpe y sudada, casi sin aliento por culpa de una huida desesperada que solo se había producido en mis sueños.

Mis viajes de azafata, no crea, no eran más de uno o dos al mes, siempre por Europa y raramente repetía destino. No sé… Varsovia, Bucarest, Vilnius, Atenas, Kiev, Praga, Zagreb… A veces me daban bolsas de deporte; otras, elegantes maletines de bordes rematados en metal labrado. En los controles de los aeropuertos nunca revisaban mi equipaje, de manera que nunca llegaba a saber qué mierdas contenían esas maletas, pues tenía órdenes estrictas de no abrirlas.

¿Tú sabes lo que llevo?, le pregunté un día a Julián, mordida por la curiosidad.

¿Qué quieres que sepa? Conmigo ya ni siquiera cuentan para hacer de chico de los recados. Pero te lo puedes imaginar.

Puesto que tanto imaginar me estaba matando, una noche en un hotel

de Bruselas, poco antes de la entrega, me encerré en el lavabo y lo registré a conciencia hasta estar segura de que allí no había ninguna cámara que pudiera espiarme. Después comprobé que alrededor del maletín que transportaba no hubiera nada que sirviera de precinto. Coloqué la llave en la cerradura y la abrí con mucho cuidado, por si algún mecanismo interior pudiera delatar que el maletín había sido abierto. ¡Hostia! Los colores me encantaron. Billetes y billetes de cien, doscientos y quinientos euros. Hice unos rápidos cálculos mentales y ¡uf!, la cifra resultante me mareó. Por supuesto, no me atreví ni a tocar un solo billete. Cerré de nuevo el maletín con la respiración alterada y a las doce, como siempre, realicé la entrega sin contratiempo.

Ahora bien, eso sí, los días siguientes los pasé con un canguelo… El sentimiento de culpa me mataba. Supongo que esperaba que apareciera algún sicario denunciando mi curiosidad. O yo qué sé… Que un grupo de matones me secuestrara con una furgoneta y me molieran a palos en cualquier almacén abandonado. Tal vez tuvieran métodos que yo ni siquiera imaginaba para espiarme y comprobar que cumplía sin trampas con mi parte del trato. Y sin embargo, ya ve, no pasó nada. Al cabo de doce días recibí una nueva llamada para cumplir un nuevo encargo, y al día siguiente, poco antes de las doce de la noche, en un hotel de Belgrado, volví a ceder a las ganas de fisgar. ¡Joder, esta vez una colección de joyas me deslumbró! No pude evitar tocarlas, claro, y hasta saqué un collar del maletín para colgármelo al cuello. Sin tener que mirarme al espejo, supe que me quedaba que ni pintado, como si el joyero lo hubiera diseñado para mí. Un par de anillos me encajaban a la perfección. Un broche enorme conjuntaba con mi uniforme de azafata. ¡Qué pasada! Nunca había visto nada tan precioso.

Dudé durante varios días sobre la conveniencia de revelar a Julián aquel descubrimiento. Tal vez él ya estaba al corriente de todo y le obligaban a fingir que no sabía nada. Aunque la verdad es que, hubiera dicho lo que hubiera dicho, yo ya no le habría creído, porque cada día andaba más desquiciado, siempre necesitado de pasta y dispuesto a cabrearse por cualquier motivo. Era yo quien le llenaba la nevera y pagaba los gastos de su apartamento, pero aun así parecía culparme de que no dispusiera de la guita necesaria para colocarse. Se imaginaría que yo ya había contemplado en más de una ocasión la posibilidad de apearlo de mi vida. Él había hecho suficientes méritos como para que lo mandara a la mierda mil veces, pero en el fondo sabía que era el causante último de mi racha de buena suerte. De todos modos, era evidente que cualquiera de aquellas broncas que empezaban a repetirse acabaría siendo la definitiva.

Bueno, pues la noche del 30 de diciembre, tras haber celebrado con

una cena especial mi cumpleaños y haber echado un polvo sin pena ni gloria, yo me revolvía en la cama, insomne de codicia y remordimientos.

¿Qué te pasa hoy, niña? ¿No te están sentando bien los diecinueve?

Dudé. Lo vi allí, tumbado a mi lado, serio, triste y fumando su porro en silencio. Miraba las sombras del techo como para desentrañar algún enigma. Me pregunté qué clase de futuro podía ir ligado a un tipo como aquel.

Sé lo que contienen, le dije.

Él pareció no entender y tuve que insistir: los he abierto.

Julián se incorporó muy despacio, de repente, asustado.

Pero… Tú no debías… ¿Por qué has hecho…?

Diamantes, Julián, muchos diamantes y joyas. Montones de billetes de quinientos euros.

No debías… Esos tipos…

Arrastro unas putas maletas cargadas de sueños…

La verdad, yo solo quería compartir el secreto y levantarle el ánimo, pero noté cómo una idea prendía en su cabeza y casi de inmediato noté que un soplo de aire helado me recorría la espalda.

El destino nos está llamando, niña. A gritos. Quizás esta sea nuestra oportunidad.

Me reí para restarle importancia, pero de repente supe que aquello había dejado de ser una broma.

¿De qué hablas? Los tipos que nos contratan no son unos pardillos que se vayan a dejar engañar. Sabes muy bien que no dudarían en deshacerse de nosotros si tan solo sospecharan que pretendemos robarles un céntimo.

No se trataría de sisar un par de billetes como si fuéramos unos vulgares raterillos. Tendríamos que dar un golpe grande y quedarnos con uno de esos maletines repletos de pasta.

¡Joder, Julián, la meta y la maría te están secando el puto cerebro! Sabes perfectamente que nosotros seríamos los primeros sospechosos.

No necesariamente. Conozco el negocio por dentro y sé cómo funciona todo ese rollo de los maletines. Sé cuándo y cómo tendríamos que hacerlo sin que nadie sospechara de nosotros. Una sola vez tendría que ser suficiente.

Es un disparate… Te has vuelto loco. Nos matarán.

¿Te crees que es la primera vez que lo pienso? Pero no estaba seguro de qué mierdas contenían esas bolsas y no iba a complicarme la vida a ciegas. Pero ahora… Este es el golpe de suerte que todos los parias de la tierra esperamos tener al menos una vez en la vida.

Su entusiasmo empezaba a ponerme nerviosa. Las cosas me iban demasiado bien como para jugármelo todo por el sueño de un tipo del que estaba planeando separarme. No estaba dispuesta a dejarme

arrastrar. Aquel estúpido proyecto parecía el argumento definitivo para que cada uno tirara por su lado.

Hay una cosa que nunca te he contado, Alba…

La temperatura de la habitación bajó de nuevo. Por primera vez tuve miedo del hombre que tenía a mi lado.

Los tipos que se encargaron de airear a tu detective le quitaron una cartera llena de papeles. La mayoría no tenían sentido para ellos, pero una de las carpetas llevaba tu nombre. Como tampoco sabían qué hacer con aquello, me la pasaron a mí. Primero pensé en quemarla. Al fin y al cabo se trataba de hacer desaparecer todo lo que relacionara al detective contigo. Pero a última hora decidí mirármela con calma. Solo por curiosidad, para saber un poco de todo eso que no has querido explicarme nunca. El sujeto había hecho bien su trabajo y había reunido un montón de información sobre ti y sobre tu familia. Una madre dedicada a la beneficencia, un padre con sombrero, una mansión con piscina y pista de tenis, un negocio rentable, pasta por todas partes… Y muchas fotos… Vaya, el perfecto retrato de una adolescente pija que se ha escapado de casa para vivir una vida más emocionante de la que le ofrece el dinero sucio de papá…

Eso es injusto, yo…

Al principio no caí. Leí el nombre de Justo Aragay y solo pensé que me sonaba de algo. El papá malote de la pobre chica… El papá que ha dejado que su niña crezca sin darle el cariño que ella reclamaba… El culpable de todo… Fue después, mucho después, cuando ya lo había quemado todo para que nadie pudiera desenmascararte… Entonces recordé a quién le había oído pronunciar ese nombre…

¿De qué mierda estás hablando?

Se lo había escuchado un par de veces al abogado Bometón, el tipo que te paga.

¿Mi padre y Bometón…?

Me dedicó una sonrisa y un largo silencio. Había guardado su as en la manga y acababa de ponerlo sobre el tapete.

Quiero decir que se conocen, que trabajan juntos…

No te creo… Puede que mi padre sea un canalla, pero tiene un negocio de antigüedades y se dedica a comerciar con trastos viejos…

Tu padre se dedica al contrabando de arte y nosotros trabajamos para una sociedad que transporta las miserias que ninguna empresa legal se atrevería a transportar. Por eso uno de los principales clientes del negocio del señor Bometón es tu querido papaíto.

En ese momento fui yo quien se incorporó de golpe. Estaba completamente helada, como si la calefacción se hubiera apagado y el invierno acabara de tomar al asalto el apartamento de Julián.

¿Me estás diciendo que los maletines que paseo por Europa contienen los chanchullos de mi padre?

Su sonrisa iluminaba aquella habitación a oscuras. Ni siquiera iba a tener que esforzarse para convencerme de que le dejara arruinarme la vida.

Te estoy hablando de venganza, niña. La has tenido todo este tiempo en tus manos. ¡Vamos! ¡Huélela!

[Se interrumpe la grabación].

7

Miércoles, 13 de febrero de 2013

Me despertó la música de mi móvil. Durante unos segundos me sentí perdido en una habitación pequeña y rancia, que no recordaba. Me vino a la memoria el tacto de la piel y automáticamente lamenté que Blanche se hubiera largado, porque me hubiera gustado recuperar la sensación de despertar abrazado a algo más consistente que mi almohada. Contesté con un ladrido malhumorado y me costó entender con quién hablaba. «Juan Nosequé», repetía una voz débil y deformada por los caprichos de la telefonía móvil. El tipo soltó una larga parrafada, de la que solo entendí la palabra «dependiente». Supuso una proeza sacudirme los retazos de sueño hasta llegar a deducir que estaba hablando con el tipo de la joyería que me había atendido la tarde anterior. Recordé que le había dejado mi tarjeta.

—Espera un segundo, chaval, que apenas entiendo lo que dices. Voy a buscar un lugar con mejor cobertura.

Me levanté pesadamente y caminé hasta el lavabo para intentar aclararme la cara y la garganta con un poco de agua. El suelo estaba helado. Volví a la cama y me acurruqué de nuevo bajo las sábanas para seguir con la conversación.

—Espero que no sea demasiado pronto, sargento.

—Por supuesto que es demasiado pronto —me indigné—. No se conoce vida inteligente antes de las nueve.

—Ya, no sabía si llamarle. Pero tengo que ir a trabajar y desde allí no hubiera podido hablar con usted. En la empresa donde curro se toman la confidencialidad con el cliente muy en serio… No quisiera meterme en un lío.

—Podrías haber llamado ayer por la noche…

—Bueno, la verdad es que me lo he estado pensando…

Hubo un silencio excesivo en la comunicación.

—¿Me lo vas a contar?

—¡Oh, sí, perdone! Una cruz.

—¡Qué me vas a contar!

—Quiero decir que la señora Izbasa se llevó una cruz… un crucifijo. Una pieza preciosa, de oro y brillantes, muy cara.

—El tique de compra de su bolso no hablaba de ningún crucifijo…

—Sí, ahí está lo raro. Lo pagó aparte, al contado. y nos pidió que la compra no quedara registrada en su cuenta. Al saber que está muerta… No sé, me pareció que quizás usted debería saberlo.

—Desde luego, puede ser importante. Te lo agradezco.

Eran las ocho de la mañana. Meé algo parecido a un vino de Rioja. Puesto que en ese momento tenía que estar en la sala de autopsias, pensé que si esperaba unos días, alguien acabaría llevándome gratis. Creo que me reí de mi chiste. Después decidí que mi primer compromiso de la mañana era ya una batalla perdida. Además, me sentía abatido, como si el sueño no hubiera sabido cumplir con su función reparadora. Tenía la cabeza embotada. No había bebido tanto como para tener resaca, pero el coñac y las pastillas, me lo habían advertido, podían convertirse en una mezcla explosiva. O tal vez fuera que el alcohol que servían en La Casa del Lago tenía una calidad equiparable a la ratafía de mi vecina, la señora Patro.

Apagué el teléfono, porque sabía lo que iba a suceder en apenas un minuto, y me metí en la ducha. Me demoré bajo el agua hasta que me sentí de nuevo con fuerzas. Después me enfundé con desagrado la misma ropa que había vestido la jornada anterior. Olía a desinfectante y a pino. Pero también un poco a Blanche.

Me detuve en un bar a regalarme un café —lo necesitaba— y me entretuve hojeando la prensa local. El diario *Segre* dedicaba una doble página a la muerte de Elena Izbasa Bujor y aportaba las declaraciones de varios personajes de ámbito local cuyas opiniones casi la proponían como candidata a la beatificación. A su lado, la madre Teresa de Calcuta era un ser depravado que rezumaba odio. También se mostraban cuatro fotografías, probablemente de la inauguración de alguna de sus exposiciones o de la celebración de algún acto benéfico. Elena no solo era una mujer bella y elegante, también irradiaba una luz natural que atraía las miradas. Resultaba imposible no fijarse en ella y admirarla.

Llegué tarde a mi destino, por supuesto; pero llegué. La prima Azucena me recibió con los morritos enfadados de siempre que la hacía esperar, que era la mayoría de las veces.

—¿Pero dónde te habías metido, sargento? Llevo llamándote desde las ocho. —Encendí el móvil. Ocho llamadas en cuarenta y siete minutos. Se había reprimido—. Por suerte el doctor tenía también el fiambre de un abuelo y se ha reservado el nuestro para después.

—Eso quiere decir que he llegado demasiado pronto. Todavía puedo ir a desayunar alguna cosa. Tengo el estómago vacío.

—Ni hablar, jefe. Ya me he ganado la bronca del doctor. Tú no te mueves de aquí. Además, tengo que informarte de dos cosas. La primera la he descubierto por casualidad. Al parecer, el subinspector Santos está casado con una beata de misa diaria. Y por él he sabido que el Anticuario asiste cada mañana a la misa de ocho y diez en la capilla del colegio Montserrat de la Avenida Cataluña.

—Quizás tenga mucho que hacerse perdonar.
—O quizás le sirva para definir su círculo de influencias. ¿Sabe quién no se pierde tampoco esa misa, jefe?
No tenía la cabeza para adivinanzas, pero jugué:
—Déjame adivinar: ¿mi amigo el intendente Carlos De Gea?
—A veces me da miedo, jefe. En efecto, allí, De Gea se codea con algunas de las fuerzas vivas de esta ciudad, como el alcalde y alguno de los militares de alto rango.
Pensé que quizás los que se mezclaban con la gente importante para rezar confiaban en que sus plegarias recorrieran caminos más directos hacia su destinatario. Aunque, si realmente Dios había hecho al hombre a su imagen y semejanza, dudaba yo que a las ocho de la mañana estuviera para atender a muchos ruegos.
—¿Qué hay de la segunda información que me tenías preparada?
—Se trata de lo que he encontrado sobre Ayman Hammady.
—¿Y quién es ese?
—¡Jo, sargento! No sé qué hiciste anoche, pero me llegas hecho unos zorros y hasta has olvidado los detalles importantes de nuestra investigación. Hammady es el artista que ha esculpido el ángel del cementerio y ha pintado el cuadro de la habitación de Elena.
Asentí un poco avergonzado. Me senté derrotado en una de las sillas que adornaban un pasillo vacío y Azucena me imitó.
—¿Pero no quedamos ayer que te ibas a casa a descansar y que hoy nos pondríamos a investigar a ese fulano? —La prima puso los ojitos de hacerse perdonar. Seguro que había llegado a primerísima hora de la mañana a comisaría para reunir la información que estaba a punto de mostrarme.
—Vamos, suéltalo de una vez.
—Ha sido fácil, jefe. Nuestro pintor abrió una página web donde explica su biografía. Parece el típico artista para el que morirse de hambre se convierte en una cuestión de honor. No tiene bienes inmuebles, ni coche a su nombre, ni apenas nada. Por no tener ni siquiera tiene ficha policial.
Azucena siguió con el relato de la vida del tal Ayman Hammady, quien había nacido el 7 de diciembre de 1973 en la población de Alpicat, apenas a unos quilómetros de Lleida. Era hijo de un matrimonio de inmigrantes turcos que se habían arrastrado por diferentes zonas agrícolas del litoral mediterráneo haciendo todo tipo de trabajos hasta recalar en los campos de frutales de Alpicat, donde nació Ayman y donde permanecieron durante dieciocho años. Al parecer, su padre era un hombre habilidoso con todo tipo de trabajos manuales y de él heredó la afición de dar forma a la madera y a las piedras. La añoranza devolvió a la familia a Keskin, la ciudad de la región de Anatolia donde ellos se habían criado, pero Ayman y su

hermano mayor, Ahmed, que se habían educado en la escuela española y aspiraban a un futuro diferente al de sus padres, aprovecharon la primera oportunidad para regresar a Lleida. Allí Ahmed prosperó como instalador de falsos techos al amparo del *boom* inmobiliario, mientras Ayman, estudiante brillante, encaró el Bachillerato con la mirada puesta en una carrera de leyes. Se matriculó en primero de Derecho en la Universidad de Barcelona, pero la gran ciudad lo transformó. Las aulas de la facultad pronto le parecieron aburridas y se dejó tentar por el arte y la vida bohemia. Sin atreverse a confesárselo a su hermano, que financiaba sus estudios, ni a sus padres, que soñaban con su brillante futuro desde la distancia, empezó a pulular por cafés, a asistir a clases de dibujo y a pintar con tizas de colores sobre las baldosas de Las Ramblas. Sus padres y su hermano montaron en cólera cuando supieron en qué invertía el joven Ayman los dineros que le enviaban y dejaron de financiar su golfería, pero ya no había marcha atrás. Empezó a pintar y consiguió vender algunos cuadros. Participó en un par de exposiciones colectivas y su nombre apareció destacado en un artículo de *La Vanguardia*. Sus padres jamás le perdonaron su traición y sus veleidades artísticas, pero el hermano mayor, que había montado su propia empresa y durante unos años nadó en la abundancia, empezó a financiar su carrera artística a base de comprarle cuadros directamente o a través de terceros. El relativo éxito de Ayman y la generosidad del hermano le permitieron regresar a Lleida y abrir un taller, donde impartía alguna clase y desde donde había ido trabajando en una discreta penumbra.

En eso estábamos cuando un tipo enfundado en un disfraz de vendedor de lubinas apareció en mitad del pasillo y nos apuntó con un bisturí inquietante.

—¡Eh, maderos! Voy a empezar a abrir a esa preciosidad que me han traído. Si tienen entrada para el espectáculo, pasen y vean. Eso sí, tendrán que ponerse el traje para entrar en esta sala.

—En un mundo donde se cumplan las normas, tal vez —le respondí mientras me levantaba de la silla y entraba en una sala de autopsias mucho más pequeña de las que había frecuentado en Barcelona, pero con el mismo aspecto desangelado e idéntico hedor a amoníaco.

—Vaya, ya coincidimos ayer, ¿verdad? Sargento Claramunt, ¿no? —dijo con un tono jovial y entrando tras de mí sin protestar—. Las noticias sobre sus buenos modales le preceden.

—Le advierto que tienden a recortarme méritos, doctor.

—Su segundo apellido es Boniek, ¿verdad? No tendrá nada que ver con aquel futbolista polaco que…

—Soy su heredero universal…

—Ya. Yo soy el doctor Pifarré. —Se presentó con una sonrisa en la boca.

—No suelen caerme bien los carniceros. Pero con usted intentaré hacer una excepción.

—Bueno, no crea que he elegido este oficio para hacer amigos. Mis clientes son poco dados a mantener conversaciones de una cierta profundidad. Aunque en general también resulta raro que la gente diga algo interesante… En fin, de momento me bastará con que cuide de su compañera. Si se cae y se abre la cabeza me va a crear un problema, porque no me queda ninguna camilla libre.

Cuando me giré, descubrí que mi joven prima había perdido el color de las mejillas y había empezado a oscilar en un movimiento cónico que no auguraba un buen final. Aquella era su primera autopsia, me lo había avisado y yo no le había dado mayor importancia. Pero tenía que reconocer que en mi primera vez había acabado vomitando en la taza del lavabo más próximo. Los cuerpos cubiertos pudorosamente por sábanas de una pulcritud discutible, la extrañeza de los aparatos que esperaban hundirse en la carne de personas que pocas horas antes ni siquiera sospechaban lo que les esperaba y el olor, sobre todo aquel olor penetrante y fétido que uno tardaba muchas horas en conseguir olvidar… Todo aquello formaba parte de un submundo al que no resulta nada fácil acostumbrarse.

—Será agotamiento, doctor. Seguro que esta mañana ya ha corrido sus buenos doce quilómetros, ¿qué aspecto quiere que tenga?

—Ocho —me corrigió ella con voz temblorosa.

—¿De qué le sirve estar en forma, señorita, si después desfallece al primer charquito de sangre? —se apuntó el doctor.

—Todavía no me he mareado —protestó con ese rostro enfurruñado que le aniñaba las facciones—. Es solo que ver así a una mujer tan elegante, tan bella…

—Todos somos frágiles ante el poder de un bisturí —me puse metafísico.

El doctor empezó a hurgar en el interior del cadáver y tardó solo unos segundos en sacar las pinzas y levantarlas para observar a la luz de uno de los focos el bulto sanguinolento que había atrapado. Al dejarlo caer en una bacinilla, se oyó un ruido metálico.

—¿Es la bala? —pregunté.

—Es raro. Más que una bala, parece un perdigón muy gordo.

—¿Le había atravesado el pulmón?

—El proyectil había entrado frontalmente en el pulmón derecho y había afectado solo parcialmente las venas pulmonares. —Nuestra cara debía de ser elocuente, porque se vio obligado a alargar su explicación—. Cuando la sangre se ha oxigenado en los pulmones, las venas pulmonares la llevan hasta el corazón para ser bombeada a todos los rincones del cuerpo.

—¿Significa eso que murió en el acto? —preguntó Azucena.

—¡Oh, no, en absoluto! Debió de sentir mucho dolor y poco a poco fue perdiendo las fuerzas, pero sin duda tuvo tiempo para darse cuenta de que se moría.

—¿Podría haberse salvado?

—Solo con una intervención inmediata. Aunque hubiera llegado rápidamente una ambulancia y la hubiera trasladado a un hospital, lo más probable es que hubiera muerto de todas formas antes de entrar en el quirófano.

Salí de la sala para telefonear al juzgado. La jueza no había llegado todavía, pero hablé con un secretario que me aseguró que le comunicaría el tipo de proyectil que el forense había sacado del cuerpo de Elena Izbasa y que le trasladaría mi petición de una orden de registro para la mansión de los Aragay.

Cuando volví a entrar en la sala de autopsias, las vísceras de la galerista se ofrecían a la vista de la concurrencia. Contra todo pronóstico, mi compañera había recuperado el color de la cara y ahora parecía fascinada por el espectáculo. ¡Jamás se me hubiera ocurrido pensar que Azucena era de las que se interesaban por las intimidades de la gente!

—Doctor, permítame una curiosidad —lo interrumpí—. Los que no tenemos la suerte de ser patólogos forenses, calificamos a las personas por su aspecto exterior. Quiero decir que nos fijamos en las proporciones, los colores y las formas y decidimos si un hombre o una mujer son guapos, agradables, atractivos… Pero seguro que usted ha abierto muchos cuerpos y ha visto muchas vísceras. ¿Usted también valora estéticamente el interior de sus pacientes?

El doctor detuvo sus maniobras, dejó sobre la mesita adjunta el enterótomo y la cuchilla vibradora manchada de sangre y se levantó la visera de plástico que le protegía la cara para poder observarme sin obstáculos. Sonreía. Pero había curiosidad en aquella mirada.

—Vaya, van a tener razón los que dicen que es usted un tipo raro. Nunca me habían preguntado una cosa así.

—Pero hay cadáveres cuyo interior le parece bello…

Tardó unos segundos en contestar.

—Sí, por supuesto. Esto no puedes ir diciéndolo por ahí, porque corres el riesgo de que te tomen por un maníaco. Y de hecho, las primeras veces que tuve una sensación de agrado al ver unas vísceras corrí al diván de un loquero para que me psicoanalizara. Finalmente comprendí que la idea de perfección la podemos proyectar hacia cualquier cosa. El agricultor que recoge toneladas de fruta a lo largo de una campaña, un día se planta ante un peral, coge una pera y se admira al ver lo perfecta que es aquella fruta. Cuando has superado la aversión inicial, con los riñones y los hígados pasa algo parecido.

—Comprendo. ¿Y diría usted que así, vista por dentro, la paciente

que le hemos traído resulta atractiva?

El forense se rio.

—Nunca me lo había planteado en esos términos. Pero sí, si no fuera por el pulmón dañado, un auténtico bombón —se rio durante un rato.

Tras prometernos que tendríamos el informe de la autopsia en nuestro correo electrónico a última hora de la tarde, dejamos al doctor disfrutando y corrimos a comisaría, donde tenía que rellenar los formularios para la petición de la orden de registro. Por mucho que ya hubiera hecho la solicitud de forma oral, sin esos documentos la jueza jamás la firmaría.

Cuando nos presentamos en el juzgado, nuestro objetivo estaba ocupado con una vista. El secretario recogió la solicitud y nos comunicó que la jueza Flotats tenía por lo menos para una hora. Aunque hubiera preferido sentarme a esperar ante una taza de café, Azucena no parecía muy inclinada a practicar el sano deporte de perder el tiempo. Propuso que fuéramos al taller de Ayman Hammady, lo que no me pareció una actividad ni agotadora ni peligrosa, así que accedí. La dirección estaba recogida en el primoroso informe que mi colega había preparado.

Llegamos a un almacén del barrio de Pardiñas, concretamente en una esquina de la calle de Pere Cavassèquia. La persiana metálica estaba bajada, no había ningún timbre y una pequeña puerta lateral que daba a un callejón estaba cerrada. No se oía ninguna actividad en su interior. Golpeamos la persiana, pero solo conseguimos llamar la atención de unos pocos transeúntes. Había una pequeña rendija, sin duda destinada al correo, por la que podía verse oscuridad. Estábamos a punto de desistir, cuando asomó por el portal contiguo una voluminosa mujer de unos cincuenta años enfundada en una bata con una combinación de colores absurda y estampada con unos dibujos que parecían coliflores. Me pareció imposible que alguien vistiera algo así si no fuera bajo amenaza o para espantar criaturas.

—¿A qué vienen esos golpes, señores? —gritó con una voz a juego con el estampado.

Al ver el uniforme de mi compañera, la mujer se detuvo de repente, como fulminada por un cortocircuito en su cerebro.

—Buscamos a Ayman Hammady. ¿Lo conoce? —preguntó Azucena.

Tardó en reaccionar.

—El moro, por supuesto —respondió con desconfianza manifiesta—. No, si ya imaginaba yo que algún día… —Que la policía anduviera detrás de aquel tipo casi le dibujó una sonrisa, porque suponía la confirmación de algo que probablemente ella se había adelantado a predecir—. Y miren que este… total, casi parecía normal… Y hasta limpio y agradable… Pero claro, la cabra, ya se sabe… Pues miren por

donde que yo también ando tras él. El alquiler, este mes…Porque el almacén es mío, ¿saben? Pero el muy bandido no se pasa por aquí. Una semana, lo menos. Y si pasa, se cuida mucho de que yo lo oiga. ¿Y ustedes…? ¡Por dios! ¿No será uno de esos terroristas?

—Señora, solo hemos venido para hacerle unas preguntas. No tiene motivo para malpensar de él. ¿Es normal que se retrase en el pago?

—Por el banco. El alquiler está domiciliado. Pero este mes me han devuelto el recibo. Por eso… Ustedes, la poli, pueden encontrarlo con satélites y eso, ¿verdad? No pueden dejar que se escape a su país y deje de pagar…

—Señora, su inquilino nació aquí al lado, en Alpicat. ¿Conoce usted alguna otra dirección donde podamos encontrarlo?

—¡Uy, no! Para mí que el chico no tiene donde caerse muerto aparte de esta ratonera —dijo señalando el almacén—. Ahí vive, trabaja, come, duerme y hasta se trae a su novia.

—¿Su novia?

—Oh, sí, guapísima y muy elegante. ¿No le parece increíble que un moro pelacañas como él haya podido engatusar a una señora con clase?

Le pedí que describiera a la señora, pero sus dotes de observación estaban a la altura de su gusto por la ropa. Que una mujer capaz de enfundarse la bata más horrible de la historia de la moda calificara a la novia del pintor de una persona con clase no significaba que estuviéramos hablando necesariamente de una reina de las pasarelas. Por supuesto, se me ocurrió que podía tratarse de Elena, pero no quise enseñarle ninguna de las fotos que habían aparecido en prensa hasta que supiéramos más cosas. Le pedí su dirección y le di una tarjeta, por si su inquilino decidía dejarse caer por allí de repente.

De vuelta al juzgado, mientras conducía, me dio por canturrear una melodía que me había venido a la cabeza.

—Pareces contento, sargento —opinó Azucena—. ¿Qué es eso que cantas?

—Es el cuarto acto de la ópera más famosa de Georges Bizet. Hasta tú debes de saber de cuál se trata.

—No soy una ignorante. *Carmen*, ¿verdad?

—Premio.

—¿Y qué te ha hecho acordarte de *Carmen* precisamente ahora? A ti las óperas y los casos que investigas se te confunden con facilidad.

—Don José va a la corrida de toros a pedirle a Carmen que se vaya con él y que se olvide de su nuevo amante, el torero que en ese momento está triunfando en la plaza. Carmen se ríe del pobre Don José y este se siente tan ofendido que la ira lo ciega y apuñala a la chica, que por descontado acabará muriendo.

—¿Quieres decir que todo este caso puede ser un simple asunto de

celos?

—¿Quién sabe? Quizás se produzca el milagro y tengamos resuelto todo este follón para la hora de merendar.

Cuando llegamos al juzgado, el secretario judicial nos esperaba ya con la orden en la mano, pero aun así nos hizo entrar en el despacho de la jueza Flotats. Era una mujer de rasgos angulados y mirada feroz, aunque no exenta de atractivo. Medía casi metro ochenta y su voz tenía la estridencia de un cañonazo. Estaba tan acostumbrada a mandar que apenas te miraba a los ojos.

—Juraría que esta es la primera vez que trabajamos juntos, sargento…

—Lo es, señoría.

Sentada en una mesa antigua, señorial, de madera oscura y labrada, la jueza mostraba una apostura casi divina y una media sonrisa que no inspiraba ninguna simpatía. Quizás solo fuera una forma de desprecio o de fastidio hacia todas aquellas banalidades humanas de las que se tenía que ocupar.

—Abel Claramunt Boniek… ¿No había también un futbolista ruso que…?

—Sí, señoría, pero era polaco y, en la medida que se puede creer a los padres, no tengo nada que ver con él.

Un pequeño fragmento de hojaldre dorado, quizá un trocito de cruasán, se reía de ella desde su solapa. El desayuno le debía de haber dejado aquel recuerdo y nadie se había atrevido a apercibirla del descuido. Por mí, la magistrada podía pasear su estrambótica medalla hasta el fin de los tiempos.

—Bueno, verá, no sé qué ampollas anda pisando, pero ya he recibido varias llamadas interesadas en que no violemos los derechos del señor Justo Aragay. No me gusta que me presionen, pero tampoco enfadar a quien no debo, así que usted se va a esforzar en hacer las cosas con mucho cuidado para no meternos en ningún lío. ¿Queda claro?

Quedaba clarísimo: si me equivocaba me cortaría los huevos sin el más mínimo pestañeo.

Le informé de los pocos progresos que habíamos hecho hasta el momento y se interesó por Ayman Hammady. Hasta nos pidió que le mostráramos la página web del pintor y pareció hurgar en su memoria, como intentando recordar si le sonaba la cara que mostraba la pantalla del ordenador. Nos informó de que tenía varios colegas aficionados a invertir en arte y que haría un par de llamadas para pedir informes.

Después, con un simple movimiento de su ensortijada mano derecha, dio por finalizada la audiencia y nos invitó a retirarnos. Su mirada era altiva, distante, fría. La magistrada permanecería en su tribuna alejada

del mundo mientras nosotros acudíamos a ensuciarnos de barro y de humanidad. Así era la justicia de los hombres.

El secretario judicial montó en nuestro vehículo y pusimos rumbo a la mansión de la carretera de Andorra.

Alertado por las advertencias de la jueza, se me ocurrió llamar a De Gea. El Anticuario era su amigo, lo que quería decir que la petición de aquella orden de registro me había metido en un terreno pantanoso. Al intendente no iba a hacerle ninguna gracia lo que estaba a punto de pasar y no habíamos pedido su consentimiento. Podía alegar que todo había sido decisión de la jueza, aunque también cabía la posibilidad de que fueran amigos —Lleida es una ciudad pequeña, donde todo el mundo se conoce— y ella le explicara una versión muy diferente de cómo habían ido las cosas. Por fortuna, el intendente estaba en una reunión de presupuestos y no podía atenderme en aquel instante. Le dejé la información a uno de sus ayudantes y le animé a que no se diera prisa.

En la mansión de los Aragay todo el mundo se puso muy nervioso. El propietario estaba en su tienda del centro de la ciudad y tuvo que ser requerido de urgencia por una sirvienta. Mientras el resto de agentes hacía su trabajo, yo me dediqué a hurgar en el despacho del propietario. Era impresionante la cantidad de objetos valiosos que encerraba aquella habitación. Algunos de aquellos libros merecían estar en la sala de incunables de la Biblioteca Nacional y debían de tener un valor incalculable. Como las pistolas y los relojes de oro, o las tallas de santos, o los manuscritos o los otros muchos chismes que guardaban las vitrinas. Me entretuve también en estudiar el único cuadro que adornaba una pared. Tenía un marco antiguo de madera labrada y muy aparatoso. La tela reproducía un paisaje que transmitía paz y armonía, con una edificación de dos piezas y paredes blancas junto a unas aguas tranquilas y un cielo de un azul imposible. Lo firmaba un tal J. Zaldívar.

El Anticuario llegó veinte minutos más tarde y lo hizo acompañado de su guardaespaldas y de un abogado. Venía tocado con un borsalino negro que ya le conocía de una de las veladas de póquer.

—¿Qué cojones estás haciendo en mi casa, sargento? —Fue su saludo.

—Mi trabajo. Tú me eligiste, ¿recuerdas? No quisiera defraudarte.

—Tienes una forma muy curiosa de tratar a los amigos. Pero te acordarás de esto, Claramunt.

—Sí, suelo tener que acordarme de estas cosas.

El edificio era enorme y lleno de habitaciones atiborradas de cachivaches viejos. Tardamos una eternidad en revisarlo todo.

Las pistolas antiguas que Justo guardaba en la vitrina de su despacho fueron confiscadas, aunque imaginaba que la pistola que buscábamos

era precisamente la que faltaba en una de las cajas del expositor.
—¿Dónde está el arma que falta?
—No tengo ni idea —contestó el Anticuario sin hacer el menor intento de evitar que el cabreo le saliera a borbotones—. Debería estar dentro de esa puta caja. Tal vez alguien tenga las manos muy largas.
En un pequeño cofre de madera había unas cuantas balas esféricas de hierro similares a la que el forense había sacado del pulmón de nuestra víctima. También nos lo llevamos.
—¿Quizás ese guardaespaldas que te da sombra?
—¿El señor Cásper? No me hagas reír. Es un amigo fiel. Si me pidiera toda la colección de pistolas, se la regalaría sin dudarlo.
Se me ocurrió que no era descabellado que un segundón como ese tal Cásper se cansara de recibir órdenes y decidiera deshacerse de su jefe y tomar las riendas del negocio. Por ejemplo, cargándole con un asesinato que no hubiera cometido.
Registramos también la habitación de Elena. El imponente retrato nos vigilaba desde la pared mientras Mihaela iba detrás de nosotros para recomponer rápidamente los objetos que nosotros desplazábamos del lugar que la diosa que había organizado aquel edén había decidido para ellos.
Uno de los muebles de la habitación era un elegante secreter de madera muy oscura, por supuesto antiguo. Tenía dos hileras de cajones con filigranas y asidores dorados. En los cajones solo hallamos material de oficina y utensilios de escritura, pero la plataforma abatible, bellamente labrada con líneas doradas, estaba cerrada con llave. Cuando pedimos a la asistenta que la abriera, la mujer refunfuñó hasta que comprendió que estábamos dispuestos a usar la fuerza. De una cavidad en la parte trasera del mueble, justo encima de una de las patas que tocaba a la pared, Mihaela sacó una llave que me tendió. En la parte interior había una arqueta de una madera nueva y reluciente que contrastaba con la antigüedad del resto de muebles de la casa. Abultaba aproximadamente el doble de que caja de zapatos y tenía una superficie abombada. Puesto que no tenía cierre, levanté la tapa y me deslumbró el brillo de las joyas. Diferentes plataformas metálicas forradas de terciopelo negro exhibían anillos, broches, pendientes, diademas… Yo no era ningún experto en joyas, pero sin duda todo aquello valía una fortuna.
—Azucena —le pedí a mi compañera que se acercara y levanté un par de pendientes hasta ponerlos a la altura de sus ojos—, ¿reconoces esto?
Los cogió con la misma delicadeza que se acaricia a un bebé, sin poder evitar que los labios dibujaran una O de sorpresa.
—¡Jolín! Diría que son los que Elena compró la misma tarde de su asesinato. Vimos cómo salió de la joyería con ellos colgando de sus

orejas. Sin embargo…

—Sí. Tendremos que investigar si la señora Elena había comprado previamente otro par de pendientes idénticos. Si no es así, estaría bien descubrir cómo han llegado estos hasta el joyero de su habitación.

Miré a Mihaela, que había puesto su mejor cara de sorpresa. Se había ruborizado y su labio superior parecía aquejado de un temblor apenas perceptible, quizás porque sabía que en esos momentos yo estaba contemplando la posibilidad de considerarla una asesina.

—Yo… No sé… Nunca los había visto…

Seguí husmeando dentro del joyero. Allí estaban los pendientes, pero no el crucifijo de oro y brillantes del que me había hablado el dependiente. Desde luego, si el móvil del crimen había sido el robo, no tenía lógica que hubiera desaparecido una joya y las otras hubieran acabado bien guardadas en el joyero de la propietaria.

—¿De verdad nunca había visto estos pendientes, Mihaela?

—Jamás —negó con una contundencia que me pareció excesiva. Su labio superior seguía fibrilando.

En aquella casa enorme había unas cuantas personas trabajando. Íbamos a tener que interrogarlas a todas.

—¿Y qué me dice de una pistola antigua del despacho de su jefe?

—Yo nunca entro en ese despacho. Lo tengo prohibido.

—¿Por qué?

—Supongo que el señor no quiere que yo sepa de sus cosas.

En ese momento, uno de los agentes que había estado registrando la habitación del Anticuario vino a susurrarme al oído que habían encontrado restos de pólvora en uno de los abrigos del armario. Aquello sí constituía una prueba incriminatoria de cierta importancia. Que el culpable fuera el marido justificaba en parte que los pendientes hubieran acabado bien guardados en el joyero de su esposa. Al fin y al cabo eran valiosos y tal vez no quisiera arriesgarse a que desaparecieran durante la investigación policial.

Mandé salir a todos de la estancia y pedí que llamaran a Justo Aragay para charlar a solas. Se presentó con su abogado, pero convencí al Anticuario de que lo hiciera esperar al otro lado de la puerta.

—No sé por qué pediste que yo me encargara de esta investigación —le dije—, pero quiero que sepas que voy a intentar hacer bien mi trabajo. —Quiso protestar, pero lo detuve con un simple gesto de mi mano derecha—. Para empezar, debes saber que las cosas no pintan nada bien paa ti.

El enfado había mutado en una sonrisa de desprecio.

—No vas a encontrar nada, sargento, principalmente porque yo no he matado a mi mujer. Pero si lo hubiera hecho, con más motivo me habría preocupado de que en mi casa no hallasen nada que pudiera incriminarme. ¿O crees que soy un estúpido?

—Mucha gente se harta de leer novelas policíacas y se deja seducir por la sofisticación de los asesinos de papel y por su inteligencia extrema. Pero la experiencia me demuestra que, cuando esos lectores se disponen a matar, se les olvida todo lo que han leído y se convierten en unos auténticos chapuceros. Mira, Justo, del pulmón derecho de tu esposa, el forense ha extraído una bala antigua, una especie de perdigón como los que guardas en una cajita en tu despacho. Nuestros expertos confirmarán que la bala que mató a tu esposa ha salido de esa caja. Además no puedes explicar a dónde ha ido a parar una de tus viejas armas de fuego. Por si esto te parece poco, uno de mis agentes acaba de encontrar restos de pólvora en las mangas de uno de tus abrigos.

Quiso mostrar el hieratismo de jugador de póquer que ya le conocía, pero era evidente que las noticias que le acababa de dar le habían producido el efecto de una descarga de mil voltios. Desvió la mirada y se tambaleó apenas un par de segundos, los suficientes para encontrar algo que decir.

—A veces pruebo las armas que compro en las subastas.

Me encaré al secreter, que me había cuidado de dejar cerrado.

—Mihaela me ha dicho que tu esposa guardaba ahí dentro un joyero con sus alhajas. Te advierto que si ahí aparecen los pendientes que Elena había comprado la tarde de su asesinato, las cosas van a ponerse muy complicadas.

—No sabía que hubiera comprado unos pendientes. ¿Por qué iban a…?

Volví a poner la palma de mi mano ante su cara para detener su parloteo.

—Si eres culpable, te doy la oportunidad de que confieses y te entregues, lo que sin duda te ayudará en el juicio.

—No digas tonterías. Te elegí a ti para que encontraras al asesino de mi esposa, no para que me acusaras a mí.

—En cualquier caso, dime cómo abrir este mueble. No encontramos la llave y voy a tener que abrirlo a hachazos.

—Mira, sargento, hacía años que no entraba en la habitación de mi esposa ni tan solo de visita y por lo tanto no tengo ni idea de cómo abrirlo. La llave tiene que estar por algún cajón. Pero te aseguro que si estropeas esta preciosidad de secreter te denunciaré por abuso, maltrato, insensibilidad artística o lo que se le ocurra a mi abogado. Es un escritorio de principios del XIX en madera de cedro e incrustaciones de oro. Su valor en una subasta podría alcanzar los cien mil euros.

Se puso a rebuscar en los cajones y parecía verdaderamente preocupado ante la posibilidad de que alguien se atreviera a dañar aquella antigualla. Por supuesto, yo solo pretendía descubrir si el

Anticuario sabía dónde se escondía la llave que abría el secreter. Aquella treta estúpida no acusaba ni exculpaba a nadie, pero me permitía verlo actuar. Desde luego, si estaba fingiendo, el mundo del teatro había dejado escapar a un gran profesional.

Minutos después, mientras el Anticuario corría a la licorera de su despacho a prepararse una copa que le permitiera digerir lo que estaba pasando, volví a dedicar mi atención a la asistenta.

—Sin duda, es usted una persona observadora, Mihaela. Si su jefe hubiera querido esconder en esta casa alguna cosa…

—¿Por ejemplo, una pistola?

Estaba al caso de lo que estábamos buscando. Podía haber oído a alguno de los agentes que pululaban por la casa o sencillamente podía haberlo deducido. Mihaela parecía una mujer espabilada.

—Por ejemplo. ¿Dónde cree que podría haberla escondido?

Cualquier asesino medianamente inteligente se hubiera desembarazado del arma del crimen. Pero, si nuestro culpable era el Anticuario, me costaba creer que se hubiera deshecho de una valiosa pieza de museo.

Mihaela llevó los dedos de su mano derecha a la cadena de oro que colgaba de su cuello y la acarició durante unos segundos. Me pregunté qué colgaría al final de esa cadena.

—No sé. Como puede ver, esta finca es enorme y está llena de rincones. Hay habitaciones que nunca pisa nadie y otras que están llenas de trastos viejos pendientes de ser restaurados… No sé, es difícil decirlo. En realidad, el señor pasa poco tiempo en esta casa y normalmente no sale del despacho o de su habitación. El único lugar donde se le puede ver los fines de semana, cuando no viaja, es en el jardín. Tiene un cobertizo con sus herramientas y le gusta cuidar de sus plantas… Hasta despidió al antiguo jardinero para obligarse a ocuparse él mismo de sus flores.

—¿Solo se ocupa del jardín los fines de semana?

—¡Oh, no! Siempre que tiene un rato. Ayer mismo, por ejemplo.

Que Mihaela dirigiera mi interés hacia el jardín me pareció un poco torpe. Los diferentes agentes acabaron sus cometidos con el único botín de un ordenador portátil, el de la señora, pero sin encontrar la maldita pistola. Hice caso a la insinuación de la asistenta y mandé que trajeran de comisaría un detector de metales. El agente que lo puso en funcionamiento empezó a barrer la extensa zona ajardinada por un extremo y no tuvo que caminar mucho hasta que un pitido nos alertó sobre lo que se escondía bajo unos geranios. Apenas un par de minutos después, tenía en mis manos una bolsa de plástico con la pistola sustraída del expositor del despacho.

Cuando mi compañera cerró las esposas en torno a las muñecas del Anticuario, este mantenía la mirada perdida en el color de la madera

del suelo de su gran mansión. Pero no parecía preocupado ni asustado, ni siquiera enfadado, tan solo reflexivo.

—Ya ves, sargento, de qué le ha servido tanta misa y tanto rezo a este meapilas —me comentó Azucena en cuanto metió al Anticuario en el coche patrulla—. Hasta resulta raro que todo haya resultado tan sencillo, ¿no crees? Después de esto tal vez te acaben rehabilitando y a mí me propongan para cabo.

—No te hagas muchas ilusiones, prima, y da gracias de que ya no esté de moda condenar a nadie a galeras. Detener al amigo de De Gea puede salirnos muy caro. Y no quiero ni pensar qué pasará si encima resulta que es inocente.

8

Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte V]

Quisimos prepararlo todo bien y no dejar ningún detalle al azar. En el apartamento de Travessera, estudiamos planos, dibujamos croquis, calculamos los tiempos de cada movimiento e ideamos diversos planes de fuga. Todo tenía que estar perfectamente pensado para que después del golpe a nadie se le ocurriera venir a buscarnos. Sabíamos el tipo de mangantes con el que nos las teníamos que ver y estábamos seguros de que no les haría ninguna gracia que les robaran una fortuna. Por eso teníamos que dejar todos los cabos bien atados. Nadie podía tener la menor sospecha de nosotros.

Precisamente por eso nuestro robo debía producirse antes de que el maletín llegara a mis manos o después de que lo hubiera perdido de vista. Puesto que cada destino era diferente, resultaba demasiado complicado imaginar un plan para robar el maletín después de la entrega. Por fortuna, Julián había participado en diversos momentos del transporte y conocía bien el proceso. La entrega y la recogida de paquetes se realizaba en un local en apariencia insignificante: un negocio de fotocopias en la Barceloneta. Julián lo sabía porque había recogido alguna vez el maletín en aquel antro y lo había llevado hasta la habitación de hotel donde yo u otra azafata aguardábamos. Le habían prohibido explicarme esos detalles por razones de seguridad. La idea era que, si alguna cosa fallaba y a mí me atrapaban con la mercancía en cualquier control de aduanas, no tuviera a nadie a quien señalar.

La copistería era una empresa legal, claro: un local pequeño con dos máquinas, material de papelería y una chica de melena negra y mirada aburrida que durante ocho horas al día se dedicaba a hacer fotocopias y encuadernaciones. Además de la entrada, el interior del local ofrecía dos puertas. La primera daba acceso a un lavabo minúsculo. La segunda, a una especie de despacho desde donde, a través de un vidrio oscuro que desde fuera se convertía en espejo, podía contemplarse la actividad del negocio. En esa habitación, un viejo llamado Anselmo organizaba los encargos y llevaba la contabilidad de la copistería, pero también se ocupaba de dar salida a esos otros envíos clandestinos: paquetes sellados, bolsas cerradas con candados, cajas precintadas… Suponíamos que Bometón y sus amigos debían de poner el precio al servicio y realizar el cobro en alguno de

sus elegantes despachos de la Diagonal, pero en la copistería se gestionaba el transporte, aunque nada se supiera de los contenidos. Julián estaba al caso del funcionamiento, porque en más de una ocasión había tenido que esperar la llegada del paquete y había aprovechado para charlar con el viejo. Al parecer, el tipo era un cascarrabias casi calvo y con nariz de consumado bebedor de cerveza que renegaba del mundo. Su tema preferido era despotricar de los jóvenes, lo que hasta entonces había provocado que cada sesión de tertulia con Julián acabara en una discusión. Aunque mi amigo lo odiaba con todas sus fuerzas, durante unas pocas semanas intentó pasar a verlo de vez en cuando, le dejaba hablar y hasta se resignó a darle la razón.

Calculamos que para efectuar aquel robo en condiciones tenían que intervenir tres personas: un vigilante y dos motoristas armados. De inmediato pensamos en José Mari, mi anterior novio, y la persona que me había presentado a Julián. Al principio no había encajado demasiado bien que me fuera con su amigo, pero la verdad era que le importaban más los videojuegos que yo, y acabó olvidándolo. Julián y yo decidimos que era un tío legal, lo que en el fondo solo quería decir que no se metía demasiada coca. Nos pareció que dejándolo participar en el negocio saldábamos una vieja deuda. Le prometimos cinco mil euros; y a José Mari, que vivía en una crisis económica perpetua, se le pasó de golpe cualquier resquicio de mosqueo.

Las armas no eran un problema. Cuando empezó a trabajar con el abogado y sus socios, a Julián le confiaron una vieja Luger de cachas marrones, que solo había tenido que utilizar un par de veces… Ya sabe, para asustar a entrometidos con vocación de héroes. Pero no podíamos arriesgarnos a que alguien reconociera esa pistola. Por suerte, José Mari sabía cómo conseguir otras armas. Nos salieron caras, por supuesto, porque también teníamos que pagar la discreción. Conseguimos una Jericho y una Sig-Sauer. Dos semiautomáticas, pequeñas y manejables, con los números de serie borrados. José Mari dijo que el tipo que se las había vendido aseguraba que estaban limpias. Pero eso no había forma de comprobarlo.

En el fondo, el plan era sencillo. Dependía de que Julián fuera capaz de sonsacarle al viejo Anselmo la fecha de un envío y de que yo no tuviera que participar en el traslado del maletín. Como desconocíamos cuál iba a ser el contenido, cualquiera nos servía. A ninguno de los tres se nos ocurrió pensar que resultaba un inconveniente no saber exactamente qué carajo estábamos a punto de robar.

El día señalado, yo, convenientemente disfrazada para no ser reconocida por nadie, me sentaría en una de las mesas que daban a la cristalera del bar Atlántida, casi enfrente de la copistería, abriría un libro o la *tablet* que me acababa de comprar y me dedicaría a esperar

el momento en que el paquete hubiera sido entregado. Entonces aguardaría el instante en que el negocio de fotocopias se vaciara de clientes y enviaría un mensaje con una sola palabra: «Ya». José Mari y Julián llegarían en sendas motos previamente robadas y vestidos con monos anchos y cascos de visera oscura. Puesto que el viejo y la chica conocían la voz de Julián, sería el otro quien gritaría que todos los que hubiera en el local se tumbaran tras el mostrador y que nadie levantara la cabeza. Irían disfrazados, por lo que la cámara que filmaba desde un rincón no supondría un inconveniente. El verdadero problema era cruzar los cuatro metros de local y abrir la puerta del despacho antes de que el viejo sacara la escopeta de cartuchos que siempre mantenía medio oculta en un paragüero que había en un rincón, junto a su ordenador. Puesto que Anselmo tenía artrosis y se movía con dificultad, imaginamos que le costaría reaccionar. Antes de que fuera capaz de acercarse a la escopeta, sacarla y apuntar, tendría una semiautomática encañonándole el entrecejo. El viejo no se haría el héroe, Julián estaba seguro de eso.

Ni nos planteábamos la posibilidad de que alguien resultara herido. Si todo lo que habíamos planeado lo ejecutábamos con rapidez y precisión, no tendríamos que apretar el gatillo. Nadie se haría ni siquiera un rasguño. Simularíamos un robo cualquiera. Nos llevaríamos la recaudación de la caja y cualquier cosa que nos pareciera de valor. Por supuesto, éramos conscientes de que los verdaderos responsables del negocio no se tragarían que el robo había coincidido por casualidad con el momento en que uno de sus valiosos maletines se hallaba en el local, sin duda buscarían sospechosos e incluso pondrían la mirada en Julián y en mí. Pero nada nos inculparía. Ni él ni yo estaríamos implicados en aquel envío. Bastaría con que él pusiera su mejor cara de niño inocente y se mantuviera firme. Yo sabría hacerme la tonta. Y además dos amigos de Julián nos proporcionarían una coartada convincente: Germán y el Papas, dos exheroinómanos que odiaban a la policía, pasaban las tardes jugando al billar en la bolera; le debían pasta y favores a Julián, por lo que estarían encantados de confesar que él y yo habíamos pasado la tarde con ellos jugando partida tras partida. Eran viejos conocidos, gente de fiar. Por si acaso, también les prometimos unos cuantos billetes. Si la policía metía las narices, se encontraría con un simple robo de cuatro chavos, nada que justificara mucho esfuerzo.

Calculamos que el golpe tenía que resolverse en cuatro minutos a lo sumo. No más. Cuando la chica de la melena negra o el viejo se recuperaran del susto y se les ocurriera llamar a los Mossos d’Esquadra o a sus jefes, yo ya habría cogido un autobús y ellos estarían fuera del local. Se quitarían los monos y abandonarían las motos en un aparcamiento cubierto que estaba a tres manzanas, de donde saldrían

por una escalera que daba acceso a un supermercado en cuya puerta había una boca de metro. En quince minutos estaríamos los tres jugando en los billares, muy lejos de todo peligro, y ultimando con Germán y el Papas los detalles de nuestra coartada.

También éramos conscientes de que después vendría una lenta espera. Pagaríamos a José Mari con mi dinero y nos lo quitaríamos de encima. Julián y yo lo habíamos hablado y estábamos de acuerdo, tendríamos que comportarnos con absoluta naturalidad. Sin cambios en nuestra rutinas. Ni nervios. Él sería quien tendría que soportar más preguntas y tal vez alguna sospecha. Pero pactamos no dejarnos ver juntos durante un tiempo ni delatarnos jamás, en ninguna circunstancia, dijeran lo que dijeran y nos ofrecieran lo que nos ofrecieran. Nos comprometíamos a no gastar un euro de más y a seguir cada uno con lo nuestro. Tal vez tuviéramos que esperar tres o cuatro meses. Quizás incluso un año. En realidad, todo dependería del contenido del paquete. El dinero sería fácil de repartir, pero las joyas supondrían un problema añadido que ya resolveríamos si se daba el caso.

Es un plan cojonudo, nos animó José Mari.

Nadie va a pararnos, aportó Julián.

Todo saldrá bien, chicos, me esforcé en sumarme a aquella estúpida sensación de euforia.

Creo que fue la mañana del martes, 12 de febrero, cuando Julián pasó a pegar la hebra con Anselmo. El viejo le anunció que al día siguiente tendrían que sacar adelante uno de esos compromisos que él sabía. Y claro, Julián comprendió que había llegado el momento. Por la noche, José Mari, él y yo nos reunimos en el apartamento de Julián.

No me han llamado, no voy a participar en este envío. Esta es nuestra oportunidad, les anuncié.

O lo dejamos o nos tiramos a la piscina, pero si pasamos de aquí ya no habrá marcha atrás. ¿Estamos de acuerdo?

La pregunta de Julián sobraba. Estábamos allí, ¿no? Dedicamos unas horas a repasar el plan y a ultimar los detalles. Las armas, la munición, los disfraces, los cascos, las coartadas… El aparcamiento donde robar las motos sería pan comido y el lugar donde después podíamos abandonarlas sin ser vistos… Todo estaba pensado: la mesa adecuada del bar que yo debía ocupar, los contenedores donde irían a parar los monos de los chicos y mi disfraz de embarazada, las posibles vías de escape en el caso de que apareciera un coche de los Mossos, el autobús que yo tenía que coger, adónde acudir si alguno de nosotros resultaba herido, un segundo lugar de reencuentro por si teníamos que salir por piernas y la opción de la bolera resultaba sospechosa…

Aquella noche dormí poco y mal, claro, pero me levanté cargada de energía. En unas pocas horas iba a resolver mi futuro.

Vestida como una embarazada, muy maquillada, sin *piercings*, escondida bajo un gorro de lana multicolor y tras unas enormes gafas de sol, salí a una mañana soleada pero fría. Caminé un buen trecho para calmar los nervios y entré a las nueve en punto al bar Atlántida.

Mandé mi primer mensaje: «En posición».

Tuve que esperar un rato por la barra hasta que una mesa de las que daban a la cristalera quedó libre. Colgué mi bolso de paja de asa larga en el respaldo de la silla y pedí un café con leche y la contraseña de la wifi. Cuando el camarero me sirvió, saqué mi *tablet*, la abrí y me puse a mirar ropa premamá en una web de compras *online* con la esperanza de que mi nerviosismo pasara desapercibido. Creo que temblaba. Eso sí, tenía una visión perfecta de la entrada de la copistería. Ya me había hecho a la idea de que iba a tener que esperar. Tuve tiempo de desayunar y de mirar no solo ropa de embarazada, sino también todo tipo de zapatos, abrigos, chaquetas, pantalones y hasta prendas que no sabía ni que estuvieran inventadas.

Cuando me harté de informarme sobre la última moda en cinturones, fulares, paraguas y artículos de marroquinería, me descargué uno de esos juegos de cartas gratuitos para matar el rato y estuve practicando tanto que más que «solitario» a partir de entonces tendrían que llamarlo «asquerosamente solitario». Por supuesto, no me olvidaba de ir levantando la mirada de la pantalla cada dos por tres para cumplir con mi misión, pero ninguna de las personas que entraba en la copistería arrastraba ningún paquete sospechoso, todos parecían simples clientes.

En el reloj de la *tablet* vi pasar las diez y las once y las doce… A la una me pedí un vermú y el camarero me puso cara de reprimenda mientras miraba mi barriga de presunta embarazada. A la una y media, me zampé una ensaladilla, un plato de calamares a la romana y una cerveza. Tenía ganas de ir al baño, pero me aguanté. Me maldije por haberme bebido una cerveza. Pedí un café. Y otro. Y uno más. Julián me llamó dos veces para saber qué coño estaba pasando y yo intenté calmarlo, aunque estaba tan o más atacada de los nervios que él. Y es que la espera estaba siendo mucho más larga de lo que nosotros habíamos previsto. Que una embarazada se atiborrara de cervezas y cafés y que no se moviera de la silla ni para ir al lavabo seguro que estaba empezando a resultar sospechoso. Me daba cuenta, claro, y valoraba de reojo el grado de desconfianza que mostraba el camarero. Temí que después, cuando todo hubiera pasado, el tipo de la barra se acordara de mi jeta y de alguna forma pudiera delatarme a los amos del negocio de enfrente.

A las dos en punto la chica de la melena cerró la puerta de la copistería, corrió una persiana metálica y se fue tranquilamente a comer. Yo aproveché para ir a vaciarme. Después, pagué y salí a

pasear. Llamé a los chicos y les dije que todo seguía en pie, que solo teníamos que esperar hasta la tarde. Maldijeron, pero estuvieron de acuerdo. ¡Qué remedio!

Antes de las cuatro volvía a sentarme en la misma mesa del bar Atlántida. Me pedí el enésimo café y, dispuesta a acabar de escandalizar al camarero, una copa de coñac. Poco después llegó la chica de la melena, descorrió la persiana y se dispuso a cumplir con una tranquila jornada de tarde. No fue hasta las cuatro y treinta y siete minutos, ¿cómo olvidarlo?, cuando vi aparcar delante del bar un coche negro en doble fila. Alerta, me dije. Y contuve la respiración. El conductor salió mirando a uno y otro lado. De la puerta del copiloto emergió la inmensa figura de un tiarrón que me heló la sangre. ¡Joder! Era nada más y nada menos que Héctor Cásper en persona, el esbirro venezolano de mi padre. El cabrón lucía un elegante traje gris con americana de doble botonadura y unas gafas de espejo de montura metálica. Se entretuvo unos segundos en arreglarse la corbata de colores llamativos y esperó a que el chófer rodeara el vehículo y se adelantara para abrirle la puerta de entrada. Como si fuera un señorito, vaya. Si no supiera que era una sabandija, quizás podría haber pensado que estaba ante todo un caballero. Como puede imaginar, llevaba un maletín en la mano. Pequeño, de piel marrón, precioso. Creo que me llevé una mano a la boca para evitar que la sorpresa se me escapara en forma de aullido. Mi excitación era tan evidente que el camarero se acercó para investigar si aquella clienta embarazada que había decidido acampar en su bar y que bebía cervezas, cafés y coñac había roto aguas e iba a tener que asistir en un parto de urgencia.

El niño, me excusé, que se dedica a jugar a fútbol aquí adentro.

Quizás necesite un poco de ejercicio.

El capullo parecía dispuesto a darme una conferencia sobre recomendaciones para gestantes.

Será mejor que me vaya preparando la cuenta.

Al cabo de tan solo un par de minutos, el señor Cásper y su ayudante salieron del local. Por un momento, miraron hacia el bar y yo temí que se les ocurriera entrar a tomar un café. Por muy disfrazada que fuera, sin duda el señor Cásper acabaría por reconocerme. Pero el matón subió al asiento del conductor y se largó con el coche negro. Fue el otro sicario quien cruzó la calle y entró en el bar. Aunque yo no lo conocía, hundí la cara en mi *tablet* y me dispuse a esperar un poco más. La posibilidad de que lo que íbamos a robar fuera la fortuna de mi padre resultaba de lo más estimulante, pero me pareció un mal augurio que aquel tipejo se sentara justo delante de mí, aunque afortunadamente de espaldas, y se pusiera a mirar desde detrás del ventanal. ¿Iba a quedarse allí mucho rato? ¿Vigilaría el local de

enfrente durante el resto de la tarde? Joder, aquello me pareció muy inquietante, quizás peligroso. Tenía que decidirme a poner en marcha el tinglado, pero era evidente que tener al lado a aquel inesperado observador constituía un peligro. Me decidí a mandar otro mensaje para alertar a mis socios de que se fueran preparando, lo que significaba que el paquete había llegado a su destino, pero que todavía tenían que esperar. Al cabo de un larguísimo cuarto de hora el sicario que estaba delante de mí se levantó, pagó su café y salió del bar. ¡Uf! Por fin pude respirar tranquila. También fui hasta la barra para pagar mi cuenta. A las cinco y veintidós, cuando vi que la tienda se quedaba por fin sin ningún cliente, mandé el mensaje definitivo desde mi móvil: «Ya».

José Mari y Julián llegaron unos cuatro minutos después. Dejaron las motos sobre la acera, junto a la entrada, desenfundaron sus armas y desaparecieron tras la puerta. A partir de ese momento hay un periodo de tiempo sobre el que solo puedo especular. Imagino que José Mari enseñó su pistola y gritó a la chica y al único cliente que acababa de entrar a hacer alguna fotocopia que se tiraran al suelo. Julián correría hacia la puerta del despacho que, contra lo que estaba previsto, me temo que encontró cerrada. Seguramente dio dos pasos atrás y tomó carrerilla. La puerta crujiría ante su empuje, claro, pero debió de necesitar una segunda intentona para que se abriera del todo. Significaría un retraso mínimo, imagino, de apenas uno o dos segundos, pero cuando la puerta del despacho cedió, seguro que el viejo Anselmo ya empuñaba su escopeta y apretaba el gatillo. Julián tuvo que verlo venir y le dio tiempo a esquivar el disparo, que seguro que sonó como un cañonazo. Solo un par de perdigones le abrasarían el brazo, pero José Mari, que iría tras él, tuvo que caer fulminado con el pecho reventado. Es casi seguro que Julián apretó el gatillo de su Sig-Sauer dos veces, por lo que el viejo debió de desplomarse sin ni siquiera emitir una queja. Lo que Julián no podía saber era que el tipo que había acompañado al señor Cásper se había quedado merodeando por los alrededores para asegurarse de que su paquete salía en condiciones y llegaba al aeropuerto. Quizás aquello fuera una medida de seguridad habitual y Julián no lo supiera. Tras abrir el armario, atrapar el maletín y darse la vuelta para salir corriendo, se debió de encontrar con que un sujeto que no había visto en su vida corría hacia él con una pistola en la mano. Probablemente los dos dispararon a la vez y sin duda los dos acertaron.

Mientras tanto, en el bar, cuando vi que el tipo que había llegado acompañando al esbirro de mi padre aparecía de no se sabía dónde y entraba en el local, comprendí que el asunto no podía acabar bien. Recogí mi *tablet* con prisas, me puse el abrigo y el gorro, me colgué el bolso y salí corriendo. Dudé de seguir con el plan: subir al primer

autobús que llegara a la parada de la esquina y alejarme de allí. Pero pensé que tal vez Julián pudiera estar herido y me necesitara. Habíamos jurado sernos leales, así que deshice el camino andado y empujé la puerta de la copistería temblando de miedo. Un tintineo de campanas anunció mi llegada. A mis pies, un joven y una chica de melena negra gateaban sigilosamente hacia la salida.

¡Corre, sal de aquí!, me aconsejaron los susurros de la chica.

Pero yo levanté la mirada y vi a uno de los motoristas tumbado en el suelo con un enorme agujero en el pecho. Me llevé la mano a la boca para ahogar un grito. Entonces me fijé en el casco y supe que era José Mari. Había mucha sangre. Di tres pasos a lo largo de un mostrador blanco salpicado de gotitas rojas y descubrí el cuerpo del sicario de mi padre con un agujero de bala en mitad de la frente. Más sangre.

¿Hay alguien ahí?, pregunté con una voz que tiritaba.

La puerta del despacho estaba entreabierta con la cerradura destrozada. Avancé un par de pasos más y, con cuidado de no dejar mis huellas, empujé el pomo. Junto al amasijo de sangre en el que reconocí al viejo cascarrabias, Julián estaba tumbado en el suelo y del pecho se le escapaban unas enormes burbujas rojizas. El pobre se había levantado la visera y en sus ojos había miedo… mucho miedo y desesperación.

Jul…, empecé a decir.

Pero un repentino ataque de prudencia por si alguien escuchaba me ahorró pronunciar el nombre completo de la persona que agonizaba a mis pies. Me agaché e intenté detener la hemorragia con la mano. Pero supe que era inútil.

Vamos, te sacaré de aquí, dije sin conseguir que mis palabras sonaran convincentes.

No, no pierdas el tiempo. Ni siquiera puedo moverme. ¡Coge el maletín!, me ordenó Julián con los restos de su voz.

Pero…, no supe qué objetar.

¡Sal de aquí!, ¡corre! Ya no puedes hacer nada por mí.

Supe que tenía razón, pero yo seguía allí parada, aturdida, apretando inútilmente el agujero que tenía en el pecho.

No llores, suplicó.

Y solo entonces fui consciente de las gotas enormes que se desprendían de mis ojos. Sin duda no amaba a aquel hombre; pero el mundo me pareció un lugar horrible.

Vamos, tienes que irte, insistió con una dulzura que me dolió en el pecho.

Estaba casi cegada por las lágrimas, pero me levanté y salí del local. Vi en una esquina a la chica de la copistería con un teléfono en la oreja. Sin pensar lo que hacía, tomé la dirección contraria y caminé durante un rato. Me sentía aturdida. Notaba la flojera de mis piernas.

En un semáforo, me di cuenta de que algunos peatones me miraban. Pensé que tal vez continuaba llorando y levanté la mano para secarme los ojos, pero descubrí que mis dedos estaban cerrados alrededor del asa de un maletín. De verdad, ni siquiera tenía conciencia de haberlo cogido, pero allí estaba: marrón, de piel, elegante… aunque salpicado de sangre. También mi mano estaba manchada de rojo. Me dediqué una inspección rápida y descubrí que mis ropas estaban empapadas, aunque el color lila del abrigo disimulaba bastante bien el rojo. Tan solo parecía sucio. Recordé el plan: deshacerme de la ropa. Me metí en un portal y me arranqué el cojín que simulaba el embarazo. Intenté limpiarme las manos con el gorro de lana, pero la sangre había empezado a secarse. Quise deshacerme del abrigo, pero sentí que el frío me helaba las entrañas. Cuando salí del portal, tiré el cojín y el gorro al primer contenedor e intenté ocultar las manchas de sangre con mi bolso de paja trenzada. Aun así, supuse que mi apariencia todavía resultaba sospechosa.

Paré un taxi y subí. Nada en la cara del taxista revelaba que se hubiera alarmado por mi aspecto. Di la dirección del piso de Julián, pero en seguida comprendí que no iba a aparecer nadie por allí. Pensé en la cámara de vigilancia de la copistería. Me habría grabado entrando al local a cara descubierta. A pesar del maquillaje, el gorro y las gafas, sin duda alguien me reconocería. Sabrían que era yo quien había huido con el maletín y vendrían a buscarme. ¡Mierda, lo había hecho todo mal! Era invierno, pero estaba sudando a mares. Tenía que pensar. Necesitaba adoptar medidas desesperadas. Pensar, pensar… Todos estaban muertos. Pensar… Tenía el maletín… Iban a venir a por mí, seguro. Corregí y le indiqué al taxista otro destino. Elegí una calle cercana a la del piso de Lidia, pero no la dirección exacta. Si la policía o alguno de los sicarios que me perseguirían preguntaban al tipo que conducía, no sabría dar la dirección exacta donde me escondía. Entonces más que nunca, tenía que extremar las precauciones.

Subí por la escalera y a oscuras para evitar encontrarme con alguien conocido en el ascensor. Usé mi llave para entrar en el piso. No había nadie. Corrí a lavarme y a cambiarme de ropa. Mientras metía los pantalones, la blusa, el abrigo y los zapatos manchados en una bolsa de basura, oí que se abría la puerta del piso. Aguanté la respiración hasta que oí la voz de Raquel y de su madre. La niña corrió a abrazarse a mis piernas, pero bastó con que Lidia cruzara la mirada conmigo para darse cuenta de que había sucedido algo.

¿Qué te pasa? ¿Te persigue algún fantasma?

Tal vez, respondí. Y la voz me tembló de nuevo.

Mientras la niña se iba a encender la televisión y a desplegar todo su equipo de dibujo, Lidia se acercó a la mesa donde yo había dejado el maletín. Las gotas minúsculas de sangre le daban un toque de diseño

moderno.

¿Qué es esto?

No sé, respondí.

¿No lo sabes? Tú lo has traído a mi casa.

Sí, pero no sé lo que contiene.

En ese momento barajé la posibilidad de confesar a mi exniñera hasta el último de mis pecados infantiles. Sabía que pringar a una amiga con toda aquella mierda era hacerle una auténtica putada. Pero me sentía sola. Angustiosamente sola.

Lo hemos robado, pero ha sido un desastre, me decidí a contarle.

¿Qué es para ti un desastre?

La miré sin verla, porque de nuevo una cortina de lágrimas me anegaba los ojos, y hablé flojito para que la niña no nos oyera.

Mucha sangre. Varios muertos.

Lidia se dejó caer en una silla y se llevó la mano a la frente, súbitamente abatida.

Sí, desde luego eso es un desastre. Tenemos que avisar a Manu. Él sabrá…

Ni hablar, atajé. Si aparecen policías voy a meterme en un lío.

Lidia apuntó una sonrisa que se esforzó en contener.

¿Por qué dices que vas a meterte en un lío? Ya estás metida en un lío. Y a simple vista parece un lío inmenso.

También me senté a la mesa, justo enfrente de Lidia. Las dos contemplábamos el maletín que teníamos entre nosotras.

Han muerto tres, quizás cuatro personas.

¡Hostia puta! ¿Tu novio, el de los tatuajes?

Asentí.

¿Y ni tan solo quieres saber lo que hay ahí dentro?

Me llevé las manos a las sienes y me di un masaje, porque me ardía la cabeza.

No estoy segura. Abrir maletines no me está trayendo mucha suerte.

Pero me levanté, entré en la cocina y salí empuñando un cuchillo enorme.

¿No tienes una llave?, preguntó mi exniñera.

Como respuesta, me puse a forcejear con la cerradura. La verdad, apenas conseguí hacerle un par de rasguños. Por eso Lidia se compadeció de mí. Se levantó y fue a la cocina. Segundos después apareció armada con un martillo y una escarpia. Puso el maletín en el suelo y bastaron cuatro trompazos para que las dos cerraduras cedieran. Raquel había acudido al reclamo de los martillazos. Al abrir la tapa, descubrimos un barullo de virutas de papel. Me llevé las manos a la cabeza, parecía que todo había sido para nada. Pero bajo los recortes apareció una tela de terciopelo rojo que envolvía un objeto no mayor que mi *tablet*. Aparté los recortes de papel, saqué

aquello y lo llevé hasta la mesa. Las tres nos miramos, como preguntándonos quién iba a atreverse a descubrirlo. Fue la niña quien extendió la mano y retiró una a una las puntas del trapo rojo. Allí no había brillantes ni billetes. Apartó el resto de la tela y dejó al descubierto una especie de cuaderno de tapas marrones, seguramente muy antiguo.

¡Qué bonito!, opinó Raquel.

Pero yo no pude ni abrir la boca. Llevaba tanto rato imaginando la clase de tesoros que habían costado la vida a mis amigos que mi cerebro se negaba a aceptar que ante mis ojos, sobre el terciopelo rojo, hubiera unas cuantas hojas de papel. Busqué un doble fondo. Un forro suelto que ocultara algo valioso. Pero el cuaderno y los recortes de papel de diario eran todo lo que había. Me costaba aceptar que aquella birria de librito hubiera costado la vida de Julián, de José Mari, del viejo y hasta del vigilante desconocido. Raquel fue la primera que se atrevió a tocarlo. Pasó un dedo prudente por la cubierta y después lo abrió por la mitad.

¡Qué bonito!, repitió.

Aquello estaba escrito en latín, con tinta roja, negra y dorada. Tenía unos dibujos de apariencia infantil que brillaban en algunas zonas. El papel, desgastado y casi de color marrón, se notaba quebradizo. Habría bastado acercarlo a un radiador para que se consumiera en llamas.

Parece un manuscrito antiguo, dijo la exniñera. Seguro que vale mucha pasta.

Tal vez sí, comenté para darme ánimos.

Pero la verdad era que me sentía vencida. Cansada y derrotada. Los miedos que había ido abandonando durante los últimos meses de nuevo volvían a atacarme. Notaba la flojera en las rodillas. La adrenalina segregada por la preparación del robo y la perspectiva de un futuro millonario se habían convertido ahora en una jaqueca insoportable que ni siquiera me dejaba pensar con claridad.

Los dibujos son muy bonitos, insistió Raquel.

De acuerdo con aquel criterio, trasladó sus útiles de dibujo a la mesa principal y empezó a copiar en su libreta las extrañas figuras del cuaderno.

Yo la miraba sin saber qué hacer. Necesitaba fiarme de alguien. Por mucho que me había prometido dejar a mi compañera de piso al margen de mis chanchullos —bastante había hecho ya con acogerme —, empecé a relatarle todos los detalles del asunto. La verdadera naturaleza de mi empleo de azafata, el trasiego de paquetes sospechosos, los límites de mi curiosidad, la fascinación por los billetes de quinientos euros y el relumbrón de las piedras preciosas engarzadas en unas joyas de princesa de cuento infantil. Le conté

cómo habíamos hecho planes, cómo lo habíamos calculado todo y cómo parecía imposible que algo se torciera. Finalmente le expliqué que algo inesperado había ocurrido dentro de la copistería, que se habían oído disparos y que en lugar de salir corriendo había entrado a ver qué sucedía y que una cámara y una dependienta y un cliente lo habían visto todo y que antes de coger el maletín y salir corriendo había visto mucha, mucha sangre.

¡Leches! Así que saben quién eres… Estas cosas no se olvidan ni se perdonan. Vendrán a por ti.

Recuerdo que sentí un escalofrío al escuchar en boca de otra persona la idea que desde hacía rato iba rebotando contra las paredes de mi cráneo y me estaba provocando una cefalea de campeonato. Iban a venir a buscarme, pues claro. Y no dudarían en reclamar lo suyo. Y en pedir explicaciones. Y en hacerme daño. No se conformarían con recuperar el libro. La lógica delincuente les obligaría a castigarme. Tal vez incluso me mataran. Primero irían al piso de Julián, pero allí no encontrarían nada que me identificara. No había dejado fotos ni, por supuesto, documentos… Me había ocupado de retirar mis objetos personales: el cepillo de dientes, mi ropa interior… Por supuesto, si ponían mucho empeño podían encontrar mis huellas digitales, pero eso más bien era asunto de la policía, y dudaba de que la pasma se molestara en tomar huellas en un piso que no había sido escenario de ningún crimen. A quienes debía temer era a los responsables del transporte del paquete. Mi rostro había quedado grabado en las imágenes de la cámara y alguien me reconocería. El abogado Bometón, por ejemplo. O incluso el señor Cásper. Sabía que este estaba implicado en el asunto, pero no podía saber de qué modo, ni si actuaba por su cuenta o a las órdenes de mi padre. Se me ocurrió que podía llamar a mi casa y buscar la mediación de mi madre para que me sacaran del aprieto, pero eso significaba una forma de humillación que de ninguna forma podía ni quería permitirme.

A lo mejor basta con que les devuelvas el librito a esos tipos, opinó Lidia sin ninguna convicción.

Me temo que no será suficiente. Ha muerto alguno de sus hombres, seguro que también querrán vengarse.

Lidia asintió. Después cerró los ojos. Agradecí que alguien intentara pensar por mí, porque yo me sentía incapaz de hacerlo.

Se me ocurre otra posibilidad, dijo.

Yo apreté los puños. Necesitaba un fogonazo de esperanza.

En realidad buscarán a Alba Castellví y no a Laura Aragay.

Tardé unos segundos en comprender. Mi amiga tenía razón. Intentarían encontrar a Alba Castellví. Pero yo era dos personas diferentes. Me costaría muy poco recuperar mi antigua identidad. Guardaba los documentos y podía recomponer mi antiguo aspecto. No

era un retroceso, sino una salida, aunque esa puerta me devolviera al mundo del que había intentado huir.

No sé, dudé. Por nada del mundo voy a permitir que mi padre vuelva a ponerme las manos encima.

Entonces Lidia me clavó una mirada que mezclaba tanta ternura como pena.

Ahora eres mayor de edad, tienes más recursos y experiencia. Seguro que sabrás defenderte.

Me reí.

Parece que no lo conozcas. No le basta con haber hecho una fortuna estafando a la gente. No tuvo suficiente con utilizar a su mujer y a sus hijos para satisfacer sus caprichos. Hasta le pareció poca cosa ocupar cargos públicos y tener a un ejército de funcionarios a sus órdenes. Mi padre necesita poseer a las personas, dominarlas y humillarlas hasta que se cansa de ellas y las abandona. Nadie escapa de sus garras.

En ese momento fue Lidia quien se echó a reír.

Parece que hasta lo admiras un poquito. Pero no te confundas, tu padre es un ser débil. Un pobre hombre que le tiene miedo hasta a su sombra.

¡Qué dices! Tú viste cómo nos trataba…

Por supuesto, estuve viviendo en aquella casa más de diez años y lo conozco bien. ¿De verdad nunca te has molestado en contar?, me retó mi exniñera.

¿De qué me hablas?

Te hablo de Raquel y de sus ocho años.

Estuve a punto de mandarla a freír espárragos, pero el destello de una intuición me detuvo. Conté mentalmente. Hacía poco más de ocho años que Lidia había dejado de ser mi niñera, que había abandonado la mansión Aragay. Entonces se me erizó la piel y me llevé una mano a la boca.

¡Hostia! Nadie me explicó nunca por qué te habías ido, me excusé. Supuse que habían decidido que ya era mayor para tener alguien que cuidase de mí. Nadie me avisó de que te ibas embarazada de mi casa…

Mi mirada se desvió involuntariamente hacia Raquel, que seguía enfrascada en sus dibujos. Después volví a mi compañera de piso.

¿Eso quiere decir que Raquel es mi hermana?

La sonrisa de Lidia fue una forma de confirmación.

Tu padre me buscó una clínica para abortar, pero yo le dije que nanay, que quería a esa niña. Me amenazó, porque le tenía pánico al escándalo y a que la gente supiera que era un sinvergüenza… Pero no me dejé achantar. Al final, tuvo que comprar mi silencio. Así que, ya ves, este piso lo pagó tu padre, guapa. Desde luego no es gran cosa. Pero con él acabaron nuestros tratos. Nunca más me ha vuelto a

molestar.

Me sentí abrumada por aquella información y por la cantidad de cosas que me estaban pasando. Acababa de perder a una especie de novio y, a cambio, había descubierto a una hermana. Se me había esfumado la ilusión de ganar una fortuna y me había dado un baño de sangre. Por otra parte, tenía que elegir entre sentarme a esperar que me localizaran los matarifes que me buscaban o salir huyendo de nuevo y volver a enfrentarme a la amenaza de ser encontrada por la persona que más odiaba del mundo. En el fondo me pareció una decisión muy fácil.

En lo primero que pensé fue en recuperar mi antiguo aspecto. Para el atraco ya me había quitado los aros y el *piercing* de la ceja. Tenía que recobrar el color moreno de mi pelo, que ya me había crecido y me podía peinar, aunque a la primera oportunidad sería conveniente comprarme una peluca. Las pulseras, al cubo de la basura. Rescataría mis antiguos documentos. Limpiaría mi rastro y huiría, por supuesto. Y tenía que hacerlo con suma rapidez.

Bajé a tirar la bolsa con el abrigo y la ropa manchada de sangre en un contenedor alejado del piso de Lidia. Después entré en un supermercado a comprar tinte para el pelo y subí de nuevo a casa a encerrarme en el baño. Al cabo de unos minutos mi escasa cabellera volvía a lucir un moreno resplandeciente. Me pinté los labios y marqué la línea de mis ojos. Lidia me dejó uno de sus mejores vestidos y hasta un collar de perlas falsas. Cuando ya no supe qué más cambiar de mí, me detuve a contemplarme en el espejo y apenas me reconocí. Me pregunté si aún era la misma chica que había llegado huyendo a Barcelona dos años atrás. ¿Realmente había cambiado tanto? No supe qué responderme.

Estás preciosa. ¿Ya has decidido qué vas a hacer?, quiso saber Lidia cuando me presenté ante ella con mi nuevo aspecto.

Dudé. Mi plan se cocía a fuego lento.

No sé, la verdad. Me parece que lo más sensato es volver a huir. Irme lejos de aquí, donde nadie me conozca.

Fue en el momento de verbalizar la necesidad de salir pitando cuando me di cuenta de que necesitaba recuperar mi dinero. Todo el que pudiera conseguir. Pero la oficina no estaría abierta a esas horas y en los cajeros automáticos hay una cantidad máxima de reintegro. Si esperaba a retirar mis ahorros, quizás ya hubieran empezado a buscarme y seguro que los movimientos de mi cuenta bancaria serían una forma de localizarme. Me convenía sacar mi dinero lo antes posible y no volver a utilizar ni la cuenta ni la tarjeta de crédito.

Cogí mi bolso y me dispuse de nuevo a bajar, pero Lidia me detuvo:

¿No pretenderás dejar eso en mi casa?

Eso era el maletín y el librito. Tenía razón, no era justo que el objeto

causante de todos los males se quedara allí, sobre la mesa del comedor de casa de mi amiga. Aquello era la prueba de un delito.

Será mejor que guarde estas cosas en el maletero de mi coche. Allí a nadie se le ocurrirá ir a buscarlos, dije en voz alta.

Cuando fui a recoger el cuaderno, Raquel protestó.

¡Nooo! Tengo que acabar el pájaro.

No parece un pájaro normal, cariño, es una especie de águila…

Es un grifo, corregí, un animal muy antiguo que tenía cabeza de águila y cuerpo de león…

Ve tú, me animó Lidia, no estás en condiciones de perder el tiempo. Yo misma guardaré el cuaderno en el maletero de tu coche cuando la niña se canse. Pero deberías deshacerte del maletín. Así, manchado de sangre, llama demasiado la atención.

Cogí el maletín y el resto de mi vestuario. Estaba claro que tenía que ser otra y empezar de nuevo. Cargada con unas cuantas bolsas, bajé en el ascensor y me fui directamente a unos contenedores de ropa usada. Después crucé unas cuantas calles para que el maletín manchado de sangre no pudiera ser descubierto en un contenedor cercano a la casa de Lidia. Me detuve en el banco de una plaza. Necesitaba pensar y tomar decisiones. Sabía que no disponía de mucho margen. ¿Cuánto tiempo tardarían los verdaderos dueños de la copistería o los amos del libro o la policía o un ejército de sicarios en saber quién se había llevado el maletín? Calculé que tan solo disponía de unas pocas horas. Tendría muchísima suerte si nadie me identificaba como una de las azafatas que realizaba los transportes. Iba muy disfrazada, eso sí. Y desde el momento de salir del bar hasta la llegada a casa de Lidia, no recordaba que en ningún momento me hubiera quitado las gafas de sol. Quizás todavía tuviera alguna posibilidad de quedar al margen… Aunque remota, esa eventualidad me levantó el ánimo.

Mientras caminaba en busca de una sucursal de mi banco suficientemente alejada del piso de Lidia, volví a pensar en mi padre por primera vez en mucho tiempo. Resultaba sorprendente su infinita capacidad para hallar nuevas formas de ser despreciable. Ocho años atrás el gran Justo Aragay todavía ocupaba un cargo público. Debió de valorar que verse manchado por un escándalo con una criada era un asunto indigno de su estatus. Comprar el silencio de la chica embarazada con un pisito en Barcelona seguro que le pareció una solución sencilla y sin cargos de conciencia. Y hasta barata. No debió de ser difícil para un hombre de los recursos y el prestigio de mi padre convencer a una pobre huérfana sin un lugar donde caerse muerta y sin amigos ni familia de que aceptara el trato. La libertad y un pisito en Barcelona a cambio de quitar de en medio al bebé y mantener la boca cerrada. El dinero siempre ha aseado las reputaciones y ocultado las miserias. Medité que, en el fondo, quizás no había resultado un

mal acuerdo. Al fin y al cabo, la llegada al mundo de Raquel era la llave que abrió la puerta de la libertad de la madre.

Recorrí cuatro calles más hasta la oficina de la caja de ahorros. Tecleé para retirar la máxima cantidad de dinero que el cajero automático permitía. Pensé si sería conveniente acercarme al día siguiente a esa misma oficina a liquidar mi cuenta. Quizás entonces ya estuviera siendo buscada por la policía y mi petición hiciera saltar alguna alarma que acabara arruinándome la fuga.

De vuelta a casa, me detuve en una tienda a comprar unas pocas chucherías para despedirme de Raquel. Me parecía increíble que la niña fuera mi hermanastra, pero quizás eso justificara la inmediata simpatía y la necesidad de protegerla que había sentido hacia ella. Por primera vez en la vida me había sentido una hermana mayor. Iba a echarla mucho de menos.

Justo antes de llegar a la calle de San Eusebio me pareció que algo olía a quemado. Al girar la esquina, vi el humo, que rodeaba el edificio como una inmensa bufanda de color negro. Tres camiones de bomberos y una multitud de curiosos aguardaban a unos metros de distancia. Algunos vecinos salían tosiendo por la puerta principal, otros intentaban respirar a través de las máscaras que los bomberos les habían puesto en la cara. No se veía fuego, solo humo.

Corrí hasta la multitud.

¿Qué ha pasado?, pregunté a un hombre que a duras penas era capaz de retener el ímpetu de un braco alemán que ladraba al humo.

Parece que se han quemado unos coches en el aparcamiento subterráneo.

La guardia urbana intentaba que el gentío reculara hasta una distancia prudencial, pero apenas se daban la vuelta, la curiosidad empujaba de nuevo a la gente hacia delante.

Me puse a buscar a Lidia y a Raquel entre la multitud, claro. Saqué mi teléfono y marqué el número de mi compañera, pero saltó el buzón de voz. «Lidia, llámame. Estoy preocupada». El efecto relajante del paseo se había desvanecido de golpe. No podía perder más tiempo. Necesitaba recoger mis cosas y marcharme, pero ese fuego inoportuno me iba a complicar las cosas. Era evidente que no iban a dejarme subir.

Me desplacé por detrás del círculo de curiosos buscando a mis compañeras de piso. Vi a una niña de uniforme y sentí un pinchazo de alegría, pero en seguida descubrí que no era Raquel. A cada minuto se amontonaba más gente frente al edificio. Inútilmente pregunté a los sanitarios de una ambulancia, que no daban abasto repartiendo inhalaciones de oxígeno como chutes de heroína en una convención de toxicómanos. Cuando oí que un corrillo de gente comentaba que habían hallado el cadáver de una mujer, empecé a notar que unas

gotas de sudor frío me bajaban por la espalda.

¿Saben quién es?, pregunté con una sensación de ahogo en el pecho.

No sé sabe aún. Han dicho que la han encontrado calcinada dentro de un coche del *parking* subterráneo. Por eso hay tanto humo pero no se ven llamas.

Vi un coche de los Mossos d'Esquadra e instintivamente caminé en dirección contraria, pero justo en ese momento topé con uno de los policías uniformados que se movían entre la gente.

¡Por dios, Manu, vaya susto me has dado!

La sonrisa del rostro del novio de Lidia ganó un par de dientes.

¡Eres tú, Alba! Casi no te reconozco, tan cambiada. ¡Qué alegría encontrarte!

Manu y yo nunca nos habíamos llevado nada bien. Él me consideraba una mala influencia para su novia, lo que no creo que se alejara mucho de la realidad. Sabía, porque Lidia me lo había confesado, que le desagradaban mis pintas de «burguesita antisistema» y que odiaba lo que él llamaba «aires de *top model*» cuando me enfundaba mi uniforme de azafata. Quizás por eso me sorprendió la alegría sincera que transmitía aquel saludo.

Creemos que el primero de los coches que se han quemado es un Skoda rojo, Alba. ¿Tú no tienes uno igual? En el interior, en el asiento del conductor, hemos encontrado el cadáver de una mujer. Creíamos…

Se había interrumpido de golpe, porque una idea terrible se acababa de formular en su cerebro.

Creíais que era yo, por supuesto. Porque Lidia no conduce…

El rostro de Manu y el mío reaccionaron a la vez para expresar un temor repentino. Ambos sacamos nuestros móviles y nos apresuramos a marcar el mismo número. Esperamos durante un largo minuto con el miedo temblando en nuestras pupilas. Solo el contestador reprodujo la voz de Lidia. «Deje el mensaje después de la señal».

Acabábamos de descubrir la identidad del cadáver que se había abrasado en el coche del aparcamiento.

[Se interrumpe la grabación].

9

Miércoles, 13 de febrero de 2013

—Voy a acabar con usted, Claramunt. Por fin lo tengo cogido por los huevos. Solo tengo que empezar a apretar muy poco a poco para disfrutar con sus gritos… Cuando acabe con usted solo servirá para un coro de música barroca. Lo que peor me sabe es que me lo haya puesto tan rematadamente fácil.

El intendente Carlos De Gea se había enterado tarde de la detención de su amigo y el desfase le había disparado por las nubes los niveles clínicamente tolerables de mala leche. De hecho, había entrado en estado de ebullición. Que mi equipo hubiera paseado al Anticuario esposado ante los chicos de la prensa constituía una de esas ofensas que pertenecen a la categoría de lo imperdonable. Si antes me odiaba, ahora estaba un par de pasos más allá. Ni siquiera intenté excusarme. O conseguía demostrar que Justo Aragay era culpable del asesinato de su esposa o el intendente no se conformaría con dejarme apartado en una mesa junto a los urinarios: me arrojaría dentro de la taza del váter y tiraría de la cadena hasta que mi presencia en su comisaría solo fuera un incómodo recuerdo.

El verdadero problema era que, aunque las pruebas se empeñaran en demostrar lo contrario, yo tenía serias dudas de que el Anticuario fuera el asesino de su esposa.

—Te lo advertí, Carlos —percutía el subinspector Alejandro Busquet, mi superior directo, señalándome con el dedo para que no cupiera duda de quién tenía que cargar con las culpas del pecado original—, este tipo es un cáncer, la prueba de que la naturaleza también se equivoca, un tropiezo… —Tropezó con un adjetivo rebelde y dedicó un segundo de suspense a encontrar la metáfora definitiva—. ¡Joder!, es un forúnculo lleno de pus verdosa y hasta que no lo reventemos o lo extirpemos de cuajo, nos estará escociendo en la entrepierna.

Había superado el reto retórico con bastante precisión, pero la exhibición lingüística no consiguió amilanarme. Por mucho que soñaran con formas dolorosas de deshacerse de mí, tendrían que escucharme. Habíamos recuperado la bala asesina, el arma antigua desenterrada del jardín, los pendientes misteriosamente guardados en el joyero de la difunta, los restos de pólvora esparcidos por las mangas del abrigo… Eran pruebas incontestables y ellos sabían que justificaban de sobra la detención. Les hablé de ellas con calma, una a una, recreándome, porque sabía que tenía buenas cartas y que eso les

dolía. Expuse mis argumentos y no me corté en exagerar el interés de la jueza en que las cosas fueran exactamente como habían ido. Por supuesto, no conseguí ni la complicidad de mis superiores ni un amago de perdón, pero las evidencias eran convincentes, y tener detrás el aval de la jueza les complicaba mucho cualquier medida que quisieran tomar contra mí.

—No admitiré más traiciones. —Aunque me gritaba a mí, Busquet miraba fijamente a Azucena, acusándola claramente de connivencia con su enemigo; es decir, yo—. A partir de ahora se unirá a esta investigación el sargento Sainz de Heredia. Al menos sé que de él me puedo fiar.

Desde luego, el subinspector sabía dónde apretar para hacer daño. Con Sainz de Heredia ya nos las habíamos tenido en un caso anterior. Era un calvorota de mediana estatura y de ojos asustados, sin un gramo de grasa. Daba una cierta grima contemplar cómo se le marcaban todas las venas del cuello y de los brazos. Si no fuera porque lo veía cada día sentado en su mesa y sonriendo a las agentes que pasaban por su lado, hubiera asegurado que algún bromista lo había sustraído de una clase de anatomía y lo había dejado allí para asustar a los novatos. A partir de ese momento tendría que cargar con él. Trabajar al lado del cretino Sainz de Heredia era algo parecido a atarnos un bloque de cemento a los pies y ordenarnos que saltáramos al Segre a nadar un rato. Sin embargo, no me hallaba en condiciones de discutir decisiones absurdas como esa.

Eran las cinco de la tarde y tenía el estómago completamente vacío, un abrasante malestar en las tripas y un humor de perros, pero me senté ante el ordenador a redactar el informe que se me había requerido y un borrador del comunicado que se iba a enviar a la prensa. Media hora más tarde les pasaba copias de esos documentos a De Gea, a Busquet y al inevitable Sainz de Heredia, pero todavía no tenía decididos los pasos que íbamos a dar a continuación.

Para empezar, ni siquiera sabía cómo encarar el interrogatorio de mi detenido. En parte, porque yo no tengo mucha fe en las líneas rectas. Y, sin embargo, allí estaba aquella investigación que fluía de manera natural y fácil para desmentirme. Resultaba sospechoso. Yo necesitaba que Justo Aragay fuera culpable para demostrar que no había actuado con precipitación, pero en el fondo me parecía poco probable que un tipo inteligente como él, buen jugador de póquer, hubiera cometido todos aquellos absurdos errores que lo habían arrastrado hasta una sala de interrogatorios: un anticuario asesina a su esposa disparándole nada más y nada menos que con una pistola del siglo XVIII, que además acabamos hallando enterrada en el jardín de su casa… Era un disparate. Los pendientes que la víctima llevaba en el momento del

crimen aparecen bien guardados en su joyero como por milagro… ¡Absolutamente ridículo! El disparo letal se produce precisamente en un momento en el que Justo Aragay solo dispone de la coartada que puede ofrecerle su fiel guardaespaldas y un dependiente a quien paga un sueldo… Cualquier aprendiz de asesino se hubiera tomado muchas más molestias para conseguir una coartada más convincente.

En el fondo, mi orgullo me pedía que salvara al Anticuario, que al fin y al cabo había sido quien, con su solicitud a De Gea, había conseguido liberarme de la prisión de los casos sin resolver y restituirme a las verdaderas tareas de un sargento de Homicidios: resolver un caso de asesinato era un auténtico regalo antes de la despedida final.

Puesto que mi estómago me suplicaba que le echara una limosna desde hacía rato, me acerqué al mesón La Tapa a complacerlo con un pincho de tortilla, una copa de tinto Gotim Bru y un carajillo. Rosita fue generosa con las sonrisas y el anís del Mono; las primeras empezaron a alegrarme la tarde, pero el segundo decidió lo contrario y se esforzó en agujerearme el duodeno. Llegué a uno de los lavabos de la comisaría justo a tiempo de vomitar la comida. Necesité un buen rato para que el mundo decidiera dejar de rodar alrededor de mi cabeza y encontrar energía para llegar hasta mi escritorio. Por primera vez desde que había llegado destinado a Lleida me alegré de que el lugar de trabajo que me habían asignado estuviera junto a los servicios. Aun así, a medida que fui recuperando fuerzas, encontré motivos para estar enfadado: la noche anterior, mi virilidad había quedado en entredicho, no había conseguido descansar, notaba la mirada vigilante de Sainz de Heredia taladrándome el cogote y aquel nauseabundo olor a urinario… Estaba dispuesto a aceptar que aquella maldita investigación me arruinase el momento sacrosanto de la siesta, pero no me podía obligar a respirar aquellos aromas mefíticos y seguramente tóxicos. Además, ¡qué carajo!, la niebla se había volatilizado por momentos y en las alturas había aparecido una mancha amarillenta que recordaba vagamente al sol. Me apetecía regalarme el pequeño placer de pasear.

Deambulé sin rumbo mientras mi estómago y mi cabeza volvían a asentarse. Poco a poco, mis neuronas hallaron la energía precisa para volver a meditar sobre la evidencia de las pruebas que acusaban al Anticuario. No podía ser tan fácil. En aquella representación tenía que haber otros actores que aportaran información. Tal vez el resto del servicio de la mansión. O el dependiente de la tienda de Antigüedades Aragay. O ese matón que acompañaba a Justo a todos lados… Aunque probablemente el primero que nos debía una charla era ese misterioso pintor, el tal Ayman Hammady, que al parecer había desaparecido de forma tan inoportuna.

Sin habérmelo propuesto, me encontré ante la Sala Montmartre, que sorprendentemente seguía abierta. Entré. Los mismas acuarelas deprimentes ensuciaban las paredes, pero tras el mostrador había una chica diferente, aunque vestida con el mismo uniforme de azafata de vuelo *low cost*.

—¿Por qué sigue abierta la galería? —pregunté mientras le enseñaba mi identificación.

La chica se levantó de su silla y resultó que era casi un palmo más alta y otro palmo más delgada que yo. Su altura y delgadez le daban un aspecto quebradizo. Parecía asustada. O quizás solamente preocupada por la perspectiva de perder su empleo.

—El señor Aragay nos ha pedido que sigamos abriendo con normalidad hasta fin de mes y que después ya veríamos.

—¿Te lo ha dicho en persona?

—Por supuesto. Ayer por la tarde vino a recoger algunos documentos y aprovechó para comunicarme que, de momento…

Sobre su pecho izquierdo una placa dorada anunciaba su nombre: Maribel.

—Oye, Maribel, ¿de verdad llegáis a vender alguno de estos cuadros? ¿En serio hay gente que los compra? —Eran opiniones más que preguntas.

La chica vaciló. No era el tipo de información que acostumbrara a facilitar a los clientes. Quizás la demora de su respuesta fuera solo para valorar si un tipo con placa y pistola entraba en la categoría de cliente.

—La verdad es que esta exposición no provoca colas, que digamos. Pero no crea que las tardes son siempre tan tranquilas. Ha habido muestras que han llenado la sala. Y no hablo solo del día de la inauguración, no crea. En alguna ocasión hemos llegado a vender casi todas las piezas.

—¿Alguna, por ejemplo, de Ayman Hammady?

—¡Oh, ya lo creo! —Me mostró una bonita sonrisa—. Las dos exposiciones que hemos hecho del señor Hammady han sido un exitazo, ¡lo ha petado! Se va a hablar de ese pintor, ¡fijo! Si piensa invertir en arte es una apuesta segura, créame. Para el mes que viene tenemos programada una muestra de sus óleos. Es una oportuni…

La chica tenía vocación comercial, pero conmigo estaba gastando saliva.

—¿Tú lo conoces?

—¡Pues claro, faltaría…! Viene por aquí muy a menudo. Aunque la verdad es que a mí, ni que fuera transparente… Que ya sé que solo soy una estudiante, pero es que el tío ni saluda, oiga. Que ya me contará usted qué le cuesta dar las buenas tardes. Pues, no… Ni que le cobráramos la buena educación.

—¿También ha venido por aquí estos días?
Pensó un par de segundos.
—¡Uy!, no lo veo desde la semana pasada… Desde el martes o el miércoles por lo menos.
—¿Y el marido de la propietaria? ¿Viene alguna vez por aquí?
El cambio de protagonista de la conversación le borró de golpe la sonrisa. Como a tres cuartas partes del planeta, no le gustaba su jefe. O simplemente le imponía respeto.
—No sé si debo…
—Claro que debes. Se han cargado a tu jefa y tu obligación es ayudar a la policía en lo que puedas.
—Sí, claro, pero… La verdad es que el marido de la señora Izbasa se deja ver muy poco. Y mejor, oiga, porque con esa cara de aquí mando yo y con ese aliento que funde las bombillas… Aunque precisamente el señor Hammady y el señor Aragay coincidieron aquí ese día de la semana pasada… —Lo pensó mejor—. El miércoles, seguro.
—¿Coincidieron los tres? ¿Era eso habitual?
—No, que yo sepa. Aunque, a mí, sus asuntos… —Sacudió sus manos en el aire de manera cómica—. El pintor sí venía, claro. Muchas veces. Incluso cuando no exponíamos sus telas.
—Y esa reunión del miércoles, ¿tienes idea de a qué venía, si era tan poco habitual?
—A mí no me cuentan esas cosas. Ni me miran, oiga. Como si fuera un florero. Bueno, no quiero decir que me hayan contratado por ser guapa, usted ya me entiende… Se encerraron los tres en el despacho durante mucho rato. —Señaló hacia una puerta camuflada como parte de la pared y dudó de nuevo— … Creo que discutieron sobre algo.
—¿Discutieron? Esto no es el Museo del Prado, Maribel, seguro que alguna cosa pudiste escuchar…
Me dedicó una mirada ofendida y puso cara de «yo no soy de las que meten las narices en lo que no les incumbe», pero el brillo de sus ojos la delataba: se moría de ganas de contármelo. Me bastó con arrugar el entrecejo. Ni siquiera mucho.
—El pintor estaba trabajando en algún encargo para el señor Aragay y eso es todo lo que puedo decir.
—Vamos, sigue.
—Ese encargo, o lo que sea, le estaba impidiendo acabar con los lienzos que teníamos previsto presentar en la exposición del próximo mes. Y hasta ahí puedo decir. No voy a contarle nada más.
—Anda, guapa, tú sabes más…
—Al parecer no acababan de ponerse de acuerdo. Como si el matrimonio se lo estuviera disputando o algo así… Pero no va a sacarme ni una palabra.
—Sigue.

—No crea que fue una discusión a gritos ni violenta, ¡qué va! Aquí siempre es todo muy civilizado. Después, los dos hombres salieron por esa puerta y ni siquiera se molestaron en despedirse. Hay que ver lo estirados que pueden llegar a ser algunos, ¿verdad? Desde entonces ya no he vuelto a verlos.

—¿Y Elena?

—¡Uy, la señora rabiaba! Se le notaba a la legua. Pero no pienso contarle nada si no trae una orden. Porque hace falta una orden judicial para interrogar a una ciudadana inocente, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que no se sabe si se trata de una ciudadana inocente hasta que la has interrogado.

La dejé reflexionando y me fui. No pensé en despedirme.

Volví paseando despacio a la comisaría. Quería pensar en el caso, pero las molestias en mis intestinos evitaban que pudiera concentrarme. ¿Qué pasaría cuando el dolor fuera de verdad intenso? ¿Cuando no pudiera pensar y, por lo tanto, trabajar? ¿Tendría el valor de meterme el cañón de la Walther en la boca y apretar el gatillo? ¿O eso no era valor, solo una forma de cobardía?

Me esforcé en espantar esos fantasmas de mi cabeza y concentrarme en los problemas del caso. Meditaba sobre cómo convencer a nuestra jueza para que firmara una orden de registro del taller del artista. Pero sabía que lo tenía crudo. No existían razones objetivas para entrar en su taller y revolverlo todo. Nos tocaría esperar. El entierro de Elena Izbasa estaba previsto para la mañana del viernes. Quizás el pintor apareciera en el funeral de su musa y pudiéramos abordarlo.

—¿Dónde te habías metido? —Se preocupó Azucena con su morrito enfurruñado de todas las esperas.

—A tu sargento —saltó desde el otro lado de la mesa el inevitable Sainz de Heredia— no le apetece cumplir con las obligaciones que acatamos todos los demás mortales que curramos en esta comisaría.

En el fondo, la mosca cojonera que habían enviado a revolotear a mi alrededor tenía razón. Iba a ser duro trabajar con él. Había instalado sus posaderas sobre la mesa de mi ayudante y la miraba con ojitos tiernos. Me daban ganas de vomitar otra vez.

El sargento me invitó a acompañarlo hasta su rincón de trabajo y me soltó con desgana que habían estado inspeccionando el portátil de Elena, pero que no habían encontrado nada que resultara sospechoso: bases de datos sobre artistas, principalmente locales; muchísimas fotografías de cuadros y esculturas; listas de precios… También había estado husmeando en la página web de Antigüedades Aragay, donde le había sorprendido que los contenidos estuvieran traducidos a seis lenguas diferentes.

—Incluso al chino, al árabe y al ruso —confirmó Azucena—. Supongo

que eso significa que tiene tratos comerciales por todo el mundo. Bien mirado, resulta lógico, porque si no fuera así no se explicaría que hubiera amasado una fortuna vendiendo chirimbolos que la gente tira a la basura. Pero no hemos encontrado nada que resultara sospechoso, todo parecía legal.

Me fijé en que la mesa del sargento era un ejemplo de orden, sin notas sueltas ni lápices despuntados ni informes atrasados. El justo contrapunto de la mía. En el rincón adecuado, junto al teléfono, la foto de una preciosa niña de nueve o diez años que lucía una sonrisa cansada y algo triste. Si era su hija, no había heredado ni uno solo de sus genes. Me alegré por ella.

El Anticuario esperaba y no había motivo para retrasar más lo inevitable. Cuando Sainz y yo entramos en la sala de interrogatorios, Justo parecía estar dormitando. O quizás rezando. No llevaba su sombrero. Era la primera vez que lo veía sin él. Sobre su cráneo se arremolinaban cuatro pelos canosos y suficientemente largos como para parecer descuidados, una calva ensuciada por unas pocas líneas trazadas sin orden. Sus gafas parecían sucias. Trasmitía un cierto aire de derrota.

—No vais a interrogarme sin que esté presente mi abogado.

En realidad, daba la sensación de tener preparado un amplio abanico de explicaciones, pero yo no quería perder el tiempo escuchándolas.

—Justo, enseguida llegará tu abogado y tendrás la oportunidad de explicar lo que quieras a mi compañero, el sargento Sainz de Heredia, que te va a tomar declaración. A mí solo me interesa saber qué relación tienes con Ayman Hammady…

El otro policía me miró extrañado, porque ni siquiera debía de estar al corriente de quién era el tal Hammady. Por su parte, el Anticuario había encajado la pregunta con incomodidad. No tenía claro si le convenía contestar. Se lo pensó unos segundos y acabó concentrando la mirada en algún punto del suelo.

—El morito era el perro faldero de mi esposa… ¿Te lo puedes creer? Toda la vida haciendo de ella una persona elegante y educada y acaba liándose con un pintamonas musulmán muerto de hambre… Supongo que eso la hacía sentirse muy esnob y muy cosmopolita. —respondió con una voz dolida y cavernosa.

—No te pregunto la relación que tenía con ella, porque me la puedo imaginar. Te pregunto por la relación que tiene contigo.

Pareció mascar un chicle imaginario y agrio durante unos segundos.

—El tipo es un capullo, uno de esos que escupen en un cuadro y esperan venderlo por millones… Pero hay que reconocer que, cuando se pone serio, tiene buena mano con el mármol y maneja los pinceles como un campeón. Lo irónico del caso es que fui yo quien se lo

presentó a Elena. Intentó venderme una talla antigua que casi parecía auténtica y… Bueno, el tío es bueno en lo suyo y por eso le encargué unas cuantas tareas menores. En mi campo, a veces no me basta con emplear a restauradores salidos de alguna universidad, a veces simplemente necesito a tipos hábiles que remienden o retoquen lo que el tiempo o las manazas de la gente ha deteriorado o borrado. Y el moro estaba a mano y era barato…

—¿Qué tenía que ver él con la discusión que tú y tu esposa mantuvisteis el pasado miércoles en la Sala Montmartre?

—Vaya, sargento, veo que te has estado interesando mucho por mi vida.

—Es lo que hacemos aquí cuando sospechamos que alguien se ha pasado de listo.

—Vamos, tú sabes que no he matado a mi esposa. Pregunté sobre ti y me dijeron que eras un buen investigador. Si yo fuera el asesino, ¿crees que habría utilizado mis influencias para que te asignaran este caso?

—Ni lo sé ni me importa, Justo. Háblame de esa discusión.

—No tiene misterio. Elena necesitaba que Ayman le mostrara los cuadros que iban a colgar de las paredes de su sala en una exposición inminente. Tenía que hacer las fotos para cerrar el catálogo, pero me temo que el tipo guardaba todas las fiestas musulmanas, las cristianas y las de tres o cuatro religiones más, por lo que ni siquiera había pintado la mitad de las telas que había prometido. Artista y moro, tú mismo… Elena no solía levantar nunca la voz, pero ese día se atrevió a acusarme de que yo tenía a su pintor secuestrado y que lo tenía haciéndome trabajillos de mierda únicamente para arruinarle a ella la exposición.

—¿Y era cierto?

—Sus exposiciones me importaban un carajo, sargento. Si tengo a ese vago trabajando para mí es porque estoy hasta el cuello de compromisos urgentes, no para fastidiar los sueños de marchante internacional de mi esposa. Hemos tenido un par de meses complicados y le he encargado a Ayman que haga los retoques que precisan unas cuantas piezas. Nada agotador y desde luego poco complicado… Pero es de los que viven a cámara lenta y hay que estar siempre detrás de él, pateándole los huevos. Te aseguro que si lo contrato para mis negocios es porque no me queda más remedio y si él acepta mis encargos es por el buen dinero que le pago y no porque lo obligue ni nada parecido.

Era difícil saber si Justo Aragay mentía. Mentir es la base del póquer y el Anticuario era un jugador más que bueno. Además, los matices de su mirada se perdían tras los gruesos cristales de sus gafas de miope. Abrí la puerta de la sala y me detuve en el umbral:

—El sargento seguirá con el interrogatorio.
Me giré y salí de la sala, pero pude sentir el odio de Sainz de Heredia clavándose en mi espalda como un puñal.
—Vamos, prima —animé a Azucena a que me siguiera arrastrándola de la mano.
—¿Vas a dejarle a Sainz el interrogatorio? Pero si no tiene ni idea del caso. Ni siquiera va a saber qué preguntar…
—No lo compadezcas, prima. A nosotros nos pasaría lo mismo. Todavía no sabemos casi nada de este caso. ¿Qué carajo vamos a preguntarle a ese trapero con ínfulas de señorito?
—¿Y adónde vamos?
—Volvemos al taller del pintor. Tenemos que convencer a la propietaria de que entre en el local y averigüe si el tipo se ha dado a la fuga.

Puesto que se hacía tarde, cometí el error de permitir que la prima se sentara al volante. Aquella chiquilla con aspecto frágil y de uniforme impecable obraba el milagro de transmutarse en míster Hyde a la que giraba la llave de contacto de cualquier vehículo motorizado. Me agarré a lo que pude y me dispuse a sufrir cada curva y cada frenazo como un azote.
—¿Qué sabes de Sainz de Heredia? —le pregunté después de imaginar los insultos de varios conductores y transeúntes que habían cometido la osadía de cruzarse en nuestro camino. Con esa pregunta, tenía la esperanza de que dejara de tomarse aquel trayecto como un *rally* de alta competición.
—No parece un mal tipo, sargento. No entiendo por qué le tienes tanta tirria. Se comenta por comisaría que lo ha pasado mal. Tiene una hija con una enfermedad de esas tan raras que nadie se ha molestado todavía en investigarlas y encontrarles remedio. —Pensé en la foto que había visto sobre su mesa—. Es algo del cerebro, un problema neurológico que poco a poco la está dejando como un vegetal.
Conocía ese horror. Hacía un par de años que mi padre vivía sentado en una silla sin decir palabra y esclavizando a mi pobre madre. Aunque en el caso de Ángel Claramunt se lo tenía más que merecido, pues había sido un mal padre, un mal marido, un mal policía y, como había descubierto desde mi llegada Lleida, también un mal hijo, un mal cuñado y un mal primo. Pero de ello no tenía la culpa mi compañero. Por un momento, estuve tentado de sentir simpatía por el gilipollas de Sainz de Heredia.
—¿Y no tiene cura?
—Cada dos meses viajan a una clínica de Estados Unidos especializada en trastornos parecidos. Le han dado alguna esperanza,

pero todo ese asunto los está dejando en la miseria. Y eso que su mujer había heredado un par de pisos de sus padres… Los rumores dicen que ya no les queda nada que vender.

—Con ese nombre seguro que tiene ases guardados en la manga. Los apellidos con preposición tienen crédito abierto en cualquier banco.

—No seas tan duro con él, sargento. Además, ya deberías saber que ha sido todo un héroe. Lo hirieron de bala en un atraco, pero se las arregló para reducir al ladrón y hasta le acabaron colgando del pecho una medalla.

—¡Medallas! En casa tengo un cajón lleno de ellas —mentí.

Eran casi las siete de la tarde cuando llamamos a la puerta de la propietaria, en el primer piso del mismo inmueble que el taller del artista. Vestía con la misma bata ofensiva y continuaba igual de enojada, porque seguía sin tener noticias de su inquilino. Le propuse que entrara a echar una ojeada al almacén y negó con un gesto de dignidad mancillada, pero era evidente que llevaba varios días resistiéndose a poner en práctica la idea.

—No sé si hago bien en confesarle un secreto policial. —Me decidí a arriesgar—. Aunque usted parece una buena ciudadana y no me parece justo que salga perjudicada de todo este asunto. Se trata de un tema delicado y confío en su más absoluta discreción: estamos investigando el asesinato de esa señora tan elegante que usted veía entrar en este taller.

La mujer se llevó una mano a la boca para sofocar el grito de horror que quería escapar de su garganta.

—Necesitamos su ayuda, señora —colaboró la voz dulce de Azucena.

—En realidad solo se trata de saber si el pintor ha salido huyendo o si hay algún indicio que demuestre que ha tenido alguna relación con la muerte de esa pobre dama. Si su inquilino se ha largado, a usted le interesa saberlo lo antes posible, ¿no es cierto?

Cabeceó para expresar un apunte de duda, por supuesto, porque se lo exigía el protocolo; pero era evidente que se moría de ganas. Nos dejó en el rellano de la escalera y apareció al cabo de un minuto con un manojo de llaves en la mano. No nos dirigimos a la persiana metálica, que parecía el acceso natural; doblamos la esquina y llegamos a una pequeña entrada lateral. La llave chirrió en la cerradura y la mujer tuvo que abrirse paso a empujones, puesto que la puerta de madera vieja y despintada se resistía a dejarla pasar. En el interior, todo era oscuridad.

—Hay que cruzar todo el almacén para encender la luz —se quejó—. Los interruptores están junto a la entrada principal.

Como si estuviera a punto de saltar a una piscina, cogió aire y caminó a tientas unos metros. Justo la habíamos perdido de vista

cuando se oyó un gemido. La vimos aparecer de nuevo con pasos de borracha y las manos tapándole la boca. El color había desaparecido repentinamente de su cara y mantenía los ojos cerrados.

—Está ahí —balbució mientras se tambaleaba y buscaba el apoyo de una pared.

Entramos y el olor casi nos tumbó. No hacía falta ver nada para saber que Ayman Hammady estaba muerto. Colgaba de una viga con una cuerda atada al cuello.

Puesto que no estaba en condiciones de tensar más la cuerda, llamé de inmediato al subinspector Busquet para informarle de que el presunto amante de la esposa del Anticuario había aparecido colgando de una viga.

—¡Joder, Claramunt, por donde usted pasa no vuelve a crecer la hierba! ¿Se lo han cargado o se ha quitado de en medio?

—Tendremos que esperar a lo que diga el forense, pero yo apuesto por que lo han liquidado. El almacén donde lo hemos encontrado estaba completamente a oscuras… ¿Por qué iba a colgarse nadie a tientas?

—No sé. Quizás fuera un furibundo activista de Greenpeace obsesionado con el ahorro de energía.

—Me da que el asesino ni siquiera se ha molestado demasiado en simular el suicidio, quizás porque se sentía suficientemente a salvo.

—Eso quiere decir que también piensa colgarle el muerto al Anticuario…

—No voy a especular, jefe. También cabe la posibilidad de que el asesino fuera un auténtico chapuzas.

—¡Mierda! Esto no le va a gustar al intendente. Hace parecer todavía más culpable a su amigo. De momento vamos a retener en el calabozo al Anticuario y le mando ahí un equipo de la científica. Y a Sainz de Heredia, por su puesto.

—Jefe, usted siempre sabe cómo hacerme feliz.

El taller era una antigua carpintería de unos ochenta o noveta metros cuadrados. Levantada la persiana exterior, un cierre de madera y cristal esmerilado dejaba entrar mucha luz exterior. Una de las paredes estaba ocupada por diversas capas de lienzos apoyados en el suelo con la parte pintada oculta. La pared opuesta, en cambio, la que recibía más luz natural, presentaba una hilera de cuadros de diferentes medidas que mostraban esbozos o dibujos aún por acabar. Las telas combinaban una representación figurativa muy precisa con un entorno de líneas geométricas o manchas de colores atrevidos. Aunque yo no era ningún experto, casi todas desprendían una extraña sensación de

intensidad. Sin embargo, solo unas pocas parecían estar acabadas. Uno de esos óleos volvía a ser un retrato de Elena.

—¿Te has fijado? —Azucena señalaba unas grandes estanterías metálicas atiborradas de piezas de barro y mármol. Una de las repisas estaba repleta de figuras humanas de tamaños y posturas diferentes, pero todas con un rasgo en común reconocible: la cara de Elena Izbasa.

—Más que un taller, parece un museo levantado en homenaje a la bella Elena —opiné.

—Quizás la chica no fuera su amante, sino algo así como su musa.

—Supongo que las huellas de esa cama nos lo dirán.

En el rincón más alejado de la entrada, quedaba un camastro de colchón poco grueso y con una frazada arremolinada. Resultaba difícil imaginar a dos personas adultas durmiendo en un espacio tan reducido.

—Si dormían juntos ahí, tenían que estar muy unidos.

Junto al lecho, la puerta de un pequeño aseo en el que a duras penas cabía un lavabo, una taza y un ridículo plato de ducha. Un par de metros a la derecha, separada por una cortina de plástico transparente, una habitación minúscula, probablemente pensada como oficina, pero que ahora contenía un fogón de *camping* unido a una bombona de butano, un horno eléctrico de considerable tamaño y una nevera como las de las habitaciones de los hoteles. Si esa era la única residencia de Ayman Hammady, estaba claro que vivía en la más absoluta austeridad, consagrado a su arte y quizás a su amor. Resultaba extraño que una mujer como Elena, acostumbrada a la ostentación y a una vida llena de lujos, se hubiera fijado en un tipo como él y se hubiera interesado en compartir su miseria.

—Nos volvemos a ver, Claramunt. No me gustaría que se acostumbrase —advirtió el doctor Pifarré, que acababa de llegar al almacén para certificar la muerte.

—Nadie en su sano juicio desea ver a un patólogo forense —opiné.

—Vaya, ahora entiendo por qué tengo tan pocos amigos.

Mientras uno de los técnicos tomaba huellas, otros dos policías descolgaron el cadáver y lo dejaron extendido en el suelo. Azucena, que había estado fotografiando todos los rincones, se centró en el rostro del difunto.

—¿Puede decirme alguna cosa, doctor? —pregunté.

—Me sé unos cuantos chistes de forenses.

—Sobre el muerto.

—Hace demasiado poco que está muerto como para que hayan hecho chistes sobre él.

—Los patólogos tienen un humor diferente…

—Sí, supongo que es patológico…

—Bien, centrémonos. ¿Puede decirme si el tipo se ahorcó?

—¡Ah, eso! Me extrañaría mucho. Fíjese en la marca de su cuello, dibuja una circunferencia completa. ¿Sabe qué significa eso?

—No nací ayer, doctor.

—Yo sí —se sumó Azucena.

—Cuando un suicida muere por el estrangulamiento que provoca el peso de su cuerpo, la parte cervical no sufre la quemadura del roce de la cuerda —le expliqué—. En cambio nuestro cadáver tiene una marca circular alrededor del cuello.

—Entonces, eso quiere decir que primero lo mataron y luego lo colgaron para que pareciera un suicidio.

—Bueno, ya sospechábamos que no se había suicidado a oscuras. Sigue haciendo fotos de todo lo que encuentres, prima.

En cuanto se llevaron el cuerpo, nos dedicamos a revisar todos los rincones. En aquel disparate de vivienda, dos cosas me llamaron sobre todo la atención. Por una parte, una delgada cuerda de plástico que cruzaba transversalmente el almacén y que conservaba prendidas unas cuantas pinzas de la ropa, pero ni unos tristes calzoncillos colgaban de ella. Por otra, un panel de corcho pegado en una de las paredes donde se apoyaba la cama y en el que el pintor había ido clavando fotografías de paisajes, siluetas de cuerpos femeninos esbozados en servilletas de bar, direcciones y números de teléfonos, un sinfín de recortes de revistas y periódicos, algunos probablemente ideas para obras futuras. Hasta había una tarjeta de invitación a una exposición de sus cuadros en la Sala Montmartre del mes de mayo del año pasado. Pero lo que realmente atraía la atención era un pedazo de corcho despoblado en la parte inferior derecha, donde solo quedaban unas cuantas chinchetas que no aguantaban nada. Era fácil aventurar que alguien había decidido arrancar los papeles que hubiera en aquel sector del panel.

Una enorme plancha de madera chapada en blanco y sostenida sobre cuatro caballetes hacía las funciones de mesa de trabajo. Un gran fluorescente la iluminaba. Sobre ella parpadeaba el único objeto valioso de toda la estancia, un enorme ordenador portátil, un MacBook Air. Hasta él había llegado el ineluctable Sainz de Heredia, que tecleaba inútilmente.

—¿Tienes algo?

Me miró con un odio sincero y abnegado. No estaba dispuesto a perdonar la jugarreta de dejarlo abandonado en la sala de interrogatorios.

—Lo han formateado todo, Claramunt. No ha quedado ni un programa. Alguien no quería que encontráramos ahí dentro alguna cosa que lo comprometiera.

—¿No hay nada que nos dé alguna pista? —pregunté sin mucha esperanza.

Sainz me ofreció su cara de aburrimiento.

—El papel. ¿Tú lo has visto?

Unas pocas láminas blancas se amontonaban junto al ordenador. Cogí una de ellas y la levanté a la luz. Solo era papel.

—¿Qué tiene de especial? —Entorné los ojos para descubrir algún mensaje secreto que no se descubriera a primera vista—. Está en blanco.

—Dios es sabio y no ha querido que dejes descendencia, Claramunt, pero yo tengo una hija de doce años que cuando se encuentra con ánimos acude a una academia de pintura. Me gasto una pasta en pinturas, en láminas, en telas, en marcos…

—¿Y estás pensando en robarle el papel a nuestro muerto?

—Ni se me ocurriría. Y no porque no lo necesite, sino porque este papel es tan rugoso y basto que a nadie se le ocurriría utilizarlo para hacer un dibujo serio.

—Bueno, tengo entendido que los artistas siempre prueban con texturas y formatos diferentes. —Intenté quitarle importancia a su comentario. Me molestaba que supiera cosas que yo desconocía—. Además, está claro que el tipo no nadaba en la abundancia…

Efectivamente aquellas hojas en blanco tenían un tacto rugoso y estaban llenas de puntos ínfimos de diferentes colorines que sin duda lo afeaban. Algunas láminas se veían torpemente recortadas. Se me ocurrió buscar la papelera. En un sitio así, tenía que haber una. Escondida bajo la enorme plancha de madera, encontré un pequeño cubo de plástico con unos pocos trozos de ese papel rugoso rotos en pedazos muy pequeños. Los extendí sobre la plataforma y durante unos minutos intentamos recomponer un puzle imposible. Sin embargo, lo que había reproducido en aquel trozo de papel barato no era una imagen, sino palabras.

—No estaba pintando. Escribía —apunté—. En general parecen letras grandes, de nuestro alfabeto, pero al estilo antiguo. Resulta imposible recomponer las palabras, pero me da en la nariz que están en latín.

Los tres miramos una caja de madera pulida que parecía pensada para regalar bombones. En su interior hallamos buriles, punzones, delicadísimos pinceles y otros instrumentos, entre los que destacaba una enorme lupa. A su lado, unos botes minúsculos de tintas de colores básicos con las etiquetas en caracteres chinos.

—Diría que son las herramientas de un miniaturista —apuntó Sainz.

Sabíamos que estaba preparando algún encargo para Justo Aragay. Algo que requería cierta urgencia y que el Anticuario consideraba importante o tal vez valioso. Pero en el almacén no quedaba nada que nos explicara de qué se trataba. O Ayman había entregado sus trabajos

antes de ser asesinado, o quien lo había liquidado se había llevado lo que estuviera preparando… Podía preguntárselo a nuestro detenido, pero mucho me temía que no estaría nada predispuesto a iluminarnos.

Abandonamos el almacén pasadas las once de la noche. Tenía que acabar con esas jornadas maratonianas y convertirme en un funcionario ejemplar, de los que dejan una palabra a medio pronunciar cuando llega su hora de salida.

—¿Qué te parece si te recojo mañana temprano y nos presentamos en el guardamuebles de Barcelona a valorar tu herencia?

—Me parece mal.

—Te recojo a las seis y a las diez podemos estar de vuelta.

—Ni hablar.

—Tienes razón, un poco antes de las seis para ir sin prisas.

Necesitaba llegar a casa y tumbarme a descansar, pero mi estómago llevaba vacío muchas horas y empujó a mis piernas hacia la barra del mesón La Tapa. Solo había un par de mesas ocupadas y Rosita había empezado a recoger las bandejas de tapas que mostraba un expositor. Había llegado a tiempo de detener aquel desfile de comida deliciosa.

—¡Alto a la autoridad! —ordené.

—La autoridad —se defendió Rosita con una mueca de burla— olvidó ayer llevarse una botella de ratafía de cerezas. Si crees que vamos a cargar con ella los indefensos ciudadanos, vas listo, sargento.

Decididamente me gustaba esa mujer.

—¿De verdad ni siquiera te has atrevido a probarla? —la reté.

Como si la tuviera preparada, sacó la botella de detrás de la barra y la dejó sonoramente sobre la superficie de metal. Puso dos vasos de chupito entre los dos. Pensé que era una temeridad volver a probar la resistencia de mis tripas al alcohol de alta graduación. Pero Rosita sonreía.

11

Jueves, 14 de febrero de 2013

Cuando por fin conseguí abrir los ojos, el timbre de la puerta ya mostraba síntomas de afonía. Recordé la sonrisa de Rosita. Después pensé en Azucena. El despertador acababa de marcar las seis de la mañana.

—¡Asco de prima!

El comentario me produjo una arcada. Me incliné hacia un lateral de la cama, pero nada ascendió desde mi estómago. Cuando vi todo lo que había caído durante la noche sobre mis zapatos, comprendí por qué no tenía nada más que vomitar. Era la prueba definitiva de que la ratafía de cerezas de la señora Patro merecía ser catalogada como arma química. O de que mi estómago había decidido privarme de mis últimos placeres.

Me arrastré hasta la puerta.

—¿Siempre tienes este aspecto cuando te levantas? —se burló mi prima—. Ahora entiendo lo de tus dos divorcios.

Entré en la cocina y me amorré al grifo como si acabara de cruzar el Sahara a pleno sol. Era incapaz de recordar absolutamente nada que hubiera ocurrido tras brindar con el primer chupito de ratafía de cerezas con Rosita. Debería haber fusilado allí mismo a mi inoportuna prima, pero no tenía fuerzas ni para discutirle nada. Me lavé, me vestí y me dejé arrastrar hasta su Mini color pistacho. Debí de entrar en coma, porque al abrir los ojos la conductora estaba aparcando en la calle Guipúzcoa de Barcelona.

—No tienes buen aspecto, jefe —opinó la chica.

—¿Qué esperabas? Me estoy muriendo.

—Ya, pues parece que vas a conseguirlo. Me has dejado el coche perfumado de licor agrio.

—Las pastillas…

—Eso será.

Era ella quien había cogido las llaves del guardamuebles. Me condujo por unos pasillos iluminados con fluorescentes que dañaban la vista y se detuvo ante una puerta.

—Aquí es. Te corresponde abrir a ti.

Obedecí sin saber muy bien qué hacía. Cuando le dio al interruptor de la luz, topé de golpe con los restos de una vida que ya creía perdida. Reconocí el sofá cubierto de plásticos, la nevera abierta, el somier con una lámina rota, la cómoda de madera blanca del

dormitorio… Allí estaban las ruinas de la vida que había compartido con la bella Aida. Me parecía increíble que no se hubiera deshecho de los muebles de nuestra breve vida de casados… ¿Por qué los había conservado? Todo estaba casi nuevo, le habrían dado un buen dinero, sin embargo había preferido almacenarlo y pagar el alquiler de aquel local durante años.

—¿Reconoces todo esto, jefe?

—¡Qué remedio! Es un pedazo de mi vida.

Recorrí con la mirada los restos de un naufragio antiguo.

—Oye, de joven tú no estabas nada mal… Y ella, desde luego, era guapa…

Me acerqué a la prima Azucena, que estaba pasando las hojas del álbum de boda que había sacado de una estantería llena de recuerdos polvorientos.

—¡La hostia! No había vuelto a verlo desde que nos separamos.

—¿No guardas fotos de tu boda?

—¿Para qué?

—¿Cómo puede alguien vivir sin memoria?

No fui capaz de responder. Aquel periodo de mi vida que creía fulminado por el paso del tiempo había permanecido enlatado en aquel guardamuebles por voluntad de mi ex. Tras su muerte, me hacía depositario de aquella memoria sin saber que yo también estaba a punto de hacer un mutis definitivo. Era inevitable preguntarme qué quedaría de mí, quién iba a ser depositario de la poca memoria de mi vida que valiera la pena conservar.

—Vámonos. Los recuerdos rascan y producen irritación cutánea.

—Quizás sea el polvo.

—No creo.

—¿Qué vas a hacer con todo esto?

—No sé. Quemarlo.

—¿No te gustaría que alguien conservara estas fotos?

—¿Para qué? No he tenido una vida digna de ser recordada.

—Eso que dices es horroroso, sargento. Cualquier vida tiene algo de particular y único. Seguro que has vivido experiencias fascinantes e irrepetibles. Apuesto a que a tu madre le gustaría revivir la felicidad que todos transmitís en estas fotos.

Era cierto. Aquellas fotos revelaban un momento de felicidad que casi había olvidado. Aida, mamá, yo mismo… parecíamos tocados por la varita mágica de la alegría. Todos estábamos radiantes y desafiábamos al objetivo de la cámara como si nada pudiera arruinar aquel simulacro de felicidad.

—Anda, vámonos —insistí—. Los recuerdos solo producen ardor de estómago.

—No es cierto.

Hasta que no llegamos al coche no fui consciente de que me había llevado el álbum de fotos bajo el brazo. Cuando volví a sentarme en el Mini, Azucena preguntó:

—¿Qué vas a hacer con él?

—No sé.

—¡Jo, no sabes nada! Podemos llevárselo a tu madre. A mí me gustaría conocerla.

—Es muy temprano. Estará durmiendo —protesté sin mucha fe.

Por supuesto, Azucena no me hizo caso y condujo hasta la puerta del edificio de la calle Dante sin que yo tuviera que darle ninguna indicación.

—Vas a tener que decirles lo que te está pasando —me advirtió.

Tendría que haber protestado, pero me sentía completamente rendido. Sin tener que preguntarme, Azucena apretó el botón del tercer piso en el interfono. La voz de mamá nos invitó a pasar. Envuelta en una vieja bata, nos esperaba a la entrada del piso.

—¡Qué mal aspecto tienes, hijo!

Ella no estaba mucho mejor.

—Es justo lo que yo le digo —corroboró Azucena.

Mamá se quedó mirándola, seguramente le encontraba un aire familiar. Se la presenté.

—Mamá, esta mosca cojonera es la prima Azucena, la hija de tu sobrina Elvira.

Enseguida se desentendió de mí y empezó a abrazar a la chica y a aturdirla con preguntas que parecían hacer las delicias de una y de otra. Sentado en su butaca frente al inevitable televisor encendido seguía el cabrón de mi padre. Un año y medio atrás le había dado un patatús y había quedado convertido en un vegetal, probablemente un cactus. Aunque médicos y análisis clínicos le habían pronosticado un desenlace inmediato, él seguía allí, obstinado en amargar la vejez de mamá, como había amargado la vida de cuantos lo habíamos rodeado.

Mamá insistió en que desayunáramos allí. Aunque no estaba seguro de poder retener en el estómago alguna cosa sólida, no me pareció mal. Necesitaba comer algo que espantara los últimos efluvios de borrachera que rondaban por mi flujo sanguíneo. Mientras Azucena daba cuenta en la cocina de toda la parentela de la que mamá hacía siglos que no sabía nada, yo me senté junto a mi padre.

—Parece que vas a conseguir sobrevivirme —le espeté. Su rostro permaneció inmutable, indiferente, como siempre, a todo aquello que no le reportara algún beneficio—. Me estoy muriendo, ¿sabes? Seguro que debajo de ese hieratismo te estás partiendo de risa. Al menos no voy a estar jodiéndole la vida a nadie, como tú has hecho con mamá y con todos los que te hemos rodeado. Mira. —Y puse ante sus ojos una doble página del álbum de fotos de mi boda—. ¿Notas algo curioso?

Sí, ¿verdad? Todo el mundo parece divertido y feliz. Mírate ahí, en el margen derecho de esta foto. ¿Te reconoces? Eres el único que no sonríe. Ni siquiera eras un anciano, pero ya arrastrabas una amargura que siempre estabas dispuesto a compartir.

Volví a observar el álbum y me entretuve en una foto apaisada, un plano americano en el que un tipo con mi rostro joven pasaba los brazos por encima de los hombros de mi esposa y de mi madre. Los tres sonreíamos. Toqué con la yema de mi dedo índice la superficie de la foto y casi pude recordar el tacto de la piel de aquella mujer con la que me acababa de casar. Me tenía cautivado. Arranqué la foto y la guardé con mucho mimo en mi cartera.

—¿Sabes? Creo que no he sido una persona feliz. Durante mucho tiempo te eché la culpa. Pensaba que había heredado alguno de tus cromosomas defectuosos y que eso me convertía en un insatisfecho patológico. Ahora sé que la culpa es solo mía. No te voy a hacer cargar con mis errores. Pero no me resisto a aceptar que estés sacrificando los años que le queden a mamá.

Sobre la mesilla que había junto a la butaca, se extendía el arsenal de botes y cajas de pastillas que mantenían a mi padre en aquel equilibrio inestable. Abrí un frasco y lo olí. Me pregunté qué pasaría si empezaba a cambiar las pastillas de los frascos. O a triturarlas y mezclarlas con los jarabes. Una de las pastillas amarillas se deshizo entre mis dedos con una leve presión. La blanca ofrecía mayor resistencia… Aguantaba varios botes abiertos en las manos cuando la voz de Azucena me sorprendió por la espalda.

—¿Qué haces?

—Nada. Me gusta la literatura farmacéutica.

—¿Lees sin tus gafas?

—Le echo imaginación.

Dejó sobre la mesa un par de platos de huevos con tocino y mamá la siguió con el pan y el vino. En contra de lo que esperaba, comí con verdadera gula y todo me sentó de maravilla. Hasta Azucena, a quien no imaginaba atracándose con aquellos banquetes de colesterol, comió y celebró la bondad del desayuno.

—Su hijo es un buen policía —aseguró Azucena tras el último sorbo de café.

—Lo sé —confirmó mamá.

—Si alguna vez lo fui, creo que ya ha dejado de importarme. Cuando empecé en esto, me sentía orgulloso de contribuir al gran engranaje de la justicia. Capturar a los malos y encerrarlos en una mazmorra parecía un propósito noble. Pero pronto descubrí que no se trataba de cazar tipos malvados, sino sujetos que se saltan la ley, a veces ni siquiera por propia voluntad. La primera vez que me encargué de ejecutar un desahucio empecé a dudar de si trabajaba para el bando

adecuado.

—Nosotros solo hacemos cumplir la ley —se defendió Azucena.

—Sí, quizás ese sea el verdadero problema. Que quienes hacen las normas y las leyes suelen proteger sus intereses.

—¿Quieres decir que quizás no trabajamos para los buenos?

—¡Vete tú a saber! Pero sí he aprendido que saltarse las reglas no es en esencia algo criticable.

No estaba para conversaciones con fundamento. Solo quería echarme a dormir en cualquier lado. Cuando dije que teníamos que irnos, mamá no protestó. Azucena comentó que debía bajar a sacar el coche de un aparcamiento imaginario. Se despidió de mamá con un nutrido repertorio de besos y abrazos y nos dejó solos:

—Seguro que tienen mucho que decirse —comentó mirándome a los ojos.

Quizás fuera verdad, pero yo no supe qué decir. En lo que duró mi abrazo, mamá notó una ternura a la que no estaba acostumbrada.

—¿Pasa alguna cosa, Abel?

Dudé un segundo.

—Todo va bien, mamá.

Durante el viaje de vuelta, Azucena preguntó por el álbum de boda y las llaves del guardamuebles.

—Creo que los he olvidado sobre la mesa del comedor.

Ella sonrió y asintió.

—¿Le has explicado lo tuyo?

Esa vez fui yo quien asintió. No volvió a preguntar y yo no tuve que seguir mintiendo. Hubiera querido dormir, pero la velocidad a la que conducía mi compañera desaconsejaba cualquier distracción.

De nuevo en Lleida, volvió a invadirme todo el cansancio del mundo. Me costó un esfuerzo de voluntad sobrehumano entrar en la comisaría y reptar discretamente hasta mi mesa de trabajo. Apreté las dos manos contra mis sienes, convencido de que mi cabeza corría el riesgo inminente de partirse por la mitad como una sandía madura. Azucena, insultantemente fresca y sonriente, puso una taza de café humeante ante mi cara. Atraparla se me antojó un esfuerzo imposible. Ni siquiera estaba seguro de que un segundo café me sentara bien.

—Otro día para disfrutar, ¿verdad, jefe?

—Esto me pasa por tener dos pies izquierdos.

—Sí, da igual con cuál te levantes. O quizás deberías buscar otra forma de ocupar las noches. Hay algo que te sienta mal.

—En eso te equivocas, niña. Lo que me sienta mal son las mañanas. Me sientan fatal.

—De todas formas, tendremos que buscar algo útil en lo que ocupar esta preciosa mañana, ¿no crees?

—Una siesta parece una buena opción.

—¿Y si buscamos un plan B?

Sainz de Heredia se acercó a nuestra mesa con una sonrisa de oreja a oreja que le daba un aire macabro a su cabeza esquelética.

—Hoy tampoco te has maquillado, Claramunt. Das asco.

—Eso es todo lo que voy a darte.

Sainz arrojó sobre mi mesa cuatro folios grapados con el informe del registro del taller de Ayman Hammady. Me apliqué un pausado masaje en las sienes mientras lo miraba como se mira a un bicho repelente.

—Un resumen estaría bien…

—En realidad —rezongó para demostrar que era un prodigio de paciencia—, ahí hay poca cosa que no imaginemos. Alguien se tomó muchas molestias en borrar huellas de la cama y la cocina, pero hasta en los rincones más insospechados del local han aparecido huellas del pintor y de Elena. En los cacharros de la cocina, en un despertador… ¡Ah!, y en un juguete de los que sirven para que las parejas se diviertan en la cama, lo que elimina las teorías sobre el platonismo de los tortolitos. La bella Elena vivía su particular pasión turca, lo que representa un móvil de asesinato evidente para su marido… Por otra parte, y aunque el almacén reúne pocas condiciones para ser usado como vivienda, en general todo está bastante ordenado y limpio. No tenía lavadora; guardaba la ropa sucia en un cesto de mimbre, junto a un barreño y una especie de tamiz metálico. La cuerda con que se ahorcó, o lo ahorcaron, parece nueva, diferente a la que le servía para tender la ropa; en todo el taller no hemos encontrado ningún otro trozo de las mismas características. En la nevera no había nada de comer, solo leche, tónicas y limones. Al parecer se alimentaba de *gin-tonics*, porque había tres botellas de ginebra cara bajo el fregadero.

—Una dieta interesante —comenté, aunque en aquellos momentos solo imaginarla me produjo náuseas.

—Sí, sabía que le gustaría. En el horno no han hallado restos de comida, sino de papel quemado… Metería las pizzas congeladas con el cartón y todo… ¿Quiere que siga? Todo lo que hay en este informe son detalles de este tipo, información inútil.

No estaba tan seguro de eso, pero me costaba poner a trabajar a mis neuronas. Pedí a Azucena que rellenara y tramitara la petición para curiosear en las cuentas bancarias de nuestros dos cadáveres y del Anticuario mientras Sainz de Heredia y los despojos de mí mismo volvíamos a la sala de interrogatorios.

—Claramunt, si hoy sales de esa sala antes que yo, saco mi Walther y te descerrajo un par de tiros en la nuca. Alegaré huida en el

cumplimiento del deber.

—No sé si capto los matices de tanta sutileza. Pero descuida, hoy me encargo yo de agasajar al invitado.

Justo Aragay seguía exhibiendo aquella calva macilenta y sucia. Estaba pálido, como si llevara dos meses en prisión y acusara haber dejado de tener contacto directo con la luz solar. Se había quitado las gafas y se frotaba los ojos con pereza. Seguro que nuestros aspectos nos hermanaban.

—¿Vais a soltarme de una vez? —preguntó por preguntar, como si en el fondo tampoco estuviera muy convencido de merecerlo.

—Para eso, deberíamos pensar que usted es inocente. Y a cada segundo se le complican más las cosas —amenazó Sainz con su estúpida cara de poli malo.

—Tiene razón, Justo —intervine—. Quizás debería venir tu abogado.

—Deja en paz a ese cretino. Ayer lo llevé todo el día pegado a mi lado y mira dónde estoy. Tarde o temprano os cansaréis de mí.

—No estés tan seguro —discrepé—. Ahora tenemos el cadáver de Ayman Hammady y las huellas de tu esposa por todo su estudio. A ojos de un jurado, eso te da el móvil más antiguo desde que existen los juzgados. Y sobre todo te hace parecer más culpable.

Acusó la información sin mover un solo músculo de su cara. Ni siquiera parecía interesado. Solo cansado y aburrido.

—No voy a llorar por ese tipejo. Se acostaba con mi esposa, ya lo sé. Pero desde hacía tiempo. ¿Por qué iba a cargármelo precisamente ahora? Ya te dije que ella y yo manteníamos vidas separadas y yo no elegía a los imbéciles que se llevaba a la cama.

—Pero el pintor también trabajaba para usted —gritó Sainz.

Tanto Justo como yo dirigimos nuestra cansada mirada hacia él para reprocharle aquel innecesario volumen. Sainz tomó consciencia de su mirada de dóberman hambriento y por un momento pareció sentirse ridículo.

—Ya os dije que me solucionaba pequeños arreglos. Retocaba barnices antiguos en muebles deteriorados, me restauraba piezas defectuosas o pinturas que el paso del tiempo había tratado sin piedad, cosas así. Si conseguía ponerlo a trabajar, el cabrón tenía buenas manos.

—Ese tipo de arreglos se hacen en museos o en centros especializados —opinó Sainz, ahora con voz calmada—. ¿Por qué te las hacía un artista de poca monta en un taller perdido de un barrio de Lleida?

Siguiendo mi ejemplo, mi compañero había optado finalmente por el tuteo y una voz civilizada. Por primera vez se sentó a mi lado. Fui yo quien le respondí:

—Porque no se trata de pinturas legales y sus dueños no quieren que se hagan preguntas. —Volví a dirigir mi interés al Anticuario—. La

chica alta de la sala de exposiciones asegura que tenías mucha prisa por que te hiciera un último trabajo. Dice que hasta discutiste con Elena. ¿De qué se trataba?

Justo negó varias veces con la cabeza antes de encontrar una frase que no sonara del todo a mentira.

—Una tabla antigua, de finales del XVI. Una virgen cuya aura dorada había sido rasgada por algún cretino que pensaba que el oro que contenía la pintura podía suponerle un buen negocio. Yo le conseguí la solución de oro y Ayman solo tuvo que preparar un aceite al estilo antiguo, pintar la zona estropeada y envejecer el parche. Lo acabó en un par de días y se la devolvimos a su amo. Un buen negocio. Ahora bien, no me pidas papeles ni fotos ni direcciones… Ni siquiera voy a decirte el nombre del propietario. Mis clientes me exigen que no quede ni una sola prueba de que han solicitado mis servicios.

Intentaba mirarme a los ojos mientras me hablaba, pero la debilidad lo despojaba de la arrogancia del buen jugador de cartas. Mentía, por supuesto. Y Justo sabía que yo lo sabía. Seguimos preguntando durante mucho rato, pero todo fueron respuestas vagas que no aclaraban nada. Salimos de la sala prácticamente igual que habíamos entrado. Si no encontraba algún nuevo indicio para poder elevar a la jueza una acusación formal, en unas pocas horas, el intendente De Gea se encargaría en persona de ponerlo de patitas en la calle.

Me encerré durante un par de minutos en uno de los cubículos del lavabo y me senté en la taza. Ya no solo me dolían las tripas. Ahora, cada intento de pensar se traducía en un pinchazo que me trepanaba el cerebro. Cuando reuní fuerzas para regresar al mundo, saqué una botella de agua mineral de la máquina de refrescos y la vacié de un trago. ¿Cómo podía tener tantísima sed, con lo que había llegado a beber la noche anterior?

Azucena me recibió en su mesa con una sonrisa de felicidad. Daba un poco de grima que a alguien le gustara tanto su oficio.

—Jefe, he estado revisando el informe de la autopsia de Elena que nos mandó el forense y no parece que haya nada nuevo. Confirma que la hora de la muerte fue aproximadamente entre las seis y las ocho de la tarde y que no fue una muerte inmediata, pero no había indicios que apuntaran a una pelea, ni el cadáver presentaba señales de defensa ni nada parecido. También confirma que el disparo se hizo desde una distancia muy cercana…

—El asesino tenía que saber que con ese tipo de arma no se podía arriesgar a disparar desde muy lejos… —opinó Sainz.

—En realidad, eso no es del todo cierto —me esforcé en contradecirlo —. Es una pistola de duelo, pensada para disparar a unos cuantos pasos. Pero es cierto que en aquellos duelos del siglo XIX el objetivo no era matar, sino herir al adversario para limpiar el honor.

—Puede que el asesino eligiera ese tipo de arma también por su valor simbólico —aportó Azucena.

—¿Que el asesino eligiera una pistola de duelos porque en realidad solo pretendía limpiar su honor? Me parece raro, pero desde luego no podemos descartar esa posibilidad. Por lo que tengo entendido, los duelos con ese tipo de armas raramente producían la muerte de uno de los duelistas. Si nuestro asesino realmente pretendía matar a Elena, tuvo que asegurarse acercándose lo más posible a la víctima.

—Sabemos que el disparo fue a quemarropa.

—Creo que he encontrado otra cosa —insistió Azucena demostrando una ilusión casi infantil—. El móvil de ella. Es caro, un último modelo con todo tipo de aplicaciones, muchas de ellas de pago. Lo he estado mirando detenidamente. El historial muestra solo unas pocas llamadas entre ella y su marido, pero muchísimas entre ella y su amante. Algunos días se llamaban cada treinta minutos, y algunas de esas llamadas duraban más de una hora.

—¡Joder, menuda sorpresa! ¿Y qué esperabas de un par de fracasados que descubren repentinamente el amor? Se nota que este prodigio de inteligencia lleva tu mismo apellido… —se burló Sainz de Heredia.

—Déjala en paz. La chica hace bien su trabajo. ¿Qué has encontrado?

Azucena se había sentido ofendida, pero intentó que su enojo no se hiciera evidente. Siguió con su informe.

—La última llamada entre los dos se produjo el jueves a las 19:36 h y duró tres minutos y dieciocho segundos.

Mientras Sainz sonreía como si lo que acababa de oír fuese la prueba de la estupidez del género humano, yo animé a las pocas neuronas operativas que me quedaban en el cerebro a que intentaran comprender lo que Azucena creía haber descubierto.

—Desde la tarde del jueves a la tarde del lunes, cuando Elena fue asesinada, no se produjo ninguna comunicación entre los dos amantes —deduje—. Si lo hubieran intentado, hubiera quedado en el registro de llamadas perdidas…

Sainz empezó a sospechar que su sonrisa resultaba inoportuna. Acababa de comprender que sus burlas eran la prueba de su propia estupidez.

—Pero Elena no lo llamó —apuntó la chica—. Los días anteriores no dejaban pasar más de dos o tres horas sin hablarse, pero a partir de la tarde del jueves ella no lo llama ni una sola vez. Eso solamente puede querer decir una cosa…

—Que ya sabía que su amante estaba muerto —acabé su frase—. Prima, empiezas a ser una verdadera detective.

Me dedicó su mejor sonrisa, porque sabía que no soy dado a repartir halagos, mientras Sainz de Heredia se rascaba su calva y miraba al suelo, seguramente avergonzado. Puesto que quería que me dejaran en

paz y los dos parecían tan bien dispuestos, les encomendé las tareas de analizar lo que habíamos encontrado en el taller y revisar las cuentas corrientes del matrimonio y del pintor. Mientras, me escapé hasta la máquina de la sala de descanso con la esperanza de hallar la complicidad de la cafeína.

Cuando me senté de nuevo ante mi ordenador, seguía completamente derrotado. Me costaba mantener los ojos abiertos y conseguir que el cerebro trabajase aunque fuera en posición de servicios mínimos. Decididamente iba a ser un día muy largo. Pensé en encerrarme en el lavabo con una revista y dejar que pasara tranquilamente la mañana, pero opté por la segunda opción, que era chafardear sobre el ayudante que me había enjaretado el subinspector. Azucena me había dicho que se había ganado una medalla, lo que me resultaba difícil de creer. Sentía curiosidad por saber qué tipo de méritos había hecho mi compañero para merecer distinciones.

Busqué en la base de datos los casos en los que Sainz de Heredia había estado implicado hasta hallar el del asalto a una gran superficie de productos tecnológicos. El asunto se remontaba a solo dos años atrás. Al parecer, mi actual compañero conducía un coche patrulla de regreso a la comisaría tras acabar su jornada de trabajo, cuando dieron por radio el aviso de que se estaba produciendo el atraco. Sainz de Heredia circulaba justo por allí en ese momento. Era sábado por la noche, cuando se pasa caja y se retira la recaudación de la jornada. El sargento aparcó el coche frente a la puerta principal e irrumpió en la tienda. En ese momento uno de los atracadores salía en estampida y lo arrolló. Se incorporó, desenfundó su arma y dio el alto al fugitivo, pero entonces sintió en el costado derecho el impacto de una bala. Desde atrás un segundo atracador corría hacia él. Cuando el sargento disparó al aire, el atracador se refugió en uno de los pasillos. Sainz de Heredia tenía atrapado al ladrón, porque tenía que pasar por delante de él para escapar. El sargento podía limitarse a esperar a que acudieran los refuerzos que seguro que estaban de camino, pero decidió sobreponerse a la herida del costado y rodear unos cuantos expositores hasta detener al chorizo por la espalda sin tener que usar de nuevo su pistola. La valentía, la maniobra y la captura le valieron una medalla al mérito policial que le impuso el presidente de la Generalitat.

Como era de prever, no se trataba de una exhibición de agudeza ni de una hazaña para recuerdo de las generaciones venideras. Era una casualidad, una de esas aventuras con las que el azar te concede unos minutos de protagonismo. En realidad, ni siquiera se había recuperado el dinero sustraído, pues el atracador que consiguió huir se había llevado todo el botín. En el juicio, el ladrón capturado prefirió callar y apechugar con el castigo que le impuso el juez antes que delatar a su

compinche.

Quizás fuera una actitud miserable, pero saber que los méritos de mi compañero no pasaban de discretos me levantó el ánimo.

Puesto que el café todavía no me estaba causando problemas, me regalé otro y me dirigí al depósito de vehículos a recoger un coche. Necesitaba escapar de las miradas de mis compañeros y de mis superiores, que empezaban a parecerme acusadoras. Quizás hasta pudiera perderme un rato para echar una cabezada. Salir de la ciudad era lo más prudente, así que puse rumbo a la mansión Aragay, una visita que resultaba fácil de justificar ante los jefes. Además, puesto que de momento el amo de la casa permanecía entre rejas, no corría peligro de toparme con él, y en consecuencia, tener que deshacerme en nuevas y agotadoras explicaciones.

Lamentablemente, me abrió el hombretón de color que solía acompañar a Justo Aragay. El encierro de su jefe quizás le había concedido unos inesperados días de vacaciones y el tipo los desperdiciaba encerrándose en la casa del amo. En cualquier caso, su presencia arruinaba mi propósito de fisgar sin tener que justificar la visita.

—He venido a hablar contigo.

El tal Cásper me miró apuntando una sonrisa de desprecio. Supongo que yo le parecía una amenaza insignificante.

—Tiene una pinta horrible, pana. Debería buscarse una cama y dejar que el mundo se cure sus vainas. De todas formas, hizo un viaje inútil. No me gusta charlar con polis, y por mucho que mi jefe lo eligió para encontrar al asesino de su esposa, yo no voy a ayudarlo en sus mierdas. Así que, o trae una orden con firma y sello, o ya mismo puede irse al carajo.

Me entraron ganas de obligarle a tragar toda aquella altanería, pero, en mi estado, no iba a echarle un pulso a ese gigante; ni siquiera me veía con fuerzas de enseñarle los dientes.

—Si me lo propongo, acabaré encontrando algún motivo para trincarte.

El señor Cásper estalló en una risa que parecía sincera.

—Es usted un pana divertido, sargento. Quizás Justo prefiera tratarlo como a un colega de juego, pero para mí no es más que un simple paco, o un madero, como dicen ustedes, lo que significa que en la escala evolutiva usted está por debajo de las cucarachas. Intente tocarme las bolas y no tendré piedad de usted.

Desde luego, mi placa no lo intimidaba. Sin duda resultaba un matón convincente.

—También he venido a hablar con Mihaela. Si me permites…

Di un paso al frente hasta notar su aliento en el rostro. Ni se molestó

en hablar. Aquella no era su casa, así que se limitó a hacerse a un lado. Eché a andar y no me siguió, de modo que subí al primer piso y, cuando me sentí fuera del alcance de su mirada, empecé a abrir algunas de las habitaciones donde ya había estado el día anterior.

Encontré a Mihaela en la habitación de su antigua jefa, sentada en la cama y vestida de negro, quizás ya preparada para el funeral del día siguiente. Era evidente que había llorado. A sus pies, tenía una maleta preparada.

—¿Se marcha, Mihaela?

—Esperaré al funeral. Ya nada me retiene en esta casa.

—Aún faltan unas horas…

—Como si faltaran meses. No tengo nada mejor que hacer. Me vuelvo a Rumanía. Después de veinte años trabajando para la señora, allí no tengo mucha gente que sepa quién soy. Pero aquí todavía es peor, porque no me queda nada.

Me senté a su lado, por lo que los dos nos quedamos mirando en silencio el enorme retrato de Elena.

—Realmente era muy bella —comenté con verdadera admiración.

Solo el rostro había sido dibujado con absoluto detalle. A su alrededor, el resto del cuerpo, la ropa y los objetos, se iban difuminando en un degradado hasta crear un fondo de figuras geométricas oscuras, como si únicamente las facciones de aquel rostro fueran capaces de aportar una pizca de belleza a un mundo de formas rígidas y frías.

—Y usted no la conoció con veinte o veinticinco años. Era imposible no enamorarse de ella.

Antes de que su frase acabara en un suspiro, Mihaela atrapó el pequeño crucifijo de plata que colgaba de su cuello y se puso a acariciarlo. Para ella, hablar de Elena era hablar de una diosa.

—Ayman la quería, ¿verdad?

—Con locura.

—¿Por qué Elena no pidió el divorcio y se fueron juntos?

—Usted no lo comprende, sargento. A Justo Aragay no se le abandona. El divorcio no era ni siquiera una opción. A finales de los ochenta del siglo pasado, en un viaje de negocios a Rumanía, el señor la vio y se quedó prendado de ella. Elena tenía solo dieciséis años. Él se presentó ante sus padres y se la compró. Como lo oye. Por el equivalente a doscientos cincuenta euros. Eran unos granjeros analfabetos y vieron la oportunidad de hacer un buen negocio y librarse de una boca a la que alimentar. ¡Doscientos cincuenta euros! —suspiró—. Cuando la trajo aquí me contrataron como intérprete, porque ella no hablaba ni una palabra de español. Después acabé siendo una especie de dama de compañía y de confidente. Y creo que también fui su amiga. Es cierto que el señor la educó, la obligó a

estudiar y hasta le permitió sus caprichos, pero nunca dejó de ser una especie de prisionera, uno más de los muchos objetos valiosos que el señor iba acumulando. De hecho, cuando se cansó de ella, la dejó tirada en un rincón como se abandona un viejo mueble o un juguete que ya resulta aburrido.

—¿Y Elena no pensó simplemente en marcharse?

—Cada día, durante más de dos décadas. Pero su mejor alternativa era regresar a una granja miserable con unos padres que se habían deshecho de ella. Comprenderá que no era un plan como para lanzar cohetes… Además, cuando te han educado para vivir como una reina no es fácil resignarse a ser una pordiosera. Ayman y ella se habían dado un margen para conseguir algún dinero y poder huir. Llevaban entre manos algunos proyectos de los que esperaban obtener un buen botín. Sabían que necesitaban una cantidad de euros para tener la posibilidad de escapar y esconderse. Pero todo se torció…

—¿Cómo se enteró ella de que Ayman había muerto?

Mihaela percibió algún tipo de amenaza en mi pregunta y se giró para mirarme a los ojos y leerme las intenciones. Pero en absoluto pareció asustarse. Quizás necesitaba que yo lo comprendiera todo.

—Fue una tarde de la semana pasada. Llegó al taller, como tantas otras veces, y se encontró a su amante colgando del techo. Para ella, aquello también era el final.

—Y en seguida supo quién era el culpable de haber acabado con sus ilusiones…

—No le costó imaginarlo.

—No solo su amante, el pintor era también su oportunidad, la promesa de una vida alejada de un marido que la había comprado por doscientos cincuenta euros y que desde hacía tiempo la despreciaba. Pero le habían arrebatado esa posibilidad.

—Acababan de matar al hombre que ella amaba. Tendría que haber dado la voz de alarma o haber denunciado el asesinato —conjeturé—, pero no lo hizo. ¿Por qué cree que calló?

—Tendría miedo…

—Si estaba dispuesta a huir, me cuesta imaginar que tuviera miedo. Se me ocurre que quizás Elena pensó que sería difícil que condenaran a su marido por ese crimen, puesto que seguramente no era él quien se había ensuciado las manos. Supongo que pensó en la venganza, una venganza que fuera dolorosa y humillante, no un simple disparo en la cabeza, sino algo que permitiese al Anticuario ver cómo todo su mundo se arruinaba.

—No, ella no…

—Y entonces se le ocurrió planear su propio asesinato…

—No, no…

—Un asesinato en el que todas las pistas acusaran a su marido. —

Volví a mirarla a los ojos. Ya ni siquiera se molestaba en negarlo—. Pero para iniciarse en el crimen hace falta cierto talento y, sin duda, Elena no estaba acostumbrada a fingir. En su descargo cuenta que no tuvo mucho tiempo para urdir un buen plan. Intentaba simular un atraco que acabó en asesinato, pero dejó suficientes cabos sueltos para que el policía que lo investigara acabara deduciendo que en realidad se trataba de un asesinato y no de un atraco con un final trágico. No estaba mal pensado, pero falló en las detalles.

—Era una buena chica…

—Además le faltó un poco de ayuda. Aun así, tuvo que contar con alguien. Me pregunto quién sería la persona de su máxima confianza a quien pediría el enorme favor de que le disparara un tiro en el pecho.

Mihaela devolvió la vista al cuadro y permaneció callada.

—Desde luego, es más de lo que se le pude pedir a una amiga, a una verdadera amiga —seguí—. También me he preguntado por qué Elena compró un valioso crucifijo de oro y brillantes el día de su muerte si ni siquiera era una persona religiosa. ¿Se le ocurre alguna idea, Mihaela? Tal vez lo utilizó para pagar el enorme servicio que una amiga le iba a prestar. Si abro esa maleta que piensa llevarse, dígame, Mihaela, que no voy a encontrar ese crucifijo.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero ni un solo músculo se movió en su cara. Permaneció en silencio durante una eternidad.

—Yo no quería nada —acabó susurrando.

—¿Por qué no se quedó también los pendientes y los devolvió al joyero?

—Yo no quería nada —repitió, como si no hubiese oído mi pregunta. Siguió llorando en silencio durante unos segundos—. Esos pendientes son demasiado valiosos para que pudieran perderse. Son para la niña. Elena firmó un documento ante un notario para que sus joyas fueran a parar a su hija Laura.

Se agachó para abrir la maleta. Lo primero que saltaba a la vista, como preparado para que cualquiera que se propusiera buscarlo no tuviera que revolver entre la ropa y desordenar el equipaje, era el enorme y reluciente crucifijo.

—Tenga. Ni siquiera me gustaba. Supongo que ahora me llevará con usted y me acusará de matar a mi querida Elena…

Saber que la ley iba a tratar con dureza a esa pobre mujer me produjo un retortijón. La proximidad de la muerte no solo estaba demoliendo mi fe en las leyes y las normas, también me estaba empujando a mirar a las personas con más benevolencia. Si de algo era culpable aquella mujer era de querer a su señora.

—Voy a tener que llevármela, desde luego, pero ya veremos cómo lo solucionamos.

—Por si pasaba algo así, Elena escribió una nota para intentar

exculparme. Aunque ni siquiera me importa.

De nuevo se inclinó hacia la maleta y cogió un sobre que tampoco tuvo que buscar. Todo parecía preparado, quizás porque en el fondo Mihaela no esperaba otro final.

—Me da igual lo que hagan conmigo. Ya le he dicho que aquí no tengo a nadie y tampoco me esperan en Rumanía. Lo que me preocupa es que el dolor y el sacrificio de Elena no vaya a servir para nada.

Más que sufrimiento, su rostro irradiaba tristeza.

—¿Se refiere a que el Anticuario va a salir impune de todo esto?

Una mueca de rabia deformó su rostro.

—Ese cabrón sí merece la cárcel. Aunque solo sea por lo que la hizo sufrir.

Quizás Mihaela tuviera razón. Pero de momento nada comprometía al Anticuario. No había participado en la muerte de Elena y sería difícil probar que había tenido algo que ver con la del pintor.

—Ayúdeme a encerrarlo —me sorprendí pidiéndole.

Aparte de la resaca y los pinchazos en mis intestinos, llevar a Mihaela hasta comisaría, tomarle declaración y encerrarla tras una reja no era mi idea de una mañana feliz. Quien sí parecía haber acertado un pleno al quince en las quinielas era De Gea. Estaba eufórico. Se había resuelto un homicidio, su amigo quedaba exculpado y, lo más importante, se acababa de demostrar que yo era un tarugo incompetente que merecía ser llevado ante un pelotón de fusilamiento por haber ofendido, difamado y maltratado a un ciudadano de pro. Ni siquiera el hecho de haber sido yo quien había arrancado la confesión de la verdadera asesina iba a librarme de las iras del intendente. En cuanto cerráramos el caso y no tuviera que dar explicaciones ante la jueza Flotats, no dudaría en deshacerse de mí y echarme de carnaza a los leones.

Encerrados en su despacho durante casi media hora, él y Sainz de Heredia departieron entre efusivas muestras de alegría. En un momento determinado., Busquet se sumó a las risas. Daban ganas de liarse a tiros. Locura temporal, habría diagnosticado un psiquiatra convenientemente untado. Con lo mío, ni siquiera llegaría a pisar una prisión. Lo consideré muy seriamente. Intenté concentrarme en el papeleo pero resultaba difícil no cabrearse ante aquella hemorragia de felicidad. Cuando debieron de notar que empezaban a agarrotárseles los labios de tanto sonreír, cada uno se fue por su lado y ninguno se dignó a dirigirme una palabra. Supuse que eso quería decir que podía continuar llevando el caso. Al fin y al cabo, una vez liberado el Anticuario y resuelto el asesinato de su esposa, dos personalidades de renombre de la sociedad ilerdense, aclarar el posible suicidio de un pintor del tres al cuarto pasaba a la categoría de asunto irrelevante,

por lo que podía seguir en manos de un incompetente como yo.

A Sainz y a Azucena la confesión de Mihaela los cogió por sorpresa. El primero puso cara de aceptar con satisfacción las maravillas que la vida te depara, pero la segunda sencillamente se enfadó: la asistenta no encajaba en el papel de malvada asesina. En cambio, a la persona a la que el papel le iba como anillo al dedo habíamos tenido que dejarla marchar.

—¿Sabes? —me comentó un arrogante Justo Aragay mientras lo acompañaba a la puerta de salida—, eres un jugador de cartas notable, pero acusas un defecto de principiante: no sabes detectar el momento preciso de tirarte y abandonar la partida.

—Me gusta llegar hasta el final.

—Para eso hay que saber levantar la cabeza y mirar a la cara a los otros jugadores para descubrir si llegarás al final de la partida en situación de hacerles frente. Si hubieras sabido medir tus fuerzas, los dos nos podríamos haber ahorrado este bochorno.

Quizás tuviera razón. Las personas de buen juicio saben calcular las consecuencias de sus actos. Evalúan pros y contras y por eso saben retirarse a tiempo. Tal vez yo nunca llegaría a ser un buen jugador de cartas. Pero desde luego no tenía ninguna intención de dejar a medias la partida.

Puesto que no había contraorden, convoqué a Azucena y a Sainz a mi mesa para ponernos al día de la investigación. El sargento se dejó caer pesadamente sobre una silla y me dedicó una de esas sonrisas irritantes que tan bien se le daban.

—¿Pasa algo, capullo?

—En absoluto, gilipollas. Para el tiempo que vamos a vivir juntos, mejor que sigamos tratándonos así, con cariño.

No me quedaba claro qué significaba eso. Tal vez ya habían decidido mi futuro y el papeleo era lo único que me separaba de un destino todavía más humillante. Sainz de Heredia lo sabía, pero yo no me iba a rebajar a preguntárselo. Tampoco me importaba mucho. Si me tocaban mucho las pelotas, pediría la baja y me encerraría en mi piso de alquiler a esperar la muerte entre música de Wagner.

—Pues volvamos al trabajo.

Azucena había estado hurgando en las cuentas corrientes de los implicados en los dos asesinatos, pero no había obtenido nada que se pareciera a una información valiosa. Ayman Hammady malvivía con una libreta de ahorros que hacía equilibrios entre el rojo y el negro; ni rastro de esa importante cantidad de dinero que, según Mihaela, tenía que recibir por su último trabajo y que tal vez hubiera servido para que los dos amantes acabaran fugándose. Elena Izbasa, por su parte, disponía de una cuenta personal con poco dinero y dos para su empresa, que de todas formas no parecía un negocio boyante.

Tampoco las cuentas de Justo Aragay presentaban saldos muy cuantiosos, aunque en este caso abundaban las transferencias a cuentas extranjeras y las retiradas de fondos por cantidades considerables. Quizás no hubiera argumentos para entrar en una revisión a fondo, pero desde luego todas aquellas operaciones revelaban una contabilidad por lo menos sospechosa.

Por su parte, Sainz de Heredia había estado estudiando el escenario de la muerte del pintor y tenía alguna novedad. Entre otras cosas, había estado analizando el contenido del panel de corcho del taller y le había sorprendido la cantidad de recortes de periódicos que hablaban de robos de piezas de arte antiguo, normalmente pequeñas tablas o figuras de arte sacro sustraídas de pequeñas capillas perdidas por recónditos valles del Pirineo. Solo una de aquellas noticias hablaba de otro tipo de robo, el atraco a un almacén adjunto al Museo del Traje, en la Avenida Juan de Herrera de Madrid.

—Se trata de un depósito menor de un museo dedicado a la vestimenta, ¿comprendéis? Al parecer —explicó Sainz de Heredia— los ladrones no se llevaron nada valioso, solo ropas antiguas, pero ni siquiera vestidos lujosos, únicamente piezas con más valor antropológico que económico. Supongo que fue eso lo que me hizo pensar en el barreño y el cedazo y en la cuerda repleta de pinzas de la ropa.

—No te hagas el interesante, Sainz. ¡Suéltalo ya!

—Tú no ves documentales a la hora de la siesta, ¿verdad?

—El sargento —contestó Azucena— ni siquiera tiene televisión y sus siestas equivalen a una sedación por cloroformo.

La miré con la sonrisa de quien empieza a sentirse orgulloso de una discípula.

—¿Vosotros sabéis de dónde se obtiene el papel?

—Joder, lo sabe todo el mundo. De la celulosa, de la madera…

—La celulosa no solo está en los árboles, sino en todos los vegetales, y especialmente en plantas como el algodón y el lino, por ejemplo. Hasta finales del siglo XIX no se impuso la madera como material base a partir del cual fabricar papel. El algodón se deja en remojo, se descompone, se filtra, se blanquea con cal, se prensa y recorta y se deja secar. ¿Recordáis la cesta de mimbre que supusimos llena de ropa usada? Pues no era sucia, sino vieja. Dime, sargento, ¿dónde encontrarías actualmente papel antiguo en blanco para poder escribir?

La cabeza me podía estallar de un momento a otro. No estaba para acertijos.

—Supongo que en ningún sitio.

—En efecto. Sin embargo, si consigues ropa muy antigua, puedes fabricar papel que no parezca acabado de comprar en una librería y, si tienes los conocimientos necesarios y eres concienzudo, hasta puede

que consiga pasar una inspección bajo el microscopio.

—¿Estaba fabricando su propio papel? —se sorprendió nuestra compañera.

—Apenas tenía un fogón de *camping* para cocinar —aporté—, pero disponía de un horno de un tamaño considerable. Imaginamos que se debía de alimentar a base de *pizzas* congeladas, pero dentro no hallamos restos de *mozzarella* quemada, sino de papel. Yo diría que no solo estaba fabricando papel, sino que también estaba procurando envejecerlo para que pareciera muy antiguo. Joder, Sainz, quizás consigas que cambie mi opinión sobre ti —mentí.

El tipo volvió a dejar escapar una risita de cretino terminal, quizás porque estaba poco acostumbrado a los cumplidos. Tuve que reconocer que aquella aportación abría una nueva puerta a nuestro caso. Parecía lógico pensar que Ayman Hammady estaba preparando algo importante para el Anticuario. No el simple retoque de unas tablas, como este nos había confesado, sino algún objeto que implicaba el uso de papel antiguo, tintas caras y la mano firme de un auténtico miniaturista. Ahora la pregunta que quedaba sin respuesta era: ¿qué demonios estaba falsificando? En su taller apenas habíamos hallado restos que nos permitieran deducirlo. Buriles, pinceles de precisión, botes de pinturas extrañas, papeles secantes, diversos tipos de tintas… Alguien se había encargado de limpiar el almacén de otros restos acusadores. Puesto que no quedaban borradores, pruebas o muestras descartadas, debíamos suponer que el trabajo estaba acabado y entregado. Sin embargo, su cuenta corriente seguía en la indigencia y no quedaba prueba alguna de que hubiera cobrado. Tal vez la persona que le había hecho el encargo había considerado mucho más barato quitárselo de en medio.

Bien mirado, Justo Aragay tenía poderosas razones para deshacerse del pintor. La económica pesaba lo suyo, por supuesto, aunque no se podían descartar los celos. Podía ser cierto que Elena y Justo mantenían vidas más o menos distantes, pero tal vez el Anticuario valorara el daño que podía sufrir su imagen pública si su esposa, tan admirada en la ciudad, se fugaba con un pintorcillo que prácticamente se moría de hambre. También existía una tercera pieza que no sabía si pertenecía a ese rompecabezas. Se trataba de la cuestión religiosa. El hecho de que Ayman fuera musulmán y Justo un meapilas católico quizás representaba algún papel en todo aquel embrollo, pero de momento me sentía incapaz de valorarlo.

El lugar más adecuado para ir a buscar alguna aclaración era Antigüedades Aragay, y, más concretamente, sus ordenadores. Sin embargo, con el Anticuario libre de la acusación de asesinato de su esposa, nos iba a ser imposible pedir una orden de registro. Azucena formuló perfectamente nuestras más inmediatas preocupaciones:

—¿Y ahora cómo vamos a descubrir en qué pieza había estado trabajando el tal Hammady?

—Hay que saber rendirse a tiempo. Me temo que hemos llegado al final del camino —concluyó Sainz mientras se levantaba de la silla con aire cansado—. Será mejor que vuelva a mi mesa y me dedique a otros asuntos.

—¡Cuántas ganas de librarte de mí! —lo detuve.

Desde luego el asunto no ofrecía muchas perspectivas y estaba lo suficientemente agotado como para mandarlo todo a la porra e irme a dormir un rato, pero no estaba dispuesto a cerrarlo sin más ni a quedar como un imbécil. En nuestra última conversación, Mihaela me había confesado que desde hacía unas cuantas semanas Elena estaba colaborando mucho en los trabajos de su amante. Necesitaba que Ayman liquidara el encargo de su esposo para que pudiera concentrarse en acabar los cuadros previstos para la inminente exposición. Nos habíamos quedado el ordenador portátil de ella y todavía teníamos autorización para ir a fisgar en el ordenador de la sala de exposiciones. Quizás allí encontráramos alguna pista. Había que probarlo.

Aceptó a regañadientes, pero dejé a Sainz revisando de nuevo el portátil de Elena, ya que ahora sabíamos aproximadamente qué buscar. Azucena y yo corrimos a la galería Montmartre, donde Estela, la estudiante de Bellas Artes, no puso ningún reparo en que fisgáramos en el ordenador del despacho. Era un iMac de última generación con una pantalla de gran formato. Azucena se puso al teclado como quien se sienta ante el tablero de mandos de una nave espacial. Parecía feliz. Aquel cacharro tan caro ni siquiera nos opuso la resistencia de una contraseña.

Nos llevó un buen rato revisar las ingentes cantidades de documentos que contenía el disco duro. Por fortuna, todo estaba perfectamente clasificado y acabamos topando con una subcarpeta de una subcarpeta etiquetada bajo el título «Papel». En ella Elena había recogido documentos, bibliografía y direcciones de páginas web que trataban con detalle sobre la fabricación, el tratamiento y el envejecimiento del papel. Había libros enteros sobre la historia y los tipos de papel, sobre las diferentes calidades, sobre la composición, sobre la duración, sobre la conservación… y, en general, sobre cualquier asunto que tuviera que ver con la relación entre el papel y el paso del tiempo. Junto a esa subcarpeta, otra titulada «Bestiario» se hallaba vacía.

—¿Tú sabes qué es un bestiario? —le pregunté a Azucena.

—No estoy muy segura. Quizás un conjunto de machos enfurecidos gritando contra un árbitro en un partido de fútbol.

—Esa es la segunda acepción del diccionario. La primera habla de un

libro que detalla un inventario de animales curiosos, casi siempre imaginarios. Estuvieron muy de moda en la Edad Media, pero actualmente todavía hay escritores que se entretienen inventando bichos raros.

—¡Vaya pérdida de tiempo! ¡Como si no bastara con echar una ojeada a las fotos que cuelgan los tíos en las aplicaciones de citas!

El registro de páginas visitadas de su navegador había sido borrado. Recordé que el Anticuario había estado recientemente en ese despacho. Sin duda se había preocupado de borrar las huellas que dejaban sus chanchullos.

—¿Tú crees que si le llevamos este trasto a Botargues será capaz de encontrarnos algo, Azucena?

El agente Botargues era un tipo barrigón y de sonrisa fácil que estaba a las puertas de la jubilación, pero que inexplicablemente se había convertido en una especie de genio informático capaz de competir con cualquiera de esos frikis a quienes habían destetado con internet.

—Lo dudo. Alguien se ha tomado muchas molestias.

—Tal vez les pueda ayudar.

La voz de Estela nos había llegado desde la puerta. Estaba apoyada en el marco y parecía buscar la manera de matar su aburrimiento.

—¿Quién ha tocado este ordenador? —preguntó mi compañera.

—Aparte de ustedes y de Elena… —pareció pensarlo un segundo—, yo diría que solo el señor Aragay.

—La señora Izbasa era una persona ordenada hasta la obsesión. Seguro que tomaba precauciones para no perder la información de su ordenador. ¿Tenía alguna especie de disco duro externo, alguna tarjeta de memoria o algo parecido?

—No sé qué decirle, a mí no me confiaba los secretos de la gestión de la galería. Aunque… ahora que lo pregunta… en alguna ocasión me pedía la opinión sobre la obra de tal o cual pintor joven y sé que se hacía carpetas con la información de cada uno de ellos y siempre guardaba una copia en la nube.

—¿En qué nube? —declaré mi ignorancia.

—Jolín, sargento. A veces parece que hayas tropezado en la Edad Media y que hayas aterrizado de golpe en el siglo XXI. ¡Déjame!

Empezó a manipular el teclado con sus dedos de trilero y solo se detuvo ante una pantalla que reclamaba una contraseña.

—Hasta aquí hemos llegado, sargento. Si no sabemos esa contraseña va a ser imposible llegar hasta su nube.

—¿Tú la sabes, Estela? —Negó con su cara aburrida—. No deberíamos rendirnos con tanta facilidad. Prueba con algo…

—¿Con qué?

—No sé. ¿Acaso olvidas que era una mujer enamorada?

El tercer intento fue «aymanhammady» y ante nuestros ojos se abrió

una lista de carpetas: fotos de Ayman y Elena juntando sus mejillas como adolescentes acaramelados, una hoja de cálculo con el registro de entradas y salidas en una cuenta corriente del Banco de Santander a nombre de Mihaela Bonsa, la misma subcarpeta «Papel» y otra con la denominación «Bestiario». Esta última estaba abarrotada de documentos.

—Estela, ¿tú sabes algo de un bestiario?

—¡Oh, sí! Últimamente Elena se pasaba el día imprimiendo páginas de un libro muy antiguo. Tenía un nombre extraño…

—*¿El Bestiario de Northumberland?* —propuse. Era el nombre que se repetía en varios de los documentos de la carpeta.

—¡Ese! No sé qué fiebre le había cogido. El que se ocupa de las antigüedades es su marido. Aquí solo nos encargamos de arte contemporáneo.

Bestiario de Northumberland era el título de un pdf que enseguida descubrió sus encantos para nosotros. La magnífica pantalla del iMac nos ofreció una preciosa muestra de imaginación medieval en forma de extravagantes figuras de animales: Adán rodeado de todo tipo de bestias en el momento de darles nombre; una especie de felino con cresta de basilisco y patas de ave devorando a un hombre; un pez alado volando sobre una barca de pescadores; un grifo, mitad águila mitad león, atrapando un pobre lechón entre sus garras… Desde la perspectiva actual, parecían dibujos sencillos, pero trazados con mucho detalle y bellamente decorados.

—¡Lo tenemos! —gritó mi compañera.

Algo teníamos, desde luego. Pero no fui capaz de sumarme a su entusiasmo. Me sentía exhausto. Y al fin y al cabo aquel catálogo de bichos estrafalarios solo abría otro interrogante.

12

Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte VII]

Serían las siete de la mañana o así y ya estaba despierta. Apenas había conseguido dormir un par de horas, pero no me sentía agotada, tan solo extraña. Quizás los excesos de adrenalina de la jornada anterior me mantenían aún en tensión.

Pensé en todo lo que tenía que hacer antes de salir pitando. Necesitaba ropa para la niña y para mí. Las medicinas de Raquel. Tendría que sacar todo el dinero que aún quedase en mi cuenta, pero sobre todo debía recuperar mi antigua documentación, que había quedado tras el forro de una maleta en mi habitación del piso de Lidia. Me duché en un baño minúsculo al final de un largo pasillo y tuve que vestirme con la misma ropa que olía a humo y a miedo. Después salí de la pensión ante la mirada indiferente de la hospedera, que probablemente no se había movido de su posición de vigía en los últimos años. Eran las ocho y veinte. Lo primero que hice fue regresar al bar donde había estado la noche anterior y esforzarme en ingerir un desayuno que me diera energía suficiente para lo que tenía que venir.

A las nueve en punto entraba en una sucursal del banco donde guardaba mi dinero. Pensé que si la policía me había identificado corría el riesgo de que mi cuenta estuviera bloqueada. Así que preferí hacer una prueba: me dirigí al cajero automático, tecleé para retirar cuatrocientos euros y la máquina me sirvió dócilmente ocho billetes de cincuenta. Animada por el éxito, me decidí a hacer cola ante una mesa y esperé mi turno. La mujer que me atendió me dirigió una mirada poco amigable cuando le pedí retirar todo el dinero de mi cuenta. Me mantuve alerta por si percibía en ella alguna reacción sospechosa. No me pareció que diera algún aviso o disparara una alarma, pero su lentitud resultaba irritante.

Tengo un poco de prisa, ¿sabe?, la animé.

La otra me miró con cara ofendida, pero metió todo el dinero en un sobre y me deseó un buen día. Se lo agradecí sinceramente.

Salí corriendo y subí a un autobús. Necesitaba alejarme del banco para sentirme a salvo. Espié durante un buen rato a la gente que subía y bajaba hasta que me convencí de que nadie me iba detrás. Cuando mis nervios se templaron, saqué el teléfono y comprobé que no tuviera algún mensaje ni llamada perdida. Pensé que aquel aparato era a la vez mi aliado y mi enemigo. Lo necesitaba por si los secuestradores de

la niña decidían ponerse en contacto conmigo, pero también era un instrumento a través del cual la policía podría localizarme y detenerme. Tendría que librarme de él en cuanto solucionara mis problemas más urgentes.

Bajé del autobús en cualquier parada y esperé un par de minutos sentada en un banco mirando a uno y otro lado, aunque estaba segura de que nadie estaba siguiéndome. Corredores de comercio con la hoja de pedidos todavía en blanco, estudiantes felices de estar saltándose las primeras clases, ciegos cargados de cupones que vendían la suerte a gritos, operarios armados de bocadillos monumentales, jubilados a la caza de alguna actividad con la que engañar la mañana… Todos parecían ciudadanos con la desesperación habitual. Nadie especialmente sospechoso.

Entré en una mercería y compré un retal de terciopelo rojo. A continuación, compré un librito cualquiera en una parada de libros antiguos, lo envolví con el paño rojo y me lo guardé en el bolso. Después subí al primer taxi que me pasó por delante.

A las nueve y cincuenta y siete, el vehículo que me transportaba recorría por tercera vez la calle San Eusebio. Es una calle corta y estrecha, sin mucho movimiento, por lo que no resultó difícil descubrir si alguien estaba espiando el edificio desde un coche o permanecía al acecho en un portal. Todo parecía tranquilo. Cuando vi detenerse la moto de Manu delante del edificio chamuscado, mandé parar al taxista, pagué la carrera y salí corriendo hasta llegar a la altura del novio de mi difunta amiga. Vestía de paisano: mocasines negros, tejanos, camisa oscura a cuadros, gabardina beis. Parecía triste, los ojos enrojecidos. Él tampoco había dormido mucho, claro. Hasta los maderos quieren a sus novias.

¿Qué coño está pasando, Alba?, preguntó con rabia mientras guardaba el casco en la caja de su moto.

Yo me llevé un dedo a los labios pidiendo silencio.

Aquí no.

Manu me repasó con la mirada y acabó su inspección con una leve mueca de asco. Estaba cabreado. Me hacía responsable de su dolor y su desgracia. Y lo más terrible era que tenía toda la razón.

Estás hecha una piltrafa. No parece que hayas dormido mucho.

¿Acaso es un buen día para ti?

Manu no contestó. Me tomó del brazo y me acompañó hasta el portal, donde el policía que estaba de guardia hizo ademán de detenernos hasta que reconoció a su compañero, le dedicó una sonrisa aburrida y se apartó sin mediar palabra.

En el interior, todas las paredes parecían haber recibido una mano de pintura negra. En el suelo había charcos de agua sucia y en muchas zonas habían quedado perfectamente marcadas las huellas de las botas

de los bomberos. Yo saqué un pañuelo de mi bolso y me lo llevé a la boca. Manu se embozó detrás de su gabardina e intentó respirar a través de la tela del forro. Ascendimos por la escalera hasta el cuarto piso, donde la acumulación de hollín era mucho menos espesa. Abrí la puerta y entramos. En el interior del piso quedaban restos de humo, pero solo una mínima película negra ensuciaba los muebles. Pensé que bastaría una simple sesión de limpieza para que el piso recuperase la normalidad e inmediatamente sufrí un escalofrío al ser consciente de que esa supuesta normalidad nunca iba a ser recuperada.

¿Vas a explicarme qué ha pasado de una vez?, preguntó Manu mientras se acercaba a una ventana, la abría de un manotazo y respiraba con fuerza.

Yo me acerqué a la mesa y dejé mi bolso. Vi que allí continuaba el martillo con el que Lidia había forzado las cerraduras del maletín. Lo cogí con la mano izquierda y lo acaricié con la derecha, como si así pudiera recuperar por un instante el tacto de mi amiga. Habían pasado unas cuantas horas y ahora ya había pensado lo que iba a contarle a Manu.

Verás, Lidia me explicó que había coincidido frente a nuestro portal con una chica joven, más o menos de mi edad, que estaba embarazada y que llevaba colgando de su mano un maletín. La conocía porque era clienta del supermercado y muchas veces había pasado por su caja. Una chica agradable y simpática, según me contó, con pinta de secretaria de algún subsecretario desterrado en algún sótano perdido.

Pensé que los detalles eran importantes. Necesitaba que Manu me creyera.

¿Y qué pasa con esa tía?

Seguía enfurruñado.

Al parecer, la chica estaba como mareada, sudaba y le costaba caminar, por eso Lidia le ofreció su apoyo y hasta le propuso que subiera a casa, a beber un poco de agua y descansar un rato hasta recuperar el aliento. La pobre estaba tan confusa que simplemente se dejó llevar. Después de beber un refresco y descansar unos minutos, la chica le dijo que no tenía ánimos de arrastrar el maletín arriba y abajo y que le hiciera el favor de guardárselo por unas horas, mientras pasaba un momento por el centro de salud a que la reconociera un médico de urgencias y recogía a su hijo de no sé qué actividad extraescolar. Lidia la vio tan afligida y tan nerviosa que, ya sabes cómo era, no supo decirle que no. Yo llegué al piso poco después de que la mujer se hubiera largado, me enseñó el maletín y me explicó todo ese asunto de la mujer embarazada. Pero eso es todo lo que me contó. No sé nada más. Después, yo bajé a comprar un par de cosas y a sacar dinero del cajero de mi banco. Cuando volvía a casa, tú me viste, ya estaba todo lleno de humo y me dijiste que mi coche estaba

ardiendo…

Manu se rascó la cabeza. Era evidente que todo aquello le parecía un disparate.

¿Me estás diciendo que esa tía volvió, mató a Lidia, quemó tu coche y se llevó a la niña? Eso no tiene ninguna lógica.

No, desde luego. Quizás en ese maletín había algo importante, algo robado, y quien vino a recuperarlo no fuera la chica, sino algún matón o algo parecido.

Manu pareció iluminarse de repente.

Un momento, ayer hubo una matanza no muy lejos de aquí. Una escabechina en una copistería. Un robo extraño que seguramente se torció pero en el que había demasiadas armas implicadas. Todavía no tenemos mucha información, pero se sabe seguro que después de los disparos se vio huir a una mujer que parecía estar embarazada. Quizás todo esté relacionado.

No sé, quizás.

Mi historia parecía encajar con lo que él sabía. Había sido un acierto mezclar verdades y mentiras para que el conjunto resultara más o menos creíble.

Pero si alguien vino a recuperar ese maletín, ¿por qué iba a matar a Lidia? Estando la niña por medio, dudo que ella se resistiera a entregarlo.

Yo me acerqué también a la ventana. Me faltaba aire.

No sé, quizás abrieran el maletín con este martillo y dentro encontraran algo que Lidia no debía ver…

¿Como qué?

¡Y yo qué sé! Unas joyas robadas, explosivos, los planos para matar al presidente… ¡cualquier cosa que la comprometiera!

Me empezaba a sentir fatal por estar mintiendo a alguien que acababa de perder a su novia. Hui hacia la habitación de la niña, cogí su mochila del colegio, la vacié y la llené con su ropa y sus medicinas. Manu me había seguido y me miraba desde el quicio de la puerta.

Aunque tengas razón, ¿por qué tenían que bajarla al *parking* y por qué iban a quemar tu coche? No tiene sentido.

Yo empezaba a impacientarme. Manu quería respuestas y yo solo tenía unas pocas mentiras que ofrecerle. Dejé la mochila de la niña sobre la mesa del comedor y caminé hasta mi habitación. Abrí el armario y saqué una maleta pequeña. Sin que Manu pudiera ver qué hacía, comprobé que los documentos que me identificaban como Laura Aragay continuaban ocultos bajo el forro. Recogí la poca ropa que había decidido conservar y me colgué del brazo un abrigo sin manchas de sangre. Hubiera querido ducharme de nuevo y cambiarme de ropa interior, pero no tenía tiempo.

Ya podemos irnos, dije al llegar al salón.

Pero el policía no se movió.
Vas a tener que venir a comisaría a declarar todo lo que acabas de contarme.
¡Ni hablar, Manu!
Tú sabes cosas que ayudarán a resolver el caso.
Esto no es un caso, Manu. Es mi vida. Y la tuya. Y la de Raquel. Algo pasó mientras los matones estuvieron en este piso. Quizás Lidia intentó destruir el contenido del maletín o quiso engañarlos de alguna manera, o algo así, no lo sé. Pero después de castigar a la madre decidieron llevarse a la niña.
¿Cómo sabes eso?
Dudé un segundo.
Lo sé porque esta noche he recibido una llamada. Supongo que la niña les habló de mí y que encontraron el número de mi móvil en el de Lidia.
¡Mierda! Piden un rescate, ¿verdad?
Ni se me había ocurrido, pero asentí.
Manu volvió a rascarse la cabeza.
¡Joder! Sigue siendo un disparate. ¿A qué idiota se le ocurre pedirle un rescate a una simple azafata?
Era evidente que mi historia se aguantaba por los pelos.
Bueno, para entender todo este lío también nos hace falta aclarar el misterio del maletín. Quizás cuando lo abrieron no contenía lo que esperaban y Lidia acabó pagando los platos rotos… Si esperaban encontrar una fortuna y lo que hallaron no valía la pena, tal vez pensaron que llevarse a Raquel y pedir un rescate era una posibilidad de trincar algo de pasta, aunque fuera poca.
No sé, en este asunto tiene que haber alguna cosa más, algo que no sabemos… O quizás algo que me ocultas.
Recuerdo que dejé escapar una risita que ni a mí me pareció muy convincente.
No digas tonterías, Manu. Conocemos una historia incompleta, por eso nos parece que tiene poca lógica, pero mira, dije señalando mi bolso de paja, aquí llevo mis ahorros. No es gran cosa, claro, pero tendrá que ser suficiente. Ya hemos concertado un intercambio. Todos los billetes que he podido reunir a cambio de Raquel.
¿Has conseguido mucho dinero?
Una miseria. Pero, como tú has dicho, saben que soy una simple azafata. Tendrá que ser suficiente.
Manu volvió a darme la espalda y a perder la mirada en el movimiento de los pocos peatones que deambulaban por la calle y que contemplaban el edificio con la admiración de algo que había protagonizado las noticias de la tele.
Tengo algo de dinero. Habíamos empezado a ahorrar. Hablábamos de

vivir juntos…

No me interesaba entrar en el terreno de las confesiones. Le había dicho demasiadas mentiras como para recordarlas todas.

Mira, Manu, puedes ayudarme o quedarte al margen, como tú quieras. Tu novia está muerta y ya no tienes ninguna responsabilidad con la niña. Si no me echas una mano nadie te lo va a reprochar. Si quieres darme tu dinero, perfecto, más fácil será convencer a los secuestradores de que suelten a Raquel. Pero, sobre todo, la policía no tiene que enterarse de este asunto. Es lo mínimo que puedes hacer por ella.

Me sorprendió mi propia determinación. Había sonado todo bastante convincente. Esperé que Manu dijera algo, pero la necesidad de tomar una decisión de manera inmediata y los interrogantes que mis explicaciones le habían dejado lo tenían paralizado. No quise esperar más. Cargué con la mochila, el bolso y mi maleta y empecé a caminar hacia la puerta. No fue hasta que crucé el umbral cuando el novio de mi amiga se decidió a decir alguna cosa.

De acuerdo. No me gusta nada lo que vamos a hacer, porque creo que es un error. Pero voy a ayudarte. Ahora bien, después…

No, Manu, no hay condiciones, lo corté. Puedes venir o quedarte, pero no dictar las normas. Si decides venir, solo necesito que me acompañes e intentes protegerme de esos tipos. Por lo que sabemos, puede que sean unos asesinos. Supongo que llevas tu pistola…

Manu abrió el ala izquierda de su gabardina para enseñar la sobaquera de cuero donde guardaba su Walther. Sin decir una sola palabra, el policía me arrebató la maleta de las manos e iniciamos el descenso mientras nos tapábamos la boca y la nariz para tragar la menor cantidad posible de hollín. Caminamos en silencio durante un buen rato, cada uno atrapado en sus pensamientos y sus miedos. Manu se limitaba a seguirme sin hacer preguntas. Recorrimos varias calles, en un determinado momento me pidió que le esperara. Entró en una oficina de La Caixa y al cabo de unos minutos apareció con un sobre en la mano. No era excesivamente abultado, pero seguramente reunía sus ahorros. Me sentí fatal al coger aquel sobre de su mano, pero resultaba necesario para mantener la coherencia de todas mis mentiras.

Reemprendimos la marcha hasta llegar al bar La Perdiu, donde yo había trabajado unos meses tras mi llegada a Barcelona. Íbamos bien de tiempo. Teníamos que esperar unos minutos, así que, a pesar de que la temperatura de febrero invitaba poco a las costumbres veraniegas, nos sentamos en una mesa de la terraza.

Todavía no me has explicado por qué te has teñido de morena y te has quitado toda la quincalla que llevabas en la cara, me dijo Manu.

Me dirigí a él intentando que mi cara y mi voz reflejaran un inmenso

cansancio.

Por dios, Manu, esto empieza a parecer un interrogatorio. Hacía tiempo que sabía que necesitaba un cambio. Además, no sé por qué te sorprende tanto si tú mismo me criticabas por mi aspecto.

Fermín llegó a tiempo de interrumpir las justificaciones. No me reconoció hasta llegar a la mesa y mirarme de frente.

¡Hola, Fermín!

¡Vaya, pero si es la bella Alba, mi exempleada favorita! Hacía tiempo que no te dejabas ver por…

Este es mi amigo Manu, un policía con muy mala leche.

El camarero desplegó una sonrisa servil y preocupada mientras saludaba con un simple movimiento de cabeza.

Aquí donde lo ves, Manu, este humilde empresario se aprovechó de mí todo lo que pudo durante mis primeros meses en Barcelona.

Intenté que mi sonrisa pareciera querer rememorar algún episodio feliz de un pasado remoto.

Te di un trabajo y no hice preguntas.

Sí, fuiste un ángel… Mira, hoy voy a dejar unas horas esta maleta y esta mochila en tu almacén. Más tarde pasaré a recogerlas.

Necesitaba un sitio donde dejar todo aquello y no tenía muchas opciones. Fermín arrugó los labios y la frente, pero le costó decidirse a protestar.

Esto no es una puta consigna, dijo con la mirada baja.

Le dediqué de nuevo una sonrisa donde apuntaba un brote de ira. La compañía de Manu me hacía sentir fuerte.

Hoy sí.

Fermín se retiró enseguida con el encargo de servir dos cafés.

¿A qué ha venido esa forma de presentarme al camarero?

Ese tipo, Manu, es un puto desgraciado y me hace feliz dejarle claro que puedo causarle problemas.

Me levanté, entré en el bar y caminé hasta el almacén, entré a dejar la maleta y la mochila sobre unas cajas de cerveza. Después fui al lavabo, entorné la puerta y esperé. En el interior del bar solamente había un par de parroquianos. Un hombre mayor con pinta de aburrido leía los anuncios de *La Vanguardia* al final de la barra, otro más joven pero completamente rapado miraba a través de los cristales sucios el deambular de peatones. Esperé hasta que Fermín salió por la puerta del bar a servir los cafés que habíamos pedido. Yo había elegido la mesa más alejada de la puerta, para que el camarero no me viera entrar tras la barra, apartar una pila de bayetas limpias situadas bajo la caja registradora y apoderarme del revólver y la caja de munición. Escondí ambas cosas en los bolsillos de mi abrigo. Cuando levanté la mirada, vi que el viejo del final de la barra había perdido interés en su diario y me dedicaba una atención divertida. A modo de

explicación, me limité a sonreír. Él me devolvió la sonrisa. Salí de la barra y volví a encerrarme en el lavabo. Tenía la respiración acelerada. Cerré los ojos y respiré profundamente varias veces. A pesar del frío, estaba sudando. Me mojé la cara y me sequé con unas cuantas toallas de papel. Después, recuperé el revólver del bolsillo, abrí el tambor y comprobé que contenía seis balas. A continuación guardé el arma y la munición en el fondo de mi bolso y regresé a la mesa donde Manu me esperaba. Las piernas me temblaban, pero creía saber lo que hacía.

Ya nos podemos ir.

Pero si ni siquiera has tocado el café.

No importa, tenemos que irnos.

Dejamos unas monedas sobre la mesa y nos largamos sin decir adiós.

De camino a la estación de Diagonal, le expliqué a Manu el plan que yo había pactado con los secuestradores. Me dedicó una mirada de niño enfurruñado.

¡Joder, Alba, tendrías que haberme preguntado antes! Has elegido un espacio que solo tiene dos salidas. Allá abajo seguramente habrá mucha gente, y si alguien saca un arma es fácil que haya heridos. Si el secuestrador se presenta con un batallón de pistoleros, puede bloquear todas las salidas y convertir la estación en una trampa: nos será imposible escapar de allí…

Tenía toda la razón. Mi plan era una auténtica birria. Había sido fruto de la improvisación y la simple valoración de un tipo con dos dedos de frente dejaba al descubierto todas las costuras y remiendos. Pero era lo que había.

Ahora ya no tiene remedio. Quizás esos tipos solo quieran conseguir un poco de dinero y salgan corriendo en cuanto toquen los billetes, me defendí sin mucha fe.

Las cosas no suelen ir así, se quejó.

Pues esta vez tendrá que ser así. Tú solo tienes que seguirme y enseñar tu pistola si las cosas se complican de verdad.

Llegamos a la entrada de Diagonal con doce minutos de adelanto, pero decidí no ser demasiado escrupulosa con el plan. Entramos y fuimos directamente al andén de dirección contraria. Nos sentamos y nos dedicamos a observar. Nada parecía fuera de lo normal.

¿Estás asustada?

Negué con la cabeza, pero estaba haciendo esfuerzos para no acabar devorándome las uñas.

Cuando faltaba un minuto para la hora exacta, cambiamos de andén. Yo delante, Manu detrás. Solo había seis o siete personas esperando, pero ninguna era Raquel. Nos mantuvimos al pie del último escalón. Una mujer sentada en un banco hurgaba en un carrito de compra encarnado. Un tiparrón con gafas oscuras pasó a nuestro lado y se

quedó a tan solo unos pasos de nosotros. Un joven asiático nos miró con una mueca que interpreté como desprecio. Desde el andén de enfrente, una mujer con cara de mala hostia parecía interesada en nosotros.

Pasaron tres o cuatro minutos y acudieron unos cuantos viajeros. La gente comenzaba a amontonarse a nuestro alrededor. Pensé que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Entonces, cuando empezaba a considerar la posibilidad de que nadie apareciera con la niña, distinguí en el otro extremo del andén a un tipo de unos treinta y tantos, alto y calvo, enfundado en una llamativa gabardina de cuero que llevaba abierta. Traía de la mano a una niña, Raquel, que cargaba su mochila y miraba a uno y otro lado, quizás buscando a su madre. Me dio un salto el corazón y empecé a caminar con tanta calma como mis nervios me dejaban. Noté que Manu me seguía dos pasos atrás. No había atravesado un cuarto de andén cuando Raquel me vio entre el gentío y empezó a intentar desasirse del hombre que la retenía. El tipo la retuvo con una sacudida que estuvo a punto de enviarla al suelo.

Como estaba previsto, nos encontramos justo en el centro del andén.

¿Lo has traído?, dijo el tipo de la gabardina.

Tenía una voz desgarrada, de hombre mucho mayor. Pensé que en la estación había mucha gente y que sería un disparate que a alguien se le ocurriera sacar un arma y liarse a tiros. Me descolgué del hombro derecho solo una de las asas de mi bolso. Con la misma mano aparté un par de cosas para dejar a la vista el paño de terciopelo rojo. El calvo sonrió y extendió la mano. Dudé. No tenía nada claro qué era lo que iba a pasar a continuación. Manu estaba detrás de mí, atento a los movimientos de la gente de alrededor. Usando siempre mi mano derecha, saqué el libro de mi capazo. Que el contenido no quedara a la vista permitía que Manu creyera que aquello era un fajo con el dinero de los dos. El tipo de la gabardina me lo arrebató de un zarpazo mientras se oía la entrada de un convoy en la estación. Se llevó el paquete a la nariz y lo olió, como si pudiera identificar el contenido gracias al aroma.

¿De verdad creías que ibas a largarte de aquí sin más después de la que tú y tus amigos liasteis en la copistería?

Al sonreír dejó entrever unos dientes amarillos. La mujer del carrito se levantó del banco y caminó hacia nosotros apartando sin contemplaciones a un par de personas. Bajo un diario doblado sobre su mano, llevaba una pistola que apuntaba a Manu.

Lo siento mucho, bonita, pero ni tú ni tu amigo podéis salir de aquí con vida, aseguró el calvo de la gabardina con cara de sentirse realmente apenado.

De repente, su rostro perdió toda sombra de aflicción y se abrió en una sonrisa, como si finalmente hubiera decidido acabar con la farsa.

Sentí la intensidad del pulso en mi ojo izquierdo y una terrible sequedad en la boca. Apenas fui consciente de la detonación que había estallado en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Hubo un instante de silencio, o quizás de vacío, hasta que los frenos del tren entrante me devolvieron a este mundo. Mientras se abrían las puertas del convoy, la mujer del carrito se había convertido en una estatua que representaba la sorpresa, con su mano izquierda apretándose el estómago. Su arma también se disparó, hacia ningún sitio, y solo entonces cayó de rodillas. El de la gabardina negra quiso dar media vuelta sin soltar a la niña, pero una nueva detonación escapó del bolsillo de mi abrigo. La gente que empezaba a salir del vagón más cercano pudo oírla perfectamente. Solo entonces, tras la tercera descarga, los viajeros parecieron comprender la naturaleza de lo que acababan de escuchar y la locura se apoderó de la estación: todos empezaron a correr y a gritar y a empujarse y a saltar los unos por encima de los otros, mientras el calvo caía de rodillas y soltaba la mano de Raquel. Por detrás se oyeron dos disparos más. Mientras me agachaba a abrazar a Raquel, sentí que un fogonazo me arrancaba una tira de piel de la barbilla. Más disparos. Gente que buscaba desesperadamente las salidas. Mientras yo cubría el cuerpo de la niña, vi a mis pies el libro envuelto en terciopelo. Lo cogí, porque sabía que Manu no tenía que descubrir el engaño, e inmediatamente me incorporé y arrastré a Raquel hacia la salida. Un gigantón armado nos cerraba el camino. El tipo disparó y un joven que se había cruzado ante nosotros cayó fulminado.

Busqué a Manu, pero no lo vi, así que decidí arrastrar a la niña hasta el interior de un vagón. El gigantón se abrió paso a empujones e intentó seguirnos. Iba a entrar en nuestro mismo coche empuñando un enorme pistolón, cuando sus labios dibujaron una mueca de sorpresa y en sus ojos se apagó una luz. Sus rodillas se doblaron y cayó en mitad del andén. Tras él, también en el suelo y cubierto de sangre, Manu blandía una pistola humeante. Las puertas se cerraron y el tren empezó a moverse.

Estaba aterrada, claro. Me había apoyado en un extremo del vagón y Raquel se abrazaba a mis piernas. Los pasajeros, mudos, se mantenían a distancia de nosotras, pero todos nos miraban. Descubrí un orificio en el bolsillo izquierdo de mi abrigo desde el que ascendía un humo negro y un olor a quemado. Un joven dio dos pasos hacia nosotras. Saqué el revólver del bolsillo y apunté hacia él. Al levantarlo, vi que mi mano parecía sucia. Me ardía. El chico se había detenido en seco. Solo entonces noté que la sangre manaba de mi barbilla y se deslizaba por mi cuello hacia mi ropa interior. Busqué en mi bolso un pañuelo y lo apreté sobre la herida. Alguien había levantado un móvil para hacernos una foto o filmarnos y conseguí hacerle cambiar de idea

apuntándole con el cañón. Esperé en silencio los minutos más largos de mi vida hasta que el convoy entró en la estación de Vallcarca.

Raquel y yo fuimos las primeras en bajar y corrimos hacia la salida sin mirar atrás. Seguimos corriendo una vez salimos a la calle y solo nos detuvimos cuando me faltó el aliento. Miré atrás y nadie nos seguía. Caminamos mientras intentaba estabilizar el ritmo de respiración. Sudaba a mares. Me detuve a comprobar que Raquel no tuviera ni un rasguño. Me agaché hasta ponerme a su altura y se me abrazó como creo que solo se abraza a un ser querido.

¿Estás bien, Raquel?, jadeé, más que pregunté.

En lugar de responder, rompió a llorar, pero con unas lágrimas limpias que parecían cargadas de felicidad.

Mientras las sirenas de la policía resonaban ya a lo lejos, entramos en una farmacia a comprar productos para curar la herida de mi barbilla. Una de las farmacéuticas se apiadó de mi aspecto, seguramente sudado y con el espanto dibujado en el rostro, y me hizo la primera cura. Me dijo que era una quemadura rara, me aconsejó que fuera a un ambulatorio a que me la miraran y después me tumbara un rato a descansar. Yo dije que sí, que muchas gracias, pero apenas salí de la farmacia con un aparatoso apósito de gasas y esparadrapo, Raquel y yo subimos al primer autobús que se cruzó a nuestro paso. Debíamos alejarnos sin demora. Seguro que las cámaras de seguridad del metro habían captado nuestra imagen. Pronto empezarían a buscarnos.

Bajamos cuando sentí que las piernas habían dejado de temblarme. Todavía sudaba. Entramos en un bar. Mientras la niña bebía un refresco de limón, yo vacié dos copas de ron. A ese ritmo iba a acabar volviéndome alcohólica. El fuego del licor consiguió amortiguar la vibración de mis manos y de mis piernas. Saqué mi móvil, pero me costó marcar el número de Manu. Tardó una eternidad en contestar.

¿Estás bien, Manu?

¿Tienes a la niña?

Un ruido de sirenas amortiguaba su voz.

Sí, la tengo. Estamos bien.

El temblor había vuelto.

A mí me han dado, pero saldré de esta. Lo realmente difícil va a ser explicar a mis superiores lo que ha pasado en la estación.

Hubo un silencio.

Tú no tienes por qué saber nada, dije, tan solo pasabas por allí, oíste disparos y sacaste tu arma…

De nuevo no tuvimos nada que decirnos.

No vamos a volver a vernos, ¿verdad?, me preguntó una voz dolida.

Mejor que no.

Un nuevo silencio.

Entonces cuida de la niña. Hazlo por Lidia.

Fue como cerrar una puerta.

Descuida, Manu.

Había llegado el momento de romper definitivamente con Alba Castellví. Saqué la tarjeta de mi móvil y la doblé hasta romperla. Cada pedazo acabó en una papelera diferente en el camino hacia la primera boca de metro.

Llegamos al bar La Perdiu a la una en punto. El local estaba en plena efervescencia, por lo que decidí que nos tomáramos un respiro. Nos sentamos y esperamos. La televisión ofrecía imágenes de sanitarios sacando camillas de una estación de metro, pero no mostraban nuestras caras. Raquel se tumbó en mi regazo, como si por fin hubiera llegado a casa.

¿Va a venir mamá?

Supe que no podía fallarle. Su madre no iba a venir y yo era todo lo que tenía en el mundo. Pero era demasiado pequeña y demasiado frágil como para arrastrarla a una nueva huida. Y sin embargo, era evidente que teníamos que salir de Barcelona lo antes posible. Mi única opción era regresar a Lleida, donde quizás encontraríamos alguien que nos ayudara. Además, al día siguiente se celebraba el funeral de mi madre. Ni siquiera tenía pensado asistir, pero de repente comprendí que representaba una ocasión magnífica de plantar cara a mi padre, de decirle que ya no le tenía miedo, y que si intentaba algo contra mí, iba a saber cómo defenderme. Saber que dentro de mi bolso aguardaba un revólver cargado resultaba tranquilizador. Me había demostrado que, llegado el caso, sabría cómo usarlo.

Medité sobre la manera más discreta de llegar hasta mi ciudad natal. Descarté el AVE, porque los guardias de seguridad pronto tendrían la imagen de mi cara y porque no quería que quedara constancia de ese trayecto. En el autobús también nos vería mucha gente. Cuando dieran mi descripción y anunciaran que iba acompañada con una niña con síndrome de Down, seguro que alguien del pasaje nos identificaría. Pensé en un taxi, pero, a pesar de que disponía de mis ahorros y del dinero de Manu, tenía que empezar a pensar en el futuro inmediato de mi economía. Saqué la *tablet* de mi bolso y busqué una de esas aplicaciones para compartir vehículo. Alguien ofrecía su coche para ir a Zaragoza a las ocho de la tarde. Podía dejarnos en Lleida. Me pareció perfecto que nos llevara alguien que ni siquiera iba a quedarse en la misma ciudad. Mandé un mensaje para reservar dos plazas.

Estás hecha un asco, me dijo Fermín cuando tuvo un momento de tranquilidad y se acercó hasta nuestra mesa. ¿Qué te ha pasado en la barbilla? ¿Te ha arreado ese policía?

No, me han disparado.

Fermín sonrió. Eso quería decir que no había echado en falta su revólver.

Sí, ya. ¿Quién es la niña?

Mi hermana.

¿Y qué habéis venido a hacer aquí?

Nada, ya nos vamos.

Me levanté y fui al almacén a recoger la maleta y la mochila. Fermín me siguió y se apretó contra mí, arrinconándome contra las cajas de cervezas.

Venga, por los viejos tiempos, dijo.

Como si tuviera voluntad propia, mi mano izquierda buscó el bolsillo de mi abrigo, sacó el revólver y lo empujó contra la entrepierna del camarero. La mano no temblaba. Parecía saber lo que estaba haciendo.

Hoy ya he disparado contra dos personas. Y, mira por dónde, he descubierto que tengo buena puntería. ¿Crees que a esta distancia podría fallar?

Fermín reculó y tragó saliva. Lo que leyó en mi mirada lo asustó. Lo aparté de una bofetada y salí arrastrando la maleta y la mochila. Había tenido la intención de devolverle la pistola, pero había cambiado de opinión. Recogí a la niña y nos fuimos sin volver la vista atrás.

Entramos en un par de tiendas pequeñas, sin cámaras, a comprar gorras, fulares, maquillaje, una peluca y cualquier cosa que sirviera para ocultar nuestro aspecto. Raquel se dejó hacer y parecía encantada de cambiar su imagen. Después, mientras compartíamos una enorme cuatro estaciones en una pizzería, recibí un mensaje de correo en mi *tablet*. El tipo que iba a Zaragoza aceptaba llevarnos por una cantidad mucho menor que dos billetes de autobús. Quedamos a las ocho en punto en la Diagonal, a la altura de El Corte Inglés, en dirección a Lleida.

Pasamos la tarde escondidas en un cine de programación infantil. Mientras Raquel disfrutaba con una historia de animales que buscan la manera de volver a casa, yo me concedí una pausa para reflexionar. Si no nos detenía algún control de policía, esa noche llegaríamos a Lleida y nos alojaríamos en algún hotel. Al día siguiente me despediría de mi madre y me enfrentaría a mi padre. No iba a ser fácil ni agradable, pero íbamos a estar bien. Seguro.

[Se interrumpe la grabación].

13

Jueves, 14 de febrero de 2013

Nos sentamos en una de las mesas más apartadas del mesón donde últimamente calmaba los volubles caprichos de mi aparato digestivo. Rosita se acercó con una sonrisa de oreja a oreja. Yo tenía una peca negra en el punto de mi cerebro donde deberían conservarse los recuerdos de la noche anterior. Desde luego, la camarera estaba mucho más entera que yo.

—¿Hoy te has traído a tu novia, Abel? —me soltó mientras parecía valorar la pulcritud del uniforme de mi compañera. El tuteo y mi nombre de pila, con el que casi nadie me llamaba, revelaban una confianza que hasta a mí me pareció atrevida.

Azucena torció el labio, como si la simpatía que Rosita me dedicaba la estuviera molestando. Durante una fracción de segundo, su mueca me hizo sentir un poco mejor.

—No es mi novia, Rosita. Es mi amante. Utilizo mi cargo para aprovecharme de su inocencia. Ya sabes que los uniformes me suben la moral.

Rosita vestía siempre una especie de delantal de camarera *sexy* y una falda muy por encima de la rodilla que dejaba al descubierto unas nalgas hermosas, sin duda el mayor motivo de orgullo de su anatomía.

—¡Vaya, así que la moral también se te sube!

Mientras Rosita corría a atender otras mesas, mi compañera aprovechó para mostrarme su indignación.

—¿Pero has oído? Deberíamos detenerla por descaro. Habrá alguna ley contra eso, ¿no? Y tú, presentarme como tu amante… ¿Cómo se te ocurre? Sargento, no sé cómo puede gustarte este sitio…

—A mis cuarenta y siete años y en mi situación, te aseguro que resulta estimulante que te traten como si fueras un adolescente rebosante de hormonas. Anda, prima, vamos a ver esos documentos.

Por miedo a encontrarme con De Gea o con Busquet y que me anunciaran que acababan de apearme de la investigación, preferí no entrar en comisaría y enviar a Azucena a imprimir algunos de los documentos que habíamos rescatado de la nube de la difunta Elena Izbasa. Extendimos algunos sobre la mesa y leímos un par de textos. Volvimos a mirar los dibujos e intentamos descifrar el texto que los acompañaba, pero enseguida me di por vencido. Aquello estaba en latín y yo apenas recordaba cuatro cosas de mis años de frustrado aspirante a filólogo. Azucena, víctima inconsciente de unos sistemas

educativos delictivos, ni siquiera había sabido identificar de qué lengua se trataba.

—¿Conocemos por aquí algún experto en latín o en arte medieval?

No sé por qué había utilizado el plural. Yo llevaba apenas unos meses en la ciudad, poco tiempo para dominar el espectro de bichos raros locales.

—Déjame pensar…

La camarera había llegado con un gigantesco plato de pochas para mí y una triste ensaladita para Azucena. Pareció interesarse en los papeles que ocupaban casi toda nuestra mesa.

—¡Uy, mi hijo de cinco años dibuja mucho mejor!

Las ilustraciones de nuestro bestiario eran ciertamente rudimentarias y tenían un punto naíf que les concedía cierta gracia. Un simple estudiante de Primaria podía hacer dibujos mucho más sofisticados para su clase de Plástica. Aun así, realizar una falsificación con garantías de un libro del siglo XIII no se me antojaba un juego de niños.

—¿Tienes un hijo, Rosita?

—¿Me tomas el pelo, Abel? Ayer te estuve hablando de él hasta las tantas. Prometiste pensar en la mejor manera de evitar que pase tanto tiempo con mi exmarido.

—Por supuesto —confirmé con el punto de ofensa necesario para dejar claro que nadie en su sano juicio podría jamás olvidar un asunto de tanta transcendencia—. Rosita, ¿a ti cómo se te da el latín? —pregunté para desviar el tema de conversación.

—Me da para nombrar tres o cuatro cochinadas de las que se hacen en los reservados.

El labio de Azucena dibujó un tirabuzón.

—¿Y sabes de algún cliente con pasado de seminarista?

—Pues no sé qué decirte. No es un asunto que salga mucho en las conversaciones.

Me entregué a las alubias y hasta me permití unos sorbos de vino que no se me asentaron nada mal. El problema iba a ser que después de acabar con un manjar de tanta consistencia iba a necesitar toda la sangre de mi cuerpo para digerirlo, lo que implicaba una siesta de dos o tres horas para recuperarme.

—Ya lo tengo, jefe —despertó Azucena del sopor de su ensalada—. Tú y yo tenemos un pariente que es profesor de Historia Antigua en la universidad.

—¿Un pariente nuestro ha acabado una carrera?

—No me seas cazurro. Lo puedo llamar y estoy seguro de que no tendrá ningún problema en recibirnos.

A la hora de la verdad, el Dr. Ángel Navarro Boniek tuvo más

problemas de los previstos para hacernos un hueco en su apretada agenda de siestas y charlas con sus alumnas en el bar de la universidad. Al parecer, lo convenció la curiosidad de conocer a ese nuevo Boniek que corría por la ciudad; es decir, yo. Quedamos a las cuatro y cuarto en su despacho de la facultad de Geografía e Historia, lo que nos dejaba tiempo suficiente para comer tranquilamente y hasta para pasar por mi piso a descansar unos veinte minutos, tiempo suficiente para tomar mis medicinas, tumbarme en el sofá y encender un canuto. Una bendición. Si no hubiera estado allí la contumaz Azucena para arrancarme del sofá, sin duda habría echado la tarde entera entre música ensordecedora e irisadas margaritas.

El primo Ángel nos recibió en un despacho pequeño de la tercera planta, en el rincón más perdido del edificio del campus de la rambla de Aragón. Una mesa pequeña llena de papeles, un triste ventanuco, un ordenador seguramente coetáneo de los tipos que estudiaba, estanterías abarrotadas de libros dispuestos sin ningún orden aparente y dos sillas que nos estaban destinadas. Solo cruzar el umbral sentí una terrible sensación de ahogo. Nos recibió con el morro arrugado, como si fuéramos alumnos que vinieran a protestar por la nota del último examen.

—Yo diría que usted era el último Boniek del estado español que me faltaba por conocer.

Era un tipo bajito y barrigón que cultivaba una estudiada imagen de sabio. Me pregunté qué opinión tiene de sí mismo alguien que se preocupa tanto de que los otros lo vean como un sabio. Quizás sí fuera un digno pariente de mi estirpe. De hecho guardaba un cierto parecido con mi padre, lo que de inmediato me ayudó a clasificarlo como un tipo despreciable. Ya debía de haber cumplido los cincuenta y le raleaba una cabellera con mucho volumen que le blanqueaba en las patillas. Vestía una camisa gris con chaleco de lana y pantalón de pana negra. Por supuesto, unas gafitas de cristales redondos y montura metálica hacían equilibrio en la punta de su nariz.

—Bueno, ya me tiene en su colección, primo Ángel, aunque no creo que vaya a poder presumir de ello.

—Conocí a su padre hace tiempo, ¿sabe? —ignoró mi comentario y miró hacia un punto indefinido del techo donde quizás localizó su recuerdo—. Un cabronazo, sí.

—Era él.

—Tuve el capricho de ordenar todo el árbol genealógico familiar y me acerqué a Barcelona a pedir información a la madre de usted. Ella parecía encantada de ayudarme, pero el viejo se interpuso, me llamó entrometido y hasta desenfundó una pistola, me apuntó entre las cejas y me pidió amablemente que saliera cagando hostias escaleras abajo y que no me detuviera hasta que volviera a ver el cartel de «Bienvenidos

a Lleida». Un tipo elocuente, sin duda. Le hice caso, por descontado.

—Sí, reconozco ese deje de amabilidad familiar. Algunos dicen que es el secreto de nuestro encanto.

—Debería hacer lo mismo con usted y echarle a patadas de mi pequeño refugio, pero no dispongo de otra arma que un abrecartas y además ha sabido acompañarse de mi prima favorita.

—Nuestra prima favorita, si me permite. Aunque en mi caso no tiene mucho mérito, porque me he pasado la vida alejado del resto de mi familia.

—De acuerdo, compartimos prima favorita. Pero no crea que eso le da derecho a más de diez minutos de mi valioso tiempo.

Estaba a punto de sugerirle que se metiera sus diez minutos por el culo, pero Azucena se me avanzó extendiendo ante los ojos del primo Angelito todo el arsenal de fotocopias que había traído en su carpeta. La actitud del profesor cambió de inmediato. En su rostro se dejó entrever un resquicio de sorpresa y amabilidad. Debía de reservar sus dulzuras para todo aquello que desprendiera olor a rancio.

—¡Vaya, también estáis interesados en el *Bestiario de Northumberland*!

—¿También? —preguntamos a coro los dos visitantes.

Sin duda, poseer aquellas fotocopias nos hacía merecedores de ser aceptados en su mundo de sabiduría, porque hasta había empezado a tutearnos.

—¡Oh, sí! Este es el tipo de obras que admiramos los especialistas, pero por el que casi nadie se interesa. Sin embargo, hace más o menos un año vino a preguntarme un joven por ese mismo documento.

—¿Un joven? ¿Recuerdas cómo se llamaba? —Me sumé al tuteo.

—Mi cabeza está ocupada con asuntos de mayor envergadura —contestó dejando un eco de altanería. Resultaba un tanto irritante que un tipejo como aquel se creyera un portavoz de los dioses—. Hablaba un castellano con acento raro, pero fue muy amable. Dijo que preparaba una tesis de licenciatura y citó un par de profesores colegas míos de la Universidad Ramon Llull. Eso me bastó, no le pedí más credenciales. Tuvimos una conversación de tan solo unos minutos: lo remití a un manuscrito que conserva la biblioteca de la Universidad de Barcelona, le recomendé un par de publicaciones y se marchó sin ni siquiera dar las gracias. Como podéis imaginar, jamás he vuelto a verlo.

Azucena le enseñó la mejor foto de Ayman Hammady que guardaba en la memoria de su teléfono móvil.

—¿Recuerdas si era este tipo? —le preguntó.

El primo Angelito dio un salto en su limbo de excelencias universitarias al topar con la imagen de un ahorcado.

—¡Joder! —De repente, sus buenas maneras se habían ensuciado—. ¡Esa es la foto de un fiambre!

—No se te escapa una, primo —le aticé.

Tardó unos segundos en recuperarse del susto y en atreverse a volver a mirar la foto que Azucena le mostraba.

—No sabría qué decir —titubeó—. Está congestionado, con un color extraño… tiene la cara deformada…

—Es la última moda entre los muertos. ¿Es o no es él? —lo apreté.

—No sé… tal vez… puede ser. Tan solo conversamos unos minutos y, probablemente, haga más de trece o catorce meses.

Anoté mentalmente que era muy posible que Ayman Hammady llevara más de un año trabajando en ese proyecto. La fotografía y la noticia de la muerte de aquel desconocido habían descompuesto al profesor. Si queríamos sacar algo de él, tenía que conseguir que la olvidara.

—¿Qué puedes decirnos del bestiario?

Pareció centrarse. Para él, aquel era un territorio firme, sobre el que se sentía seguro.

—Nada que no podáis encontrar en un libro o en internet. Es un bestiario precioso, una joya bibliográfica de primer orden. Que yo recuerde, está compuesto por unas ochenta páginas manuscritas y es una especie de catálogo con más de cien dibujos de tinta de color que representan animales tanto reales como ficticios.

—También llevan texto —apuntó Azucena.

—Sí, claro. Como casi todos los bestiarios medievales, está concebido como un tratado religioso, por eso los dibujos van acompañados de unas fábulas muy breves con intención didáctica y moralizante. Ese tipo de libros fue relativamente popular durante la Edad Media, sobre todo en Francia e Inglaterra. Dependiendo de quién los encargara, podían presentarse en forma de volúmenes ricamente ilustrados, pintados con polvo de oro y hasta con incrustaciones de piedras preciosas. Al fin y al cabo, tenían la función de fascinar a sus lectores.

—¿Y por qué representaban animales? —se interesó mi compañera.

—Para comprender eso tienes que esforzarte en entender la mentalidad medieval. Los habitantes de aquellas pequeñas aldeas y ciudades, víctimas de la guerra y los saqueos, del hambre y de enfermedades terribles como la peste, seguramente tenían la sensación de estar constantemente sometidos a la ira de dios. Muchas pinturas de aquella época reproducen esa ira en forma de plagas, de fuego o de animales feroces que amenazan a las personas sencillas y devotas. La Iglesia supo administrar ese miedo y sacó partido de esa supuesta amenaza. Solo hace falta fijarse en los capiteles de las columnas sobre las que se levantan las catedrales góticas para darse cuenta de la popularidad de este tipo de representaciones animalísticas.

—¿Podrías traducirnos alguno de esos textos? —propuso Azucena.

Ángel refunfuñó notoriamente ante la perspectiva de tener que

traducir, pero de repente se le ocurrió una idea que iluminó su rostro.

—No hará falta. Te voy a pasar la dirección de una página web donde encontrarás los textos traducidos.

Buscó en su ordenador, sacó una pluma Montblanc del bolsillo interior de la americana que colgaba del respaldo de su silla y escribió su nota con una letra estilizada y ligeramente inclinada hacia delante. Era una caligrafía de otra época. Le entregó la hoja a nuestra prima.

—¿Tiene mucho valor un libro así? —me interesé.

—>El *Bestiario de Northumberland* se compuso alrededor del 1250 en Inglaterra por escritores y miniaturistas anónimos. Eso quiere decir que es un libro muy antiguo y que tiene un valor incalculable. Vale lo que el millonario o el museo de turno quieran pagar por él. Si no recuerdo mal, a finales de los ochenta se vendió por más de cuatro millones de dólares a un coleccionista en Estados Unidos. Después el Paul Getty Museum de Los Angeles lo adquirió en 2007 en una subasta en Sotheby's, en Londres, por casi seis millones de dólares.

Se me abrieron unos ojos como platos. Azucena también parecía impresionada.

—Actualmente el museo lo ha digitalizado, de forma que puede consultarse íntegramente con mucho detalle. Supongo que de ahí habéis sacado todas estas fotos.

—¿Y sabes por qué se llama *Bestiario de Northumberland*? —preguntó Azucena.

—Es fácil, prima. El nombre del manuscrito se debe a los duques de Northumberland, a quienes había pertenecido desde el siglo XVIII. Existe algún otro bestiario muy parecido, como el que está depositado en la British Library de Londres. Os recuerdo que son piezas únicas y que hasta cada una de las copias que se hacían tiene hoy un valor que no admite cálculo.

—¿Crees que hoy en día podría falsificarse algo así?

—Actualmente todo puede falsificarse, aunque dudo mucho que cualquier intento pudiera pasar un comité de expertos. Para empezar, sería casi imposible fabricar un papel vitela cuya antigüedad resultara convincente.

—¿Qué es el papel vitela?

El primo resopló para subrayar nuestra ignorancia frente a su sabiduría.

—Pues es el papel que se utilizaba para escribir esos libros, un tipo de pergamino que se hacía con piel de becerro convenientemente estirada, alisada y blanqueada. Por eso han durado tanto tiempo sin apenas deterioro.

—¿Quiere decir que el papel normal no hubiera durado hasta nuestros días?

—Bueno, para empezar, el papel que tú llamas normal apenas era

utilizado a mediados del siglo XIII. No se impuso hasta más tarde. Hubiera sido raro que un libro lujosamente ilustrado se hiciera entonces sobre una superficie tan poco estable y sin garantía de durabilidad como un papel de celulosa.

—Pero podría tratarse de una copia del original…

—Supongo que sí. Aunque probablemente fuera posterior y con toda seguridad habría llegado muy deteriorado hasta nosotros. De hecho, tendría sentido hacer una falsificación sobre papel de celulosa, puesto que se puede simular mejor el envejecimiento que sobre el papel vitela. Aunque, por supuesto, su valor sería considerablemente inferior.

—Aun así, se trataría de un documento por el que se pagaría mucho dinero en una subasta, ¿no?

—Por supuesto.

Le agradecimos la información y nos despedimos sin mucha ceremonia.

—Dele recuerdos a su encantador padre –dijo tan solo.

—Lo haré, descuide.

Podría haberle dicho que hacía más de un año que mi padre malvivía anclado a una silla como un vegetal en su piso de Barcelona y que estaba arruinando la vejez de mi madre. También podría haberle dicho que seguramente yo tenía de Ángel Claramunt, mi padre, una opinión muy parecida a la de él. Hasta donde me alcanza la memoria nos habíamos llevado como el perro y el gato. Pero no me dio la gana darle esa satisfacción al primo Ángel.

Por mucho que quisiera postergar el encuentro con De Gea o con Busquet, tarde o temprano tendría que arrastrar mis huesos hasta la comisaría. Sabíamos que el Anticuario había mandado falsificar un libro antiguo e intuíamos que se había desembarazado del artista falsificador, quizás por celos, o simplemente para ahorrarse el pago del dinero prometido. Sin embargo, no podíamos demostrar nada.

Como medida desesperada, decidí pasar por Antigüedades Aragay, con la esperanza de no encontrarme con su propietario y poder hablar con algún subalterno al que sacarle las intimidades de la empresa. En realidad, mi propósito no era una visita, sino dos, porque el negocio estaba dividido en una pequeña tienda en unos bajos del Paseo de Ronda y una nave en el Polígono Industrial del Segre. Dejé a Azucena esperando en el coche durante la primera visita para evitar que su uniforme intimidara a la dependienta, una veinteañera pecosa, con cabellera de puercoespín y pulseras y collares de clavos, que, inmune a mis reiteradas negativas, intentó venderme un paragüero, una cómoda, un cofre y no sé cuántos trastos viejos más. Charlatana infatigable, casi se carcajeó en mis narices cuando le hablé de libros.

—¿Libros? Eso es antiguo hasta para las tiendas de antigüedades, colega. De esas reliquias solo se ocupan los traperos, y para venderlas a peso. Y tú no sabes lo que ensucian, ¡puag! Aquí hace tiempo que dejamos de trapichear con ellos.

Su cara revelaba tal repugnancia y su voz parecía tan convencida que no tuve duda de que no sabía nada del volumen que me interesaba. Le hice un par de preguntas más para confirmarlo y resultó un error, porque no fue fácil que me dejara marchar sin comprarle unos pendientes para mi esposa, un reloj de bolsillo para presumir ante los amigos del bar o una medallita de San Cristóbal para colgarla en el retrovisor de mi coche… No había acertado ni una, por supuesto, pero no me entretuve en explicarle que estaba doblemente divorciado, que apenas conocía unos pocos compañeros de trabajo en la ciudad y que no tenía planeado que me vieran el pelo por ningún concesionario de vehículos.

—¿Tenéis ataúdes? —se me ocurrió preguntar antes de salir de la tienda—. Creo que voy a necesitar pronto uno.

Me miró con asco.

—No, claro. Los objetos que tenemos aquí son viejos y usados.

Bien pensado, parecía poco probable que existiera un mercado de ataúdes de segunda mano, pero al menos la pregunta sirvió para aplacar su furia vendedora. Lo único positivo de la visita fue saber que la chica esperaba que su jefe llegara de un momento a otro, lo que facilitaba que no nos lo encontráramos en nuestra segunda parada.

Puesto que no quería que pudieran advertir nuestra presencia, dejamos el coche patrulla en comisaría y nos trasladamos al Mini de color pistacho de mi compañera. Desde luego no era una gran elección para pasar desapercibidos, pero era lo que había. Azucena condujo con su habitual frenesí, y quizás por eso tuvimos que esperar frente al almacén del Polígono Industrial del Segre hasta ver cómo el Anticuario subía a su Mercedes negro y se alejaba.

Durante la espera, mi compañera se sintió obligada a romper una lanza en favor del tercer miembro del equipo.

—¿Por qué no soportas a Sainz? No es tan mal tío, y sabe de su oficio.

—Es el enemigo, no lo olvides. Nos lo ha endilgado De Gea para que lo mantenga informado de cualquier patinazo que demos. No me gusta depender de nadie. Y mucho menos de alguien a quien ni siquiera respeto.

—¿Y por qué no ibas a respetarlo? Ya te dije que tiene fama de ser todo un héroe.

Estábamos a suficiente distancia de la entrada del almacén como para que nadie nos descubriera. Bajé del coche y encendí un cigarrillo. Antes de dar la primera calada, tenía a Azucena a mi lado.

—No acostumbro a juzgar a las personas por lo que dicen de ellas. Los héroes y los villanos se crean y se destruyen según las necesidades del momento.

—¿Quieres decir que no crees que hiciera lo que dicen que hizo?

—Eso solo él lo sabe. Busqué en el archivo el informe del atraco a la tienda de productos tecnológicos donde realizó su proeza. Solo por curiosidad. Nuestro héroe sangraba porque había recibido un balazo, aunque solo fuera un rasguño, y tenía acorralado al segundo miembro de la banda de atracadores. En la academia te enseñan a no arriesgar más de lo estrictamente necesario. Bastaba con que Sainz esperara a que otros policías llegaran a ayudarle. Era solo cuestión de minutos, puesto que la alarma estaba dada. Pero él decidió ignorar el dolor, su herida y la sangre, y rodear unos cuantos expositores para atrapar al atracador, que disponía de un arma y había demostrado saber utilizarla, sin tener que hacer un solo disparo.

—¿Y te parece poco mérito?

—Al contrario, me parece un mérito excesivo.

—Eso quiere decir que tú no harías algo así…

—Por supuesto que no. Ni siquiera creo que lo hiciera él.

—¿Crees que engañó a todo el mundo?

—Según el informe, se trataba de una recaudación muy considerable. Pero el dinero nunca fue recuperado porque el caco nunca confesó quién era ese socio que había huido antes que él.

—No era un chivato…

—No delató al tipo que lo había dejado tirado, que no había regresado para intimidar al policía herido o incluso para deshacerse de él. Además se había llevado el dinero mientras él se quedaba atrapado en el interior de la tienda. ¿No te parece muy extraño?

—No sé. Me parece posible.

—También es posible que el dinero lo llevara el segundo ladrón y aún no hubiera salido de la tienda. Y que policía y atracador se pusieran de acuerdo para repartirse la pasta.

—¡Jolín, sargento! Hace falta tener una mente muy sucia para pensar tan mal de un compañero. Además, si los otros policías llegaron a los pocos minutos, cómo consiguieron sacar el dinero sin que nadie se diera cuenta.

—Bastaría con guardarlo dentro del tambor de una lavadora o en el interior de un microondas o algo así… Alguien pasaría al día siguiente a recogerlo.

—En un establecimiento así hay cámaras…

—Supongo que tener un hijo muy enfermo te aguza el ingenio…

—Lo dicho, una mente muy sucia…

—No creas. Hasta tendría un punto admirable si en realidad se hubiera atrevido a romper las reglas de manera tan temeraria.

—Resultará que te van más los chorizos que las personas decentes…
—Desde luego son mucho más interesantes.

Había pasado aproximadamente un cuarto de hora cuando el Anticuario y su guardaespaldas abandonaron el local en un ostentoso Mercedes de color negro.

Azucena y yo nos dispusimos a culminar nuestra visita. En mitad de un portalón levadizo para acceso de vehículos de grandes dimensiones podía leerse en grandes caracteres verdes la palabra «Aragay», sin más referencias, como si esas seis letras dieran sentido a la naturaleza del negocio que se cocía en el interior. A la izquierda, una puerta metálica de proporciones más humanas daba acceso a una nave enorme y muy escasamente iluminada. No había timbre alguno, pero se oyó un pitido al fondo en cuanto Azucena y yo cruzamos el umbral. Hacía tanto frío que el aliento se congelaba al salir de la boca. Caminamos por una superficie de cemento y sorteamos un par de furgonetas vacías donde podían leerse las mismas letras de color verde. Mientras a un lado se amontonaban cachivaches y muebles antiguos, en el otro destacaban numerosos palés con cientos de cajas cerradas sin ninguna etiqueta. No podía saber qué había tras aquellos cartones, pero imaginé que era el verdadero motivo de la fortuna del Anticuario.

—¿Quién an…anda ahí? —tartamudeó la voz temblona de un joven.

Caminamos hacia la voz, que venía de la única zona iluminada con fluorescentes en el fondo de la nave. Un mozo de unos veinticinco, vestido con una bata azul y un gorro de lana, pegaba etiquetas sobre unas cajas de madera que no podían contener nada mayor a una botella de vino. El chico llevaba unas gafas de lentes muy gruesas y dejaba al descubierto dos incisivos exageradamente separados. Tenía toda la pinta de haberse escapado de una institución mental. Nos apuntó de forma amenazadora con la maquinita de pegar etiquetas, lo que le otorgaba un aspecto de lo más ridículo. Desde luego no parecía que fuera a ser requerido por ninguna universidad para dar una charla sobre la teoría de cuerdas. Pero el chico estaba prevenido y me reconoció apenas me acerqué a la mesa donde trabajaba.

—Usted es el po…licía, ¿verdad?

No resultaba una deducción arriesgada teniendo en cuenta que me acompañaba la prima Azucena, vestida con su impecable uniforme de los Mossos d'Esquadra.

—Eres un chico observador. No me extraña que te hayan confiado la defensa del negocio.

A uno y otro lado no se percibía movimiento alguno. Tampoco se oía ningún ruido. Supuse que estábamos solos.

—No vo… voy a decirle na… da —tartamudeó y sacudió la maquinita ante mis ojos como si aquel trasto pudiera protegerlo de

cualquier pregunta embarazosa.

Desde luego, el chico no era un cerebrito. Lo seguí hasta una especie de oficina, donde se apresuró a descolgar uno de aquellos teléfonos negros y pesados que recordaba de mi infancia. Sin duda se disponía a llamar a su jefe para anunciarle mi visita y buscar consejo y protección.

—Harás bien, chico, en hacer esa llamada. O de lo contrario, te puedes meter en un auténtico problema.

—Yo no qui… iero problemas.

Lo había dicho mientras intentaba recordar el número que tenía que marcar. Al parecer, conversar y recuperar un dato de la memoria le resultaban dos actividades difíciles de combinar. Tenía que darme prisa en sacarle algo antes de que el Anticuario le recordara la orden de cerrar el pico.

—Me temo que ya estás metido en un lío.

—No. Yo no…

—Un lío gordo.

—No, no.

—Muy gordo.

—¿Qué lí… o?

—El libro. Tú ya sabes de qué libro te hablo.

—No, yo no sé…

—El libro no llegó bien a su destino —me arriesgué.

—No sé…

Se interrumpió, aún con el auricular del teléfono en la mano. De repente se sentía en peligro. Tenía que averiguar por qué.

—Era responsabilidad tuya, ¿verdad? ¿Aquí quién hace los paquetes? —le grité. Su cara empezaba a perder color—. Tenías que asegurarte de que llegara en buenas condiciones.

—No… No… —dudaba—. El paquete…

—El destinatario va a pedir responsabilidades…

—No, to…do estaba bi…en.

—En un viaje largo pueden pasar muchas cosas si el embalaje…

—¿La… largo? A Barcelona. Yo no… A más, se lo llevó el señor Cás… per. Si pasó algo al li… bro, yo no… Cásper. Pre…gúntele.

—¿Dónde lo tenía que entregar?

La pregunta, demasiado directa, acabó por dispararle alguna alarma e intuyó que intentaba engañarlo, por lo que dejó de hablar y se concentró en recordar el número de teléfono. Mis esperanzas de sacar algo positivo de aquella inesperada situación de ventaja estaban a punto de evaporarse. Tenía que hacer algo. Y rápido.

Azucena se había separado de mí y husmeaba por un lateral de la nave. Caminé hacia ella y le pedí que me prestara su pistola. Estaba a punto de hacerme alguna advertencia, pero le paré los pies.

—¡La pistola! —ordené.
Deshice el camino hacia la oficina, donde me esperaba el chaval con una sonrisa de triunfo, como si por fin todo se hubiera resuelto. Acababa de colgar el teléfono.
—El se… ñor Justo vi… viene ya hacia aquí y me ha di…dicho… —llegó a pronunciar sin encallarse.
Se interrumpió en el preciso momento en que le puse el cañón de la Walther P99 a dos dedos de su entrecejo y con la otra mano lo atrapé por la pechera de la bata. Allí no había nadie que nos viera. Su palabra contra la mía. No había color.
—Mira este cañón, tarado de mierda —le escupí a la cara—. ¿Lo ves bien? Por ahí va a salir la bala que va a reventar la única neurona sana que te queda en tu puto cerebro. O me dices dónde mandasteis esa mierda de libro o aquí mismo acabo contigo.
Sobreactuado, sin duda. Pero al chalado le sonó convincente. Los ojos parecían querer escapar de sus órbitas y la sangre había emigrado repentinamente de su rostro. Temí que cayera desmayado. Respiraba con dificultad y, aunque hubiera querido, no habría sido capaz de pronunciar una palabra.
Al empujarlo contra una mesa atiborrada de papeles, me di cuenta de que había varios periódicos abiertos y amontonados junto al teléfono. Solté al atontado para mirarlos. Todos de ese mismo día. Todos abiertos por las páginas de Sucesos. ¿Por qué un anticuario estaba tan pendiente de la actualidad? Ese día los titulares de portada habían hablado de los nuevos recortes de sueldo a funcionarios, de una red de espionaje a políticos en Cataluña, del inacabable pozo de mierda que era la trama de corrupción del Partido Popular etiquetada como Gürtel, de los ensayos nucleares en Corea del Norte… En todas las secciones de Sucesos destacaba el tiroteo en la estación de metro y la imagen excesivamente granulada de una joven y una niña. Cogí al chico por el cuello y aplasté su cabeza contra los diarios.
—Dime, ¿qué hay aquí que pueda interesar a tu jefe?
El chaval intentó negar con la cabeza, pero casi le chafé la nariz contra la mesa. A duras penas levantó una mano temblorosa y acabó posando un dedo sobre una noticia. Aparté al chaval de un estirón que lo estampó contra una pared y leí el titular de una noticia que ocupaba el cuarto inferior derecho de una página de *El País* que no significaba nada para mí: «Cuatro muertos en el atraco a una copistería».
Me disponía a leer el artículo entero cuando se oyó un ruido que procedía de la entrada de la nave, y al instante Azucena me advirtió desde la puerta de la oficina:
—Están aquí, sargento.
Cuando, segundos después, el Anticuario y su escudero emergían de

entre las furgonetas, yo ya había guardado el arma y caminaba tranquilamente hacia la salida.

—Quería conocer tu negocio, Justo.

—No tienes permiso para esto. Necesitarías una orden para…

—No he venido a registrar nada, solo quería preguntarte a qué te dedicas en realidad. Pero supongo que no me lo vas a decir…

—¡Largo! —dijo tan solo, pero detrás de sus gafas se intuía una mirada de cabreo.

Sin embargo, el inmenso señor Cásper se había desplazado lateralmente unos centímetros para cerrarnos el paso. Durante un segundo vi en los ojos de aquel animal las ganas de desobedecer a su jefe. Pero este insistió:

—¡Que se vayan, joder!

—Un placer saludarlos, señores —me despedí mientras tragaba saliva.

En el coche, Azucena reclamó su pistola y me miró con cara de espanto.

—Jolín, sargento, no estás muy bien de la azotea. ¿A qué venía amenazar al pobre chico? Nos hemos metido en un lío, ¿verdad?

—¡Oh, no, tranquila! Técnicamente es el mismo en el que ya estábamos metidos —intenté quitarle hierro al asunto, aunque noté que también a mí alguna vocal me temblaba un poco—. La vida en sí es un lío constante. No te preocupes, prima. Ahora sabemos que el libro salió desde aquí en dirección a Barcelona y que lo llevó el guardaespaldas en persona. Pero tendremos que descubrir adónde.

Azucena arrancó y, contra lo que era habitual, condujo diligentemente su Mini de color pistacho sin cometer una sola infracción del código de circulación, lo que sin duda significaba que tenía la cabeza en otro sitio. Apenas abrió la boca en todo el trayecto. Hasta su perenne sonrisa parecía haberse marchitado.

En cuanto llegamos a comisaría, saqué un par de cafés de la máquina y me dirigí a los calabozos, donde Mihaela esperaba que la jueza Flotats la citara por segunda vez a declarar. Cuando entré en su celda, la encontré sentada y cabizbaja, con el mismo aire cansado y ausente que tenía mientras contemplaba el cuadro de la alcoba de su jefa. Quizás también su amiga. Me senté a su lado, sobre un mínimo colchón de espuma que apenas servía para retrasar que el frío del hormigón te calara hasta los huesos. Le entregué uno de los cafés y asintió a modo de agradecimiento. Bebimos en silencio. Hasta que no apuramos las últimas gotas no me decidí a importunar sus pensamientos con preguntas.

—¿La cuenta del Banco de Santander? Sí, claro que existe —confirmó la sirvienta—. Elena la abrió a mi nombre, porque no quería que su

marido pudiera rastrearla. Eran sus ahorros, lo que podía recoger y apartar a fuerza de privarse de algunos lujos. Era el dinero con el que pretendía escapar con Ayman. Quizás no fuera una fortuna, pero Elena confiaba en que llegara a ser lo suficiente como para empezar una nueva vida en cualquier lado.

—¿Y usted no tenía intención de devolver ese dinero?

—Por supuesto. —Se giró por primera vez a mirarme. Estaba ofendida—. Ahora esos euros pertenecen a la niña. Solo pienso entregárselos a ella.

Por lo que había leído en la hoja de cálculo del ordenador de la galería Montmartre, la cuenta reunía una suma nada despreciable. Efectivamente, no era una fortuna. Pero era un buen punto de partida para empezar un proyecto.

—Pero a Elena y a su amante no les parecían suficientes y estaban pendientes de un último negocio. ¿Usted sabe cuál era el trapicheo que se llevaban entre manos?

—Algo sé. Preparaban un libro…

—Un libro especial, una falsificación. —Mihaela asintió para demostrar que estaba al corriente y que eso no le producía ningún cargo de conciencia—. Sabemos que si sale al mercado puede tener mucho valor, pero no dónde ha ido a parar. ¿Puede usted ayudarnos?

Dudó tan solo un segundo. Al fin y al cabo, las personas que pretendía proteger estaban muertas, y sobre ella pendía una acusación de asesinato.

—Sé que querían venderlo por su cuenta. Al parecer iban a conseguir mucho dinero. Pero eso no era lo importante. Lo que realmente buscaban era vengarse del Anticuario por todas las humillaciones sufridas. Pretendían dejarlo en un aprieto, puesto que había prometido entregar ese libro a personas que no se iban a tomar nada bien que Justo no pudiera cumplir con el acuerdo que tenían.

—¿Sabe quién era el comprador?

—No. Yo iba a acompañarlos, pero solo sabía lo imprescindible. Sabía que obtendrían mucho dinero por el libro y que después todo sería muy fácil. Pero no pasó ni una cosa ni otra. Cuando Ayman apareció muerto, Elena no tuvo ninguna duda de quién fue el responsable. Por eso pensó en otra forma de arruinarle la vida.

No creo que ninguna de mis dos esposas llegara a odiarme nunca con ese grado de inspiración. Aunque estoy seguro de que cualquiera de las dos habría sabido idear planes mejores para castigarme. Elena Izbaza había sido una mujer bella y quizás inteligente, pero planeando el modo de fastidiar a su esposo había sido una auténtica calamidad. Ni siquiera me había dejado el rastro oportuno para poder pillarlo.

—Y a la hija, Laura, ¿cómo puedo encontrarla?

Mihaela suspiró. Estaba claro que Laura era una de sus debilidades.

—No puede. Justo, con todo su dinero, no ha conseguido atraparla. Primero creía que volvería arrastrándose, porque nunca ha comprendido que todo el lujo y todas las cosas materiales con las que llenaba nuestras vidas solo le importaban a él. Después removió cielo y tierra para traerla a casa como fuera, pero la chica es muy lista y ha sabido esconderse bien. Siempre ha sido una superviviente.

Palmeé su hombro para animarla y la dejé de nuevo con sus pensamientos. También yo notaba que mi cerebro se agitaba. Mientras subía por la escalera camino de mi mesa de trabajo, noté que me invadía la sensación de que Laura Aragay, la hija adoptada del Anticuario, podría ofrecerme respuestas a las muchas preguntas que iban rebotando dolorosamente contra las paredes de mi cráneo. Solo era una intuición, por supuesto. O ni eso: la necesidad de encontrar un poquito de esperanza para resolver el caso. Quizás ese fuera uno de los pocos atractivos del oficio: por muy negras que estén las cosas, uno siempre está obligado a pensar que todo se va a solucionar.

En cuanto me senté a mi mesa con olor a orina recalentada, el primero que se presentó a celebrar mi llegada fue mi grano en el culo preferido.

—Si ya os habéis cansado de ver mundo, quizás os interese saber que no he encontrado nada útil en el portátil de Elena —ladró Sainz de Heredia—. Ahora que sabemos algunas cosas más, me he tomado la molestia de volver a revisar las cuentas corrientes de Justo Aragay y de Ayman Hammady y he descubierto un detalle interesante: desde la cuenta del primero y durante los últimos trece meses, cada día dos, se efectuaba una transferencia de seiscientos euros a la cuenta del segundo. Supongo que era una especie de pago de subsistencia, para que el pintor no se muriera de hambre mientras cumplía con su encargo. Sé que no es gran cosa, pero al menos crea un vínculo económico entre los dos.

Sí, no era gran cosa. Mientras Sainz nos informaba de aquellos avances ridículos, yo me había colocado ante la pantalla de mi ordenador y había buscado la noticia referida a las cuatro muertes en un local de Barcelona.

—¿Qué es eso que miras con tanto interés, sargento? —se interesó mi compañera.

—Ayer fue una tarde complicada para los compañeros de Barcelona: hubo un par de tiroteos y unos cuantos fiambres.

—¿Algo que tenga que ver con algún caso de cuando trabajabas allá?

Les expliqué lo que le había sacado al chaval del almacén y también se pusieron a leer la noticia que reproducía un diario digital: la tarde anterior, el miércoles 13 de febrero, sobre las cuatro de la tarde, los vecinos de una humilde copistería situada en el barrio de la

Barceloneta alertaron a la policía de un posible tiroteo. Cuando la policía entró en el local, se encontró con tres hombres muertos y un cuarto malherido, que falleció en la ambulancia de camino al hospital, todos ellos con múltiples impactos de bala. Los vecinos aseguraban haber visto salir del local a una mujer muy asustada que cargaba con un maletín, pero nadie había sido capaz de dar una descripción detallada. La dependienta y un cliente que habían sido sorprendidos por los dos atracadores, pero que habían conseguido salir con vida de la copistería, solo coincidían en que esa mujer era joven y estaba embarazada.

—¿Y cómo afecta esa chapuza de atraco a nuestro caso? —Sainz se rascó la nuca—. No parecen tener ninguna relación.

—¿A quién se le ocurre atracar en una copistería a las cuatro de la tarde y liarse a tiros? —se preguntó Azucena—. Si al menos hubieran esperado al final de la jornada, quizás el botín podría haber sido algo más interesante, aunque ni así…

Puesto que su frase había quedado interrumpida, levanté la mirada del ordenador y seguí la de mi prima, dirigida a algún punto por encima de mi cabeza. Me giré con desgana, pues sabía perfectamente lo que iba a encontrarme. Detrás de nosotros se había detenido el subinspector Busquet con una sonrisa que iluminaba toda la comisaría. La felicidad de mi superior directo no era un indicio muy prometedor.

—No os lo creeréis. Al parecer el señor Aragay ha llamado a su amigo el intendente para explicarle que un soplapollas de esta comisaría ha ido a apuntar con una pistola a un retrasado que el Anticuario tiene empleado en su almacén. El soplapollas de esta comisaría no sabe que gran parte de la amistad que une a esas dos notables personalidades de esta ciudad se basa en el favor que el Anticuario hizo al intendente al dar trabajo a un sobrino medio retrasado de nuestro jefe.

—¡Mierda! —se me ocurrió comentar.

—¿Esa es su defensa, soplapollas?

—¿Le parece poca cosa?

Azucena intentó intervenir, pero Busquet la detuvo con un gesto de su mano derecha y una mirada asesina.

—Mañana a las once, después del entierro de la señora Izbasa, quiere verte en su despacho, con una sentida carta de disculpa dirigida al muchacho y otra carta con tu dimisión. Tal vez así se pueda evitar el escándalo.

—¿Nada más, subinspector?

—¿Te parece poco? Ya te anuncié que no tardaríamos en librarnos de ti…

—Bueno, me esforzaré en disfrutar de las últimas horas que voy a tener el honor de compartir con ustedes. Ya nos daremos mañana un cariñoso abrazo de despedida.

Busquet se enfundó una cara de asco convincente, giró marcialmente sobre sus talones y se fue como un torero que hubiese cortado dos orejas. Las mías, claro. Azucena me miraba con lágrimas apuntándole en los ojos, y hasta Sainz de Heredia tuvo el gesto elegante de no dedicarme una sonrisa o un comentario del tipo: «Te lo advertí, capullo».

—La suerte está echada, compañeros. Casi son las ocho. Ya es hora de que os larguéis a vuestras casas.

Hubo un segundo de duda.

—Ni hablar —protestó Sainz, repentinamente indignado—. Todavía nos quedan unas pocas horas para tirar de ese hilo que nos ha mostrado el sobrino retrasado para ver hasta dónde nos lleva.

La solidaridad de Sainz me pilló por sorpresa. Ese era exactamente mi plan. Quizás al fin y al cabo no fuera el imbécil que había imaginado. Azucena ni se había molestado en contradecirme, se había sentado ante su ordenador y había empezado a buscar otras noticias relacionadas con el tiroteo de la copistería.

—¿No le queda algún amigo entre la policía barcelonesa, alguien que pueda ponernos al día de lo que han averiguado hasta el momento?

La prima tenía razón, recurrir a la vía oficial significaba perder un tiempo del que no disponíamos. La verdad era que no me quedaban muchos amigos en ninguna parte. Tuve que estrujarme el cerebro hasta dar con el nombre de Fernando Rojo Del Val, sargento de la comisaría de Plaza de España, un tipo dicharachero y bonachón con el que había trabajado casi dos años y al que había conseguido no odiar demasiado. Una mañana tuvo el gesto de invitarme a comer en su piso de Badalona, con su mujer y sus tres vástagos, y yo ni siquiera tuve que rechazar su oferta porque estuve partiéndome de risa todo el día. Nunca más se dignó a invitarme ni a una cerveza. Inexplicablemente aún guardaba el número de su teléfono móvil.

—¿Desde dónde llamas? —preguntó Fernando antes incluso de saludar.

—Desde Lleida.

—Sí, me dijeron que te habían desterrado allí. Me pareció raro que fuera tan cerca.

—Bueno, aquella semana tenían las galeras abarrotadas, sargento.

Rio antes de mostrar una indignación moderada:

—¿Sargento? Han pasado cuatro o cinco años. Quizás tú no, pero el resto del mundo evoluciona. Desde hace un par de meses ya soy inspector.

Realmente hacía mucho tiempo que no sabía nada de él. Había sabido ir ascendiendo a base de no meterse en problemas, mientras tipos como yo merodeábamos todavía cerca de la casilla de salida. No

se lo reprochaba. Todo el mundo tiene derecho a mejorar su vida. En realidad, el verdadero problema era yo.

—Vaya, has decidido ahorrar en zapatos.

—Tú también deberías ir pensando en dejar el trabajo de campo. Eso es para tipos más jóvenes que nosotros.

—Bueno, quizás deje esto muy pronto. —Teñí mi respuesta con un toque melancólico.

—Resulta extraño oír tu voz, Abel. Tras años felices de no escuchar ni pronunciar tu nombre, el martes por la mañana me despertó mi intendente para preguntarme por ti. Al parecer algún político importante quería saber si eras un tipo de fiar.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que ni de coña, por supuesto. Pero también le sugerí que si algún día encontraban mi cadáver en un vertedero no dudaran en entregarte mi caso.

—Bueno, supongo que eso es hablar bien de alguien. Aunque no pienso meterme en un vertedero para volver a ver tu jeta.

Tras la cháchara inicial se dignó escuchar mi súplica. Buscaba la información más actualizada del tiroteo de la copistería y la necesitaba con urgencia. Refunfuñó solo unos segundos, los suficientes para que yo pusiera en valor la magnitud del favor que le pedía.

—Hago unas llamadas y te digo algo.

—Ha de ser rápido, Fernando. Mi cuello está en juego.

Durante un par de segundos la línea se quedó en silencio. Tal vez mi interlocutor estaba sorprendido por la solemnidad de mi ruego.

—¿Y cuándo tu cuello no ha estado en juego? —se preguntó antes de colgar.

Durante la hora siguiente buscamos en internet todo lo que se puede encontrar sobre el comercio ilegal de libros antiguos, desde subastas celebradas en la red a tiempo real y realizadas desde paraísos fiscales o estados con una legislación ambigua, hasta una lista de grandes coleccionistas bibliómanos del mundo.

Mi teléfono sonó poco antes de las nueve. El inspector Fernando Rojo Del Val cumplía su promesa y me informaba de lo poco que había podido recoger sobre una investigación que todavía estaba en sus inicios y de la que ni siquiera había informes escritos. Al parecer, los datos que habían aparecido en los medios de comunicación eran el grueso de lo que hasta el momento se sabía, aunque había algunos detalles importantes que no se habían hecho públicos: el primero, que las armas encontradas en el escenario de los hechos eran pistolas del mercado negro, ni muy modernas ni muy caras, lo que prácticamente

descartaba que se tratara de las potentes organizaciones mafiosas que se estaban disputando las sombras de la capital catalana; y el segundo y más importante, que la copistería en realidad era la tapadera de un negocio de transportes ilegales, una especie de especialistas en llevar de forma clandestina mercancías de dudosa legalidad de un país a otro. Al parecer, el negocio estaba a nombre de un ciudadano de nacionalidad belga, aunque probablemente se tratase de un nombre falso. Lo estaban investigando. También analizaban la documentación encontrada en el ordenador de la trastienda, básicamente fechas de envíos, cobros y pagos… una madeja de datos muy confusa que llevaría tiempo desenredar.

Le pedí el nombre del sargento que se encargaba de la investigación, un tal Alfredo Ponsarnau. Necesitaba información de primera mano y él era el único que podía dármela. Afortunadamente, Fernando Rojo lo había tenido a sus órdenes en un destino anterior y conservaba su número de teléfono personal.

Aunque los dos sabíamos que mentíamos, prometimos llamarnos pronto y salir a tomar una copa y disfrutar de los recuerdos, que ni siquiera era muchos ni agradables.

Sin perder un segundo, marqué el número que me había dado mi antiguo compañero y pillé al sargento en el sagrado momento de intentar embutir un plato de papilla en el estómago de una hija cantarina, de uno o dos añitos, a juzgar por sus berridos.

—Joder, no son horas… —me soltó con fondo de griterío demoníaco.

—No dispongo de tiempo, sargento. Ya sabe cómo va esto. Si hubiera podido evitarlo, no lo llamaría.

Oí su enfado e intuí su solidaridad y su resignación.

—¿Qué quiere? —se rindió mientras los gritos de la cría alcanzaban un nivel de decibelios jamás conocido en garganta humana.

—Necesito saber si en la documentación encontrada en la copistería hay alguna referencia a un libro antiguo, concretamente un bestiario en latín del siglo XIII o XIV.

No tuvo que pensarlo ni un segundo. Me contestó que nada parecido a un libro antiguo ni nada referente a un manuscrito en latín constaba en la documentación hasta entonces consultada. Aunque desde luego no era el mejor momento para mantener una conversación, le pedí otros detalles de su caso. Le pregunté si el negocio de transportes clandestinos tenía mucha actividad, si trabajaban con drogas o con armas o con otras cosas. No supo qué responderme, la investigación estaba en su primera fase y todavía no habían tenido tiempo de conocer los detalles, pero sí me explicó que aquello no era una agencia de transportes con una actividad continuada y que les iba a costar mucho descubrir qué materiales movían, porque toda esa información estaba encriptada. Además uno de los supervivientes del

tiroteo había muerto de camino al hospital y la empresa estaba registrada a nombre de un ciudadano de nacionalidad belga al que ni siquiera habían podido localizar. Tan solo habían podido hablar con un abogado que lo representaba y que se había esforzado en ponerles las cosas difíciles, por lo que imaginaban que todo aquel asunto ocultaba un negocio de naturaleza mafiosa al que iba a ser muy difícil meterle mano. De momento estaban trabajando en la identidad de los muertos. Lo único cierto era que no habían encontrado restos de ningún producto ilegal, ni drogas, ni armas, ni nada parecido, solo referencias, fechas, cantidades, direcciones y cosas así.

—¿Y la mujer embarazada?

—Tenemos la descripción de un camarero, que la tuvo en una mesa de su bar durante todo el día. Pero su descripción no coincide ni de lejos con la que han dado la dependienta y el cliente. Y lo curioso es que la copistería dispone de una cámara de vigilancia en perfecto estado, pero cuando hemos ido a mirar qué había grabado, todos los ficheros habían sido borrados.

—¿La dependienta?

—Eso suponemos. Imagino que no quieren que descubramos nada de lo que allí se cocía. Si conservan esas imágenes es posible que las usen para ajustar sus cuentas al margen de la policía.

—Tal vez podría decirme si en ese ordenador había constancia de algún envío inminente.

Resopló de cansancio. Estaba gastando conmigo la paciencia que necesitaba para dar de cenar a una hija rebelde, y empezaba a cabrearse.

—Mire, no pretenderá que me acuerde de los datos que he visto de pasada en una hoja de cálculo del ordenador. Si fuera capaz de eso trabajaría para la NASA.

—Podría preguntarlo…

—¿Ahora?

—Es importante, se lo aseguro. Si no…

—Sí, ya sé… —dijo con voz de profundo cabreo—. Mire, haré una llamada, pero no le prometo nada. Si en la comisaría queda alguien de mi equipo que pueda consultarlo, le pasaré un SMS con la información en cuanto pueda. Pero no se haga ilusiones. La gente civilizada a estas horas está en casa con los suyos, no tocando los cojones a los sufridos padres de familia. Mi mujer ha salido y yo estoy solo en casa con mi hija. No voy a dejarla sola para ir a buscarle una información que no va a servirle de nada.

Le di el número de mi móvil.

—También podría coger a su hija y… —probé.

—No tiente su suerte, sargento. Y desde luego, no vuelva a llamar a este número —me escupió justo antes de colgarme.

Acababa de entablar una nueva amistad.

No tardé más de quince minutos en recibir un mensaje donde el sargento Ponsarnau me anunciaba que la agenda de servicios clandestinos de la empresa investigada contemplaba un envío inminente para una dirección de Moscú. Azucena buscó la calle y el número en los mapas de Google y correspondía a una especie de mansión señorial ubicada en una de las zonas más lujosas de la capital rusa. Ahora el problema era averiguar quién vivía en aquel edificio.

—¿Ideas? —pregunté.

—No sé… —titubeó Azucena—. Quizás las identidades de los muertos de la copistería nos den alguna pista…

—Las están investigando. No podemos esperar.

—Pues no sé, como no pillemos un vuelo de urgencia y nos plantemos a cenar en Rusia… Quizás si conociéramos alguien que viva allí…

Nos quedamos cabizbajos. Empezaba a sentirme sin fuerzas. Aquella pista nos llevaba a un callejón sin salida y no disponíamos de más alternativas. Además, la agente Artero explicó que había estado leyendo las traducciones de los textos que contenía el bestiario y que eran pequeñas narraciones de carácter moralizante que difícilmente podían aclararnos alguna cosa. Había imprimido una copia por si necesitábamos consultarlas, pero estaba claro que allí no íbamos a encontrar nada de lo que estábamos buscando. Me fui hasta la máquina del café para estirar las piernas e intentar ordenar mis ideas. Estaba tan agotado que contemplé la posibilidad de rendirme. Cuando tuve el vasito de café en la mano, sentí una arcada. Me acerqué al fregadero de la zona de recreo y lo tiré. Caí en la cuenta de que debería estar muerto de hambre, pero la sola idea de llevarme algo a la boca me resultaba repugnante.

Fue precisamente mi odiado Sainz de Heredia quien puso un destello de luz en aquel oscuro panorama. Al parecer, su necesidad de ganar dinero y sus ansias por ascender en el escalafón lo arrastraban periódicamente a toda clase de cursos de formación y mejora. En uno de ellos, en Madrid, había conocido a un cabo de la Policía Nacional que trabajaba en la seguridad de la Embajada española en Moscú. Milagrosamente conservaba su número de teléfono, aunque su relación con él se había limitado a compartir un café con leche y diez minutos de charla entre dos sesiones de un curso celebrado dos años atrás. La diferencia horaria con Moscú es de dos horas, lo que significaba que en la ciudad rusa eran poco más de las once de la noche. Hora de ponerse ciego de vodka Gorilochka o de irse a la cama, pero no estábamos en condiciones de ir con demasiados miramientos.

Sainz marcó un número interminable y tuvo que soportar la sorpresa

de su interlocutor y convencerlo de la urgencia de nuestra petición. El tipo estaba a punto de meterse en la cama y no podía o no quería tomarse demasiadas molestias por quien solo era una difusa cara en su memoria. Nos aseguró que no podía hacer absolutamente nada hasta el día siguiente por la mañana, cuando llegara a la embajada y tuviera acceso a los ordenadores oficiales. Al menos Sainz consiguió arrancarle la promesa de buscar la información en cuanto llegase a la embajada, a las 08:30 de la mañana (las 06:30 para nosotros) y mandárnosla de inmediato.

Todavía estuvimos casi una hora sacudiendo la información de los ordenadores, a ver qué caía, pero empezaba a cundir entre nosotros una sensación de desánimo. Me pareció más lógico mandar a mis colegas a descansar y citarlos para el día siguiente muy temprano, cuando quizás pudiéramos contactar con la persona a la que tal vez estaba destinada la copia del bestiario. Se trataba solo de suposiciones, nada que pudiéramos confirmar aún, pero no teníamos muchas más alternativas. Al amparo del cansancio, mis dos compañeros se mostraron de acuerdo. Sainz se levantó, cogió su cazadora y me palmeó la espalda en un gesto amistoso. Solté un gruñido que quería ser una especie de armisticio y de reconocimiento a su ayuda, pero me sentía incapaz de un gesto de amabilidad mayor. Quedamos en reencontrarnos a las seis y media de la mañana con renovadas energías. Se fueron cabizbajos. Y no era para menos. Al fin y al cabo todo nuestro esfuerzo nos había conducido a la remota posibilidad de que el destino del libro fuera esa dirección de Moscú, que pudiéramos confirmarlo, que el posible receptor nos aclarara la naturaleza del negocio y que todo eso nos sirviera para resolver nuestro enigma. Casi nada.

Cuando salía de comisaría, en mi teléfono se iluminó la palabra «mamá». Estuve a punto de no contestar para evitar la tentación de vaciar toda mi angustia.

—Tu padre, Abel. Por fin ha dejado de sufrir.

Quien quizás dejara de sufrir era ella, que llevaba toda una vida aguantando a aquel tipo despreciable. A pesar de considerarlo responsable de lo peor de mi carácter y de buena parte de mi infelicidad, sentí que algo dentro de mí se llenaba de lágrimas.

—Sé que no te hará gracia, pero quiero que vengas al entierro. Mañana estaremos todo el día en el tanatorio de Les Corts. La ceremonia será al día siguiente.

Una culebra se removió en mis tripas.

—Procuraré no faltar.

En cuanto colgué, sentí una inmensa pena por mí mismo. Quizás al final sí necesitara charlar un rato con la psiquiatra. O con alguien. Me

obligué a presentarme en el mesón La Tapa y pedir un plato de ensaladilla de la que creo que no llegué a probar más de un par de bocados. Cuando pedí una botella de agua mineral, Rosita me miró con pena.

—¿Pasa algo, Abel?

Me supe un traidor por sentir la tentación de usarla de pañuelo.

—Alguien acabó ayer con mis fuerzas. Necesitaré lo que me queda de vida para recuperarme.

Conseguí que sonriera. En cambio, yo me sentía mal. Y no solo porque todas mis entrañas parecían haberse convertido en un cocido de dolor. Lo poco que quedaba de mi mundo se venía abajo. Mi cuerpo, mi padre, mi trabajo…

Aunque mi forma de ganarme la vida no fuera una bicoca, estaba a punto de perderla por culpa de las malas amistades de un intendente cretino. Y no tenía muchas armas para evitarlo. Resolver el caso, quizás. Pero sin disponer de más tiempo iba a ser imposible. Aun en el supuesto de que confirmáramos que el ruso tenía que ser el comprador del bestiario, había que contemplar una amplia gama de alternativas. Si estaba al corriente de que el libro era una falsificación, el tipo ni siquiera querría hablar con nosotros. En caso contrario, tal vez ya hubiera recibido el bestiario y no le importara lo que nosotros le dijéramos. Quizás le bastara con un certificado de autenticidad firmado por algún presunto experto sin escrúpulos pero con necesidades económicas. También cabía la posibilidad de que, al recibir el manuscrito, hubiera descubierto el engaño y la matanza del local de La Barceloneta fuera en realidad la consecuencia de su frustración y su mal genio. En realidad, calculé que la única situación favorable a mis intereses era que el ruso efectivamente fuera el destinatario del libro, que no lo hubiera recibido, que no fuera cómplice de la falsificación, que hubiera adelantado una cantidad de dinero y que estuviera deseoso de recuperarla… Ser consciente de la cantidad de circunstancias que tenían que cumplirse para que al día siguiente pudiéramos aclarar alguna cosa me acabó de hundir en el desánimo. Estaba demasiado cansado. Necesitaba dormir. Ni las bromas de Rosita consiguieron hacerme olvidar que la situación era ya desesperada.

Aunque el frío de Lleida se colaba por debajo del abrigo y se filtraba por cualquier rendija, decidí caminar un rato porque tenía mi paquete de Bisonte casi lleno y porque en el fondo sabía que irme a dormir era una forma de rendición. Fumé un cigarrillo tras otro hasta ser consciente de que el agotamiento apenas me dejaba pensar. De repente me vi ante una parada de taxis. Mi apartamento estaba ridículamente cerca como para ir en coche, pero un brote de debilidad

me arrastró hasta el asiento trasero de un Subaru enorme. Cuando le di la dirección de mi casa, el taxista se giró para comprobar si mi cara delataba que se trataba de una broma.

—¿Está usted bien? Está tan pálido que se diría que ha vendido su alma.

—No me han dado casi nada. Arranque.

Me ofreció una mueca de asco, pero bajó bandera y arrancó. Justo a punto de llegar, corregí mi decisión y le ordené que siguiera unos metros más allá, hasta la comisaría. Bajé, pero le pedí que me esperara. Corrí hasta el armero, de donde la pistola que tenía asignada tan solo salía para las prácticas de tiro obligatorias. El contacto con la Walther P99 me infundió una repentina sensación de energía. Quizás el doctor tuviera razón y no fuera buena idea poner un arma en manos de un moribundo. Aunque peor es lo que hacen los ciudadanos de los países más avanzados, que confían el botón de los misiles nucleares que acabarán destruyendo este planeta al criterio de un anciano sin nada que perder. Volví al taxi y pedí al conductor que me llevara a la mansión de Justo Aragay. Vi que su rictus de cabreo se suavizaba.

No tenía muy claro qué iba a pasar a partir de entonces, pero había bajado la ventanilla y aquel aire helado estaba obrando maravillas en mi estado de ánimo. El taxista me miraba desde el retrovisor como si yo estuviera majara. Quizás estaba en lo cierto. A punto de llegar a nuestro destino, un cierto ajetreo y movimiento de luces ante el edificio principal me empujó a pedir a mi taxista que parara a un lado de la carretera cerca de la entrada al camino asfaltado. Vi en los ojos del taxista un ramalazo de terror. Sin duda temió que fuera a atracarlo. Buscaba alguna cosa en la guantera, sin duda alguna herramienta defensiva, cuando puse mi identificación ante sus ojos.

—Tranquilo, soy policía.

—¿Y por qué debería tranquilizarme eso?

Volvía a estar en lo cierto. Algunos de los tipos más inquietantes que yo había conocido a lo largo de mi vida eran compañeros de curro.

—Solo pare el motor y esperaremos un momento. Estoy de servicio y quiero ver qué pasa ahí dentro.

Obedeció sin quitarme los ojos de encima. Llevaba algo en la mano que yo no podía ver. Imaginé que se trataba de un espray, una porra o, en el peor de los casos, una semiautomática. Bueno, que llevara lo que quisiera si eso le permitía sentirse seguro. Yo solo necesitaba que se quedara un rato en silencio. Saqué mi paquete de Bisonte y le ofrecí un cigarrillo. Negó con la cabeza.

—En el taxi no se fuma.

—¡Ya! —confirmé mientras lo encendía.

Sin duda estaba nervioso, porque sacó su propio paquete de tabaco,

bajó la ventanilla y encendió un pitillo.
En el interior del recinto vallado, las luces de la casa se apagaron. Un minuto después los faros de un automóvil se acercaron. El vehículo pasó muy cerca de nosotros, por lo que pude identificar sin dificultad la humanidad hipertrofiada del señor Cásper. Nuestra posición estaba protegida por una hilera de abetos, por lo que resultaba muy poco probable que hubiera advertido nuestra presencia. Tras unos segundos de margen, ordené al taxista que arrancara y lo siguiera. No tenía muy claro qué podía obtener de aquella persecución, pero al menos me ofrecía la sensación de no resignarme a mi suerte y de estar haciendo alguna cosa por evitar una salida deshonrosa del cuerpo de Mossos d'Esquadra.
El taxista obedeció todavía con la mosca detrás de la oreja. Era casi medianoche y a aquellas horas apenas había tráfico, por lo que tuve que pedir a mi conductor que se mantuviera a una distancia más que prudencial, aun a riesgo de perderle. En realidad no resultó demasiado difícil seguir sus pasos, porque no iba muy lejos. De hecho, adiviné su destino minutos antes de llegar. Nos dirigíamos al mismo puticlub donde yo había estado dos noches atrás.
Cuando llegamos al aparcamiento y saqué dinero para pagar al taxista, de nuevo pareció mosquearse. Ahora el tipo estaba interesado en la historia que se estaba cociendo y no quería perderse en desenlace.
—Espere un momento —me dijo—. Es mi media hora del desayuno.
—¿A las doce de la noche?
—Joder, ¿le digo yo a qué horas debe hacer sus comidas?
—No, desde luego. Usted sabrá.
En realidad me iba bien entrar con alguien que pareciera un amigo con quien había decidido correrme una juerga. Al fin y al cabo no sabía con qué iba a encontrarme.
La música de hacía treinta o cuarenta años fustigaba cada rincón del local. Había menos clientes que en mi visita anterior. La sala principal estaba en una penumbra que no facilitaba la identificación de las caras. Eso me protegía, pero también motivó que fuera incapaz de localizar al tipo que venía siguiendo, quizás escondido en alguno de los reservados aislados por cortinas. Dos pantallas se ofrecían desde la altura en los extremos de una larga barra. En una, una pelirroja había engullido un pene descomunal y parecía a punto de morir asfixiada. En la otra, dos presuntas estudiantes de instituto ataviadas como putones verbeneros revertían la inminente reprimenda de un tutor en una sesión de sexo salvaje.
—¿Cómo cojones te llamas? —dije a mi acompañante mientras nos acodábamos en la barra.
—Sin cojones, blancanieves. Me llamo Julio. Y la primera la pagas tú.

—Una cerveza —pedí.
—Un *gin-tonic* —pidió.
—Curioso desayuno. ¿No te pides unos churros para mojar en la bebida?
—Yo diría que aquí los churros los ponen los clientes.
El mismo camarero impertérrito de dos noches atrás se acercó para servirnos las bebidas demostrando habilidades de malabarista con la botella de tónica.
—Como si la clientela acudiera a este local para admirar su talento —comenté cuando el barman se alejó.
—Debes de tener muchos amigos con esa afición tuya a criticarlo todo.
—No parece muy lógico que un camarero de verdad sirva en esta barra. Uno esperaría encontrar a una pechugona simpática dispuesta a darte conversación mientras vayas consumiendo bebidas a estos precios de escándalo.
—Quizás no sepas que esto fue un local de relumbrón unos cuantos años atrás —me informó tras un primer trago que demostraba hábito y afición.
—Define relumbrón.
—Un candidato a la presidencia de la Generalitat fue cazado con los pantalones bajados. Salió en toda la prensa del corazón. Creo que alegó que el chaval que tenía liado entre las piernas le estaba haciendo unas trenzas en el vello púbico.
—No debió de irle muy bien.
—En el partido tuvieron que quitárselo de encima. Fíjate tú, acabó como eurodiputado, el pobre.
En ese momento de la conversación al señor Cásper le dio por salir de un reservado en compañía de la bella Blanche, que a su lado parecía una mariposa que corría el riesgo de morir aplastada con cualquier manotazo. Casi parecía una aberración que aquella montaña de asteroides hubiera elegido a la más menuda de las putas del local.
Mientras caminaban hacia la puerta que yo sabía que conducía a las habitaciones, Cásper echó una mirada a su alrededor. Al cruzarse con mis ojos se detuvo tan solo una centésima de segundo, pero me bastó para saber que me había detectado. Aunque eso no parecía importarle un pimiento.
—¿Quién es ese? ¿Un traficante de armas? ¿Un pederasta? No me lo digas: un inspector de Hacienda.
—Un asesino.
—Joder, deberías haberme avisado —dijo tras engullir un largo trago —. El convenio de taxistas fija una tarifa especial para estos casos.
—¿Y a mí qué me cuentas? Técnicamente no ejerces de taxista, puesto que estás desayunando. Es el problema que tiene elegir

horarios extraños.
—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarle un tiro? —preguntó con el segundo trago, que casi dejó seco el vaso.
—Como sigas bebiendo a ese ritmo voy a tener que detenerte a ti antes de que vuelvas a subir a tu taxi.
También le di un largo beso a mi cerveza y empecé a caminar en dirección al lugar por el que habían desaparecido el señor Cásper y Blanche. Sabía que por esa puerta solo se cruzaba en compañía de una de las putas. Uno de los gorilas del local, con pinta de indio centroamericano, estuvo tentado de interponerse, pero sabía que yo era policía y tan solo me dedicó una mirada interrogativa, como si se preguntara por qué un sargento de los Mossos se atrevía a saltarse el protocolo y meter las narices en un retrete cuya mierda pertenecía a otros.

Al cruzar al otro lado, me di cuenta de que Julio el taxista y el matón me seguían a un palmo de distancia. Al cerrar la puerta, la música casi se evaporó y nos encontramos ante un pasillo desangelado, con las paredes, el techo, las puertas y hasta el suelo pintados de blanco y sin un solo elemento decorativo, solo tres puntos de luz mortecina en el techo. Había cinco puertas numeradas.
—¿Cuáles están ocupadas? —interrogué al indio.
Me respondió con un simple movimiento de hombros, como para dejar claro que él solo estaba allí en calidad de observador internacional. Solo le faltaba un casco azul.
Fui pegando la oreja en las diversas puertas, y hasta la tercera no identifiqué la voz cantarina de Blanche. Parecía divertida a pesar de lo que se le venía encima.
El cansancio y el alcohol no resultaban buenos aliados. Cuando saqué mi Walther de debajo de la americana, mis dos acompañantes parecieron preguntarse si se hallaban en el lugar adecuado.
—Será mejor que os larguéis —susurré.
Ni uno ni otro me hizo caso. Con un gesto les indiqué que al menos se apartaran lo suficiente como para evitar que una bala perdida les trepanara el cerebro. Puesto que las puertas mostraban una fragilidad ridícula, monté mi arma y entré al estilo americano. Fue una entrada sin gloria, pues el cerrojo que mantenía la puerta cerrada por dentro cedió dócilmente sin apenas producir ningún daño. Sobre la cama, el señor Cásper apenas acusó la sorpresa. La bella Blanche acababa de liberar del calzoncillo un pene que en absoluto estaba a la altura del resto del envoltorio. La entrada violenta despertó el instinto de supervivencia de la chica, que se arrojó sobre la alfombra como desde el trampolín de una piscina olímpica. Cásper, sin embargo, ni siquiera se inmutó.

—¿Vino a mirar, poli?

—De momento, lo que veo no merece la pena.

El señor Cásper, que se había desprendido de la americana y la camisa, volvió a subirse los pantalones con una primera muestra de cabreo.

—¿Qué vainas quiere?

A mis espaldas noté las miradas del taxista y el matón, interesándose por el interior de la habitación. Este último me susurró al oído:

—No están haciendo nada raro, sargento. Tendríamos que largarnos y dejarlos en paz. Se va a meter en un lío.

—¿Tú no has visto quién lleva aquí la pistola? —pregunté sin perder de vista al negro, a quien dirigí la pregunta siguiente—. ¿Quién te ordenó deshacerte del pintor? ¿Tu jefe?

Cásper recuperó la sonrisa. Colocó las dos almohadas detrás de su espalda y se incorporó un poco para verme de frente.

—Vamos, sargento, no me sea cagón. ¿De verdad cree que voy a confesar un asesinato porque usted perdió la chaveta y allanó una habitación de un hotel honorable a punta de pistola?

—Te vieron entrar en el taller del pintor —mentí burdamente—. También sabemos que llevaste el libro a La Barceloneta. Sospecho que fuiste tú quien se cargó a los tipos de la copistería. Encontraré la manera de colgarte esos crímenes.

El negro soltó una carcajada que hizo estremecer el edificio.

—Empieza usted a resultar patético, sargento —dijo entre risas. Estuve a punto de darle la razón—. Puedo presentarle unos cuantos panas que confirmarán que yo ni siquiera estaba en Barcelona.

—Déjame adivinar: ¿tu jefe y el tarado que os hace los paquetes?

—Se le acumulan los cadáveres, sargento, y no tiene ni la más remota posibilidad de encontrar a un culpable. No tiene un carajo, paco de mierda. Si lo tuviera, no habría montado esta vaina y yo estaría ahora encanado.

—Encontraré el libro.

—Eso nos facilitaría a todos las cosas, porque a estas alturas nadie sabe dónde ha ido a parar.

—Sargento —insistían los susurros del guardia de seguridad—, por favor, no me obligue a… Tiene que irse. Este tipo es un cliente…

La cabecita de Blanche empezaba a asomar por un lado de la cama. El indio tenía razón. Tenía que largarme. Solo estaba consiguiendo meterme en más problemas.

—Te encerraré —prometí al hombre tumbado sobre la cama.

Sus risas se abrieron paso por el pasillo blanco, entre la música del bar, y hasta me persiguieron al interior del taxi. Julio parecía más enfadado que yo.

—Ese tío es culpable. ¡Joder, lo lleva escrito en la cara!

—Oye, cuando acabes con el taxi, deberías sacarte un sobresueldo como juez. Me vendría de perlas.

—Pues no se me había ocurrido. Diga, sargento, ¿cómo lo vamos a pillar?

—Me temo que tu desayuno ya ha acabado, Julio. Quizás otro día.

—Pues aquí va mi tarjeta: Julio Serés, a su servicio. Llámeme si tiene que desayunar.

14

Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte VIII]

¿El viaje? Un asco. El Renault que nos pasó a recoger tenía la calefacción estropeada y el conductor apenas abrió la boca para confirmar que nosotras éramos su pasaje… Raquel y yo llegamos a Lleida… déjeme pensar… poco antes de las diez de la noche. Hacía un frío de narices. Y encima tuvimos que caminar un buen rato arrastrando una maleta cuyas ruedas rebotaban contra el relieve de las baldosas y sonaban como disparos en mitad de la noche tranquila de mediados de febrero. La posibilidad de presentarnos en casa de mi padre a pasar la noche estaba descartada, claro. Y era muy precipitado buscar la ayuda de alguna vieja amistad, tras esos años de silencio. Además, nos convenía permanecer escondidas. A esas alturas estarían buscándonos por todas partes. Quizá la policía no conociera mi verdadera identidad, pero Raquel resultaba inconfundible.

Llegamos ateridas al hotel Real y pedimos una habitación con dos camas. Por un instante, Raquel aparcó la tristeza que venía arrastrando desde la salida del cine y fue feliz ante la perspectiva de dormir por primera vez en su vida en una habitación de hotel. Tuve que reñirla para que dejara de saltar sobre la cama y saliera del cuarto antes de que nos cerraran el servicio de restaurante. Nos zampamos unos bocadillos de salchichón y salimos un momento a estirar las piernas y a mirar las aguas del Segre. Después de todo lo que me había pasado, resultaba muy extraño comprobar que las cosas continuaban en su sitio, tal y como yo las recordaba.

Nos estábamos quedando heladas, así que nos recogimos en la habitación. Encendí la televisión sin volumen para ver si nuestras caras aparecían en los titulares de los telediarios, pero al parecer habían pasado cosas más importantes durante la jornada. Raquel había tenido el día más cargado de emociones de su corta vida y estaba cansada, pero se empeñó en cumplir con su ritual de dibujar un ratito después de cenar, así que sacó de su mochila su cuaderno de dibujo y empezó a colorear figuras.

Para acabarlos, necesito pintura de oro, se quejó.

Quieres decir pintura dorada. Mañana buscaremos una papelería y compraremos lo que necesites, cariño.

Después bañé a Raquel, le sequé el pelo y la metí en la cama. La niña volvió a hacerme la pregunta que más me dolía tener que contestar.

¿Vendrá mamá?

Había sido un día tremendo y ambas estábamos muy agotadas.

Para distraerla improvisé un cuento de familias felices que se hartan de perdices, que la niña escuchó embobada. Cuando acabé, los ojos se le cerraban, pero aún encontró fuerzas para mostrar sus esperanzas:

¿Vendrá mamá?

Demoré unos segundos la respuesta porque los párpados se le caían y no quería que escuchara mi mentira.

Seguro, cariño.

Sentía una pena inmensa, pero no conseguí derramar ni una lágrima. Me quedé alelada, contemplando los dibujos caprichosos que formaba el pelo de la moqueta, intentando hallar la manera de no pensar en nada. Me sentía vacía, sin fuerzas para seguir adelante. Quizás no hubiera sido tan buena idea regresar a Lleida. Aquí todo iban a ser inconvenientes: mi madre acababa de morir; probablemente Justo despediría a Mihaela, la única persona por la que yo sentía verdadero afecto; las viejas amistades quizás me volvieran la espalda después de una separación tan larga; la omnipresencia de mi padre constituiría una losa para encontrar otros apoyos… Tal vez lo más sensato fuera presentarse en el funeral y demostrarle que no le temía, para luego volver a desaparecer.

Me hallaba perdida en estas reflexiones cuando escuché un par de golpecitos en la puerta. Fueron muy suaves, casi una caricia. Me levanté temblando y acudí a la entrada.

¿Hay alguien ahí?

Traigo un par de mantas.

Dudé. Era cierto que la temperatura de la habitación era baja. No me había molestado en buscar el termostato de la calefacción ni en comprobar si en los armarios había algo con lo que mantener a raya el frío de la madrugada ilerdense. No me apetecían más sorpresas, pero tampoco quería que Raquel pasara frío. Pensé que quizás habíamos sido poco discretas, y que acaso alguien supiera ya de mi regreso a esta ciudad. Abrí apenas un centímetro, lo juro, y clavé el pie a cuatro dedos de la puerta por si el visitante pretendía entrar por la fuerza.

No he pedido…, me dio tiempo a decir.

La fuerza de un elefante me estrelló contra la pared y el golpe en la cabeza me atontó durante unos pocos segundos. Me escurrí hasta el suelo mientras el dolor se atenuaba.

Mira a quién tenemos aquí… No quería creerme que la niña fuera tan *güevona* de volver a casa para el entierro de mamá.

Antes de recuperar la plena conciencia y volver a abrir los ojos ya sabía que el tipo que acababa de entrar era el señor Cásper.

¿Qué has venido a buscar, Héctor?

Me salió llamarlo por su nombre de pila, quizás con el vano propósito

de darle a entender que hablábamos de igual a igual y que no le tenía miedo.

¿A usted qué le parece? Hace tiempo que la andábamos buscando. Reconozco que esta vez ha sabido hacer las cosas bien. Casi me da pena que haya decidido volver y me haya robado el placer de encontrarla y traerla a rastras.

Cásper había entrado en la estancia con aires de valorar la calidad de mi acomodo y acababa de descubrir a Raquel. Se quedó un momento parado ante aquella presencia inesperada.

¿Se ha traído usted refuerzos? ¿Quién es la chamita?

Me levanté y corrí a interponerme entre él y la cama.

No te importa. Vete y déjanos.

Se equivoca. Me importa todo lo que tenga que ver con usted. Aunque no lo crea, forma parte de mi negocio. ¿Quién es?, insistió mientras me apartaba de un simple movimiento de muñeca que me estrelló de nuevo contra la pared.

Déjala. Es mi hermana.

El sicario se detuvo a contemplar su sueño y a valorar mis palabras.

¿Su hermana? Usted no tiene…, se interrumpió, y en su cara se dibujó la sorpresa. ¡Carajo, la hija de la niñera! Hacía años que no sabía nada de ella y hoy nos llega la noticia de su muerte. ¿Cómo fue la chamita a parar a las manos de usted tan rápido? Tengo entendido que a su madre se la cargaron ayer por la tarde.

Al parecer, había cosas que el señor Cásper desconocía, lo que me daba un pequeño margen para la improvisación.

Su novio tiene un rango importante en los Mossos d’Esquadra y se ha encargado de todo, casi mentí.

Creí que mencionar a un contacto entre la policía me ofrecía algo parecido a una ventaja. Mínima, desde luego.

¿Y se la trajo usted para que conozca a papito? ¡Ja! Le advierto que hace años ya dejó claro que no quería saber nada de ellas: ni de la niñera ni de su descendencia.

¿Por eso os habéis cargado a Lidia?

¡Oh, no, chiquita! No fuimos nosotros. Parece que la niñera se cruzó con algo que nos pertenece, pero que custodiaba un grupo de conchudos de Barcelona. Perdieron nuestro envío y ahora están removiendo cielo y tierra para encontrarlo y devolvérnoslo. Les va el prestigio. Si no lo encuentran, nadie volverá a trabajar con ellos.

¿Te refieres al libro?

El señor Cásper apartó los ojos de la niña y me miró por primera vez con verdadero interés. Se sentó sobre la cama que me esperaba y sacó un paquete de tabaco y un encendedor de oro.

¿Qué sabe usted de ese libro?

Aquí no se puede fumar.

El tipo encendió su cigarro y repitió la pregunta.
¿Qué sabe?
Sé que es un libro antiguo, muy valioso y que lo habéis perdido.
Voy a molestarme en hacerle dos correcciones. La primera es que técnicamente no lo perdimos, más bien nos lo robaron. Es un matiz importante, porque eso quiere decir que alguien pagará por ello. La segunda corrección es que no se trata de un libro antiguo, sino de una falsificación, pero suficientemente buena como para pasar por una antigüedad auténtica. Tampoco ese es un detalle menor, porque significa que el libro vale mucho menos que el original, pero aun así es mucha guita. Muchos coleccionistas y hasta museos prestigiosos pagarían una fortuna por él.
¿Y por qué no hacéis otro?
No es tan fácil, chiquita. El papito de usted tuvo la brillante idea de ordenar que ventiláramos al artista que lo hizo.
No quería dejar pruebas de su estafa…
¡Oh, no! El cuento es mucho más melodramático. En realidad quiso que lo matáramos porque cometía la indelicadeza de rucharse a la mamita de usted.
Me cuesta creer que mi madre fuera una esposa infiel.
Lo que usted diga. Lo que a mí me preocupa no son los celos de su papito, sino sus continuas pendejadas. Que usted se fuera y lo abandonara le secó el cerebro. No está acostumbrado a que nadie contravenga sus caprichos, y a usted le tiene una querencia muy pero que muy especial.
Demasiado especial.
Lo imagino. Cuando salió del hospital, con las tripas como un puré de papas, nos obligó a buscarla por todos los rincones y hasta contrató a una agencia de detectives… Hasta ahí me pareció normal, pero había empezado a meterse calmantes y se vino a poner cagón y a no pensar con claridad. Hace tiempo que toma decisiones muy equivocadas y acabará mandando al carajo el negocio que tanto nos ha costado levantar.
¿Quieres que reprenda a mi padre por ser un chorizo en horas bajas?
Me cuesta entender el tipo de ascendencia que usted tiene sobre él. Al fin y al cabo, usted ni siquiera es sangre de su sangre. Pero, desde luego, Justo la adora, y yo diría que también la añora. Siempre le tiraron las chamitas, pero por usted sería capaz de dejarse perder. Se hace viejo y supongo que se siente solo. Daría cualquier cosa porque usted regresara a su lado.
Se me quedó mirando y valorando algún pensamiento que todavía yo no era capaz de comprender.
Y sin embargo, no me has cogido de los pelos y me has sacado a rastras. No me has pedido que me arregle, que despierte a la niña y

que te siga. No has traído a alguno de tus ayudantes para que me cargue como un fardo y me lleve ante el gran emperador. Hice una pausa para comprobar que la mueca que aparecía en el rostro del sicario era una sonrisa. En cambio, Héctor, estás aquí sentado, charlando amigablemente.

Es usted una pibita lista. Por eso no pudimos encontrarla. Y eso que movimos muchos hilos y dimos muchas voces y soltamos muchos euros. Es usted lista, repitió. Todavía no he tenido tiempo de decirle a Justo que usted ha regresado. Bueno, en realidad antes quería hablar con usted.

Empezaba a comprender.

Y proponerme algo…

¿Sabe que el pendejo redactó testamento y que lo deja todo a las monjas y los curas? Ni siquiera ha pensado en mí. Ni en usted.

No quiero nada suyo.

Pero yo sí. No pasé media vida a su lado para nada. Quiero que lo convenza de que ya no está para estas vainas y de que le conviene echarse a un lado y dejarme hacer.

Ahí estaba la sorpresa: el señor Héctor Cásper, el matón que se ocupaba de lavar la ropa sucia de mi padre, resultaba ser un tipo con ambición que aspiraba a heredar el negocio. Y lo más sorprendente era que quería convertirme en su cómplice para arrebatárselo. Era una idea tentadora, pero le avancé mi negativa:

No voy a convencerlo de nada, Héctor. Porque he venido a matarlo.

Hasta a mí me sorprendió que aquella idea saliera de mi boca formulada con palabras tan precisas. Pero eso era justo lo que deseaba, ahora lo sabía. Solo unas horas atrás había disparado contra dos personas. Probablemente hubieran muerto. Ahora sabía que también podría disparar contra mi padre. Y casi seguro que Héctor Cásper acababa de tomar conciencia de ello, porque no había movido ni una pestaña al escucharme. Probablemente él mismo ya había contemplado esa posibilidad, y quizás la hubiera descartado por fidelidad, por amistad o tal vez porque la estuviera reservando como un último recurso.

¿Usted? ¿Y cómo piensa liquidarlo? ¿Poniendo ajo en los bombones?

No había ironía ni burla en sus preguntas. Solo curiosidad. Que yo convenciera a mi padre de que dejara sus negocios en manos del señor Cásper era un plan razonable, correcto y muy civilizado; pero que yo me atreviera a matar al Anticuario planteaba para el sicario un panorama mucho más ventajoso para él.

Eso es cosa mía. ¿Acaso no te gustan las sorpresas?

El señor Cásper se levantó de la cama y se me acercó con aquella mirada que lo convertía todo en invierno. Su enorme manaza rodeó mi cuello y ejerció una presión que resultaba molesta, pero no

asfixiante. Su aliento me golpeó como una bofetada.

Haga usted lo que más le convenga, señorita, pero no me perjudique. Creo que aún no es usted consciente del mal que puedo hacerle.

Me levantó como una pluma y me arrojó sobre la cama. Temí que no hubiera venido únicamente a hacerme partícipe de sus ambiciones, pero dio media vuelta y se alejó hacia la puerta. En el umbral se giró de nuevo.

Si esta vez me traiciona iré a buscarla yo mismo dondequiera que se esconda. Y le juro por mi santa mamita que la encontraré.

Cuando salió, corrí a cerrar la puerta. Respiré profundamente unas cuantas veces hasta recuperar el control de mis nervios. Después, registré el minibar y vacié una botellita de ron en dos tragos sin ni siquiera utilizar un vaso. Temblaba como si todo el frío de Lleida se concentrara en aquella habitación. Todavía vestida, me metí en la cama de Raquel y la abracé con fuerza. Ella me devolvió un abrazo sonámbulo. Solo entonces fui consciente de cuánto necesitaba su calor.

[Se interrumpe la grabación].

15

Viernes, 15 de febrero de 2013

Tenía la sensación de haber acabado de cerrar los ojos cuando estalló el despertador. Al primer intento de incorporarme, sentí un brutal pinchazo de dolor en el vientre. Tuve que hacer un par de inspiraciones profundas para recuperar el dominio de mi cuerpo. Si la enfermedad se empeñaba en tratarme de ese modo, tarde o temprano tendría que plantearme una solución definitiva. La mayoría de la gente no sabe qué hacer con su vida; yo no sabía qué hacer con mi muerte.

Me arrastré penosamente hasta la ducha y dejé que la temperatura gélida del agua me sacudiera lo suficiente como para devolverme a la especie humana. Había dormido poco menos de cuatro horas y no me sentía con fuerzas ni para vestirme, pero a las seis y cuarto entraba por la puerta de comisaría. Mi primer destino, por supuesto, fue la máquina de café. Bebí sin ganas el aguachirle habitual, más por entrar en calor que por verdaderas ganas de ingerir alguna cosa, y salí a echar el primer cigarro de la mañana. Después me dirigí a la mesa de trabajo. No fue una sorpresa que la prima Azucena ya se encontrara atareada ante su ordenador, fresca y perfumada, en perfecto estado de revista.

—Ayer tenías un aspecto horroroso, sargento, pero hoy te has superado. ¿Seguro que estás en condiciones?

—No estoy seguro, prima. Esto va más rápido de lo que esperaba. Para compensar, ayer el azar me premió con la noticia de la muerte de mi padre.

Azucena me castigó con una mirada que combinaba la dulzura y la reprobación a partes iguales.

—No digas eso, sargento. Un padre es un padre…

—Sí, esa es la ventaja: que solo hay uno.

—¿Sabes de qué ha muerto?

—De mala leche, supongo.

Tardó unos segundos en decidir si debía seguir preguntando.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—Debería sentirme aliviado, pero no consigo sentir nada —mentí—. Estoy demasiado cansado y me duele hasta el vello de las piernas. Si ves que chocheo, mejor me pegas un tiro en la sien.

—No voy a ser tan generosa.

—Alguien capaz de correr veinte quilómetros debería tener más

agallas.

—Son ocho. Y hoy ni eso.

—¡Juventud! —exclamé, como si en algún remoto momento de mi vida yo hubiera tenido la debilidad de correr ese disparate quilométrico.

Me dejé caer sobre mi silla con la vaga esperanza de no tener que volver a levantarme nunca más.

—Jefe, creo que he encontrado algo.

Al parecer, llevaba rato buscando páginas en inglés de bibliómanos, preferiblemente rusos. Había dado con la página de una fundación cultural que presentaba un catálogo considerable de joyas bibliográficas. Lo más interesante era que anunciaba la compra inminente de un manuscrito del siglo XIV hasta ahora desconocido. No daba más datos: ni título, ni procedencia, ni estado… nada. A pesar de que la web no revelaba una ubicación concreta —tan solo ofrecía una dirección de correo electrónico— la extensión de la dirección de internet revelaba que se trataba de una página rusa.

—Les he enviado un correo pidiendo más datos sobre esa misteriosa adquisición.

—Bien hecho, prima —aprobé, escéptico—. Aunque dudo de que nos sirva de algo. Ayer por la noche tuve una conversación amistosa con el señor Cásper. Dio a entender que el bestiario había desaparecido, que nadie sabía dónde había ido a parar, por lo que no ha podido llegar a manos de esa fundación. Por eso no te dirán nada… No van a arriesgarse a hacer el ridículo anunciando algo que no saben si van a poder conseguir.

Arrugó su nariz perfecta, sin duda más preocupada por mi conversación nocturna que por la inutilidad de sus esfuerzos.

—Jefe, ¿no harías ninguna barbaridad ayer cuando te dejé?

—No me ofendas, niña. Ya me conoces.

—Sí, por eso.

La llegada de Sainz de Heredia me libró de más explicaciones.

—Está usted de pena, Claramunt.

Azucena le puso cara de no seguir hurgando y el tipo pareció entender. Yo no me encontraba con energía para entrar en una esgrima de burradas, así que callé y dejé que ella lo pusiera al corriente de las últimas informaciones. Durante unos minutos, cada uno estuvo en lo suyo, entre paseos a la máquina de café y desesperadas consultas a internet. Azucena siguió buscando entre los pirados por los libros antiguos de todo el planeta; Sainz repasó los periódicos digitales por si aportaban más información sobre los asesinatos de la copistería; yo abrí el informe de la autopsia del desafortunado Ayman Hammady, que había entrado en mi correo electrónico a última hora del día anterior.

El documento confirmaba que el enamorado pintor y falsificador había muerto asfixiado, pero no por causa de la soga de la que colgaba. Nuestro patólogo forense había encontrado fibras de seda alrededor del cuello del cadáver y una sustancia sedante en la sangre. No habíamos hallado en su taller ningún fármaco que justificara aquellos restos de tranquilizantes corriendo por sus venas, por lo que cabía pensar que eran un regalo de su asesino. El cuerpo también presentaba algún hematoma, aunque no muestras de una verdadera paliza. No tenía ninguna fractura. Tal vez lo más sorprendente era que en el pliegue del dedo menique de su mano izquierda el doctor había recogido un cabello que había quedado atrapado y que no pertenecía al difunto. Podía tratarse de un descuido. Tal vez el pintor había agarrado al asesino por el pelo y después este no había sabido limpiar los restos incriminatorios con el suficiente esmero. En cualquier caso, las pruebas de ADN tardarían unos días y, si el cabello pertenecía al Anticuario o al señor Cásper o a algún otro esbirro, no tendríamos con qué compararlo.

Exactamente a las siete horas y trece minutos el móvil de Sainz de Heredia sonó. Azucena y yo dejamos lo que estábamos haciendo para escuchar la conversación de nuestro compañero con el contacto de la Embajada española en Moscú. No podíamos oír lo que Sainz estaba escuchando, pero asistimos con verdadero interés a sus cabeceos, a los ruiditos que salían de su garganta a modo de confirmación y a las piruetas de su bolígrafo sobre la contraportada de una carpeta amarilla.

—¿Y bien? —me interesé cuando colgó.

El colega de la embajada confirmaba que la dirección que le habíamos propuesto correspondía a la sede de una fundación legal pero de no muy buena reputación vinculada a un millonario ruso enriquecido de manera oscura. La fundación era sin duda un mecanismo para blanquear dinero y adecentar en la medida de lo posible la imagen de buitre carroñero de su millonario fundador. Se hallaba ubicada en la lujosa mansión que habíamos visto en Google, en una de cuyas salas se exhibían algunas piezas de arte antiguo, incluso algún manuscrito de gran valor. Hasta donde aquel empleado de la embajada sabía, todo era perfectamente legal. Nos pasó un par de números de teléfono, la dirección de una página web y el nombre del director responsable de la fundación.

Ninguno de los tres sabía una palabra de ruso, pero Azucena era quien mejor se defendía en inglés. Marcó el primero de los números y no obtuvo respuesta. Con el segundo obtuvo el mismo resultado. En Moscú eran casi las nueve y media de la mañana, parecía lógico que una fundación ya atendiera al público a aquellas horas. Por supuesto,

en la página web no constaba ningún horario. Quizás dispusieran de poco personal y tan solo dedicaran una franja restringida de tiempo a descolgar teléfonos o a contestar mensajes. O solo atendieran al público algunos días de la semana. En cualquier caso, podíamos esperar un rato. La ceremonia fúnebre en honor de Elena Izbasa no se celebraba hasta las diez.

Se me ocurrió que tal vez no fuera mala idea acercarse al puticlub donde el señor Cásper había compartido cama con la bella Blanche e intentar recuperar alguna muestra de ADN. Desde luego no teníamos permiso ni autoridad para ello, pero, mientras no molestáramos a ningún cliente, allí nadie impediría que la policía se ocupara de sus cosas.

Dejamos a Azucena marcando el maldito número de teléfono de vez en cuando y Sainz y yo nos dirigimos al local de alterne. Mientras mi compañero conducía en silencio, se me ocurrió pensar que probablemente a esa misma hora el Anticuario de dirigiría a cumplir con su piadosa misa matinal. Me pregunté hasta qué punto todos traicionamos lo que creemos y si en el fondo esa es una de las peculiaridades que nos definen como humanos. No supe qué responderme.

Por supuesto, La Casa del Lago estaba cerrada. En el edificio adjunto, el hotel de reputación intachable, un recepcionista de uniforme nos dedicó una sonrisa exagerada hasta que supo que éramos policías. Al cabo de nueve minutos había conseguido despertar a la persona que tenía que tratar con nosotros, que resultó ser el indio que me había acompañado durante el numerito de la noche anterior.

—A la jefa no le gustó nada que un policía viniera a reventarle una puerta y a molestar a un cliente.

—¿De qué habla? —me susurró el sargento.

—Ni idea. Estos tipos siempre van de droga hasta las cejas —susurré a mi vez.

Saqué mi cartera y puse dos billetes de cincuenta sobre el mostrador. Con un gesto pedí a Sainz que vaciara su cartera. Puso cara de no entender y después refunfuñó, pero dejó sesenta euros junto a los míos.

—Es todo lo que llevamos. ¿Será suficiente para tu jefa y para ti?

El tipo ladeó la cabeza y se encogió de hombros. Era mucho más de lo que valía aquella birria de cerradura, pero resultaba conveniente que sobraran unos billetes que el indio pudiera distraer.

Por él supimos que el señor Cásper solo había pasado parte de la noche con Blanche y que hacía mucho que se había marchado. Además, la limpieza de las habitaciones no empezaba hasta pasadas las diez. Le pedimos que nos dejara entrar en la habitación número 3

tan solo un par de minutos. El tipo miró los billetes y nos miró a nosotros. Valoraba si el dinero que podía quedarse compensaba el lío en el que podía estar a punto de meterse.

—Algún día puedes necesitar alguien que hable en tu favor —añadí.

Estoy seguro de que ese argumento pesó más que el dinero. Cogió los billetes y nos acompañó a la habitación, donde, salvo por el daño a la puerta, no parecía que hubiera habido mucho trajín. Recogimos unas pocas muestras y salimos pitando. Antes de las nueve volvíamos a estar en la comisaría.

El teléfono de la fundación rusa continuaba en silencio y a mí no se me ocurría qué más podíamos intentar. Volvimos a repasar por enésima vez las listas de llamadas… Releímos los detalles sobre las autopsias… Acabamos de redactar los informes que dentro de un par de horas tendría que presentar a nuestros superiores…

A las 09:33 h, cuando ya casi habíamos perdido la esperanza de que alguien descolgara el maldito teléfono en Moscú, la expresión de la cara de Azucena nos persuadió de que lo inesperado se estaba produciendo. Apretó la tecla del altavoz para que pudiéramos seguir la conversación, de manera que pudimos escuchar la voz quebradiza de una señorita que avanzaba a tientas por un inglés de nivel elemental. Una y otra consiguieron hacerse entender y tuvimos que esperar casi un minuto mientras la línea quedó en silencio. Dudábamos si la comunicación se había interrumpido cuando una voz grave, como de viejo marino bebedor de ron, se presentó como el secretario de la fundación y le preguntó a Azucena qué era exactamente lo que quería.

El asunto era delicado y ya habíamos definido la estrategia que nos convenía utilizar. No podíamos mentir, pero no teníamos por qué decir toda la verdad. Lo que aquel tipo necesitaba saber era que estábamos investigando un caso de falsificación de manuscritos antiguos y que habíamos topado con el anuncio de su página web donde se mencionaba la inmediata adquisición de un documento del siglo XIV. Cuando le preguntamos si se trataba de una copia del *Bestiario de Northumberland*, de nuevo la línea quedó en silencio. Era el momento crucial. Podía colgarnos el teléfono o pedirnos que utilizáramos los conductos policiales reglamentarios para conseguir aquella información, con lo que muy probablemente jamás llegaríamos a conocer las respuestas. Contra todo pronóstico, el secretario dejó escuchar su voz:

—Se trata de una copia elaborada a finales del siglo XIV con algunas variantes con respecto al original, lo que la hace especialmente interesante y valiosa. Solo hemos visto algunas imágenes que nos ha mostrado el vendedor y un certificado de autenticidad firmado por un reconocido experto americano. Aunque pagamos una pequeña

cantidad a modo de fianza, el libro no ha llegado hasta nosotros, por lo que tenemos la sospecha de que el vendedor ha acabado reconsiderando el precio que habíamos acordado.

Azucena preguntó cuál era esa cantidad pactada y el secretario tuvo que repetirla para que pudiéramos asimilarla.

—Dos millones trescientos mil euros.

Cuando le comentamos la posibilidad de que todo fuera un fraude, notamos cómo al tipo se le revolvía el estómago. Sin duda él era el responsable de la inversión de tal cantidad de dinero, lo que iba a comprometerlo ante su jefe. Susurré a Azucena que le comentara que las investigaciones se estaban llevando con total discreción y que, al parecer, había importantes museos implicados en estafas similares, pero que necesitábamos la máxima colaboración.

Azucena preguntó quién era el vendedor. De nuevo la línea volvió a quedar en silencio. Era el momento definitivo.

—Déjenme unos minutos para pensar y consultarlo —pidió—. Denme un número de teléfono y una dirección de correo electrónico y procuraré contestarles lo antes posible. Tampoco estaría mal que me mandaran un correo electrónico con las acreditaciones oficiales necesarias pidiendo nuestra colaboración. Al fin y al cabo, yo también necesito justificarme ante el propietario de esta fundación.

Cuando el ruso colgó, los tres nos quedamos mirando. No sabíamos si habíamos conseguido aclarar alguna cosa o seguíamos en la primera casilla del juego. En cualquier caso, continuábamos sin nada en concreto que poder presentar a la jueza y a nuestros superiores. Y el tiempo se nos estaba acabando.

Acordamos que Sainz acabaría de redactar el informe con las nuevas revelaciones y que Azucena mandaría una copia de mi acreditación a la fundación rusa y que estaría pendiente del correo electrónico y del teléfono por si el secretario obtenía el permiso correspondiente y se decidía a contestar. Mientras, yo iría al entierro, escucharía las loas a la difunta, presentaría educadamente mis respetos al Anticuario por si el gesto podía aliviar la tensión, saludaría fraternalmente al señor Cásper y por último procuraría no vomitar.

A las diez en punto me hallaba sentado en una silla de una fila lateral de la sala ecuménica del único tanatorio de la ciudad. Conociendo al Anticuario, me sorprendió que no se tratara de una ceremonia religiosa, aunque para celebrarla se hubiera tenido que saltar la voluntad de su difunta esposa. También resultaba difícil de creer que un tipo sin entrañas como Justo Aragay hubiera elegido para presidir el entierro de Elena el enorme retrato que hasta el día anterior colgaba en la habitación de la fallecida; al fin y al cabo firmado por el sufrido amante que el viudo sin duda había mandado asesinar. Quizás

aquello solo fuera un acto de cinismo. O una advertencia.

La gente iba llegando y se iba acomodando sin prisas, pero aquello apuntaba a convertirse en un acontecimiento social de primer orden. Oí que se esperaba al primer concejal en representación de la alcaldía y probablemente también algún enviado del gobierno autonómico. Líderes de varios partidos políticos disimulaban, pero andaban pendientes de las cámaras… Enjoyadas damas que presidían toda clase de asociaciones benéficas daban muestras de aflicción… Tipos disfrazados de artistas… Periodistas y fotógrafos de medios diversos… Las chicas de la galería, a las que por fin habrían ordenado cerrar el local. Muchas caras conocidas. Hasta el intendente De Gea se había presentado con su uniforme de gala y acompañado de una mujer seca y desganada que supuse que era su esposa… Lo dicho, todo un acontecimiento.

Mihaela entró arrastrando los pies y, escoltada por dos *mossos*, se sentó en una silla plegable separada del resto de asientos, en un rincón de la sala pero cerca de la tribuna, y se dedicó a llorar en silencio. Una especie de mantilla le tapaba las manos, lo que significaba que estaba esposada. Su abogado habría pedido que le permitieran asistir a la ceremonia a cambio de su colaboración. Habrían solicitado permiso al marido y estoy seguro de que a este le habría importado un pimiento. Situado justo en el rincón opuesto de la sala, yo estuve tentado de ir a darle mi más sincero pésame, hasta que caí en la cuenta de que en realidad ella era la asesina.

Tras unos minutos de retraso, con la sala repleta hasta los topes, empezó a sonar por los altavoces una potente música de violín, la luz de un foco se proyectó de repente sobre el rostro del cuadro que presidía la sala y por detrás de la tribuna de oficios entraron dos operarios de la funeraria que empujaban un carro donde reposaba un féretro de caoba de un resplandor inexplicable. Hasta en ese momento delicado la elegancia acompañaba a la difunta. Justo Aragay, tocado con una gorra inglesa que parecía toda una falta de respeto, y su inseparable lacayo seguían el ataúd con cara seria, como cumpliendo con un trámite aburrido. Se sentaron en las sillas reservadas de la primera fila. Un tipo bajito enfundado en una especie de frac de mago de feria oficiaba de maestro de ceremonias y fue llamando a diversas personas, al parecer ciudadanos de renombre, que subieron al estrado con caras compungidas e hicieron comentarios repletos de grandes palabras y lugares comunes, siempre exageradamente elogiosos… «Un ejemplo de integración y éxito social», «una trabajadora infatigable, modelo para colaboradores y empleados», «la elegancia y la belleza convertidas en mujer», «férrea luchadora contra la injusticia», «auténtica mecenas para el arte ilerdense», «sensible y generosa con los marginados», «una de esas personas de las que una ciudad puede

presumir ante el mundo…».

La ceremonia amenazaba con producir un coma diabético generalizado cuando todo cambió de repente. Mientras un anciano avanzaba con pasos lentísimos hacia la tribuna, una joven saltó al entarimado. Llevaba un gorro de lana, gafas oscuras y una especie de apósito que le tapaba la barbilla y parte del cuello. Acarició el lateral del ataúd con un dedo de su mano derecha y fue a detenerse delante del Anticuario. Este tardó un segundo en reaccionar, pero su cara de fastidio se borró de golpe y se levantó casi de un salto. Mientras el abuelo que avanzaba hacia el atril pensaba que quizás se había equivocado de turno y se detenía sin saber si alcanzar su destino o retirarse, la chica hurgó en el bolsillo de su abrigo y sacó un revólver que blandió con determinación hacia el rostro de Justo Aragay. Un murmullo de asombro recorrió la sala. Lo tenía a menos de un metro de distancia; era imposible fallar el disparo. El señor Cásper ni se inmutó, y el Anticuario, lejos de asustarse, esbozó algo parecido a una sonrisa. «La muerte te saluda», aseguró con rabia la voz de la joven. Los dos *mossos* que custodiaban a la prisionera se levantaron y dudaron por un instante si era pertinente o no desenfundar sus armas. La chica parecía dispuesta a disparar, cuando se oyó la voz de Mihaela: «¡Laurita!». No fue un grito, sino una voz triste y dolida que tal vez la joven reconoció, porque se obligó a girar el rostro y buscar a su propietaria. Fue apenas un segundo, pero significaba el descuido necesario para que yo avanzara los tres pasos que me separaban del atril y llegara a tiempo de golpear el brazo que sostenía la pistola. El disparo retumbó en la sala, atravesó una placa de escayola del techo y produjo una lluvia blanca. Se desencadenó la histeria. Mientras los asistentes gritaban y se amontonaban en las salidas, arranqué el arma de la mano de la joven y le retorcí el brazo para inmovilizarla. Convencida de que yo era un simple operario de la funeraria que me había extralimitado, me dedicó un par de sonoros insultos mientras seguía con los ojos el destino de su arma. «Laura, cariño…», pronunció el Anticuario con una voz tierna y dolida, que no le conocía. Solo entonces comprendí quién era la muchacha. Un *mosso* se acercó a brindarme sus esposas, y me disponía a ponérselas a la hija pródiga cuando volví a escuchar la voz del Anticuario:

—¿Pero qué hace, sargento? Deje en paz a mi hija.

Lo miré con incredulidad.

—La chica le acaba de disparar. Ha intentado matarlo.

—No diga tonterías. Es mi hija. Solo le gusta llamar la atención.

Por mucho que quisiera recuperar la simpatía del gran Justo Aragay, yo acababa de asistir a un intento de asesinato. Es más, probablemente acababa de salvarle la vida a ese tipo despreciable. No iba a permitir que una joven de gatillo fácil se paseara por la calle con un arma en

las manos.

—Voy a detenerla, Justo. Lleva una pistola. Acaba de disparar en un lugar público. Al menos tendrá que explicarme qué es lo que acaba de pasar aquí.

La cara del Anticuario había recuperado su natural enfado, pero yo tampoco estaba muy contento, puesto que, a pesar de haber evitado que una bala le volara la cabeza, aquel tipo parecía haber encontrado un nuevo motivo para estar enojado conmigo. Empujé a Laura hacia la salida, y lo hice sin ningún miramiento. Estaba cabreado. Al pasar por delante de De Gea casi pude oír las dudas que se debatían en su cerebro… pero no me detuvo. A través de un pasillo de caras de incredulidad y miedo, arrastré a la joven hasta mi coche.

—La niña… —se quejó ella. Con un gesto señaló un Citroën aparcado en la segunda fila—. Está sola en el coche. Es de alquiler y no importa, pero ella… Es una cría, no podemos dejarla aquí.

Nos acercamos al Citroën donde, efectivamente, una niña con síndrome de Down parecía entretenerse aporreando un móvil.

—¿Quién es? —quise saber.

—Mi hermana —dijo ella.

A mi espalda, se oyó un grito ahogado. El Anticuario nos había seguido y la respuesta de su hija le había arrancado un gruñido de estupefacción.

De Gea todavía no había regresado de la ceremonia, lo que me concedía un pequeño respiro. Antes de proceder a una detención formal, quería saber lo que estaba pasando, por lo que metí a la chica en una sala de interrogatorios. Mientras tanto Azucena se comprometió a mantener entretenida a la niña, Raquel, a base de suministrarle papel y rotuladores de colores y atiborrarla de refrescos y galletas de las máquinas de la sala de descanso. Encerrarme con Laura en una sala de interrogatorios era una forma de profundizar en el caso que nos ocupaba, desde luego, pero sobre todo significaba posponer la reunión con el intendente y, por lo tanto, retrasar lo que tuviera que pasar.

—¿Se puede fumar aquí? —preguntó la hija del Anticuario apenas nos habíamos sentado.

Como respuesta saqué mi paquete de Bisonte, cogí un cigarrillo y lo encendí. Le acerqué el paquete, pero lo miró casi con asco. Revolvió en su enorme bolso y sacó una cajetilla de Ducados. La primera calada consumió la mitad del pitillo.

—Me habían dicho que habías desaparecido. ¿Puedo saber dónde has estado?

—Por ahí.

Era una joven atractiva, de ojos oscuros y mirada inquietante. En sus

cejas y en sus labios se apreciaban unos puntos oscuros, sin duda orificios producidos por agujas y pendientes.

—No es una respuesta muy precisa. Pero de momento me conformaré con eso. Lo que en realidad quiero saber es de dónde has sacado esa pistola y por qué pretendías usarla en el entierro de tu madre.

Laura vaciló.

—Es una historia larga.

—Tenemos tabaco. Las sillas no son incómodas. Puedo pedir unos refrescos.

—¿Saben ya cómo murió mi madre?

Le expliqué cómo habíamos hallado el cuerpo de Elena y tuve que hacer unas cuantas filigranas para ligar su muerte con la del pintor Hammady sin entrar en los detalles. La chica pareció entenderlo en seguida. Le expliqué muy por encima que su madre había contado con Mihaela para disfrazar de asesinato una especie de suicidio y la chica dejó escapar un suspiro largo y revelador:

—¡Pobre mamá! Hasta donde me alarga la memoria, vivió amargada por su marido. Me alegro de que al menos intentara llevárselo por delante. Ya ha visto, sargento, que yo también lo he intentado. Parece una costumbre familiar.

—¿Tanto lo odiabais?

Tardó un largo minuto en decidirse a hablar. Antes, encendió un nuevo cigarrillo y dio un par de caladas para infundirse ánimos.

—Cada una lo odiaba por separado. Quizás esa incapacidad de ponernos de acuerdo fue nuestro error, y de alguna forma pagamos por ello. Si lo conociera un poco, solo un poco, hoy no se hubiera molestado en salvarle la vida.

—Hasta los traficantes y los chorizos tienen derecho a vivir.

Me miró como si no pudiera concebir que en una sola cabeza cupiera tanta estupidez.

—¿Está usted seguro, sargento?

16

Transcripción de la declaración de Laura Aragay Izbasa [Parte I]

Verá, las cosas no siempre son fáciles. Usted ya sabe eso, por supuesto, pero… Mire, yo podría haber sido una estudiante de Derecho que se hiciera novia de un futuro notario o algo así… O una de esas exhibicionistas que sacan partido a las clases de danza que han pagado sus papás provocando a los tíos desde cualquier podio en una discoteca… Quiero decir que podría haber sido una chica bien educadita, dulcemente risueña, razonablemente feliz y sobre todo agradecida con mis padres adoptivos, la pareja de adinerados burguesitos que vino a rescatarnos, a mi hermano y a mí, de un hospicio miserable y que nos regaló la oportunidad de tener una vida de aquellas que la gente sin imaginación califica de afortunada.

Y en cambio, ya ve, he salido mala. Bueno, no sé si mala, pero desde luego no soy una buena persona. He hecho cosas que no hace la gente normal. O eso creo. No voy a escudarme en una infancia infeliz, pero desde luego no lo tuve fácil. Quizás sea simplemente que soy rara. Casi todas mis amigas de la escuela adoraban a sus padres e imitaban a sus madres. Y en cambio yo, ya ve, no consigo recordar el remoto día en que empecé a odiar a mi padre. A mi padre adoptivo, quiero decir. Del otro apenas sé que era un borracho que en toda su vida adulta tan solo tuvo un momento de sobriedad, el necesario para dejar preñada a mi madre, una cría de quince años que sumaba el hambre de una larga estirpe de desheredados. Bueno, eso lo supe mucho más tarde, claro, cuando ya era la mejor alumna de Bachillerato en un colegio exclusivo de señoritas de buena familia y empecé a preguntarme el porqué de ese resentimiento que me ardía en el estómago; quise saber de dónde me venía y si en el fondo todo aquel desastre de vida era una simple cuestión de mala suerte… Ya ve qué ingenuidad. Un día me di cuenta de que por una u otra vía siempre me había estado esperando un destino miserable, y esa revelación, vaya usted a saber por qué, me regaló una especie de paz interior que me ha permitido aceptar que el mundo es un pozo de mierda sin que mi nariz se vea tentada de defenderse con una mueca de asco. Es lo que hay, y a mí ya me está bien.

De mi vida anterior al apellido Aragay no guardo apenas memoria. Retengo la imagen sórdida de un hospicio con olor a sopa agria y la noche insomne defendiendo las galletas que había guardado bajo la

almohada de mi cama y que algún otro crío también muerto de hambre había amenazado con venir a robarme… Recuerdo a mi hermano, claro, casi dos años mayor, pegándose por mí y recibiendo alguna paliza… Quiero decir que llegar a los cinco años a una casa rica tuvo que ser algo así como ganar el gordo de la lotería de Navidad, una especie de salvación que sin duda viví como un regalo que el destino me ofrecía. De la noche a la mañana tenía una habitación llena de juguetes, un armario repleto de ropa cursi y una nevera atiborrada que podía asaltar cuando me viniera en gana… ¿Qué más le podía pedir a la vida, verdad? Pues ya ve, sargento, no era eso lo que yo necesitaba.

A Justo, mi nuevo padre, el nombre siempre le ha ido grande. Como sus sombreros, que para él representan el súmmum de la distinción y su forma de escapar de un pasado piojoso. No he conocido a nadie más que use sombrero 365 días al año. Quizás solo sea una precaución que toma por miedo a que alguien pueda ver la suciedad de sus ideas.

La verdad es que siempre ha sido un hombre alto, guapo… todavía se le ve fuerte pasados los cincuenta. Pero también resulta significativo que siempre vista ropa oscura y que oculte sus intenciones tras unas gafas negras de pasta, ¿no le parece? ¿Se ha dado cuenta de que nunca sonríe? Cultiva un aspecto de señor amable y educado que quizás le fuera útil en el mundo de la política, pero en realidad siempre ha sido un tipo rudo, que solo se ha dignado abrir la boca para dar órdenes. Para él la vida empezaba cuando salía de casa, puesto que todo lo que contenía su valiosa mansión era un incordio, un lastre que cargaba con resignación, como si tuviera que expiar una pena… Por mucho que el tema favorito de algunos discursos que pronunció en las campañas electorales fueran los años de miseria y el valor del trabajo y del esfuerzo, hasta donde yo recuerdo siempre ha tenido mucha pasta. Una mujer cocinaba para nosotros, vestíamos ropa de las mejores marcas y vivíamos en una especie de palacio con piscina, pista de tenis y un jardín de rosales hermosos… Casi todas mis amigas me envidiaban y querían que las invitara a mi casa, que parecía un museo lleno de cosas antiguas y raras, y que les presentara a mi madre, una mujer extranjera, una belleza elegante hasta aburrir… A mí me gustaba ofrecer ese mundo de lujo y distinción a las amigas y presumir de él, pero pronto empecé a comprender que yo no encajaba bien allí. Aquellos vestidos no se ceñían a mi cuerpo flacucho o se desajustaban misteriosamente desde el preciso momento de poner un pie en la calle o regresaba a casa con la blusa manchada de tinta o de sangre y los leotardos raídos y mamá se desesperaba y ponía al cielo por testigo de tener aquel desastre de hija que ella no merecía… Imagino que pronto empecé a sentirme culpable y mentirosa, porque me daba cuenta de que todo aquello escondía un engaño y que yo era

parte de él.

Mi hermano y yo tan solo estábamos allí porque un experto en *marketing* le había dicho a mi padre que la familia de alguien que aspira a triunfar en política debe tener una esposa bella y discreta y un mínimo de dos hijos, a ser posible niño y niña. Como Elena no podía tener hijos, nos vinieron a buscar. ¿Se lo puede creer? Un puto experto en *marketing*… Pero a Justo los humos parlamentarios pronto se le disiparon y nosotros ya estábamos metidos en su casa. Supongo que pensó en abandonarnos en una gasolinera, como algunos cabrones hacen con esos perros que compraron para sus críos y que después de Navidad empiezan a resultar incómodos, pero le debió de faltar valor… A cambio, contrató una niñera, la dulce Lidia, y se pasó los años siguientes ignorándome. No puedo recordar un solo día en que jugara conmigo o se tomara la molestia de enseñarme a sumar o a ir en bicicleta o me diera un consejo sobre cómo sacarles los ojos a las harpías de mis compañeras del colegio o una de esas cosas que supongo que están escritas con letras de oro en los manuales de paternidad.

Elena era otra cosa. Se desesperaba conmigo, desde luego, pero al menos ella lo intentó. Aunque es cierto que de manera torpe y con poca convicción. De hecho, pronto se cansó, porque los afectos nunca fueron lo suyo. Se preocupaba más o menos por mi vida y por la de mi hermano e intentaba ofrecernos un poco de su tiempo y algo parecido a una educación, pero ya tenía bastante con lo suyo… Quiero decir que era una mujer un poco trastornada, que también había crecido añorando a sus padres y reclamando a su alrededor algo de cariño. Durante mucho tiempo la pobre fue esclava de los tranquilizantes, de su belleza, de un psicólogo, y sobre todo de un marido que no desperdiciaba cualquier oportunidad de tratarla como un trapo sucio… Era ridículo oírlos discutir, porque ella se venía abajo a las primeras de cambio, lo que parecía enfurecer aun más a Justo, que en el mejor de los casos se marchaba dando un portazo y durante un par de semanas no sabíamos nada de él. Digo en el mejor de los casos porque tampoco resultaba extraño que se liara a descargar su rabia soltando mamporros a quien se le cruzara por delante. Ya ve, un tipo que presumía de culto y elegante, todo un cargo de confianza del President de la Generalitat, fue capaz de mandar a su esposa dos veces, que yo sepa, al hospital: una con una fisura en una costilla y otra con un golpe en el pómulo izquierdo que estuvo a punto de cegarle un ojo.

En aquel extraño aborto de familia, mi hermano David siguió siendo el único dispuesto a partirse la cara por mí. Lástima que no fuera un chico fuerte ni sano. Era un año y nueve meses mayor que yo, pero a menudo lo tomaban por mi hermano pequeño. Y no solo porque

hubiera crecido poco y mal y sus muchas enfermedades lo tuvieran enredado en una inacabable maraña de medicamentos y visitas médicas, sino sobre todo porque tenía un carácter retraído y solitario que lo alejaba del mundo. Quizás solo fuera que nadie le enseñó a confiar en sí mismo… Se culpaba de no ser el tipo fuerte y brillante que nuestro nuevo padre había proyectado… Y este, claro, pronto perdió la esperanza de hacer de su hijo una copia de sí mismo… Por eso también se acostumbró a ignorarlo o a dedicarle sus desprecios.

Para mí, en cambio, resultaba un apoyo imprescindible. Me ofrecía una paciencia amorosa e infatigable, intentaba sacarme de cualquier jaleo y hasta se esforzó en convertirme en una alumna ejemplar… Porque él era listísimo y leía libros sin parar. Su dedicación y sus consejos me sirvieron como mínimo para convertirme en la mejor alumna de mi clase —y eso que iba un curso adelantada— y en la campeona de ajedrez de la escuela y hasta en una chica casi alegre y divertida de la que todo el mundo quería ser amiga…Lo quise muchísimo, claro, y lo he necesitado incluso más.

Las otras dos personas que llegué a querer en esa casa fueron del servicio: Lidia y Mihaela. La primera fue mi niñera y creo que una amiga; solo era unos años mayor que yo, y siempre me trató con cariño, pero pronto mi querido padre se ocupó de apartarla de mi vida. Por su parte, Mihaela nunca se limitó a ser una simple criada, sino más bien el pegamento que mantenía unido aquel incierto proyecto familiar. Siempre ha dispuesto de toda la energía que les faltaba a Elena y a David, por eso era una parte imprescindible de nuestras vidas. Si en aquella casa se respiraba algo parecido a un ambiente familiar era gracias a su empeño y a su inquebrantable voluntad de hacernos la vida más fácil a todos. Y sobre todo a mí, que siempre fui su preferida. Si me ahogaban las ganas de llorar, yo acababa tumbada sobre su falda. Si podía presumir de una buena nota en un examen, ella era la primera en saberlo. Para ser justa con ella, tengo que reconocer que es lo más parecido a una madre que he tenido. Durante todos estos meses de ausencia ella ha sido la única con quien he tenido un contacto más o menos regular, la única a quien llamaba para saber cómo iba todo y para que me informara de cómo estaba mi madre o cómo le iba su maldita galería de arte, por ejemplo…

En realidad con la sala de exposiciones empezó todo. Era un proyecto que Elena había tenido entre ceja y ceja desde hacía mucho tiempo, pero a Justo siempre le había parecido una idiotez y no estaba dispuesto a invertir ni un euro de su fortuna en que su esposa descubriera una forma de sentirse útil. Él se había encargado de dejarlo perfectamente claro desde el primer momento que a Elena se le ocurrió plantear la idea… Y sin embargo, de repente, sin que

hubiera mediado una especial insistencia o algún otro motivo de presión, a mi padre le pareció una idea excelente y le encontró un local y le financió las obras y todo eso… Y mientras Elena pasaba las mañanas y las tardes ocupada con su nuevo juguete, absorta por las obligaciones de los primeros meses, Justo empezaba a pasar las tardes en casa, ocupado en sus asuntos. La tarde que entré en su despacho, no protestó. Y otro día, cuando le pedí quedarme a leer en la butaca orejera que tanto me gustaba, él simplemente asintió con un gruñido. Y si yo hacía como que me dormía, notaba su mirada clavada en mí. Y por primera vez empezó a preguntarme por mis cosas y a preocuparse por mis pequeños asuntos y atendía mis caprichos y se sentaba a mi lado y reía mis ocurrencias y me decía que sería modelo y me hacía desfilar ante él con la cabeza erguida como hacen las chicas de las pasarelas y me animaba a que me probara una blusa de seda que había ido a comprar expresamente para mí y me pedía que lo hiciera allí delante, sin vergüenza, que al fin y al cabo era mi padre, y alababa el tacto de la tela mientras la acariciaba por encima de los pechos que habían empezado a crecerme y me corregía las arrugas en el justo lugar que marcaban los pezones y yo, que tenía trece años y solo intuía lo que estaba pasando, le agradecía aquel repentino interés y aceptaba sentarme sobre sus rodillas y dejaba que su mano se moviera por mis pantorrillas y aquel calor extraño y agradable me dejaba sin palabras y él abría y cerraba botones a su antojo y subía y bajaba cremalleras y a mí me faltaba el aliento para decir solamente «papá» y dejaba que arrastrara mi mano por debajo de sus pantalones y… En fin, no me haga recordar ahora todo lo que pasaba en aquel despacho al que a aquellas horas estaba prohibido que nadie entrase y del que yo salía tras haber prometido silencio, hecha un auténtico lío entre la sensación de estar haciendo algo reprobable y la alegría de saber que por fin podía hacer algo que contentaba a papá… Y me costaba olvidar el ruido de su respiración y sus ojos desencajados y me parecía magnífico y a la vez asqueroso que mis manos y mi boca y más tarde mi sexo tuvieran aquel poder sobre él.

Mi madre vivía cegada por su mundo. Mihaela notó algo e intentó sonsacarme, pero yo mantuve mi palabra de buena hija y callé. Tan confiado vivía mi padre de que su palabra era ley y de que nadie se atrevería a quebrantar la prohibición de entrar en el despacho a aquellas horas, que ni se molestaba en echar el pestillo. Azuzado por Mihaela, una tarde David irrumpió en el despacho y lo que vio le produjo un ataque de ira. Agarró uno de esos viejos candelabros con los que Justo decoraba sus estanterías y se fue hacia él. Podría haberlo matado al primer golpe, pero falló. Y Justo no concede segundas oportunidades. De un sopapo se lo quitó de encima y a mis gritos acudió el fiel señor Cásper, a quien le bastó una de sus manazas para

inmovilizar al enclenque de mi hermano. La crisis nerviosa de David no fue tratada en ningún hospital, sino en su habitación, con un cóctel de pastillas que le prescribió un doctor amigo de mi padre y que lo mantuvo atontado durante unos cuantos días. A mí ni siquiera me dejaron verlo. Solo mis padres y, alguna vez, el señor Cásper entraban a charlar con él. Al cabo de una semana Elena me aseguró que David se estaba recuperando bien y que pronto volvería a ser el de antes… Pero eso jamás ocurrió, porque una de esas tardes se metió en la bañera y se cortó las venas. O eso me dijeron. Aunque a mí siempre me pareció imposible que me hubiera abandonado. Un chico débil, dijeron… Y quizás tuvieran razón, pero yo tardé mucho tiempo en olvidar su cara de desconcierto y de horror cuando entró de repente por la puerta del despacho… Fue precisamente ese rostro el que lo cambió todo, porque entonces yo ya estaba a punto de cumplir los quince y comprendí que algo no acababa de funcionar en mi vida. Empecé a quedarme por las tardes en casa de mis amigas o en el colegio, siempre con la excusa de mis partidos de baloncesto o de algún trabajo inaplazable o de un examen complicado, y hasta me presentaba en la sala de exposiciones para esperar a Elena y volver con ella a casa para evitar la bronca de Justo, que aun así conseguía retenerme algunas veces; y a pesar de que yo me quejaba y de que le rogaba que me dejara, a él se le inyectaban los ojos de sangre y parecía perder la razón y cuanto más lloraba yo y le pedía que se detuviera y que me dejara ir, su fiebre parecía aumentar y una especie de locura vibraba en sus manos con un ansia y una desesperación que yo celebraba y odiaba a la vez…

Una noche vi en la televisión que tenía en mi cuarto un documental sobre adolescentes que habían huido de su casa y me maldije por no haber pensado antes en una solución tan sencilla. El mismo día que cumplí dieciséis años decidí marcharme. Tal vez mi madre hubiera elegido vivir bajo aquel yugo y dejarse atormentar, pero yo no estaba dispuesta a resignarme. Cuando recibí permiso para ir a dormir a casa de una amiga con la excusa de acabar un trabajo para la asignatura de Literatura, hice una maleta, junté mis pocos ahorros y subí a un tren con destino a Zaragoza. Allí vivía Ángeles, una amiga dos años mayor que había conocido en las playas de Salou el verano anterior y con la que había mantenido el contacto. Había empezado a estudiar Farmacia, y sus padres, neurocirujanos o algo parecido, la habían instalado en un apartamento a todo lujo. Ángeles escuchó mis confidencias y se apiadó de mí, por eso me ofreció que fuera a compartir el pisito que disfrutaba ella sola. No me lo pensé. Llegué a Zaragoza una de las tardes más alegres de mi vida y durante dieciséis días fui todo lo feliz que una chica pueda ser. Hasta aquel cierzo que cortaba el cutis me parecía una bendición. Pero enseguida el

entusiasmo de los primeros días empezó a esfumarse, y en cuanto pude pensar con claridad y valorar mi situación, me atacó el pesimismo, porque en el fondo sabía que a aquel proyecto de escapada le faltaba cordura, planificación y método. Y quizás también convicción… Por eso no me sorprendí la tarde que al abrir la puerta del piso me encontré en el umbral con la figura mastodóntica de Héctor Cásper, a quien todo el mundo llamaba «señor Cásper», el sicario venezolano que Justo Aragay usaba para sus asuntos sucios.

¿Cómo me has encontrado?

Es sencillo, piba, solo me hizo falta seguir el rastro de tu celular.

Me sentí una estúpida, ¿sabe?

Coge tus cosas, nos vamos.

Protesté, claro, pero sabía que no tenía alternativa.

No te resistas, chiquita, o acabarás como el jodido de tu hermano.

Una menor, sin estudios ni dinero. ¡Hay que ser imbécil! Me consolé pensando que aquella escapada solo podía considerarse una prueba. A partir de entonces supe que Justo no me dejaría marchar tan fácilmente y comprendí que tendría que pelear mi libertad.

Cuando llegamos a casa, Cásper me abandonó en mi butaca preferida del despacho y llamó a mi padre, que apenas tardó unos minutos en llegar. Sabía que iba a pegarme, porque había visto cómo se las gastaba con mi madre y con mi hermano, pero no me importó. Se plantó delante de mí, me cogió del brazo y me levantó de un simple tirón. En sus ojos había fiebre y odio. Eso me gustó. Después me besó y me arrancó la ropa y me usó como quiso. Pero ni siquiera me importó. Me gustaba su debilidad. Él se dio cuenta y eso acabó de enfurecerlo. Me reí cuando quiso mirarme con desprecio, por eso me cruzó la cara de una bofetada. No era la primera vez que me pegaba, pero ese día descubrí que hay ocasiones en que la fuerza bruta no hace daño y que hiere más y mejor quien recibe el golpe que quien pega. Después me besó y me abrazó y me pidió perdón y me dedicó uno de sus estúpidos discursos.

Nadie me abandona si yo no lo permito. Nadie, ¿me oyes? Yo te saqué del pozo de mierda donde te ahogabas y te puedo devolver a él.

Yo asentí e intenté mantener en mi cara una sonrisa. Sabía que mi padre se equivocaba. Porque aquel intento de huida no había fracasado del todo: había dejado el germen de una forma de felicidad. Y eso es imposible borrarlo a golpes.

Tardé ocho meses en prepararlo todo. Ocho meses de chica dócil y obediente que mastica orgullo en la soledad de su cuarto y que se esfuerza en aprender a comportarse como una mujer adulta y que busca información sobre cómo vivir oculta en una gran ciudad y que establece contactos en diferentes lugares a través de Facebook y que maquina pistas falsas para que nadie pueda encontrarla y que evita

tener un confidente de sus proyectos y que acumula la máxima cantidad de dinero para empezar en otra parte…

Esa vez me despedí de mi madre mediante una carta que le mandé por correo y en la que también le pedía disculpas por abandonarla. En persona tan solo le dije adiós a Mihaela. No me pidió ninguna explicación, porque en el fondo sabía que era lo mejor. Hasta me ofreció sus ahorros, que por supuesto rechacé. Al destruir mi móvil y quemar mi agenda tuve la sensación de deshacerme de todo mi pasado.

Era finales de verano, el 2 de septiembre, el día del cumpleaños de mi padre. Sobre la mesa de su despacho dejé la caja de bombones. Se volvía loco por ellos. Los había preparado con todo el amor de una hija agradecida y no había olvidado vaciar en ellos un paquete entero de matarratas.

Quedaban pocos días para empezar el primer curso en la Facultad de Empresariales de la Universidad de Lleida y mis compañeros de instituto habían decidido celebrar una especie de excursión de despedida antes de que cada uno ingresara en una facultad diferente o se buscara la vida en la Formación Profesional. Dos días de caminata y acampada por el parque de Aigüestortes. No pedí permiso, solo lo comuniqué a mis padres. A Justo le dolía hasta la idea de que pudiera acostarme con uno de mis compañeros de estudios, pero yo ya iba camino de los diecisiete, era una alumna ejemplar y una hija abnegada y amorosa; no podía negarse. Hizo que me siguieran hasta la estación de autobuses, lo sé; pero me las arreglé para bajar del autocar donde viajaban mis compañeros de excursión apenas iniciado el trayecto. Leí la frustración de unas cuantas esperanzas en las caras de algunos cuando saqué mi mochila del maletero y el vehículo reanudó la marcha sin mí. Después caminé hasta donde otro autocar realizaba una última parada antes de partir con destino a Barcelona. Todo estaba calculado. Durante aquel trayecto sentí una especie de euforia al imaginar el sabor de los bombones. Tardé dos horas en llegar a la gran ciudad. Entre la gente es fácil esconderse. Decidí que allí sería otra. No iba a dejar que me encontraran.

[Se interrumpe la grabación].

Epílogo

Cuando el cenicero todavía no estaba ni a la mitad, entró Sainz de Heredia para comunicarme que el intendente reclamaba con urgencia que acudiera a postrarme a sus pies. Le había salvado la vida a su amigo, él mismo había sido testigo de mi insensata proeza, podía tener un poco más de consideración. O de magnanimidad. Decidí que en el fondo me importaba ya muy poco. Podía suspenderme con efecto inmediato o dejarme acabar con mi última investigación, pero en cualquier caso no tenía intención de ir a implorarle clemencia.

Quizás la proximidad de la muerte no estaba tan mal. No era ningún chollo, desde luego, pero te liberaba de mucho lastre, como el de tener que asentir resignadamente a las estupideces de los demás.

—Dile que me cago en sus muertos —susurré con mi cara más dulce.

Ni siquiera el rebuzno me sentó bien. Estaba cansado. Harto de dejarme la piel y las fuerzas en batallas sin gloria. Tal vez no fuera tan malo pasarse las mañanas tumbado en el sofá escuchando las obras completas de Verdi. ¿De verdad valía la pena aprovechar el tiempo que me quedase en intentar resolver un embrollo que no importaba a casi nadie? ¿Quién lo iba a agradecer? Por mucho que pusiera todo mi empeño, el mal continuaría campando a sus anchas y la mierda seguiría siendo la materia prima que compone el universo.

Resultaba ridículo y frustrante estar allí sentado escuchando la vida miserable de aquella pobre chica mientras el sinvergüenza de su padre campaba a sus anchas sin que pudiéramos tocarle ni un pelo. Un pederasta, maltratador, falsificador, traficante, miembro de una organización criminal y quizás asesino. Hasta jugaba al póquer en garitos ilegales, el muy canalla. Algo fallaba en nuestra sociedad si no había forma de echarle el guante. Desde mis primeras escaramuzas como policía había descubierto que la ley y la justicia no siempre salían juntas de copas, pero por primera vez ser servidor de la primera me hacía sentir un tipo despreciable y un inválido a la vez. Esa forma de mutilación sí me convertía en el moribundo que despreciaba.

Acaso la muchacha tuviera razón y había sido un error evitar que le volara la tapa de los sesos a su amantísimo progenitor. Tal vez sí se merecía el premio de una bala entre las cejas. Era desconcertante y sin duda triste que, tras toda una larga carrera policial, todavía me estuviera atormentando ese primitivo, ridículo, irreflexivo deseo de justicia.

Horas después, tras haber hablado mucho rato y haber interrumpido

la grabación diversas veces para ir al lavabo o tomar un café, cuando el cenicero estaba al máximo de su capacidad y las cajetillas vacías, Azucena abrió la puerta de la sala y me regaló una de sus sonrisas azucaradas.

—Lo tenemos, sargento —me susurró al oído.

—¿Qué tenemos?

—El ruso está colaborando. Nos ha mandado una copia escaneada del contrato a nombre de una empresa ubicada en Andorra, cuyo gerente legal es nada más y nada menos que el tal Héctor Cásper. También nos está rebotando los correos electrónicos que ha mantenido con el venezolano, la copia digital que este le había mandado del bestiario, las pruebas de autenticidad falsificadas, el documento acreditativo de la paga y señal, todo…

Intenté dejarme contaminar por su sonrisa, pero no me creí. En el fondo, no había motivos para compartir el entusiasmo de mi prima. Desde luego aquello era lo que habíamos estado esperando, pero después de escuchar a Laura Aragay sabía a poco. A casi nada.

—¿De qué vamos a acusarles? Contra el Anticuario no tenemos nada de nada, ha sabido esconder su rastro mafioso. Como mucho, el ruso podrá denunciar al señor Cásper por incumplimiento de contrato o estafa o cualquier otra mierda… Sin el cuaderno, ni siquiera podremos acusarlo de falsificación…

Aunque hablábamos en susurros, no me parecía mal que Laura compartiera nuestra frustración. Odiaba a su padre mucho más que nosotros. Quería que supiera que no habíamos conseguido reunir una sola prueba contra él.

—¿Conseguirán encerrar a esa bestia de Cásper? —preguntó de repente.

Me sorprendió que se interesara por el destino del venezolano y no por el de su padre.

—No lo sé. Dependerá de la jueza, aunque dudo mucho que con las acusaciones que podemos presentar acabe entre rejas. Probablemente sea un asesino, pero tenemos muy poco que ofrecerle a un tribunal. Necesitaríamos un milagro para poder encerrarlo. ¿Sabes tú algo de milagros?

Laura buscó la cajetilla de Ducados y la encontró vacía. Sus labios temblaron y por un instante me pareció una niña pequeña perdida en mitad de una muchedumbre. Se mordió el labio inferior y enseguida intentó ofrecerme un simulacro de seguridad y convicción.

—Ni siquiera soy creyente. Quizás les sirva saber que esta noche ha entrado por la fuerza en la habitación de mi hotel. Aunque tampoco de eso hay ningún testigo.

—¿Te hizo daño?

Recordé a Cásper con los pantalones bajados en la habitación de

Blanche, seguramente poco después del episodio que Laura me estaba contando.

—Empujones, amenazas… nada que no pueda soportar. Lo interesante es que me pidió que lo ayudara a apartar a mi padre del negocio.

—¿De eso iba el intento de liquidarlo de hace un rato? ¿Te has aliado con el lugarteniente de tu padre?

—No me importan sus negocios, sargento. Solo aspiro a no acabar con mis huesos en prisión y conseguir que mi padre deje de ser una amenaza para mí y para mi hermana. Pero no tengo nada con lo que negociar ante un juez. No puedo demostrar lo que mi padre me hacía ni sé nada del asesinato de mi madre ni de los crímenes o abusos del señor Cásper. Él y mi padre han llevado siempre sus chanchullos sin permitir que ni mi madre ni yo nos entrometiéramos. Ahora… no sé… saldrá a la luz lo del robo fallido, el tiroteo del metro… No sé cómo voy a salir de esta.

Los dos suspiramos con desánimo evidente.

—Tal vez la conversión de Cásper en un tipo más ambicioso nos ofrezca la oportunidad de echarle el guante —opiné sin mucha convicción.

—¿Se ha fijado en que hoy, cuando he intentado disparar a mi padre, no ha hecho el menor ademán de protegerlo? Se supone que también es su guardaespaldas…

Quizás Héctor Cásper estuviera buscando la manera de deshacerse de su jefe, pero de momento él era el único que parecía tener las manos manchadas y el único contra el que podíamos actuar. Por esas reflexiones andaba cuando de nuevo se abrió la puerta de la sala de interrogatorios. Un tipo trajeado y con pajarita cursi puso ante mis narices un documento con sello oficial.

—Esto se ha acabado, sargento. Soy el abogado de la chica. El señor Justo Aragay no tiene intención de presentar ningún cargo contra su hija, de manera que no hay ningún motivo para interrogarla y retenerla aquí.

No era cierto. El abogado no sabía todos los disparates que la chica acababa de confesar. Por mucho que su padre no presentara una denuncia contra ella, Laura había disparado una pistola de dudosa procedencia en un espacio público y solo por eso ya podía retenerla, hasta me sobraba la extensa lista de delitos que había declarado: falsedad documental, pertenencia a asociación criminal, tráfico de mercancías, evasión de divisas, robo, ocultación de pruebas, quizás incluso un par de asesinatos… Tenía motivos sobrados para retenerla en una celda mientras los compañeros de Barcelona comprobaban todo ese currículum. En realidad, ese era mi deber. Sin embargo tenía

un pie en el otro barrio y no estaba dispuesto a dejarme abrumar por las obligaciones. Hice un rápido balance mental de la situación y se me ocurrieron unas cuantas razones para no oponerme a las pretensiones del abogado. La primera era que la declaración de Laura me obligaba a abrir una investigación que pronto me quitarían de las manos y que quizás llevara a esa chica a pasar una buena temporada a la sombra. Por mucho que fuera una delincuente confesa, lo cierto era que me inspiraba una lástima infinita y yo estaba demasiado resentido con el mundo. La segunda era que empezaba a encontrarme realmente mal. Me sentía agotado y el vientre me ardía. Llevaba noches sin poder descansar y las jornadas laborales se alargaban mucho más de lo que resulta aconsejable. Que me pagaran o no las horas extras me traía sin cuidado, pero me irritaba la posibilidad de dejar una investigación a medias. Una parte de mi cerebro soñaba con quitarse de encima todo aquel asunto y volver a la plácida rutina de revisar expedientes antiguos para los que ya nadie reclamaba solución. El tercer motivo fue que mi admirado superior, el intendente Carlos De Gea, asomaba la cabeza por detrás del abogado de la chica y exhibía una sonrisa que estaba a punto de rodearle la cabeza hasta la nuca. Consideré que ya no me encontraba en disposición de comenzar una nueva batalla. Aunque quizás la razón definitiva que me empujaba a dejar marchar a alguien que había intentado cometer un asesinato era que me parecía una injusticia mantenerla encerrada mientras el verdadero responsable de sus errores bebía un *whisky* de quinientos euros la botella y se reía del mundo desde el pecaminoso sillón orejero de su lujosa mansión. De hecho, pensé en la manera de hacer desaparecer toda aquella parte de la declaración que la comprometía. Eso sí sería hacer justicia.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Laura?

Pregunté mientras nos levantábamos. Como si necesitara una larga reflexión, la chica caminó sin contestar hasta el lugar donde Azucena entretenía a su hermanastra. Esta corrió a estrecharse contra los brazos de Laura, que la esperaba agachada en mitad del pasillo.

—Me han dejado rotuladores, pero no de tinta dorada —se quejó la niña.

Laura la miraba con una sonrisa, pero fue a mí a quien se dirigió:

—No lo sé. Supongo que buscar alguna solución.

Se trataba de una respuesta enigmática, pero no quise insistir. El abogado, Laura y la niña caminaron hacia la salida.

A mi espalda, alguien gritó mi nombre. La melodiosa voz de De Gea. Aquello sí era el fin. Iba a encerrarme en su despacho y a ordenarme que acabara de redactar el informe y que después entregara la pistola y la acreditación y me fuera a mi casa a descansar y a esperar que las furias infernales cayeran sobre mi cabeza en forma de reprimenda

pública o de despido o de traslado o de cualquier otra mierda. La vida es así: injusta, caprichosa, guasona… ¿Cómo iba a ser la muerte?

Dos horas más tarde, había acabado de redactar mi informe y empezaba a recoger todos esos estorbos que uno va acumulando en un cajón y que no son más que las virutas de la vida. Los fui metiendo en una caja sin acritud, deteniéndome un momento en la memoria que guardaba cada objeto. Pero todos pertenecían a quien ya no era, una persona que no se sabía moribunda, de otra ciudad, de otra vida. Quizás la utilidad de la muerte era precisamente esa: mantener presente lo que fuimos, demostrarnos que todo aquello que dejamos atrás nos retiene y que las cosas nos empiezan a añorar en cuanto amenazamos con irnos… Tal vez dejamos huellas más profundas de lo que estamos dispuestos a reconocer.

Sainz de Heredia se acercó y me dio una palmada en la espalda. Un par de compañeros me dedicaron una sonrisa solidaria. Lo agradecí forzando una mueca que quería ser simpática.

—Ahora sí que veo que estás mal, jefe —intentó bromear Azucena—, te acabo de descubrir esforzándote por hacerte el simpático.

—Una debilidad de moribundo.

—Ahora que lo pienso, ni siquiera te he oído rebuznar en toda la mañana…

—Deberías cuidar más la higiene auditiva, prima.

—Me va a costar acercarme a la máquina de café y no encontrarte maldiciendo.

Agradecí su esfuerzo por no convertir aquello en una despedida lacrimógena, aunque era evidente que a la chica le brillaban los ojos. Rebusqué en mi bolsillo y saqué un llavero.

—Ten, prima. Es una llave de mi casa.

—¿Quién quiere entrar en esa leonera?

—Alguien tendrá que cargar con mi colección de música… Mientras corres tus veinte quilómetros, deberías escuchar algo más edificante que los ruidos de moda.

Se quedó mirando la llave sin abrir la boca. No me dijo que eran ocho los quilómetros que corría, quizás para que la voz no la traicionara.

En el último momento, decidí abandonar aquella caja sobre la que había sido mi mesa. Al fin y al cabo, qué me importaba ya. Alguien se ocuparía de deshacerse de toda aquella morralla.

Salí a la calle y encendí un cigarrillo. Hacía frío, pero un sol orgulloso iluminaba la mañana. ¡Qué difícil iba a ser despedirse de todo! No de la gente, con la que siempre había mantenido una relación complicada. Pero sí de las cosas, de la luz, de los pequeños placeres… Hasta de mi trabajo, una de las pocas cosas que había dado

sentido a mi vida. Me pregunté si habría crímenes e investigadores en el más allá.

Llegué a mi piso agotado, con un dolor de vientre insoportable y con una absoluta sensación de derrota. Aquella también era una forma de estar muerto. Tal vez no fuera mala idea ahorrarme todo el dolor que me esperaba. La bata ridícula que me dejaría el culo al aire, la necesidad de morfina, la decrepitud imparable, la humillación de una habitación de hospital compartida, el desfile de lamentos y falsas esperanzas… El mundo se acababa. Vacié la nevera en una bolsa de basura y fui recogiendo la ropa, los objetos, los libros… Cerré las dos maletas que había traído desde Barcelona y recogí los vinilos y discos compactos en sus cajas. Esas eran todas las posesiones que me habían acompañado durante los últimos meses. Durante un minuto, antes de desconectarlo, miré con nostalgia anticipada mi equipo de música. Paseé por el piso hasta estar seguro de que no dejaba nada olvidado por algún rincón. Por último, abrí el cajón de la mesilla donde esperaba el revólver que me había acompañado desde hacía años. Siempre lo había tenido muy cerca, pero jamás lo había disparado. Bastaría una bala.

Ante el espejo del lavabo, estudié la posición del revólver para que la trayectoria del proyectil no me destrozara el rostro y dejara un cadáver repulsivo. Darme cuenta de aquel último acto de coquetería me hizo sonreír. La boca, la garganta, la sien… ¡Menuda decisión!

Mientras resolvía el dilema, sonaron las primeras notas de *Feelin' alright*, de Joe Cocker, en mi bolsillo del pantalón. Pensé que esos chismes del diablo no respetaban ni los momentos más sagrados. En el visor de mi móvil, leí la palabra «mamá» y recordé de repente mi compromiso con ella.

—Supongo que estás viniendo hacia aquí… —aventuró antes de poder decir mi primera palabra.

No sé por qué, se me ocurrió pensar en mi sofá de margaritas, cómplice de tantas siestas gloriosas. ¿Dónde acabaría?

—Sí, mamá. Por supuesto.

Guardé de nuevo el revólver en el cajón y salí a la calle. Hurgué en mi cartera y saqué una tarjeta. Llamé. El taxista tardó exactamente trece minutos en presentarse ante el portal de mi edificio.

—¿Qué hay, sargento? Pensaba que ya no requería mi ayuda para resolver sus casos.

—Joder, Julio. Todavía no me has ayudado a resolver ninguno.

—Ha de reconocer que no pone mucho de su parte.

—Anda, sácame de aquí.

—Lo saco, aunque sea mi hora del desayuno. He dejado a una pareja de turistas alemanes que iban a la Seu Vella en mitad de la nada para

acudir a su llamada, jefe.

—Se agradece. Y para recompensarte te pagaré con una carrera larga, a Barcelona. Ir, visitar un tanatorio y volver.

—No voy a discutir sus gustos, pero debería saber que en Barcelona hay un par de sitios más interesantes que visitar.

Me senté a su lado. El taxista Julio era un tipo simpático y dicharachero, cuya conversación me distrajo de los muchos motivos de rabia que había ido acumulando: la enfermedad, la renuncia al trabajo, el caso pendiente de resolución, la visita que estaba a punto de hacer… Nos detuvimos en un parador a reponer fuerzas, aunque apenas fui capaz de probar una triste ensalada. Sentía mis entrañas tan revueltas que ni siquiera me atreví a pedir un café.

En el tanatorio de Les Corts, mamá me recibió con un abrazo que duró una eternidad. Ella no tenía los ojos deformados por el dolor y el llanto, lo que me alegró. Sin embargo, yo había venido a darle una noticia que no iba a confortarla en absoluto.

—Gracias por acudir, hijo.

—Sabes que no he venido por él, mamá.

—De todas formas te lo agradezco. Hay mucha gente que querrá saludarte y darte el pésame.

—No tengo tiempo para ellos.

Aunque ni siquiera había pensado en ver el cadáver de mi padre, mamá me llevó de la mano ante él. Siempre había mediado entre los dos y ambos la habíamos defraudado con una obstinación inquebrantable. Mi padre, que había sido en vida un hombre fuerte, había quedado reducido a un guiñapo risible. Así iba a tratarme la muerte. Quizás no fuéramos tan diferentes.

—¿Qué han dicho los médicos de su muerte, mamá?

—¿Qué van a decir? Ni se han molestado en buscar una causa.

—Mejor.

—Ahora no sé qué voy a hacer. Si al menos estuvieras más cerca…

Durante un largo minuto me fue imposible separar la mirada de aquel despojo que había sido mi padre.

—¿Recuerdas que el otro día olvidé un álbum de fotos en tu casa? Bueno, quizás no lo olvidé, lo dejé porque nunca he sabido arrastrar recuerdos. Pero debo confesarte que me llevé una foto. Una sola. —La saqué despacio de mi cartera. Me temblaban las manos—. Es esta: Aida, tú y yo… mucho más jóvenes. Celebrábamos lo que parecía que iba a ser una vida feliz. Pensé que me la llevaba por conservar un recuerdo bonito de mi segunda esposa. ¿Te acuerdas de ella? Era guapa y sabía gustar. Aida te caía bien. Pero esta mañana he mirado esa pequeña ventana al pasado y no me ha dolido la belleza perdida de mi ex, ni siquiera la prueba de que casi me he convertido en un viejo, sino tu sonrisa, mamá. Me cuesta recordarte alegre. Los que

hemos vivido a tu alrededor no te hemos hecho justicia. Pero esa foto es la prueba de que existe una vida diferente que merece la pena. Ten, cógela. Me gustaría que tú la conservaras.

Mamá cogió la foto y también mi mano, que se llevó al rostro como para forzar una caricia. Entonces sí empezó a llorar. En silencio. De manera sencilla, tranquila, discreta. Como siempre lo había hecho.

—Tú también deberías darte una oportunidad.

Desasí la mano y la abracé con fuerza, como se abraza a quien has echado mucho de menos. Intenté que la voz no me flaqueara mientras le susurraba al oído:

—Me temo que ya no voy a poder.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, unas cuantas confidencias y todo un río de lágrimas, volvía a sentarme en el taxi de Julio y empezamos a deshacer el camino. Mi cara debía de ser elocuente, porque lo hicimos en completo silencio.

Al llegar a Lleida me obligué a espantar los fantasmas que me estaban agriando la tarde. Podía encerrarme en mi casa y reabrir el cajón de mi mesilla de noche o tumbarme en el sofá a esperar que los dolores fueran insoportables para acudir al hospital y pedir que me ingresaran… Ya todo daba igual. Sin embargo indiqué a mi taxista preferido que aparcara en doble fila ante el mesón La Tapa.

—¿Qué hacemos aquí, jefe?

En la radio sonaba a muy poco volumen el «Nessun dorma» de *Turandot*.

—Decir adiós a la belleza del mundo.

Julio siguió la dirección de mi mirada.

—¿La camarera?

A través de la cristalera podían distinguirse los movimientos enérgicos y precisos de la bella Rosita. La sonrisa que dedicaba a un cliente era una de esas maravillas que uno debe descubrir por sí mismo, porque no figuran en las guías turísticas.

—Se llama Rosita.

—Pues el diminutivo no le rinde honores.

—Es cierto. Si no tuviera otras urgencias, tal vez se hubiera convertido en mi tercera esposa.

—Los hay que no escarmientan. Pero no me ha hecho venir hasta aquí solo para que le dé mi opinión sobre su novia.

—No es mi novia. Estás aquí porque me pareciste una persona con criterio, por eso quiero hacerte una pregunta. Si te estuvieras muriendo, si una enfermedad te fuera carcomiendo por dentro y vieras que el final se acerca, ¿preferirías esperar a que la naturaleza te derrotara o pegarte un tiro en la sien?

El taxista puso cara de estar a punto de resolver los misterios del

universo.

—Es una pregunta trampa. Yo no tengo pistola.

—No será por eso… Yo te dejaba mi revólver.

—¡Cuánta generosidad! Pero resulta que yo soy uno de los pocos creyentes que quedamos en el mundo. Ya sabe, con todo eso de ir a misa, no comer carne por Cuaresma y prohibirnos el suicidio. Además eso de morirse no puede estar tan mal…

—Los que creéis en una vida después de la muerte lo tenéis más fácil.

—No me refiero a eso, jefe. Verá, cuando era adolescente y pasaba las tardes del sábado en la parroquia, mis amigos y yo tuvimos que hacer frente a una desgracia que nos conmocionó: un compañero acababa de morir en un accidente de moto. Para muchos era nuestro primer muerto. El padre Eladio, que era un cura veterano y barrigón que tenía fama de aburrir a las piedras con sus sermones, vino a darnos una pequeña charla y resulta que sus palabras se me han quedado grabadas para siempre. Nos dijo que, si dios era todo bondad, cuando creó al hombre a su imagen y semejanza, sin duda tuvo que plantearse la posibilidad de mejorar el modelo original. Ese dios que llevaba toda una eternidad de solitario aburrimiento seguro que se preguntó qué podía concederle al ser humano para que supiera disfrutar de la existencia.

—La muerte.

—Ni más ni menos. ¿Cómo disfrutar de algo si sabes que va a estar ahí para siempre y que tú vas a poder tenerlo cuando quieras?

—La muerte como regalo.

—El mejor regalo. La fugacidad da sentido a la belleza, al amor, a la alegría… a todo lo bueno que nos rodea. La muerte no es un castigo, jefe, es el don que nos permite disfrutar de todo.

—Joder, Julio, ¿no has pensado en montar una consulta de psicólogo?

—Bueno, el taxi ya tiene algo de confesionario y de diván. Mire, aunque yo no fuera creyente, me alegraría darme cuenta de que esta mañana de febrero el sol ha sabido imponerse a la niebla, lo que hace que hoy sea un día perfecto para salir a dar un paseo y disfrutar de la luz. Además, ahí está Rosita. Creo que dejaría para mañana lo de levantarme la tapa de los sesos.

—¿Y mañana?

—¡Ya veríamos!

Había empezado a sonar en la radio una pieza de música barroca que no supe reconocer. Pensé que me faltaba mucho por aprender. Encendí el último cigarro del paquete y dejé que el humo invadiera el habitáculo. El taxista no protestó. Al contrario, sacó su cajetilla y me acompañó en un silencio que parecía una forma de respeto. Quizás él tuviera razón y acabara de regalarme una forma definitiva de

sabiduría. Recoger los placeres que la vida te ofrece y postergar los malos tragos. No me pareció un mal consejo.

—Y le digo más, sargento. Creo que cogería esa pistola que con tanta amabilidad está dispuesto a prestarme y entraría en una sucursal del Banco de Santander y me llevaría hasta los floreros. Después me iría a uno de esos centros de acogida de inmigrantes y empezaría a repartir fajos de billetes… Total, ¿qué me importarían las burradas que después un juez dijera de mí?

Estaba dispuesto a pedir a Julio que me diera un paseo por la ciudad, cuando se me ocurrió que me gustaría saber cómo había acabado todo entre Laura y su padre. Al fin y al cabo, yo nunca había servido para acumular placeres. Quizás mi único motivo de satisfacción había sido resolver crímenes e intentar poner un poco de orden en medio del caos. Tenía el teléfono de ambos, pero no estaba dispuesto a ser imparcial, así que llamé a la chica.

—¿Que dónde estoy? Ahora mismo salgo de un despacho de abogados, sargento.

—¿El del tipo de la pajarita?

—No, ese trabajaba para mi padre y yo necesitaba uno que luche contra él. ¿Sabe que mi amado papaíto va a dejar toda su fortuna a la Iglesia? Hasta ha decidido privarme del dinero y de las joyas que mi madre guardaba para mí…Quizás dentro de unos años un tribunal me dé la razón y recupere mi parte de la herencia, pero de momento mi padre quiere condenarme a la indigencia. A menos, claro está, que sea buena chica y me esfuerce en ganarme su cariño. ¿Sabe qué significa eso, verdad?

—Me lo puedo imaginar —dije mientras dominaba una arcada—. ¿Qué piensas hacer?

—Desde luego, no voy a esperar el fallo de ningún tribunal. Lo mejor será que acabe lo que había comenzado.

La chica calló de repente, como para dejar que trabajara mi imaginación.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, no juegue a hacer el papel de poli ingenuo. Si me dejó salir sin un cargo de su comisaría solo puede ser porque no se vio con fuerzas de liquidar este asunto.

—No, no… Tu padre… tú… No quiero mezclarme en todo eso. Eres joven y tienes un futuro por delante. Deberías pensar en cómo reorientar tu camino.

—¿Mi camino? ¿De qué habla? Mi vida ha sido, es y será una mierda… No me venga ahora con paternalismos. Voy a acabar lo que la ley no sabe arreglar.

—Laura, no cometas una estupidez —le ordené casi a gritos.

Ella me devolvió una voz suave, dulce, sin temblores ni fisuras:

—Toda mi vida he sido una estúpida. Pero la peor estupidez fue salir corriendo.

Cuando se cortó la comunicación, me invadió una terrible sensación de culpa. Aquella chica estaba a punto de tirar por la ventana las pocas esperanzas que le quedaban a su futuro. Y en parte yo era el responsable. Quizás aún tenía la oportunidad de que mis últimas horas fuera de un hospital sirvieran para algo.

Le pedí al taxista que desplazara el coche hasta el portal donde estaba mi apartamento. Subí y bajé en menos de un minuto. Cuando me senté de nuevo en el taxi, la sobaquera oculta bajo mi americana pesaba como un muerto.

—Julio, lléveme a la mansión del otro día.

—¿A la whiskería?

—No, a la casa del Anticuario. Quizás aún pueda impedir un disparate.

Cuando llegamos a la mansión de Justo Aragay, pagué y despedí al taxista, que se fue refunfuñando. Tres coches patrulla esperaban con las luces encendidas junto a la escalinata. Me temí lo peor. Con el morro fruncido, Azucena aguardaba apoyada en el primero.

—Me han dejado aquí, al cuidado de los coches, como una novata. ¿Tú crees?

—¿Se han cargado al Anticuario?

—¿De qué hablas? Ha llegado la orden de arresto del señor Cásper y hemos venido a ejecutarla.

La información que había enviado el director de la fundación rusa y las pruebas reunidas habían convencido a la jueza de las ventajas de poner a Héctor Cásper entre rejas, lo que nos regalaba a todos uno de esos escasos momentos por los que vale la pena ser policía. En ese preciso instante el subinspector Busquet y cuatro agentes aparecieron por la enorme portalada empujando la imponente humanidad del venezolano. Llevaba las manos esposadas a la espalda y sonreía como si en realidad lo estuvieran invitando a una despedida de soltero. Al parecer, no había abierto la boca hasta ese momento, pero se detuvo al pasar junto a mí:

—Maldito paco, no tiene un carajo contra mí. Mi abogado va a chuparle la sangre.

A juzgar por la cantidad de hemoglobina que últimamente escupían mis esfínteres, al abogado no iban a quedarle ni unas gotas.

—Despídete del aire libre, Cásper. Creo que ya están decorando una jaula para ti.

—¿Me va a encerrar por incumplir un contrato? No me sea *cebecegüevo*, sargento. Para la cena estaré de nuevo en esta casa para tomar posesión del despacho y hacerme cargo del negocio.

La contemplación del sicario esposado debería haberme proporcionado uno de esos momentos de paz espiritual, pero no conseguía sentir ni un gramo de satisfacción. Y no solo porque una hoguera me estuviera achicharrando las entrañas. Después de todo aquel esfuerzo, nos íbamos a tener que conformar con encerrar por poco tiempo a un secundario como el señor Cásper. Además, quizás aquel tipo tuviera razón y uno de esos letrados con pajarita que su jefe pagaría de buen grado consiguiera blanquearle el expediente y ahorrarle una condena. Parecía tan seguro, tan risueño, que me acerqué a la ventanilla del coche donde lo acababan de meter.

—En el laboratorio están comprobando si el pelo encontrado en el dedo meñique del cadáver de Ayman Hamma-dy y las muestras que yo mismo recuperé de la cama de La Casa del Lago, donde te acostaste con la bella Blanche, contienen idéntico ADN.

No se esperaba el golpe, por lo que resultó una auténtica inyección de adrenalina ver cómo su sonrisa se marchitaba de repente.

—No va a poder tocarme, pendejo —me advirtió con una mezcla de enfado y de preocupación—. No tiene autoridad. Es usted un puto paco de mierda, un poli *balurdo* y *güevón*. En cambio yo… yo sé cosas.

En ese momento el coche arrancó, pero sus últimas palabras quedaron flotando en el aire como una amenaza. «Yo sé cosas». Héctor Cásper sabía cosas. Por eso se creía intocable. Me pregunté qué podía saber aquel matón. ¿Cuál era la carta escondida que guardaba aquel tramposo? Había dejado entrever que llevaba una jugada ganadora y eso es un error que ningún buen jugador de cartas debe cometer jamás.

Me estaba preguntando por el sentido de sus últimas palabras, cuando la voz del subinspector me despistó:

—¿Qué carajo hace usted aquí? Está apartado del caso. Está acabado, Claramunt. Si hasta tiene aspecto de cadáver…

Busquet rio su gracia. Me encontraba tan mal que seguro que no le faltaba razón.

—Soy amigo de la familia. Vengo a jugar una partida de cartas.

Mientras entraba en la casa a cumplir con el verdadero propósito de mi visita, me pregunté por qué ni el Anticuario ni su hija habían estado presentes durante la detención del venezolano. Como si no cupiera ningún otro lugar para consumar una venganza, me dirigí directamente hacia el despacho.

En el justo momento de abrir la puerta, sonó la detonación. No fue un disparo seco ni violento, sino un estallido sucio y prolongado que dejó una enorme nube de humo, olor a infierno y una resonancia extraña. Laura sostenía en su mano derecha un arma antigua, sin duda la pareja de la pistola de duelo que reteníamos en comisaría como instrumento del asesinato de Elena Izbasa.

—Quería que me ganara mi herencia… Y ya ve lo que me importa. No soy una niña… —recitó como si repitiera el texto aprendido para una función escolar.

Apenas a un metro de distancia, Justo Aragay, tumbado sobre una alfombra sin duda carísima, las gafas negras rotas en el suelo, el sombrero caído y la calva expuesta, se aguantaba el pecho y observaba el manantial de sangre que brotaba de su pecho con cara de sorpresa más que de dolor. Parecía una escena barata de vodevil. La vida se le iba a borbotones y él se daba perfecta cuenta. En la mirada de su hija no había emoción, solo una fría sensación de vacío, como si su mente anduviera muy lejos.

No pude evitar una sonrisa.

Fuera, el desfile de coches policiales se había detenido de golpe. Algunos compañeros se habían apeado y volvían sobre sus pasos para aclarar la naturaleza de la detonación.

Una simple fracción de segundo bastó para que me preguntara si realmente había llegado hasta aquella habitación para salvar una vida. Yo era un triste moribundo sin mañana y aquella pobre joven acababa de tirar su futuro al retrete. No fue una reacción premeditada. Simplemente un impulso. Avancé un par de pasos y arranqué el arma de la mano de Laura.

—Me muero —le confesé casi en un susurro.

Ella pareció no comprender. Le quité la cazadora que vestía, la restregué contra la manga de mi chaqueta para transferir los restos de pólvora quemada y le di un empujón para que se apartara.

Cuanto Busquet, Azucena y Sainz de Heredia, entre otros, se asomaron a la puerta del despacho, dejé caer la pistola y levanté los brazos. Yo era un muerto que estaba allí solo por casualidad. Un muerto que acababa de cometer un asesinato.

Azucena corrió hacia el teléfono que había sobre la mesa para pedir una ambulancia. No la retuve, pero me pareció un error. Justo se moría, que era justo lo que merecía. Todavía consciente, había dejado de reclamar ayuda desde el umbral de la muerte. Solo miraba ya. Quiso hablar y abrió la boca para desvelar la trampa o para maldecir o incluso para legar a la posteridad un último mensaje, pero las fuerzas ya le estaban fallando. Miraba a su hija Laura. Con sorpresa. Quizás incluso con amor. Pensé que somos torpes, emotivos, viscerales, que queremos aquello que nos hace daño. Los ojos de Justo se cerraron y sus brazos se vencieron. La relajación de sus labios dejó una mueca de conformidad y de paz que casi me pareció envidiable.

—¡Joder, Claramunt! —exclamó la voz airada de Busquet—. Sabía que era un mierda, pero no un asesino. Pensaba que abrirían una delegación de los Mossos en la Antártida solo para poder mandarlo a usted, ni en el mejor de mis sueños imaginaba que acabaría perdiendo

la chaveta y le pegaría un tiro a un ciudadano respetable. Me alegra que haya decidido acabar entre rejas.

—La vida nos convierte en héroes ridículos —afirmé mientras el subinspector me empujaba contra la pared y me ponía unas esposas.

Fue entonces, mientras mi cara se aplastaba contra el cuadro de la pared, cuando creí reconocer el lugar representado.

—Es La Casa del Lago —exclamé.

Durante un segundo todos miramos el cuadro del tal Jordi Zaldívar.

—Mírelo bien, Claramunt, porque va a tardar mucho tiempo en poder ver un puticlub.

Mientras volvía a reírse de su broma, Busquet tiró de mí para apartarme del óleo.

—¿Por qué un anticuario iba a tener colgado en su despacho la representación de un prostíbulo?

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire mientras la pequeña Raquel entraba corriendo en la sala para abrazarse a las piernas de su medio hermana. La presencia de todos aquellos policías, las armas desenfundadas y el cadáver ensangrentado del Anticuario la estaban asustando. Quizás por ello dejó caer el cuaderno de dibujo, que quedó abierto por una página interior que mostraba un hipogrifo de color azul y de garras afiladas, con las alas aún por colorear.

—Vamos —ordenó el subinspector—, llévense a este tipo a comisaría y tómenle declaración. Sean profesionales e intenten olvidar que hasta hace unas horas era compañero suyo.

Azucena y Sainz de Heredia tuvieron que ayudarme a caminar, porque me sentía completamente derrotado. Cuando consiguieron meterme en el coche patrulla me vaciaron un cargador de reproches: ¿me había vuelto loco?, ¿cómo se me había ocurrido tomarme la justicia por mi mano?, ¿me daba cuenta de que estaba arruinando mi carrera, mi prestigio, mi pensión, mi vida…? Pero no los escuchaba. Me sentía mal, rematadamente mal, pero en mi cabeza todavía resonaban las últimas palabras de Héctor Cásper en el momento de ser trasladado a comisaría: «Yo sé cosas». Su confianza en que no iba a pasarle nada me dolía tanto como la enfermedad que me estaba devorando.

—¿Por qué un anticuario tenía colgado en su despacho la representación de un prostíbulo? —volví a preguntarme en voz alta.

Azucena y Sainz interrumpieron su desfile de reproches.

—¿Qué quieres decir?

—El cuadro de Jordi Zaldívar…

Entonces lo comprendí.

—Vamos, tenemos que volver al despacho —ordené.

Los dos se miraron para compartir su incredulidad.

—Ni hablar, eres un detenido —dijo Sainz—. Busquet nos va a

despellejar.
—El cuadro, esa es la clave.
—Si apenas puedes caminar… Deberías irte ahora mismo a descansar…
—Voy a tener mucho tiempo para descansar. Si la muerte no se me lleva es porque sabe que aún no he terminado.
Era un argumento absurdo, pero Azucena bajó del asiento del conductor y me abrió la puerta. Sainz de Heredia nos siguió en silencio. Cuando entramos en el despacho, el subinspector montó en cólera y prometió a gritos una tortura dolorosa para todos nosotros, pero los tres nos plantamos ante el óleo de Zaldívar sin hacerle caso.
—Es La Casa del Lago —repetí.
El mismo edificio, aunque sin los llamativos colores de la fachada y sin letreros de neón. Tampoco aparecía el hotel construido tras la whiskería, pero desde luego era La Casa del Lago. Mis dos compañeros asintieron.
—¿Por qué un anticuario rico, un personaje con una trayectoria política de peso, un tipo que se codeaba con lo mejor de la sociedad leridana iba a tener colgada de la pared de su despacho una pintura que reproducía un prostíbulo?—me pregunté por tercera vez.
—Tal vez le recordara tiempos mejores —propuso Sainz de Heredia.
—No, no estaba ahí para cautivar los ojos del Anticuario —aclaré—, sino para que lo vieran sus visitas. —Tanto Sainz como Azucena pusieron cara de no comprender—. Una especie de advertencia. Hasta ahora me había preguntado cómo un tipo sin apenas estudios y que no pertenecía a una de esas familias bien situadas en las capas altas había llegado a codearse con los gerifaltes de la política y la banca.
—Supongo que era un sujeto inteligente —opinó Azucena.
—Y con mucha suerte… —añadió Sainz.
—Ni hablar. Sabía cosas. Tenía poder.
Los dos se giraron a la vez para mirarme. Quizás pensaron que la enfermedad que me comía por dentro había llegado por fin al cerebro.
—¿Qué tipo de poder podía tener un simple vendedor de cachivaches? —preguntó Sainz.
Todavía con las manos esposadas a la espalda, me giré a estudiar la habitación. Me aparté del cuadro y recorrí una por una las estanterías.
—Tiene que estar por aquí, puesto que lleva la llave colgada del cuello… —aseguré.
Me detuve ante un armario-expositor de doble vidrio grueso, el único que parecía estar cerrado con llave. Parecía integrado a la pared, una auténtica caja fuerte de cristal reforzado que permitía admirar su contenido: unas cuantas medallas concedidas a soldados de guerras antiguas se exhibían apoyadas contra una hilera de vulgares cajas de discos compactos. Azucena se inclinó sobre el cadáver y le quitó la

cadena con delicadeza. Después la llevó a la cerradura. La puerta se abrió dócilmente.
—Aquí está el poder —aseguré.
—¿Las medallas? —pregunto Sainz.
Fue Azucena quien le contestó:
—No, ¡las grabaciones!
Me tuve que sentar, porque las piernas empezaban a fallarme. No sé si era la emoción o la enfermedad, pero estaba a punto de vomitar, por mucho que tuviera el estómago vacío.
—El Anticuario fundó La Casa del Lago —dije—, que originalmente fue una especie de centro de recreo para ejecutivos importantes y políticos estresados que necesitaban un lugar apartado y discreto para practicar sus juegos.
—¿Qué jue…? —Azucena interrumpió su pregunta al ser consciente de su ingenuidad.
—¿Quieres decir que Justo Aragay grababa a sus invitados en situaciones comprometidas y gracias a eso conseguía tratos de favor? —se interesó Busquet, que había dejado de refunfuñar y se había sumado al grupo.
Casi a la vez, Sainz y Azucena empezaron a coger las cajas de discos compactos y a leer las etiquetas pegadas en la parte frontal de las carcasas. Pronunciamos unos cuantos apellidos de los que ocupan portadas de diario.
—¡Joder! —opinó Busquet al oír los primeros nombres—. Si estas cintas contienen lo que imagino, esta ciudad va a volar por los aires.
De repente, Sainz se detuvo y sus labios dejaron escapar un silbido.
—Y con la ciudad, todos nosotros… Creo que deberíais ver esto…
El sargento me acercó una de las cajas. Leí y me eché a reír. Con letras góticas, de otro siglo, quedaba escrito el nombre de Carlos De Gea. La providencia tenía sentido del humor. Al final de todo, yo no era el único que estaba con la mierda hasta el cuello.
Veinte minutos después volvía a estar sentado en el asiento de atrás del coche patrulla mientras Azucena y Sainz de Heredia cumplían con el encargo de trasladarme a la comisaría. Me sentía tan enfermo y derrotado que ni siquiera me atrevía a protestar. Todo mi cuerpo temblaba. Sin duda tenía fiebre. Noté que algo se vaciaba en mi entrepierna y supe que no era ni sudor ni lágrimas. Ni siquiera orina.
—Creo que vais a tener que llevarme al hospital.
Cuando Azucena se giró, le bastó con verme la cara.
—Conduce hacia el Provincial, Sainz.
El conductor me estudió un segundo desde el retrovisor y no protestó.
Tras la ventanilla desfilaba un paisaje triste de frutales deshojados y campos yermos. El sol se estaba poniendo y anunciaba una noche fría. Quedaba tras los edificios un curioso resplandor dorado.

—La niña necesitaba tinta dorada —dije.

Azucena se volvió de nuevo, tal vez para comprobar si estaba delirando.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que a la niña le gusta mucho dibujar. Me parece raro que necesite tinta dorada. Sería divertido que Raquel hubiera copiado todos los dibujos en su cuaderno.

—¿Divertido? ¿Qué tiene de divertido?

—No sé. El tiempo, supongo. Pero tú estuviste pintando con ella y deberías saber si en ese cuaderno están copiados los dibujos del bestiario.

—Lo están. ¿Por qué?

—Pues eso, el tiempo. ¿Cuándo los pintó?

Me reí. Y entonces Azucena pareció caer en la cuenta de que eran muchos dibujos y demasiado elaborados para que la niña los hubiera copiado en el breve lapso que medió entre el momento de abrir el maletín y el asesinato de su madre. Azucena dominó una mueca de sorpresa y calló. Había comprendido que la niña había dispuesto de tiempo para copiar todo el desfile de animales estrafalarios, lo que significaba que su madre se lo había confiado antes de ser asesinada, quizás con la orden de no enseñárselo a nadie. Debía de guardar el bestiario en el fondo de su mochila, lo que significaría que los matones de Bometón habían estado buscando un libro que en realidad ya poseían mientras retenían a la niña. A Laura le sentaría bien aquel regalo inesperado. Sabría qué hacer con él.

En los ojos de mi reciente excompañera leí que había comprendido todo eso y me sentí orgulloso de su silencio.

—Va a ser verdad que esto se acaba.

—No digas eso, sargento —me reprochó Azucena.

—¿Y por qué no? Todo ha de tener un final. Y esta historia no ha acabado tan mal.

Lo dije justo en el momento que el coche se detenía frente a la entrada de urgencias del hospital.

«Alcoletge y Juseu (2017-2019)».

Agradecimientos

Escribir una novela es una tarea solitaria, pero cuando haces balance final, resulta que muchas personas han contribuido con su cariño y su talento a las bondades del resultado final. Me parece justo mencionar a José Antonio Bañeres y a Carmen Valls, que me regalaron las vistas y la paz de Juseu para escribir esta historia. Impagables han sido los consejos de Olga Farré, Antonio Galeote, Javier Sáez, Mariona Torrent, Jordi Zaldívar y Pau Centellas, que supieron iluminar las sombras que tenía esta historia. También Anabel y Tomás, lo mejor de mi vida, han contribuido a mejorarla.

Por supuesto, me parece digno de elogio el mimo que han puesto mis editoras, Esther Herranz y Eva Olaya en conseguir que *El mañana sin mí* aparezca en las mejores condiciones.

Por último, debo agradecer a quienes decidieron otorgar el premio València de Narrativa 2019 a mi sargento Abel Claramunt y sus andanzas.

A todos ellos, infinitas gracias.